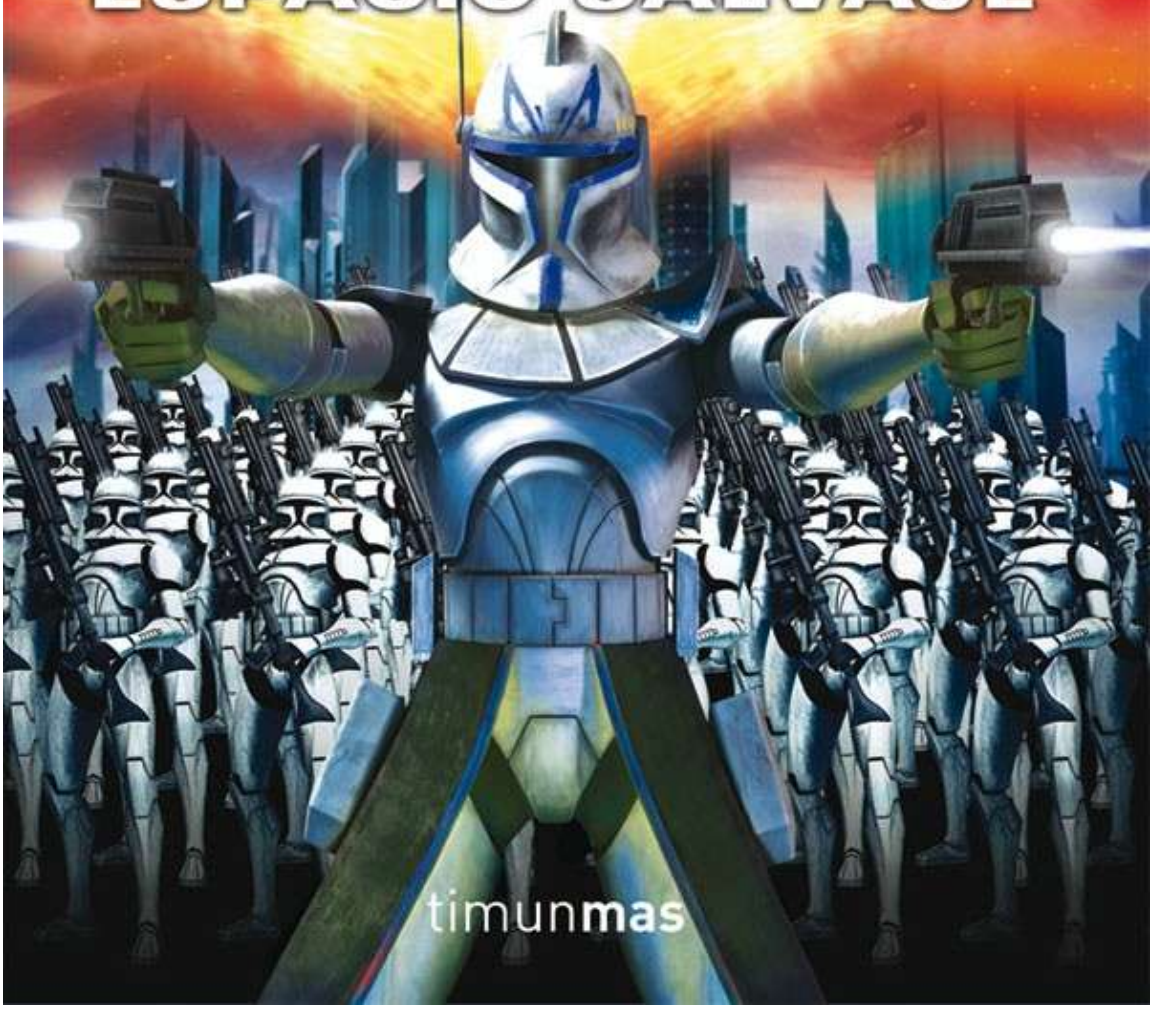
KAREN MILLER

STAR WARS

THE CLONE WARS

ESPACIO SALVAJE



timunmas

Las Guerras Clon se extienden por toda la Galaxia. Los Jedi luchan sin descanso contra las fuerzas rebeldes. ¿Lograrán Obi-Wan y Bail esquivar la mortífera trampa que Palpatine les ha tendido más allá del Borde Exterior? El futuro de la República depende de ello.

Las Guerras Clon se extienden por toda la Galaxia. Las fuerzas de la República y los separatistas se debaten por ganar ventaja. Pero, mientras los generales jedi luchan sin descanso para vencer al Conde Dooku y a sus rebeldes, el Canciller Supremo Palpatine trama sus propios planes oscuros.

Desde la infancia, el esbirro sin nombre de Vader no ha conocido más credo que el de los Sith, frío y mercenario. Se desconoce su pasado; su presente consiste en cumplir los letales encargos que se le encomiendan. Pero su futuro reluce como un azabache fulgurante con la promesa soñada: alzarse junto al único padre que jamás conoció, con la Galaxia a sus pies. Un destino que sólo podrá alcanzar si emprende el mayor desafío de su entrenamiento: destruir al Emperador Palpatine.

Los separatistas han lanzado un ataque furtivo a Coruscant. Tras resultar herido en combate, Obi-Wan Kenobi insiste en que Anakin Skywalker y Ahsoka, su joven padawan, emprendan una arriesgada misión que les llevará a enfrentarse con el General Grievous. Pero cuando el senador Bail Organa revela una información decisiva que podría inclinar la balanza de la guerra a favor de la República, el Maestro Jedi accede a acompañarle a un recóndito planeta en el Borde Exterior para comprobarlo. Pero lo que Obi-Wan y Bail ignoran es que se encaminan hacia una trampa mortífera que Palpatine les ha tendido… y de la que tal vez no haya salida.

STAR WARS

The Clone Wars

Espacio Salvaje

Karen Miller

LSW
LIBROS STARWARS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Clone Wars: Wild Space*

Autora: Karen Miller

Traductores: Guillermo Berenguer y Alicia Melendez / Traducciones Imposibles, S. L.

Publicación del original: diciembre 2008

22 años antes de la batalla de Yavin.

Transcurre paralelamente a los capítulos *Downfall of a Droid* y *Duel of the Droids*, contando algunas de las situaciones de los mismos desde distinto punto de vista.

Digitalización: Gurni

OCR y Maquetación: Bodo-Baas

Revisión: Bodo-Baas, Reek17

Versión 1.1

11.07.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Ewan McGregor, un actor magnífico que dio vida al joven Obi-Wan Kenobi en una interpretación perfecta y desgarradora.

Uno

La batalla de Geonosis: consecuencias

«Geonosis, planeta rojo y hosco. Polvo y rocas y calor abrasador, viento y arena y un cielo fragmentado. Vida tenaz. Muerte caprichosa. La belleza húmeda y verde fue calcinada hace mucho tiempo. Aquí no hay segundas oportunidades, no existe un lugar suave sobre el que caer. Secretos y sedición y mentes singulares. Ambición y gula y hambre por la muerte. Refugio para algunos. Cementerio para otros. Sangre de la República filtrándose en suelo árido. Desmayo en el incesante viento, pena y dolor. Sobre la arena, el llanto de un Jedi…».

Que lloraba sus lágrimas por dentro, donde nadie podía verlas. Llorar por un camarada derrotado era exteriorizar un apego deshonesto. Los Jedi no tenían apego a las personas, a las cosas, a los lugares, a ningún mundo ni a sus habitantes. La fuerza de un Jedi se alimentaba de serenidad. De distancia. De amar de forma impersonal.

Al menos, aquél era el ideal…

Cansado y con el corazón encogido, Yoda permanecía en silencio junto a su congénere Maestro y amigo Mace Windu, observando cómo los eficientes soldados clon cargaban rápida, metódicamente y sin crueldad alguna la última víctima Jedi en los palés autorepulsados, después los sacaban con una sola mano de la brutal arena de combate de Poggle *el Menor* y los llevaban hasta las naves de transporte de la República que aguardaban tras sus altos muros. Los supervisaban los pocos Jedi que habían sobrevivido a la matanza y al posterior ataque militar… y que no tenían esa serenidad indiferente que la filosofía del Templo dictaba.

La Batalla de Geonosis había finalizado, el ejército droide separatista había asestado un duro revés. Pero su líder, el conde Dooku había huido, el traidor, y sus subordinados de la Federación de Comercio, de la Tecno-unión, del Gremio de Comerciantes, del Clan Bancario Intergaláctico, del Cártel de Hiper-Comunicaciones y de la Alianza Corporativa también habían huido a un lugar seguro. Habían huido para poder seguir perfilando la caída del mayor logro de la galaxia, su República.

—No me arrepiento de haber venido aquí —dijo Mace, cuyo rostro oscuro estaba aún más oscurecido por las sombras—. Hemos asestado un duro golpe a nuestro enemigo, y al hacerlo, hemos comprobado de lo que es capaz este ejército de clones. Es útil. Pero Yoda, el precio que hemos pagado ha sido mayor de lo que había imaginado o previsto.

Yoda asintió, sus dedos retorcidos se apoyaban firmemente en su antiguo bastón de gimer.

—La verdad dices, Maestro Windu. Nada se gana sin alguna pérdida para equilibrar la balanza —respiró lentamente, un suspiro largo y profundo—. Imprudentes en todo

caso seríamos, si pensásemos que de una confrontación así ilesos podríamos salir. Pero esta pérdida al Templo le costará superar. Ascender a Caballeros Jedi a los Padawan más mayores con demasiada rapidez deberemos, me temo.

Padawans como Anakin Skywalker, tan prometedor, tan imprudente… y ahora tan herido. En su viaje de retorno a Coruscant junto a Obi-Wan y el decidido, valiente e igualmente imprudente y joven Senador de Naboo.

«Problemas para él y para ella presiento. Si al menos claramente pudiera ver. Pero una mortaja el lado oscuro es. En pliegues asfixiantes nos envuelve a todos».

—¿Qué? —preguntó Mace, frunciendo el ceño. Notaba su desasosiego, como hacía siempre—. Yoda, ¿qué ocurre?

Talia Moonseeker, una joven argauun que solamente llevaba cuatro meses como Caballero Jedi, estaba arrodillada junto a su antiguo maestro caído en combate, Va'too, con la cabeza agachada. No sin esfuerzo, Yoda apartó la mirada de su dolor, lejos del monstruoso campo de batalla, todavía humeante a plena luz del día. Los días en Geonosis duraban mucho tiempo. Todavía faltaban muchas horas para que el sol se pusiera en este paisaje descarnado.

—Contestarte sencillamente no puedo, Maestro Windu —respondió afectado—. Tiempo para meditar solicito.

—Entonces deberías regresar al Templo —dijo Mace—. Yo puedo supervisar las labores de limpieza de aquí. Eres nuestra única luz en la oscuridad, Yoda. Sin tu sabiduría y previsión, dudo que podamos imponernos.

Pronunció las palabras amablemente, una declaración de confianza, pero Yoda sintió cómo el peso de éstas se asentaba sobre sus huesos con una finalidad cruel.

«Demasiado viejo soy como para ser la última esperanza de los Jedi».

Observó cómo Talia Moonseeker se apartaba a una distancia prudencial para que el cuerpo sin vida de su antiguo maestro fuese retirado decentemente de la arena por los incansables clones que habían luchado este día, y muerto este día, tan resueltos e intrépidos que él pensaba en ellos como droides, no como hombres: droides de carne y hueso, engendrados e instruidos para ser perfectamente disciplinados, totalmente letales. Engendrados para morir con tal de que los habitantes de la República vivan. Encargados bajo las circunstancias más misteriosas, su verdad nunca sería revelada.

Recordando el centro de clonación de Kamino, su blanca y brillante esterilidad, su cuidado impersonal para con las criaturas que creaba de forma tan eficiente, tan sorprendente, sin remordimiento alguno, reprimió un escalofrío.

«Profundas preguntas de moralidad y ética estos clones plantean. Pero ¿respuestas hay? Sé que no lo sé. Los necesitamos tan desesperadamente que la ética invalidada quedará».

Mace se apoyó sobre una rodilla.

—¿Es por Dooku, Yoda? ¿Es él quien te preocupa?

Amargo dolor, profundo pinchazo. *Dooku.* Yoda dejó el nombre, la impresión, a un lado. Ya habría tiempo más adelante para pensar en aquel hombre desaparecido en combate.

—Al Templo debo regresar, Maestro Windu. Reúnete conmigo lo antes posible. Asuntos importantes el Consejo debe debatir.

Aceptando el leve desaire, Mace accedió.

—Buen viaje, Yoda. Te veré en Coruscant cuando estas labores hayan llegado correctamente a su fin. —Con un chasquido violento de sus dedos llamó a un soldado clon cercano—. El Maestro Yoda regresa a Coruscant. Necesita que le escolten hasta su nave.

El soldado asintió.

—Sí, señor.

Viendo cómo el cinturón letal de asteroides quedaba tras ellos, viendo cómo el cruel y rojo Geonosis se desvanecía y centelleaba cuando la nave activó el hiperimpulsor, Yoda expulsó el dolor persistente del pasado reciente en otro largo y lento suspiro. El dolor no era más que una expresión de apego. No tenía más propósito que cumplir. Si él debía servir a la luz, lo que era *su* propósito, tendría que redescubrir aquel lugar perfectamente preparado que se hallaba en su interior, el cual podía pisar con la total certeza de que era suelo firme.

Cuando llegase a Coruscant, la dura tarea de salvar la República comenzaría de verdad.

Los Salones Curativos del Templo Jedi eran majestuosos. Tenían techos altos y unas ventanas enormes que arrojaban luz dorada sobre las paredes y suelos azules, verdes y rosa pastel. Cargados con los aspectos más delicados de la Fuerza, con amor y cultivo y paz, los salones estaban repletos de flores perfumadas y cosas verdes que crecían junto a la música del agua que fluía y la vitalidad de la vida renovada. Eran el refugio perfecto para aquellos que tenían heridos el cuerpo y la mente, un lugar en el que lavar la desdicha del sufrimiento.

Ajena a la serenidad que la rodeaba, Padmé clavó la mirada en el anciano y elegante curandero Jedi twi'lek, que se interponía en su camino.

—Acabaré enseguida, Maestro Volcara Che. Será sólo un momento, pero necesito ver a Anakin Skywalker.

Agitando ligeramente sus dos colas, el twi'lek juntó las manos ante ella.

—Lo siento, Senadora Amidala, pero no va a ser posible. —Su voz tenía ese tono ronco tan peculiar de los twi'leks, pero su nivel de básico era intachable—. Anakin está gravemente herido. Se le está sometiendo a un profundo trance curativo y no se le puede molestar.

—Sí, ya *sé que* está gravemente herido. He vuelto de Geonosis con él. —Padmé le señaló su traje blanco destrozado, sin importarle el profundo dolor que le ocasionaba cada movimiento—. ¿Ve esto, Madame Jedi? Es sangre. ¡Créame, sé perfectamente lo malherido que está!

Para corroborar su afirmación podría mostrarle al experto curandero del Templo las magulladuras y lesiones de la mano, la misma a la que Anakin se había aferrado cuando las oleadas de agonía de sus monstruosas heridas le abrasaban sin descanso y sin piedad.

«Mejor no lo haré. Él no tendría que haber estado cogiéndole la mano a nadie… y mucho menos a mí. Ya tengo bastante con que Obi-Wan lo haya presenciado».

El curandero Jedi sacudió la cabeza.

—Senadora, usted también está herida. Déjenos que le ayudemos.

—No se preocupe por mí —dijo Padmé, impaciente—. Solamente estoy magullada y, de todas formas, no me duele nada.

Vokara Che la miró con un gesto de desaprobación.

—Senadora, no crea que podrá engañarme. Ni siquiera la estoy tocando y soy capaz de notar sus molestias. —Replegó la cabeza y entornó los ojos—. ¿Le atacó una especie de criatura, verdad? Y cayó desde una gran altura. Tiene dolor de cabeza y las costillas magulladas. Al igual que la columna. Es un milagro que no se haya roto ningún hueso. —Los ojos del twi'lek se abrieron, su mirada era fría e intransigente—. ¿Quiere que continúe?

Dolorida de los pies a la cabeza, con las marcas de las garras del nexu ardiéndole por toda la espalda y sufriendo el dolor punzante de las costillas en cada respiración, Padmé apretó los dientes.

—No tengo nada que no puedan arreglar cinco minutos junto a Anakin. Maestro Vokara Che, usted no lo entiende. *Tengo* que verle. Anakin es mi guardaespaldas. Es responsabilidad mía.

«Y todo por culpa mía. Yo le obligué a ir a Geonosis y ha estado a punto de morir, así que si piensa que voy a abandonarle ahora…».

—Anakin Skywalker no es su responsabilidad —repuso el curandero Jedi con firmeza—. Es un Jedi y está a salvo en casa junto a los demás Jedi, que saben exactamente lo que deben hacer por él. Por favor, permítanos tratarla para que pueda abandonar el Templo en buen estado. —Un débil brillo de reprobación se adueñó de los ojos del twi'lek—. Además, debo señalar que no es del todo adecuado por su parte estar aquí, que esté…

—¿Dónde iba a estar si no? —reclamó Padmé, sin darse cuenta de que su volumen de voz estaba atrayendo la atención de tres curanderos aprendices que intentaban enterarse de los misteriosos asuntos Jedi. No se daba cuenta de que estaba peligrosamente cerca de montar una escena, comportándose de manera inapropiada para una antigua Reina de Naboo, miembro del Senado Galáctico, una política con una cara muy pública.

«No me iré de este lugar hasta que no me dejen verle».

La expresión de Vokara Che se endureció.

—Si no está de acuerdo en recibir tratamiento Jedi, Senadora, le puedo escoltar hasta un centro médico o…

—¡Usted no me va a escoltar a ningún sitio! Quiero…

—*Padmé* —dijo una voz tranquila detrás de ella.

El Maestro Vokara Che se precipitó hacia delante.

—¡Maestro Kenobi! ¿Qué está haciendo?

El corazón le latía con fuerza, Padmé se giró. *Obi-Wan.* Todavía llevaba puesta su túnica Jedi hecha jirones y quemada. Aún no le habían curado. Se mantenía con dificultad en la entrada de una pequeña cámara, agarrado a su marco para no caerse. Tenía el rostro pálido, los ojos oscuros a causa de la fatiga y el dolor y algo más.

«¿Desesperación? No. Imposible. Los Jedi no sienten esas cosas. Al menos… este Jedi no».

—Disculpe, Vokara Che —dijo en voz baja—, pero necesito un momento a solas con la Senadora.

—No creo que sea buena idea —replicó el curandero Jedi, cogiéndole el hombro con una mano, visiblemente exasperado—. Está a punto de sufrir un colapso, Obi-Wan. No lo entiendo. Deberían haberle curado ya. Envié *expresamente…*

—Y yo la mandé de vuelta —dijo Obi-Wan, disculpándose—. No quiero someterme a ningún trance curativo hasta que haya visto a mi Padawan.

—Es igual de malvado que ella. —Vokara Che hizo un chasquido con la lengua—. Muy bien. Le doy un momento.

Padmé observó cómo se alejaba el curandero y a continuación volvió a mirar a Obi-Wan. Tras vacilar un instante, se acercó a él y de pronto se sintió joven y torpe, como una aprendiz infantil. Inclinó su barbilla.

—Vokara Che tiene razón. Tienes muy mal aspecto.

—¿De verdad crees que estás ayudando a Anakin? —preguntó Obi-Wan. Su voz sonaba tensa, tenía los ojos vidriosos—. No le estás ayudando. Tu sitio no está aquí, Padmé. Deja que te curen y después regresa a casa. Antes de que vuelva Yoda. Antes de que las cosas… se compliquen.

Ella se quedó mirándole, paralizada. Le entraron ganas de gritarle. Le entraron ganas de llorar. Sin embargo, dio media vuelta y se marchó.

¿Qué otra cosa podía hacer?

En su retorno a Coruscant, Yoda priorizó sus obligaciones. En lugar de ir directamente a los Salones Curativos del Templo, respondió a una citación perentoria de la Oficina del Canciller Supremo. La antigua Senadora de Naboo estaba muy impaciente por conocer de primera mano los detalles de Geonosis. El lenguaje empleado apenas se correspondía con el que se podría aceptar y esperar en los protocolos de comunicaciones de este tipo.

Era una reunión que no había esperado con ningunas ganas. Últimamente, los Jedi se sentían cada vez más atraídos por la política, por temas legislativos y legales que nunca habían sido de su competencia. Los Jedi prestaron juramento para mantener la República y proteger sus ideales, no para inmiscuirse en las fortunas de ningún Canciller. Las carreras políticas no eran asunto suyo. Las personalidades se presuponían irrelevantes.

Pero de alguna manera Palpatine estaba cambiando aquello. Y no por intimidación ni por imponer su voluntad. Más bien lo contrario: resistía constantemente la impaciencia que el Senado mostraba hacia él para que asumiera cada vez más poderes ejecutivos. El resistía, el Senado insistía, así que Palpatine aceptaba a regañadientes. Y cada vez que accedía a sus peticiones, se dirigía de nuevo a los Jedi en busca de consejo.

No era una situación ideal, ni mucho menos. El Consejo Jedi *no* era simplemente otra rama de la Oficina Ejecutiva. Pero ¿cómo, en su buena conciencia, podría denegarle la ayuda a un hombre que pedía con tanta humildad su apoyo? ¿A un hombre que les defendía en el Senado en todo momento? ¿Y que había trabajado de manera incansable por la paz desde que asumió su cargo en el máximo órgano político de la galaxia y que ahora se enfrentaba a la grandísima y aterradora tarea de mantener intacta la vasta República? ¿Cómo iba a darle la espalda el Consejo Jedi a un hombre así?

Por supuesto, no podía. Por supuesto, de cara a estos tiempos extraordinarios, los Jedi debían dejar a un lado sus tradiciones y acudir en la ayuda del hombre que toda una galaxia veía como su salvador.

Pero esto no significaba que les agradase la idea.

Una vez que su nave se había acoplado con éxito en el puerto espacial privado del Templo, Yoda se trasladó a una lanzadera que le llevaría a toda velocidad hasta el complejo Senatorial. Su piloto Padawan, T'Seely, le saludó respetuosamente, pero tenía la buena costumbre de no hablar mientras guiaba la lanzadera a través de las infinitas estelas del tráfico aéreo de Coruscant al poner rumbo al amplio Distrito del Senado.

Llegaron al sector sin problemas. Justo delante de ellos, el edificio del Senado desprendía un tenue brillo plateado bajo el sol de Coruscant. Cuna y crisol de la democracia, representaba el símbolo de todo lo que era correcto y bueno en la galaxia. Nacido en los primeros años de la República, capaz de recordar perfectamente los dolores durante su crecimiento y sus leves agitaciones, Yoda apreciaba aquel símbolo y todo lo que representaba de la misma manera que su querida Orden Jedi.

«Pero ahora el color plateado tenía un toque deslustrado. Nunca antes en la historia de la galaxia la democracia había temblado como lo estaba haciendo ahora».

Era una idea escalofriante. Nunca había soñado que podría ser testigo de la caída de su Gran República. Todo moría, eso era cierto… pero de alguna manera siempre había pensado que la República se salvaría. Creía que evolucionaría, transmutaría, que se reinventaría a sí misma, que *continuaría*.

Los Jedi habían prestado juramento para que así fuera. Pero ahora estaban muriendo por mantener aquel juramento sagrado. Ningún sacrificio sería desmesurado con tal de

garantizar la supervivencia de la paz y la República. Era impensable que aquellos sacrificios fueran en vano…

El transpondedor de la lanzadera emitió un pitido cuando el sistema de guía automático de la torre de control del Senado detectó su señal y éste asumió la tarea de dirigirlos hasta la plataforma de aterrizaje y el muelle asignados. Se trataba de una nueva medida de seguridad, implementada por Palpatine en respuesta al aumento de belicosidad por parte de los separatistas en los planetas más indefensos y menos patrullados que Coruscant. Pero no a todo el mundo le gustaba la medida y se quejaban de un cese en las libertades cívicas.

«Esforzándose mucho Palpatine está para mantenernos a salvo y libres al mismo tiempo. Un camino fácil no es».

Cuando su nave fue tragada por el cavernoso sistema de muelles de anclaje del edificio del Senado y se unieron a una larga fila de naves recién llegadas, el Padawan T'Seely carraspeó y las escamas rojas de su cabeza se tornaron escarlata, señal de ansiedad Hasikiana.

—¿Maestro Yoda? —preguntó, dubitativo.

—Habla, Padawan.

—Hay rumores en el Templo. Muchas muertes en Geonosis. Yoda suspiró. Era sólo cuestión de tiempo, ya que los heridos estaban volviendo a casa.

—No son rumores, Padawan, sino hechos.

Las escamas de la cabeza de T'Seely se tornaron blancas.

—Me dijeron que el Maestro Kenobi, Anakin…

—Muertos no están, sino heridos.

—Oh. —La voz de T'Seely emitió un susurro aterrorizado.

Yoda frunció el ceño. No era propio de un Jedi alabar a un Caballero Jedi sobre otro, declarar a un aprendiz mejor que el siguiente, pero en el caso de Obi-Wan y Anakin no podía aplicarse la práctica aceptada. Anakin Skywalker fue proclamado hijo de la profecía.

Obi-Wan era su maestro, su reputación era formidable. Juntos parecían invencibles. Tal vez lo fueron… hasta Geonosis.

Pero no podía permitirse pensar en ello ahora.

—A morir no van, Padawan —le afirmó a T'Seely con firmeza—. Rumores sobre ellos no ayudes a extender.

—No, Maestro Yoda —respondió T'Seely escarmentado.

Su lanzadera se deslizó suavemente hasta su muelle. A su alrededor, y hasta donde la vista más fina podía alcanzar, otras naves aterrizaban y despegaban, desempeñando las interminables empresas de la República. Yoda envió a T'Seely de vuelta al Templo, a continuación se adentró en las entrañas del complejo del Senado y fue abriéndose camino a través del desconcertante laberinto de tubos de velocidad y pasillos que llevaban hasta el departamento de administración y a la suite ejecutiva del Canciller Supremo Palpatine.

Como de costumbre, su opulencia carmesí amenazaba con la opresión. Una elección inesperada del color tratándose de un hombre tan humilde. Palpatine había bromeado sobre aquello, avergonzado.

«—Cuando pienso en mis nuevas responsabilidades me entran escalofríos —dijo—. Con el rojo me hago la ilusión de que estoy más arropado».

El Senador Bail Organa de Alderaan esperaba en la antesala de la oficina vacía de Palpatine. No iba vestido con su espléndido atuendo habitual, sino con una sencilla túnica de color oscuro y unos pantalones de claro corte militar. Señal de los tiempos que corrían, quizá. Como era miembro del Comité de Ciudadanos Leales y un hombre muy involucrado en los debates sobre la segundad de la República, no era de extrañar que también le hubiesen convocado.

—¡Maestro Yoda! —exclamó mientras se incorporaba—. Qué alegría me da ver que ha vuelto sano y salvo de Geonosis —titubeó y su sonrisa de alivio se borró—. ¿Es cierto que me han dado a entender que salimos victoriosos, pero… ha sufrido la baja de muchos Jedi?

Yoda asintió.

—Cierto es, Senador.

—Ah —dijo Organa, volviendo a su asiento—. Siento mucho oír eso. Por favor, acepte mis condolencias.

Era un buen hombre, estaba realmente afectado.

—Gracias.

Organa dudó y a continuación añadió:

—Los soldados clon, Maestro Yoda, ¿fueron efectivos?

—Muy efectivos, Senador. La diferencia marcaron.

—Bueno, me alegro por el bien de los Jedi, pero aún así es preocupante —murmuró Organa—. Porque ahora los separatistas saben que tenemos medios para hacerles daño. Interpretarán la formación de este Gran Ejército de la República como una evidente declaración de guerra. Cualquier intento por resolver esta crisis de forma diplomática lo considerarán una táctica de distracción, un truco para ganar tiempo y consolidar así nuestras nuevas fuerzas.

—Con precisión la situación has resumido, Senador —dijo Yoda, aprobando con gravedad—. Todo a nuestro alrededor hacia las sombras de la guerra apunta. Mucho sufrimiento veo en los meses venideros.

Organa volvió a ponerse de pie y comenzó a caminar por la antesala.

—*Debe* haber alguna manera de evitarlo, Maestro Yoda. ¡Me niego a aceptar que nuestra grande y noble República se deje arrastrar sin oposición hacia un derramamiento de sangre incontrolado! El senado tiene que *actuar*, debe detener esta violencia antes de que se desate. Si permitimos que el dolor y la rabia de Geonosis nos lleven a tomar represalias, si nos permitimos afirmar que *esta* muerte justifica *aquella* otra, entonces *sí* que estaremos perdidos. Y la República estará condenada.

Antes de que Yoda pudiese responder, las puertas de la oficina de Palpatine se abrieron y Mas Amedda entró en la antesala.

—Maestro Yoda, Senador Organa —dijo educadamente—. El Canciller Supremo les recibirá enseguida.

Dos

Palpatine estaba junto al gran ventanal de transpariacero situado detrás de su mesa, mirando los infinitos e intrincados cinturones de tráfico que bullían a lo largo de todo el paisaje urbano de Coruscant. Al oírles entrar se giró y sonrió solemnemente.

—Maestro Yoda. No encuentro las palabras para expresar mi más profundo alivio por haber sobrevivido a la matanza de Geonosis. A decir verdad, nunca imaginé que los separatistas llevarían sus insignificantes discrepancias con la República hasta tal extremo y hasta un final tan desgarrador.

—Sorprendido yo también estoy, Canciller Supremo —respondió Yoda—. Imprevisto ha sido este suceso.

Palpatine regresó a su silla.

—Imprevisto, sí —murmuró al mismo tiempo que Mas Amedda ocupaba su asiento habitual, a la derecha de su superior—. Y en especial para los Jedi. Es un asunto que le debe preocupar bastante. —Se inclinó hacia delante, enfatizando su expresión—. Maestro Yoda, antes de entrar en detalles de lo ocurrido en Geonosis, debo saber una cosa: ¿cómo se encuentra mi joven amigo Anakin? Me alarmé mucho cuando me enteré de que estaba herido.

—Herido, sí, Canciller Supremo —apuntó Yoda—. Pero a morir no va.

Palpatine se recostó y se pasó la mano por la cara, tembloroso.

—Es cierto que le protege la Fuerza. —Su voz se rompió y él se estremeció—. Lo siento. Debe perdonar mi emoción. Le tengo un gran aprecio a Anakin. Le he visto crecer desde que era un niño, le he visto convertirse en un joven tan apuesto, tan valiente, tan poderoso, en un honor tan grande para la Orden Jedi, que tengo un especial interés por su bienestar. Espero… —Tembló—. Espero que mi preocupación por él, mi afecto, no lo considere como una intromisión, Maestro Yoda. No quiero hacer nada que pueda impedir el progreso de Anakin como Jedi, por supuesto.

Yoda bajó la mirada hacia el suelo, sujetando el bastón de gimer con ambas manos. No había una respuesta sencilla para aquello. Sí, le preocupaba el cariño de Palpatine hacia el chico. No importaba lo bienintencionado que fuera, ni lo sincero y profundo: la preocupación del Canciller Supremo por el aprendiz de Obi-Wan era problemática. La causa de todos los males del joven Skywalker era su necesidad de vínculos emocionales. Su amistad con Palpatine sólo complicaba las cosas. Pero aquel hombre *era* el Canciller Supremo. Y su intención era buena.

A veces, la política tenía prioridad.

—¿Una intromisión, Canciller Supremo? No —dijo—. El joven Skywalker su interés valora.

—Al igual que yo lo valoro a él, Maestro Yoda —repuso Palpatine—. Me pregunto… —Hizo una pausa con delicadeza—. ¿Me permite preguntarle por el alcance exacto de sus lesiones?

Yoda miró a Bail Organa, inmutable hasta el momento. ¿Le importunaba? Si era así, es que era todo un maestro en disimular sus sentimientos.

«Un buen hombre es. Discreto y fiel. Sin embargo, tratar asuntos Jedi no quisiera ante él. Pero negarme a contestar a Palpatine no puedo».

Repiqueteó con los dedos sobre el bastón y después asintió.

—El joven Skywalker su brazo derecho ha perdido. Se lo cortó en un duelo con espada láser.

—¿Un *duelo*? —repitió Palpatine, incrédulo—. ¿Con quién? ¿Quién es tan osado como para sacar una espada láser contra Anakin? ¿Quién en toda la galaxia posee la habilidad y el conocimiento para derrotar a un Jedi con sus habilidades?

De nuevo, el inoportuno y punzante dolor del fracaso y el arrepentimiento. Yoda se las arregló para cruzarse con la horrorizada mirada de Palpatine, inquebrantable.

—El conde Dooku fue, Canciller. Ciertos son los primeros informes que recibimos del Maestro Kenobi. En enemigo de la República el conde Dooku se ha convertido.

Palpatine se giró hacia Mas Amedda, que tenía las manos abiertas en señal de consternación. Le miró de nuevo, con los labios apretados y los ojos brillantes por la angustia.

—Maestro Yoda, apenas me salen las palabras. El conde Dooku ha traicionado a la Orden Jedi. Nos ha traicionado a todos. No lo entiendo. ¿Cómo ha podido hacer algo tan ruin?

Yoda frunció el ceño. Tenía muy claro que no iba a hablar de los Sith en presencia de Bail Organa.

—Seducido por los sueños de poder está Dooku. De una gran tragedia se trata.

Palpatine lanzó un suspiro de dolor.

—Cuénteme el resto, Maestro Yoda. Aunque sé que me partirá el corazón, tengo que saber lo de Geonosis.

Relató los hechos con rapidez, sin florituras ni emoción. Una vez acabado, Palpatine se levantó de su silla una vez más y se levantó para mirar el bullicioso cielo de Coruscant a través del ventanal de transpariacero, con las manos unidas en la espalda y la barbilla clavada en su pecho aterciopelado y brocado.

—Saben, amigos —dijo al fin, rompiendo el profundo silencio—, hay ocasiones en las que comienzo a dudar si tengo la fuerza necesaria para seguir adelante.

—¡No vuelvas a decir eso! —exclamó Mas Amedda—. ¡Sin tu liderazgo la República no podría sobrevivir!

—Tal vez eso fuese cierto alguna vez —reconoció Palpatine—. Pero si yo, como Canciller Supremo, he fracasado de tal manera como para que esos ciegos e insensatos separatistas sean capaces de asestarnos *semejante* golpe…

—Canciller Supremo, está siendo demasiado duro consigo mismo —se apresuró a decir Bail Organa—. Si de alguien es la culpa, es de ese traidor del conde Dooku y de los líderes de las distintas asociaciones y sindicatos que le apoyan y que manipulan los casos y los sistemas más débiles e ingenuos en beneficio propio. *Ellos* son los que le han

fallado a la República, no usted. La sangre derramada en Geonosis ha manchado *sus* manos, no las suyas. Desde el comienzo de esta disputa usted no ha dejado de esforzarse por encontrar una solución pacífica.

—¡Y he *fracasado*! —replicó Palpatine, dando media vuelta—. ¿Quién sabe mejor que yo, Bail, lo importante que es el cese de la violencia? Yo, un hombre cuyo planeta de origen fue invadido, que fue obligado a mantenerse al margen, indefenso mientras un impotente Canciller Supremo y un Senado incompetente permitieron que la gente a la que habían jurado proteger muriese por la codicia de la Federación de Comercio. Han pasado diez años desde aquel fatídico momento, pero ¿en qué han cambiado mis circunstancias, le pregunto? ¡No han cambiado! Aunque para ustedes sea el Canciller Supremo de la República, *sigo* estando indefenso. Nos enfrentamos a la peor amenaza de nuestra historia. Los habitantes de la República están muriendo, los *Jedi* están muriendo y todo porque no he actuado a tiempo para evitar esta tragedia.

—No es cierto —dijo Organa—. La única persona con el poder para evitar esta tragedia era Dooku. Pero prefirió cometer una atrocidad en su lugar. Sobre usted no recae ninguna culpa, Canciller Supremo. Le debemos nuestra gratitud por tener el coraje para dar el complicado pero necesario paso de poner en marcha el ejército clon. Sin él, el Maestro Yoda y sus Jedi habrían perecido en la masacre, no le quepa duda. ¿Dónde estaría entonces la República?

Lentamente, Palpatine se sentó.

—Confieso que me ha sorprendido, Bail. Dada su estrecha relación con la Senadora Amidala, no estaba del todo seguro de que compartiese mi decisión.

Organa parecía desconcertado.

—Es cierto que respeto y admiro a la Senadora de Naboo —dijo—. Desde que sirvo con ella en el Comité de Ciudadanos Leales he ido apreciando sus cualidades únicas. Pero yo siempre he creído que debíamos defender nuestra República… Pese a todos los riesgos que ello conlleva.

—Y yo aprecio su apoyo actual —respondió Palpatine, con una leve sonrisa de reproche—. En especial porque debo pedirle que asuma incluso más responsabilidad. Senador Organa, siento que el Comité de Ciudadanos Leales ya ha cumplido su cometido. Ahora necesitamos un comité nuevo, uno que pueda supervisar todos los asuntos relativos a la seguridad de la República. Estará compuesto por usted, como presidente, y por tres o cuatro Senadores en los que pueda confiar plenamente. ¿Se ocupará de ello? ¿Aceptará el cargo? Organa asintió.

—Por supuesto, Canciller Supremo. Es un honor que me lo haya propuesto.

—Excelente —dijo Palpatine, su expresión era seria—. Y Maestro Yoda, una vez se haya ocupado de todo lo concerniente a los Jedi tras la Batalla de Geonosis, usted, sus Consejeros y yo debemos convocar un comité de guerra formal para llegar a una conclusión rápida y decisiva sobre esta desgracia. Por el bien de la República *debemos* ganar este conflicto.

Yoda frunció el ceño. ¿Involucrar *aún más* a los Jedi con asuntos del gobierno? Eso era lo último que quería. Pero Palpatine tenía razón en una cosa.

—De acuerdo con usted estoy, Canciller Supremo. Esta guerra rápidamente acabar debe y la paz preparada debe estar.

—Entonces ya no le entretengo más —dijo Palpatine, levantándose—. Gracias por venir a verme con tanta prontitud, cuando sé perfectamente que preferiría estar junto a sus Jedi heridos. Por favor, cuando le vea, dígale a Anakin que está en mis pensamientos.

—Claro, Canciller Supremo —respondió Yoda—. Y dudar en contactar conmigo no debería, si de alguna ayuda le puedo ser.

Palpatine sonrió.

—No lo dudaré ni un instante, Maestro Yoda. Créame cuando le digo que usted y los Jedi nunca están fuera de mis planes.

Una vez fuera, Yoda y Bail Organa se alejaron de la oficina de Palpatine. Lamentándose por no disponer de su silla repulsora, Yoda contempló el largo camino hasta el complejo de muelles y tragó saliva.

—Yo también me voy ya —apuntó Organa—. ¿Quiere que le lleve de vuelta al Templo Jedi, Maestro Yoda?

—De una oferta muy amable se trata —contestó Yoda, asintiendo—. La aceptaré. Mucho tengo que hacer allí. Tiempo que perder no tengo.

Y en el primer lugar de su lista, desgraciadamente, estaba lo que seguro iba a ser una complicada conversación con Obi-Wan Kenobi. Nada más entrar en los Salones Curativos del Templo Jedi, fue conducido para hablar con la Maestra Vokara Che en su salón privado.

—Maestro Yoda —dijo el twi'lek con una reverencia, sonriendo amablemente con ojos fríos y vigilantes—. Es un gran alivio verle ileso. Entiendo que se batió en duelo con Dooku. Ha pasado mucho tiempo desde que utilizó la espada láser en combate.

Yoda le respondió encogiendo ligeramente un hombro. Estaba dolorido y fatigado, pero ya se le pasaría.

—Ileso estoy, Vokara Che. Preocuparte no debes. De nuestros Jedi heridos infórmame. ¿Cómo se encuentran?

La mayoría estaban curados o en proceso. Anakin era el peor parado, pero estaba descansando cómodamente, dentro de lo que cabe. Permanecía en un profundo trance curativo para contrarrestar el efecto de su lesión mientras realizaban los últimos ajustes de su brazo protésico. Por desgracia, el daño causado por la espada láser en su fuerte antebrazo hacía imposible la reimplantación de la extremidad.

—Pero confío en que se recuperará plenamente —concluyó Vokara Che—. Si bien, indudablemente, tendrá que esforzarse un poco al principio.

«Un brazo protésico». A Yoda se le cayó el alma al suelo, aunque esperaba una noticia así. Una conexión Jedi con la Fuerza fluía por los midiclorianos de su sangre. Se sabía que la pérdida de un miembro afectaba a los poderes de los Jedi. Era cierto que

Anakin Skywalker poseía más midiclorianos que ningún otro Jedi de la historia, pero aún así…

—Verle ahora deseo —dijo afectado—. Y a Obi-Wan Kenobi también.

Vokara Che frunció el ceño y movió suavemente las colas de su cabeza.

—Sí. Claro. Maestro Yoda… sobre Obi-Wan…

—Que me cuentes no es necesario, Vokara Che. A sí mismo se culpa por las lesiones de Skywalker.

Ambos conocían a Obi-Wan desde su infancia. Con gesto triste, asintió.

—¿Debemos esperar algo menos de él?

No debían, pensó Yoda. Ningún Jedi podría haber asumido la enorme tarea de entrenar a Anakin Skywalker más seriamente de lo que Obi-Wan Kenobi había hecho. Cargado con su promesa a un hombre moribundo, con el conocimiento de que entrenaba a un hijo de la profecía, con el miedo inherente de que podía cometer cualquier error, habiéndole fallado a Qui-Gon, no pasó ni un solo día en el que Obi-Wan no encontrara una manera de convertir los defectos y fracasos de Anakin en los suyos propios.

Con un suspiro, Yoda bajó de su silla deslizándose.

—A Obi-Wan voy a aconsejar.

Vokara Che sonrió, se alivió y se levantó.

—Bien. —Y su sonrisa se borró—. Pero primero… —Se aclaró la garganta—. No estoy segura de si es consciente de esto, pero la Senadora Amidala acompañó a Obi-Wan y a su aprendiz hasta aquí. La tratamos, por supuesto, pero no sin que antes hubiera cierta… antipatía. Estaba muy preocupada por Anakin. Insistió en verle. Mantuvimos una discusión acalorada cuando me negué. Tal vez se produzca una queja oficial. Lo siento.

Yoda sintió cómo su alma se hundía aún más. *La Senadora Amidala.* Otro problema, otro misterio, otra pieza del puzle que era Anakin Skywalker.

Con algo de esfuerzo, consiguió liberarse de las preocupaciones.

—Preocuparte no debes, Vokara Che. Ahora, a ver al joven Skywalker llévame, por favor. Después con el Maestro Kenobi hablaré.

Con el extenuante dolor de las heridas de su espada láser ya prácticamente olvidado, Obi-Wan paseaba por los confines de su sala de curación y maldecía la disciplina que tanto le había costado adquirir y que le impedía ir a buscar al curandero más próximo y pedirle que le llevara hasta la habitación de Anakin *ahora mismo*.

—Maestro Kenobi —dijo una voz severa y familiar. *Yoda.* Se dio la vuelta—. Tu Padawan duerme —continuó Yoda desde la entrada—. A salvo del dolor se encuentra de momento. Siéntate ahora, para que hablar podamos.

Desobedecer a Yoda era algo impensable. Obi-Wan se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, con los brazos cruzados en su regazo.

—Perdóneme, Maestro —murmuró—. No tengo pleno control sobre mis sentimientos.

—¿Necesario crees decírmelo? —preguntó Yoda—. Yo no lo creo.

Pese a que el reproche fue tajante, escondía un trasfondo de humor seco. Obi-Wan echó una mirada hacia arriba para comprobar que la expresión de Yoda no era exclusivamente de desaprobación. Había un brillo amable en sus ojos luminosos.

—Perdóneme —repitió—. No era mi intención ofenderle.

—Hmm —respondió Yoda, quien volvió a dar un golpe con su bastón de gimer en el suelo—. Me alegro de ver que estás curado, Maestro Kenobi. A tus obligaciones debes volver. Mucho hay que hacer, con la amenaza de la guerra.

Pese a que podría haberle reportado una reprimenda aún más fuerte, Obi-Wan tenía que hablar.

—Maestro Yoda, mi lugar está aquí junto a Anakin. Está herido por mi culpa.

—Está herido por culpa de *Dooku* —replicó Yoda—. Y por haberte desobedecido. Un niño ya no es Anakin Skywalker. Un hombre es ahora y un hombre debe ser. Sus propios defectos debe aceptar y enmendar.

—Creo que Anakin ya los ha enmendado, Maestro Yoda. Está mutilado. Casi muere.

—*¡Y de ello tu culpa no ha sido!*

Debería haberle afectado escuchar a Yoda hablar de esa manera. Debería haber aliviado la enorme carga de dolor y culpa. Pero no fue así. Nada lo hizo. Nada podía.

«Anakin es mi Padawan. Es mi deber protegerle».

—Protegerle de él mismo no puedes, Obi-Wan —dijo Yoda suavemente—. ¿Protegerte pudo Qui-Gon de los errores que cometiste cuando su aprendiz eras?

Melida/Daan. Hacía tanto tiempo, apenas pensaba en ello. Tragó saliva y se cruzó con la mirada penetrante de Yoda.

—No.

—El error de tu comportamiento aprendiste —prosiguió Yoda—. También aprenderá tu aprendiz. Una misión para ti tengo, Obi-Wan. Cuando la realices, regresar aquí podrás.

Obi-Wan asintió.

—Gracias, Maestro.

Pero en lugar de describir la misión, Yoda comenzó a pasear por la pequeña sala, el ruido de su bastón sonaba fuerte en el silencio.

—¿Sabes, Obi-Wan, por qué era yo reacio a que Skywalker tu aprendiz fuera?

¿Lo sabía? Seguramente no. Y cuando él y Qui-Gon prevalecieron sobre el Consejo y Anakin se convirtió en su Padawan, las objeciones de Yoda dejaron de tener valor.

—Eh… no, Maestro —respondió cauteloso.

Yoda le echó una mirada llena de escepticismo.

—Entonces a contártelo voy. Reacio fui porque compartís el mismo defecto, Obi-Wan. El defecto del *apego*.

¿Qué?

—Lo siento. No lo entiendo. Yoda resopló.

—Sí, así es. Melida/Daan, de apego se trató. ¿Tu promesa a Qui-Gon Jinn de que entrenarías a Anakin? Del apego surgió. Un gran afecto sentías por él. Un gran afecto sientes por Anakin Skywalker. Hondos fluyen tus sentimientos, Obi-Wan. Por completo aún no los controlas. Los suyos el joven Skywalker tampoco controla. Sospecho que estricto con él sobre los sentimientos no siempre has sido.

Era verdad. No lo había sido. Porque Anakin no era como los demás Padawans. Anakin le recordaba a su madre. Y aún más, estaba *ligado* a ella. Sus vínculos eran muy estrechos y no podían romperse fácilmente. Pero el Consejo lo sabía cuando aceptó que él lo entrenara, por lo que parecía muy injusto criticarle por ello. Tampoco parecía justo no darle cierta libertad de movimiento. Y él lo hizo… porque Yoda tenía razón en una cosa, al menos. El apego era algo que él comprendía.

—Por apego a su madre —continuó Yoda, con expresión seria—, a Tatooine el joven Skywalker viajó, desobedeciendo tus instrucciones directas.

Obi-Wan le miró.

—Yo… no hemos… Él no me ha dicho por qué abandonó Naboo. No hubo tiempo para hablar de ello. Los hechos de Geonosis ocurrieron muy rápidamente.

—A Shmi Skywalker algo le ha pasado, me temo —dijo Yoda en voz baja.

—*¿Qué?*

—En la Fuerza al joven Skywalker sentí. Mucho dolor. Mucha rabia. Una tragedia horrible. «Oh, no».

—Él no me ha dicho nada, Maestro Yoda. Si le hubiese ocurrido algo a su madre, estoy convencido de que me lo habría contado.

«¿Me lo habría contado, verdad? ¿O es que yo no lo sentí?».

Sólo que él estaba muy enfadado con Anakin, decepcionado y frustrado. Por la desobediencia del chico hacia sus superiores. Por dejarse capturar. Por haber arrastrado a Padmé con él. Así que cuando se vieron en la arena de Geonosis, había estado distraído y sus sentidos nublados por la emoción.

«El apego interfiriendo de nuevo».

—Hmmm —dijo Yoda, que continuaba paseando. De pronto se detuvo, con los ojos entrecerrados, con la boca apretada de tal forma que hacía que todo Jedi prudente se volviese cauteloso. Con su bastón dio un golpe fuerte y seco contra el suelo—. *La Senadora Amidala.* ¿De los sentimientos de tu Padawan hacia ella eras consciente?

Obi-Wan bajó la mirada hacia sus manos, que seguían apoyadas en su regazo.

—Yo… sé que la admiraba profundamente cuando era niño. Cuando nos asignaron para protegerla me di cuenta de que no había olvidado aquella admiración, ni a ella. —Levantó la mirada—. Yo le recordé, Maestro, que el camino que había elegido prohibía todo lo que no fuese una cálida cordialidad entre ellos.

Los ojos de Yoda se entornaron aún más.

—Caso de tu recordatorio, Obi-Wan, no hizo.

Obi-Wan sintió un ruido sordo en su corazón. *Yoda lo sabía.* Su discusión desesperada con Anakin en la cañonera mientras perseguían a Dooku hacia su perdición.

La enorme insistencia de Anakin por abandonar su obligación y salvar a Padmé. Yoda lo sabía.

—Mientras Anakin duerme, a ver a la Senadora Amidala irás —prosiguió Yoda—. Acabar su relación con ella debe, antes de que más problemas cause. Mejor que muchos otros esto sabes, Obi-Wan.

Siri. Un antiguo dolor le recorrió con la misma rapidez con que lo empujó a un lado. Otra vida. Otro Obi-Wan. Yoda tenía razón. El apego de Anakin hacia Padmé no podía continuar. Ya había demostrado ser una distracción peligrosa.

«Yo sobreviví a la pérdida. Anakin también sobrevivirá».

El único problema era…

«La forma en la que corrió hacia Anakin, tan gravemente herido en aquella caverna. La ternura de sus ojos, sus caricias. Su intensa protección en el viaje de vuelta a Coruscant. Cómo ignoró su propio dolor por el de él. Y cómo luchó por verle aquí, en el Templo».

—Maestro Yoda, me temo que la cuestión no sea tan sencilla —dijo con cautela—. Creo que los sentimientos de Anakin son correspondidos. Es probable que a la Senadora Amidala le moleste mi intrusión en sus asuntos privados.

—¿Asuntos privados? —Yoda levantó las orejas y sus ojos se abrieron de par en par—. Privacidad no hay cuando de un Jedi se trata. Sus sentimientos importancia no tienen, Obi-Wan. Con esta relación acabarás.

Obi-Wan asintió.

—Sí, Maestro —respondió, aparentando la perfecta autodisciplina y tranquilidad de un Jedi. Bajo la superficie, las dudas se agolpaban.

—Sal ya, Obi-Wan —dijo Yoda—. No hay nada que ganar con la espera.

—Sí, Maestro —volvió a repetir.

Al fin y al cabo, no tenía elección.

Tres

Pese a que la noche acababa de caer, Padmé esta tumbada en su habitación a oscuras en busca de la bendita inconsciencia del sueño. Por desgracia, el sueño se mostraba tremendamente escurridizo.

«Le dije a Anakin que le quería porque pensé que estábamos a punto de morir. Pero sobrevivimos… y ahora ya no hay vuelta atrás. Él es mi corazón. Nos pertenecemos de por vida».

Inquieta, se hundió en sus suaves sábanas, atormentada por el recuerdo de ir corriendo hacia la caverna de Geonosis y verle tan gravemente herido y desorientado. Y de ver su brazo amputado abandonado en medio de la suciedad. Una gran herida, muy similar a la que sufrió su madre en aquella brutal masacre. De lo que ocurrió a continuación.

Y como no habían estado a solas, ya que Obi-Wan estaba allí, al igual que el formidable Yoda, no había tenido ocasión de besarle ni de llorar junto a él. Un abrazo fue todo lo que pudo darle. Los soldados clon de Yoda la apartaron a un lado para poder cogerle, llevarle hasta la cañonera y ayudarle a subir a la nave estelar que les llevó a casa.

Aquél había sido el dolor más fuerte de todos.

Alguien llamó a la puerta de su habitación. «¿Qué?».

Con un suspiro de resignación se puso una toga y contestó.

—Trespeó, dije que no quería que me molestara nadie.

—Oh, Señora Padmé. Discúlpeme, por favor —dijo el droide nervioso—. Intenté convencerle para que se marchara, pero es insistente, brusco incluso, algo raro en él, y… —¿Quién es? ¿Quién ha venido?

—Resulta que es el Maestro Kenobi —dijo C-3PO—. Y dice que no se irá hasta que ambos hayan hablado.

Debía de haber pasado algo. «Anakin».

—Dile que iré a verle enseguida —dijo con la boca seca—. Ofrécele algo para beber. No tardaré.

En cuanto la puerta se cerró tras el droide, se quitó el pijama y se puso un sencillo pero elegante vestido azul. La ropa era su armadura. Si trajera malas noticias —si se trataba de Anakin—, no querría enfrentarse a él con la más mínima desventaja.

«Pero Anakin no está muerto. Si lo estuviera, lo sabría».

Obi-Wan la estaba esperando en la sala de estar, impecablemente vestido con una túnica Jedi limpia y unas mallas. Por su aspecto, con las piernas firmes, ya sin palidez ni gestos de dolor en el rostro, era evidente que los curanderos le habían sanado las heridas de espada láser que le dejaron más indefenso de lo que ella pensaba que era posible.

—Obi-Wan —dijo, acercándose a él—. ¿Ha venido para llevarme de vuelta al Templo? ¿Se me permite ya ver a Anakin?

El inclinó ligeramente la cabeza, con las manos juntas en la espalda.

—No, Senadora Amidala. Me temo que no es posible. *Senadora*. No *Padmé*. Y nada salvo una severa formalidad en su actitud.

—Entiendo —respondió con cautela—. En ese caso, y dados los recientes sucesos, ¿puede esperar su recado? Estoy cansada. Necesito reposar.

—Le comprendo, Senadora —contestó—. Y siento molestarla, pero no. Esto no puede esperar.

¿De verdad? Bueno, no era él quien debía decidirlo, ¿no? Su casa. Sus normas. Cruzó los brazos.

—¿Ha visto a Anakin?

Si le molestó, no lo demostró.

—Está descansando apaciblemente. No tiene por qué preocuparse por nada.

Así de frío se mostró. Positivamente indiferente. Cualquiera pensaría que estaba hablando de un simple conocido. Pero ella sabía lo que hacía.

C-3PO regresó con té Karlini. Obi-Wan sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Ella cogió una taza, por distraerse más que nada, y a continuación le hizo un gesto al droide que había construido Anakin para que se retirase.

—Esto es todo. Te llamaré cuando te vuelva a necesitar.

Cuando la puerta se cerró tras C-3PO, se volvió hacia Obi-Wan.

—¿Para qué ha venido?

El titubeó y después suspiró. Abandonó sus absurdas reservas.

—Porque tenemos que hablar, Padmé. Sintió un vuelco en el corazón.

—Entiendo. Bueno, si vamos a hablar, pongámonos cómodos. —Señaló el sofá y las sillas—. Por favor, siéntese. Volvió a dudar y enseguida aceptó.

—Gracias —dijo con desgana, y se dirigió hacia una de las sillas.

Ella eligió el sofá de enfrente y le observó por encima del borde de la taza. Tenía la espalda recta, con los hombros en tensión, como si esperase problemas. Algún tipo de ataque. Y, sorprendentemente, pareció quedarse sin palabras.

«Está bien. Yo moveré ficha primero».

Depositó la taza sobre la mesita que tenía junto a ella.

—Aunque esté preocupado por Anakin, y sé que lo está, no se moleste en mantener esa pose estoica de los Jedi, imagino que no estará muy contento con él en estos momentos. Pero debería saber, Obi-Wan, que no desobedeció sus órdenes a la ligera.

Sobresaltado, la miró. Entonces torció el gesto.

—¿A cuándo se refiere? ¿Cuándo se fue de Naboo a Tatooine o de Tatooine a Geonosis?

—*Las dos* veces. Obi-Wan, me da igual lo que piense, pero Anakin se toma muy en serio lo de ser un Jedi. No habla de otra cosa. Ser un Jedi y no decepcionarle a usted. El…

Pero Obi-Wan no estaba escuchando. Miraba al horizonte, con ojos sombríos, con gesto adusto. Y después la miró a ella.

—¿Qué le ocurrió a la madre de Anakin, Padmé? La pregunta le sacudió de forma desagradable. No se había dado cuenta de que él sabía que algo iba mal. —¿Que qué le ocurrió? Murió. Y eso le sobresaltó a él. «Bien».

—¿Me está diciendo que murió? —preguntó consternado—. ¿Cómo? ¿Y dónde estaba Anakin? ¿Qué…?

Levantó una mano, poniendo fin a la avalancha de preguntas. A ella no le correspondía hablar de la muerte de Shmi Skywalker con aquel hombre. Ni de su muerte no… ni tampoco de lo que ocurrió después con los Moradores de las Arenas.

—Lo siento. Si quiere saber más, pregúntele a Anakin.

A Obi-Wan no le gustó aquello, pero era lo bastante inteligente como para no insistir.

—Podré perdonarle el haber ido a Tatooine, si… Si tomó la decisión por su madre —dijo—. Pero desobedeció intencionadamente al irse a Geonosis, él…

—No, Obi-Wan. Eso fue decisión mía, no suya.

—*¿Suya?*

—Así es. Anakin quería salvarle de los separatistas y *también* quería obedecer al Maestro Windu. Evidentemente, no pudo obedecer a ambos, así que yo tomé la decisión por él. Me decanté por la que él quería tomar pero cuyas consecuencias temía. Decidiera lo que decidiese, se habría equivocado.

Obi-Wan frunció el ceño.

—Acatar una orden directa del Consejo Jedi nunca es un error, Senadora. *Desobedecer* una orden, *eso* sí es un error.

—Qui-Gon ignoraba al Consejo con bastante frecuencia —replicó—. Así me lo hizo saber en Tatooine. Dijo que era una auténtica locura sustituir el juicio de otro por el de uno mismo cuando *tú* eres la persona más indicada para decidir. —Cogió de nuevo la taza y bebió un poco de té—. Me sorprendería mucho que a usted no le hubiese dado el mismo consejo, Obi-Wan.

Sus ojos se quedaron vacíos. Su gesto se heló.

—No he venido aquí para hablar de Qui-Gon Jinn.

No pudo evitar estremecerse, su voz sonaba tan fría. Este era el Obi-Wan que podía inducir a Anakin a un silencio escarmentado. O incluso al llanto.

«Pero a mí no va a intimidarme. No tiene derecho a reprenderme».

Volvió a depositar la taza.

—De acuerdo. Hablemos de esto entonces. Si usted hubiese muerto en aquella arena porque él no fue en su ayuda, Anakin habría quedado desolado. ¿Cree sinceramente que yo me hubiese quedado al margen, permitiendo que eso ocurriera?

—*Sus* actos no son lo importante, Padmé. Lo importante es *que Anakin* no debería haber permitido que ocurriese. Es un Jedi. Le corresponde anteponer sus obligaciones a sus sentimientos.

—¡Y así lo hizo! Estaba dispuesto a hacer lo que le ordenase el Maestro Windu. *Yo* fui quien decidió rescatarle a usted. Y Anakin, mi guardaespaldas asignado, no tuvo otro remedio que acompañarme.

Esto provocó que su mirada adquiriese cierta amargura.

—Muy creativo por su parte, Senadora —dijo Obi-Wan—. Qui-Gon estaría orgulloso.

La Senadora se inclinó hacia delante, intentando acercarse a él. Intentando sobrepasar la actitud serena y esquiva de los Jedi.

—Anakin le admira muchísimo, Obi-Wan. Necesita saber que usted confía en él. Asintió. —Ya lo sabe.

—¿En serio? —Se recostó—. Me extraña. —¿No me cree? ¿Por qué?

—Porque si él supiese que usted confía en él, no estaría tan inseguro.

—¿Tan inseguro? —repitió Obi-Wan, incrédulo—. Padmé, el problema de Anakin no es por falta de seguridad. De hecho, es más bien todo lo contrario. Es su *exceso de confianza* lo que le ha llevado a la perdición. ¡Si no me hubiese desobedecido, si no se hubiera batido en duelo con Dooku, ahora no estaría tumbado e inconsciente en el Templo esperando a que le acaben de fabricar su brazo protésico!

—Bien —repuso mientras el corazón le latía con fuerza—. Usted culpa a Anakin de lo que pasó.

Obi-Wan se incorporó y se dio media vuelta.

—No he venido aquí para reconstruir los hechos de Geonosis. Eso es asunto de los Jedi, no suyo.

—Entonces vaya usted al grano o regrese al Templo, Obi-Wan —contestó—. Yo no le he invitado. Y le he dejado quedarse por cortesía, nada más.

Volvió a girarse hacia ella lentamente. Su rostro estaba pálido, sus claros ojos azules reflejaban las sombras de emociones intrincadas.

—Lo que quería decirle es que no puede albergar esperanzas para nada más que una cordialidad civil entre usted y Anakin, Senadora. Él tiene un compromiso con la Orden Jedi. Su vida está con nosotros. No tiene sentido que sueñe con otras cosas.

Sintió una ráfaga de rabia en la sangre, como la calima del desierto de Tatooine.

—No sé de qué me está hablando.

—¡No me tome por un loco, Padmé! —exclamó—. Claro que lo sabe. El siente algo por usted. Sentimientos muy fuertes que nublan su juicio y le hacen desobedecer a la Orden. ¿Va a fingir que usted no siente algo similar por él?

—¡Mis sentimientos son cosa mía!

—¡No cuando implican también a un Jedi!

Casi sin aliento, se quedaron mirando el uno al otro. Si ella podía ver su dolor, él seguro que también podía verlo en ella.

—¿Para esto ha venido? —susurró—. ¿Para decirme que debo olvidar a Anakin?

—He venido porque así me lo han pedido —contestó Obi-Wan tras una pausa—. Y porque estoy intentando protegerle. Y no espero que me crea, pero Padmé… —Se inclinó de nuevo hacia el borde de la silla, tocándose las rodillas con la punta de los dedos—. Es cierto. Debe saber que seguir adelante con esto sólo conducirá a que a ambos se les parta el corazón. Si de verdad quiere a Anakin, *debe* dejarle ir. Él no puede amarle al ser un

Jedi. Y él nació para ser un Jedi. Su destino es más grande de lo que usted o yo podamos imaginar. Si no es libre para alcanzarlo, un gran número de personas pagarán un precio altísimo. ¿Eso es lo que quiere?

Parpadeó rápidamente para evitar las lágrimas.

—¿Y tan poco le quiere usted que sería capaz de condenarle a una vida de soledad por una profecía que ni siquiera su amado Consejo Jedi puede asegurar que sea cierta?

Obi-Wan se levantó de nuevo y esta vez se marchó.

—Si yo no… le… quisiera —dijo con la voz rota y de espaldas—, no estaría aquí ahora.

Ella dio un brinco.

—Me parece que usted y yo tenemos una definición muy distinta del *amor*. Yo nunca haría nada que perjudicase a Anakin. ¿Puede usted decir lo mismo, Obi-Wan?

Giró en redondo, con los ojos encendidos.

—¡Eso es una tontería infantil!

—Obi-Wan, estoy *preocupada* por él. ¿Lo entiende?

Obi-Wan respiró hondo. Soltó el aire, de golpe, recuperando la compostura.

—Padmé, se equivoca si piensa que no sé lo que le estoy pidiendo. Lo sé muy bien. La vida de un Jedi *es* solitaria. Requiere que hagamos los mayores sacrificios. Nuestras necesidades van en último lugar y las de los demás en el primero. Pero ¿cuánto sufrimiento se producirá si el Jedi abandona sus obligaciones? ¿Es eso lo que quiere? ¿Es eso lo que cree *que Anakin* quiere?

«Él quiere servir a los Jedi y también quiere amar y ser amado. Me niego a aceptar que se vea forzado a elegir».

—No tengo ninguna autoridad sobre usted —continuó Obi-Wan—. Soy plenamente consciente de ello. Pero le voy a pedir, a rogar, que haga lo siguiente. Váyase de Coruscant. Regrese a Naboo. Dele a Anakin el tiempo que necesita para restablecerse de sus lesiones… y para darse cuenta de lo que usted y yo ya sabemos: que separar sus caminos es el único remedio posible para esta desafortunada situación.

Volvió a parpadear por el escozor de las lágrimas. «Dice que lo entiende, Obi-Wan, pero no es así. En lo que de verdad importa, no conoce a Anakin en absoluto. Pero yo sí. Yo le conozco. Yo he visto su corazón al descubierto. En su totalidad. Mi amor puede salvarle».

Pero no podía decirle eso a Obi-Wan. Él nunca se lo creería. Y él *nunca* les quitaría el ojo de encima ahora que sabía que ella y Anakin se amaban. Así que ella tuvo que hacerle creer que la había convencido para abandonar a Anakin. La necesidad de tal engaño le hizo sufrir. Ella apreciaba a Obi-Wan, y mucho. Y sabía que él quería a Anakin en la manera distante y contenida propia de los Jedi. Pero el amor de Anakin era como el calor de una supernova. Si intentaba controlarlo, el Jedi le destruiría.

«Moriré antes que dejar que eso ocurra».

Levantó la mirada.

—¿De verdad cree que mi amor sólo puede perjudicarle?

—Sí, Padmé —respondió al tiempo que se aclaraba la garganta—. Eso creo.

No fue difícil dejar que las lágrimas volvieran a derramarse. La mera sinceridad de su voz le dolía y era algo que no había esperado.

—Entiendo.

—Lo siento —añadió con tono de impotencia—. Ojalá las cosas fueran de otra manera. Lo digo de verdad. Pero debe comprender… que no puede salir nada bueno de esta relación para ninguno de los dos.

—Tal vez… tal vez tenga razón —susurró con suficiente desdén.

—La tengo.

Contuvo un sollozo.

—Yo no quiero hacerle daño.

—Lo sé, Padmé. Pero es mejor una pequeña crueldad ahora que una tragedia mayor más adelante.

Dejó que las lágrimas cayesen sin oponer resistencia.

—No me perdonará nunca. Obi-Wan dio un paso hacia delante.

—Tal vez no —dijo con voz temblorosa—. Pero ¿se perdonaría a sí misma que el amor por usted le destruyese?

—No. Me moriría —respondió claramente. Y era una gran verdad.

—Entonces ya sabe lo que debe hacer.

—Sí —susurró aún entre lágrimas—. Me iré de Coruscant. Pasaré una temporada con mi familia. Y… tal vez no vuelva. Para ser sincera, no estoy segura de si puede ser de alguna utilidad. Perdí la batalla contra la formación del ejército y ahora me temo que las voces de paz se han ahogado por completo. Necesito tiempo para decidir qué será lo próximo que haga.

Para su sorpresa, Obi-Wan le cogió la mano. Tenía los dedos fríos.

—Se equivoca. El Senado la necesita ahora más que nunca. Con delicadeza, se soltó.

—Quizá. Obi-Wan… debería ser yo la que rompiese con Anakin. Si lo hace usted, se enfadará y le tendrá rencor y no quiero que haya ningún problema entre ambos. Además, si se lo dice usted, puede que no le crea y tendría que acabar diciéndoselo yo igualmente.

Se acarició la barba, pensativo.

—De acuerdo.

—Permita que Anakin me escolte hasta mi casa en Naboo. Será difícil decirnos adiós. Me gustaría que nuestra despedida fuese privada. *Por favor,* Obi-Wan —añadió, viendo sus reticencias—. Me lo debe.

El suspiró.

—No puedo prometerle nada, pero… haré todo lo que pueda.

—Gracias.

—Padmé. —Inclinó la cabeza—. Está haciendo lo correcto. Es lo único que puede mantenerle a salvo. Anakin va a necesitar toda su fuerza y concentración para lo que se avecina. Usted no lo ve ahora, pero con el tiempo lo hará.

Y se marchó. Dio la bienvenida a la soledad en la veranda de su salón y miró a través del paisaje urbano de Coruscant hasta el distante e imponente Templo Jedi, donde Anakin permanecía tumbado en su trance curativo.

«No tengas miedo, amor mío. No permitiré que se interpongan entre nosotros. Y si nos mantenemos unidos, ni siquiera la Fuerza podrá separarnos».

Obi-Wan volvió directamente al Templo, con Yoda. La obligación antes que los sentimientos, siempre. La visita a su Padawan herido tendría que esperar.

«¿Shmi estaba muerta? Oh, Anakin».

—¿Hecho está ya? —preguntó Yoda con las rodillas cruzadas sobre la almohadilla de meditación en su habitación privada.

Se sentía mareado, vacío, y asintió.

—Sí, Maestro.

—Bien. Necesario era. Necesario no habría sido, Obi-Wan, si más atento hubieras estado. —Yoda entornó los ojos—. Decepcionado estoy.

Aquello fue como si una espada láser le atravesara las costillas.

—Lo siento mucho, Maestro.

Yoda inclinó la barbilla, su mirada fija era implacable.

—De lección esto te servirá, Maestro Kenobi. El apego lleva al sufrimiento a un Jedi. Instrúyete a ti mismo. Instruye a tu Padawan mientras puedas. En Caballero Jedi debe convertirse, antes de lo que pensábamos.

¿Qué? No.

—Maestro Yoda, no está preparado.

—Hacer que esté listo debes, Obi-Wan. Tu obligación es.

Dado el humor de Yoda, no tenía sentido discutir. Pero no podía quedarse callado.

—Maestro Yoda, ¿de verdad hay necesidad de precipitarse? No es muy oportuno meterle prisa a Anakin, y mucho menos ahora. Su lesión… y Maestro, su madre está muerta.

Yoda asintió, breve y tajante.

—Sí, pero las madres mueren, Obi-Wan. Triste es, pero distraer a un Jedi la muerte no debe.

Y eso era verdad. Era verdad, pero… «¿Que no le distrajera? Yoda, Yoda, usted no conoce a Anakin».

—Sí, Maestro —dijo con mucha delicadeza—. Pero aunque sé que nuestros Jedi desaparecidos deben ser reemplazados, nuestra victoria en Geonosis fue decisiva. Seguro que Dooku y los separatistas se lo pensarán dos veces antes de agravar este conflicto. Ahora que han visto el poder militar del que disponemos, deben saber que sería una locura.

Yoda apretó los labios.

—Una locura, sí. ¿Crees que Dooku cuerdo está? Al lado oscuro se ha pasado. Una locura eso sí es. —¿Así que la guerra es inevitable? Yoda cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Tal vez —susurró—. Esperar debemos para ver qué nos muestra la Fuerza.

Iba a ser una espera de lo más agonizante.

—Sí, Maestro —dijo Obi-Wan—. En ese caso, mientras esperamos…

Yoda levantó la mirada.

—A ver a tu Padawan puedes ir, Obi-Wan. Tu apoyo y orientación va a necesitar para sobreponerse a esta difícil transición.

—Sí, Maestro. Gracias —dijo, retirándose hacia la puerta de la habitación. —*Obi-Wan*.

Se quedó helado por la gravedad en la voz de Yoda, dio media vuelta.

—¿Sí, maestro?

La mirada de Yoda era gris.

—Grandes son los desafíos a los que tu Padawan se enfrentará. Que seas su amigo tu corazón te pedirá. Pero Obi-Wan, un error eso sería. Un amigo el joven Skywalker no necesita. Un maestro necesita y un maestro debes ser.

—Entiendo —respondió Obi-Wan y emprendió su marcha. Pero cuando iba de camino a los Salones Curativos, se dio cuenta de que no estaba preparado para recibir consejos.

«Durante diez años he sido el maestro de Anakin y todo lo que he recibido ha sido rebeldía. Cuanto más le critico, más se aleja. Cuanto más me distancio, más se enfada. Más crítica, más distancia emocional no es la respuesta. No es un Jedi corriente. Nunca lo ha sido. Pero he intentado que lo fuese. He intentado contenerle. Controlarlo. Por su propio bien, es cierto… pero aún así. Si debe convertirse en Caballero Jedi pronto, eso debe terminar».

Además. Con la lucha por la rehabilitación física que le quedaba por delante… con la muerte de sus sueños con Padmé a punto de llegar… con la impactante y terrible pérdida de su madre por afrontar… lo *único* que necesitaba Anakin en estos momentos era un amigo.

Enredado en una pesadilla, Anakin se desesperaba.

«Mamá, mamá, quédate conmigo, mamá». Tan destrozado, tan brutal. Él le había fallado. «Qué guapo estás. Te quiero». El dolor en su voz, la sangre, la pena. Inspiró, espiró, y ya no volvió a respirar. «Quédate conmigo, mamá… no me abandones…».

—¡Mamá! —exclamó y abrió los ojos. Tenía la cara empapada, podía sentir las lágrimas calientes.

—Cálmate —dijo Obi-Wan—. Anakin, cálmate. Tranquilo. Has estado muy grave.

Como si no lo supiera. Como si no notase el enorme agujero en su pecho, donde antes tenía el corazón, por donde se lo extrajeron, por donde un océano de ácido convirtió su mundo en dolor.

Miró al hombre que había sido su mentor y su amigo durante diez años y en lo único que podía pensar era en lo que acababa de perder. Lo que había abandonado por convertirse en Jedi.

—Mi madre está muerta —susurró—. *Y todo ha sido por tu culpa*.

Obi-Wan se echó hacia atrás. ¿Qué? No. Anakin, no.

—Aléjate de mí —dijo Anakin, al tiempo que los bordes de su visión se tornaban escarlata y negro… y la rabia que guardaba en su interior convirtió su aliento en gritos.

—No quiero que estés aquí. Ella estaría viva si hubieses creído en mis sueños. Estaría viva si la hubiese liberado. Aléjate de mí, Obi-Wan. ¡Déjame solo!

Pero Obi-Wan no haría tal cosa.

—Lo siento. No lo sabía, Anakin. No soñaste que estaba en peligro. No soñaste que iba a *morir*. Si hubiese sido así… si me lo hubieras *dicho*...

Anakin bajó su mirada hasta la mano de Obi-Wan, que reposaba sobre su hombro y se revolvió, intentando soltarse.

—No me toques. ¿Estás sordo? ¡He dicho que me *dejes solo*!

Pero Obi-Wan seguía ignorándole. Por supuesto. Porque eso es lo que él hizo. Él le daba órdenes, él nunca escuchaba.

—Anakin, debes saber que no fue deliberado.

Todo lo que debía saber era que este hombre le había decepcionado. Mareado, a punto de perder el autocontrol por completo, consiguió liberarse de los dedos de Obi-Wan…

Con la suave y cálida luz de la habitación, la dorada armadura brillaba.

—¿Qué? —dijo confundido y con la mirada fija. ¿Su brazo? ¿Aquello era su brazo? ¿Su mano? ¿Cómo era posible? No era un droide, era de carne y hueso—. ¿Qué es esto? Yo no…

Y entonces lo recordó todo, un torrente de recuerdos despiadados y descarnados. El beso a Padmé. La arena de Geonosis. La masacre. Todos aquellos Jedi asesinados bajo el sol. La persecución desesperada tras Dooku. El duelo en la caverna. Obi-Wan gravemente herido, a punto de morir. Y su brazo… su brazo…

Como si las imágenes fuesen un gatillo, como si recordar aquello fuese lo mismo que revivirlo, la agonía del corte de aquella espada desató una tormenta en su interior.

Y Obi-Wan se quedó a su lado mientras lloraba.

Cuatro

Ahora: Las Guerras Clon, tras la batalla de Christophsis

—¡No, Ahsoka! ¡Así no! —dijo Anakin frustrado—. Pero ¿por qué no me escuchas?

Con una mirada fulminante, Ahsoka dio un paso atrás.

—A mí no me grites, Skyguay. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Si no lo estoy haciendo bien es culpa tuya, no mía. Tú eres el Maestro Jedi y yo soy tu Padawan, ¿o ya no te acuerdas? No *tengo* por qué saberlo todo aún.

Él la miró con incredulidad; a continuación se dio media vuelta y se alejó de su insolente aprendiz antes de verse en problemas pronunciando unas palabras más propias del calor de una emocionante carrera de vainas que de la silenciosa serenidad de una academia de artes marciales del Templo Jedi.

Pero, de nuevo, se sobresaltó al comprobar la ausencia de su coleta de Padawan golpeándole en el hombro al caminar. Ya debería haberse acostumbrado a ella: habían pasado semanas desde aquella breve y solemne ceremonia en la que Obi-Wan le liberó de su pasado, entregándole su infancia con un gesto cauto de aprobación.

«Puede que no me hayan nombrado Caballero Jedi demasiado pronto… pero estoy bastante seguro de que no estoy preparado para un aprendiz. Al menos, no para una aprendiz como Ahsoka».

Miró hacia arriba y vio a su antiguo maestro en el balcón de observación de la academia, con los brazos cruzados a la altura del pecho, de aquella forma tan peculiar. Ocultaba una sonrisa distendida tras su barba.

«Sí, sí, es divertido. Es un motín. ¿Crees que es la recompensa, verdad, Obi-Wan? Consideras que estoy recibiendo mi merecido».

Bien… tal vez fuese así.

Se volvió a girar hacia su aprendiz. No se había movido lo más mínimo, no había bajado su barbilla desafiante, no había apagado su espada láser de entrenamiento que hacía daño pero no mutilaba ni mataba. Ella seguía allí, a punto de echarse a llorar, con lágrimas de rabia y frustración llenándole los ojos.

Conocía esa mirada. Sabía lo que era sufrirla en sus propias carnes. ¿Cuántas veces en los últimos diez años había mirado a Obi-Wan de aquella manera? Frenando el impulso de patalear y gritar de rabia y decepción… no siempre con éxito.

Su frustración murió cuando vio la angustia de Ahsoka. Suspiró y caminó de nuevo hacia ella, apagando su espada láser.

—Escucha —dijo, deteniéndose ante ella—. No es que lo estés haciendo *mal*. No es eso. Pero eso no significa que lo estés haciendo *bien*, Ahsoka.

Ella levantó un poco más la barbilla.

—¿Hice un buen trabajo en Christophsis, verdad? ¿Y en Teth? ¿Y en Tatooine?

—Nunca dije que no fuese así. Pero también tuviste mucha suerte. La suerte sólo te puede llevar hasta ahí, Padawan. ¿Esperas que confíe mi vida contigo basándome en la *suerte*?

Muy poco a poco fue bajando la barbilla.

—No —masculló—. Por supuesto que no.

—Bien, porque no iba a hacerlo —dijo seriamente—. Ahora, haz cincuenta repeticiones de la forma Niman, nivel uno. Tú sola. Y quiero que cada golpe sea perfecto, Ahsoka. Idéntico. Centrado en la Fuerza. No tengas prisa. No quieras quitártelo de encima lo antes posible. Siente cada paso del ejercicio. —Metió la mano en su túnica y sacó una cámara droide—. Voy a grabarte, así podremos revisar tu estilo y tu técnica más adelante.

—¿Quieres decir que no vas a quedarte para verme? —preguntó con tono decepcionado.

—Estaré por aquí —respondió—. Pero no debe importarte dónde esté yo. Lo importante es dónde estés tú. ¿Centrada en la Fuerza, recuerdas? —Dándole a un interruptor activó la cámara y la lanzó al aire. En cuanto Ahsoka se moviese, la cámara droide quedaría fijada y la grabaría hasta que finalizase el ejercicio—. Ahora… empieza.

Mientras ella cumplía con su deber, con la espada láser emitiendo zumbidos, él dio media vuelta y se alejó. Se sentía mal, culpable, por haber sido tan duro con ella. Por no haberle hecho saber que él había estado donde estaba ella ahora hacía muy poco tiempo y que entendía la incontrolable maraña de emociones que todo Padawan estaba obligado a vencer.

«Pero no se trata de mí, se trata de ella. Cada Padawan recorre el mismo camino de distinta manera. Ella debe encontrar su propio camino, a su tiempo. No puedo ayudarla. Debe ayudarse a sí misma».

Era algo que Obi-Wan le dijo una vez, algo por lo que, por supuesto, se ofendió en aquellos tiempos.

Se enganchó la espada láser de entrenamiento ya apagada en el cinturón, subió por las escaleras hasta el balcón de observación donde se encontraba su antiguo maestro, que observaba cómo Ahsoka se hundía más y más en la Fuerza.

—Es una gran promesa, Anakin —dijo Obi-Wan, mirando hacia él—. A menudo, los más pequeños y abruptos acaban siendo los mejores.

¿Era uno de los típicos halagos de Obi-Wan? Indirecto. Superficial. Nunca efusivo. «Creo que lo era».

—Lo conseguirá —murmuró Anakin—. Pero sigo sin entender por qué el Maestro Yoda me la envió a mí, siendo que tú no has encontrado un aprendiz nuevo para ti.

—No hay prisa por ello —repuso Obi-Wan. Asomaba una nueva sonrisa—. Todavía estoy recuperándome de los rigores del último.

Anakin apartó la mirada.

—Ja, ja —masculló—. Esta no la he visto venir. —Obi-Wan se rió entre dientes.

—¿En serio? Pues deberías.

—Supongo —replicó Anakin, dejando escapar algo de sarcasmo por su parte—, ahora es cuando debería decir: «Vaya, Obi-Wan, no sabía que lo habías pasado tan mal entrenándome. Pero ya lo entiendo. Ahora todo tiene sentido».

—Algo así, sí —contestó Obi-Wan, ampliando su sonrisa.

Anakin suspiró.

—Sí… Bueno…, tal vez sea así.

Se produjo un silencio agradable entre ellos. Anakin lo agradeció: la diversión, las bromas, el compañerismo distendido. Tras los hechos de Geonosis, cuando aún se estaba recuperando de su horrible lesión, daba la sensación de que su relación estaba al borde de la desaparición. Sólo la salvó la firme negativa de Obi-Wan a ser rechazado. Sólo su voluntad para aceptar la ira de su Padawan, su dolor, su culpa y no tomarse nada de modo personal.

Y hubo tanta rabia. Tanto dolor. Incluso ahora, los ecos seguían persistiendo. Lo harían siempre. Nunca conseguiría librarse de aquel instante en el desierto de Tatooine cuando vio morir a su madre. *La sintió* morir. Nunca conseguiría librarse de lo que ocurrió a continuación. La salvaje masacre bajo las estrellas.

Obi-Wan no tenía ni idea de aquello. Nunca lo sabría. Obi-Wan era el Jedi perfecto. Nunca lograría entender la imperiosa necesidad de matar aquello que había matado a la persona que él más quería.

Al fin y al cabo, Anakin sabía que lo único que le había salvado era Padmé y el día perfecto que pasaron juntos tras casarse en secreto. Su amor. Su paciencia. Su aprobación incondicional de todo lo que requerían los Jedi y él rechazaba.

Pero Obi-Wan también le había ayudado. Habiendo perdido su brazo de carne y hueso, con el equilibrio de la Fuerza alterado irrevocablemente, sabía que de no haber sido por Obi-Wan nunca habría logrado confiar de nuevo en sus posibilidades y en él mismo. Nunca habría superado las pesadillas con Dooku, el angustioso momento que cada noche le asaltaba, el de su breve e impactante duelo. Su fracaso. Su mutilación. Nunca habría recuperado la sonrisa ni la alegría que le comportaba ser un Jedi.

Y había alegría. Ah, había *tanta* alegría.

—Fue todo por mi culpa, Maestro —le reconoció a Obi-Wan en su regreso a Naboo, después de haber realizado el encargo privado de construir su nueva espada láser.

—Mi arrogancia estuvo a punto de matarte. Y mi impaciencia me llevó a la derrota. No te escuché. Lo siento.

Entonces se preparó para el inevitable sermón. Una disección de sus miles de defectos. Sin embargo, Obi-Wan intentó sonreír, pero no pudo.

—Te perdono con mucho gusto, Anakin, si tú me perdonas los sueños de tu madre —repuso con voz no muy firme—. La habría salvado por ti si hubiera podido.

Ya no volvieron a hablar de ningún incidente más. Y lo que a menudo había sido una tensa relación entre el maestro y su pupilo se convirtió en una amistad sencilla, sin presiones e inesperada, que se estrechó durante las infinitas horas que pasaron juntos practicando con la espada láser, preparándose para la guerra. Incluso antes de que le

nombraran Caballero Jedi. Un Caballero Jedi que nunca se había sometido a juicios formales, al igual que Obi-Wan. Comenzaba a pensar que, después de todo, tenían muchas cosas en común.

Naturalmente, también tenían sus roces. En ocasiones, Obi-Wan olvidaba la «anterior» etapa del «antiguo Padawan» y le sermoneaba o le reprendía. Olvidaba que ahora ambos eran Caballeros Jedi, generales los dos, con las mismas responsabilidades. Hombres cuyas vidas dependían de su liderazgo. Aquello era… irritante. A veces se preguntaba si Obi-Wan le llegaría a ver realmente de igual a igual. Pero no permitía que aquello le inquietase. Si dejase que aquello le inquietara, podría echarlo todo a perder, y él no quería.

Siete semanas después de la Batalla de Geonosis —cuando ni siquiera habían transcurrido tres semanas desde que Anakin se despidiese de su coleta no sin cierta resignación— las fuerzas separatistas de Dooku lanzaron un brutal ataque sobre la República. El y Obi-Wan combatieron hombro a hombro, defendiendo Anoth en primer lugar y después Bakura. Ahí fue cuando probaron por primera vez el sabor amargo del monstruo Grievous.

A continuación llegó Christophsis… y todo cambió. Recordándolo ahora, se dio cuenta de que Christophsis, y las posteriores misiones a Teth, luego a Tatooine, con Ahsoka, supusieron el catalizador que necesitaba para completar su transformación de Padawan a Caballero Jedi.

Mirando de reojo a Obi-Wan, recordando a su antiguo maestro, moderado pero entregado en aquella misión, sintió un pinchazo de culpabilidad.

«Ojalá pudiese contarle lo de Padmé. Los Jedi están equivocados. El amor no nos debilita. Nos hace más fuertes. Ojalá Padmé y yo pudiésemos demostrárselo. Él está muy solo».

—¿Qué? —preguntó Obi-Wan—. ¿Tengo una mosca en la nariz?

Anakin sacudió la cabeza.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo más vamos a quedarnos aquí en Coruscant mientras, día tras día, Jedi y soldados clon y gente corriente luchan y mueren por la República. Por la libertad. Ha pasado más de una semana y no me siento bien aquí a salvo, cuando ahí afuera nadie está a salvo. No mientras a Dooku y a Grievous y a los demás separatistas no les importe seguir derramando sangre inocente.

—Lo sé —dijo Obi-Wan y posó una mano sobre el hombro de Anakin—. Si te sirve de consuelo, yo también estoy preocupado. Cuanto antes derrotemos a Dooku y a sus secuaces, nosotros los Jedi antes podremos regresar a nuestro primer y mejor propósito… salvaguardar la paz.

—¿Así que no sabes nada?

Dejando caer su mano, Obi-Wan levantó una ceja.

—Si te refieres a que si sé dónde y cuándo tendrá lugar nuestra próxima misión, te llevarás una decepción. Pero no tengas demasiada prisa por partir, Anakin. Cuanto más dure esta guerra, menos frecuentes serán los descansos en nuestro hogar. Disfruta de

Coruscant mientras puedas, mi joven amigo. Algo me dice que nos convertiremos en extraños del Templo dentro de no mucho tiempo.

Un escalofrío de aprensión recorrió la espalda de Anakin de arriba abajo. Irse de Coruscant significaba abandonar a Padmé… y eso que parecía que se acababan de reencontrar. Cuando cerró los ojos pudo oler su delicado perfume, sintió sus dedos en su piel, su piel en sus dedos, saboreó sus lágrimas de alegría. Echarla de menos era una agonía; su separación, una tortura.

No es que le molestara atender sus obligaciones. Todo lo que le acababa de decir a Obi-Wan era cierto: estaba desesperado por ver a la República salir victoriosa sobre los separatistas. Esta guerra ya le había llevado a la desesperación. Y cuanto más tiempo se prolongase, más profundos serían los ríos de sangre.

«No deberíamos haber permitido que esto llegara tan lejos. Si hubiésemos sido más fuertes, los separatistas nunca se habrían hecho tan poderosos. Deberíamos haberles detenido. La culpa es nuestra. ¿Para qué sirven los Jedi si rehusamos utilizar nuestro poder para hacer el bien? ¿Para qué tener poder si se nos prohíbe emplearlo todo lo fuerte que podemos?».

Obi-Wan le golpeó suavemente con el codo.

—Tu aprendiz ha terminado su ejercicio, Maestro Skywalker.

Anakin hizo una mueca.

—No me llames así. No me gusta cómo suena.

Mientras Obi-Wan sonreía, Anakin bajó la mirada hacia la academia de artes marciales para comprobar que Ahsoka había terminado las cincuenta repeticiones de la forma Niman, nivel uno. Estaba jadeando y tenía la túnica empapada por el esfuerzo. Con la espada láser de entrenamiento aún encendida, miró esperanzada hacia el balcón.

—No es que quiera decirte cómo debes enseñar a tu Padawan —añadió Obi-Wan—, pero creo que ya ha tenido suficiente por hoy. ¿Qué te parece si tú y yo le hacemos una demostración de unas técnicas más avanzadas, hmmm?

Anakin sonrió. *Sparring.* Lo que más le gustaba era el *sparring.* Sobre todo contra Obi-Wan, reconocido como uno de los duelistas más brillantes y formidables del Templo. Ahora estaban tan compenetrados, tras años de cruzar las espadas láser como deporte, que, en cierto modo, era como batirse en duelo consigo mismo.

—Es una idea excelente, Maestro Kenobi —respondió—. ¿Vamos?

Con una sonrisa y sin más discusiones, ambos saltaron por encima de la barandilla del balcón y aterrizaron amortiguados por la Fuerza a los pies de una Ahsoka perpleja.

—Tu espada láser de entrenamiento, Padawan —dijo Obi-Wan muy cortés, con la mano tendida—. Y ahora deberías encontrar un lugar seguro en el que quedarte.

Visiblemente sobrecogida y nerviosa, Ahsoka le entregó su arma de entrenamiento. Después, con una picara mirada a su maestro, saltó con la ayuda de la Fuerza hasta el balcón de observación.

—Vaya, vaya —dijo Obi-Wan—. Esa levitación, Anakin. Me pregunto dónde habrá aprendido *ese* mal hábito.

—No tengo ni idea, Maestro —contestó Anakin con un desliz de viejas formalidades. Pero no se sentía mal. Nunca más se sentiría mal. Desenganchó la espada láser de entrenamiento de su cinturón, la encendió y sin pensarlo, por instinto, se dejó llevar por el acecho calculador que predecía a cada duelo.

Con los ojos clavados, con aquella media sonrisa, Obi-Wan le retó paso por paso.

—¿Preparado?

Anakin asintió.

—Siempre.

Y su baile comenzó.

Cuando el Maestro Yoda le dijo que le iba a instruir Anakin Skywalker, Ahsoka no supo si reír o llorar. Ningún Jedi del Templo proyectaba una sombra más alargada que Anakin, ni estaba rodeado de más rumores ni especulaciones. Los relatos de sus hazañas se hacían más y más escabrosos cada vez que se volvían a contar. Todos le conocían… pero nadie le conocía de verdad. Excepto el Maestro Obi-Wan, por supuesto, y él era tan inescrutable, al menos eso parecía, como su antiguo y legendario Padawan.

«¿El Elegido? ¿El Elegido va a ser mi maestro? Oh, no. No, no puede ser. Debe tratarse de un error. Han elegido al aprendiz equivocado».

Pero el venerable Yoda nunca cometía errores.

Con el corazón en un puño, con el miedo bulléndole por la sangre, Ahsoka viajó a Christophsis para conocer al hombre que la guiaría para convertirla en Caballero Jedi. En muchos sentidos iban a compartir… una época… interesante.

Era más humano de lo que había esperado. Pero igual de genial e imprevisible. Más impaciente, pero de algún modo más tolerante. De acuerdo, estuvo en la cuerda floja en más de una ocasión. Le pedía explicaciones por las reprimendas que le daba. Eso fue un descaro. El deseo por impresionarle. Por demostrarle que le habían asignado al aprendiz adecuado. Pero, a pesar de todo, ella no se había defendido tan mal. Al menos él no parecía decepcionado. No se fue directo a Yoda cuando regresó al Templo y le pidió otro Padawan, ¡*cualquier otro* Padawan, pero no quiero volver a ver a Ahsoka!

Así que… parecía que iban a recorrer juntos el camino. Formaban un buen equipo. Maestro y Padawan, luchando por una buena causa hombro con hombro.

De puntillas en el balcón de observación, mirando con atención a través de la reja a los Jedi que luchaban abajo, sintió una envidia impropia de ella.

«Nunca blandiré una espada láser tan bien como ellos aunque entrene veinte horas al día».

En una extraña especie de alquimia Jedi, otros Padawans y Caballeros Jedi comenzaron a agolparse en la academia de artes marciales, uniéndose a ella en el balcón para observar cómo jugaban el Maestro Obi-Wan y el Maestro Anakin mientras se batían en duelo con la exigente Forma Ataru IV.

Y era un juego, pese a que iban completamente en serio.

Viendo saltar a su mentor con la ayuda de la Fuerza por encima de la cabeza de Obi-Wan, con la misma elegancia que una gacela de Tarchalia, se preguntaba si él pensaría en lo que había ocurrido en Geonosis. En que estuvo a punto de morir. Había ocurrido una vez… y podría ocurrir de nuevo. ¿Tenía miedo? Si lo tenía, nunca lo demostraba.

«¿Llegaré a ser tan valiente algún día? Eso espero. No puedo imaginármelo».

Ahsoka se preguntaba si pensaría en la parte de sí mismo que era una máquina y no un hombre. Si no supiera que su mano y su antebrazo derecho eran de metal y no de carne, nunca habría notado la diferencia. No había nada en su forma de actuar que hiciera presagiar que ya no estaba… entero.

Un Jedi podía sentir la Fuerza en el cristal de una espada láser, sentir tal amplificación de poder que apenas podía controlar la catástrofe potencial. Un Jedi se fundía con ella, formaba un vínculo viviente con la Fuerza mientras ésta fluía y fluía a través del extraño prisma. ¿Qué se sentina al tener interrumpido ese vínculo por una mano protésica? ¿Qué sentiría un Jedi al perder parte de su increíble vínculo viviente con la Fuerza?

«Quiero preguntárselo. No sé si puedo».

El balcón estaba lleno y se oía un rumor constante de entusiasmo. Ahsoka se encogía en su interior, donde nadie más podía verla. Esta era *su* sesión de entrenamiento. Eran Obi-Wan *y* Anakin —el Maestro Kenobi y el Maestro Skywalker— bailando para *ella* con las espadas láser. No era justo que los demás se colaran allí.

Un pensamiento indigno, pero al fin y al cabo era lo que pensaba, aunque fuese por un instante.

Abajo, en la academia, los Jedi habían comenzado a sudar. Pero el sudor no les detuvo. El combate simulado seguía adelante. Ataque y contraataque, golpe y réplica, saltos y giros y cortes y evasión. Carreras y saltos, en unión con la Fuerza. Y de vez en cuando, alguna sonora carcajada. Burlas sin mala intención. Reconocían los buenos golpes. Obi-Wan golpeó la espalda de Anakin con su espada láser y éste fingió que gritaba. Este gesto provocó la risa entre la multitud del balcón. Ahsoka rió con ellos y ya no le importaba tanto que estuviesen allí.

Porque, después de todo, ella *era* la aprendiz de Anakin. Nadie podría arrebatarle *aquello*.

Aunque parecía imposible, ya que estaban luchando a gran velocidad, el Maestro Kenobi y el Maestro Anakin aumentaron el ritmo. Las espadas láser de entrenamiento se movían demasiado rápido como para distinguirlas a simple vista. Pero ella aún podía distinguir los movimientos de cada uno; su herencia togruta la había dotado de unos sentidos más agudos que los de los humanos y los de otras muchas especies. Aguantando la respiración, maravillada y con humildad, observaba cómo dos de los mejores Jedi del Templo hacían una demostración de destreza inigualable.

Ataque-bloqueo-defensa-evasión-golpe-contragolpe-contramedida-tiempo muerto-cuerpo a cuerpo y doble salida-golpe de Fuerza-tirón de Fuerza-finta-voltereta hacia atrás-recuperación… y vuelta a empezar.

Cuando Obi-Wan subió corriendo por la pared y *por los aires y* bajó por el lado opuesto y Anakin *le persiguió*, todo el mundo aplaudió, aunque no era muy propio de la cautela que tenían los Jedi. Ella aplaudió. Fue maravilloso.

«Eso es lo que quiero ser algún día. Ese es el tipo de Jedi que quiero llegar a ser».

Pero ni siquiera los Jedi como Obi-Wan y Anakin podían mantener ese ritmo y fuerza eternamente. Cansados, dieron por finalizado el combate. Totalmente empapados, respirando con dificultad, ambos se inclinaron educadamente ante el otro. A continuación, Obi-Wan estiró el brazo y tocó la mejilla de Anakin con la palma de su mano. Ahsoka vio cómo movía los labios. Le vio decir: *Bien hecho*.

Y la mirada en el rostro de Anakin, tras escuchar aquellas dos palabras, estuvo a punto de hacerle llorar.

El balcón se estaba vaciando rápidamente, los Caballeros Jedi y los Padawans volvían a los quehaceres que habían abandonado brevemente. Pronto volvió a quedarse a solas, esperando una orden de su maestro. Le estaba diciendo algo a Obi-Wan en voz baja; no pudo distinguir sus palabras. Obi-Wan asintió, sonriendo, y después miró hacia arriba.

—Tu espada de entrenamiento, Padawan —dijo muy cortésmente, y le arrojó el arma que le había tomado prestada—. Gracias por habérmela dejado.

Cuando el Maestro Kenobi abandonó la academia, Anakin recogió la cámara que había grabado sus ejercicios anteriores y, para su sorpresa, porque aquellas cosas resultaban frívolas, lo hizo flotar con la Fuerza hasta el balcón para que lo pudiera recoger en el aire.

—Ve a buscar una sala de estudio privada, Ahsoka, y examina tu técnica —ordenó—. Mañana por la mañana deberás estar lista para detallarme las cinco mejores y peores cosas que has hecho.

Se guardó la cámara en la túnica.

—¿Mañana, Maestro? ¿No vamos a hablar sobre mi entrenamiento ahora?

El negó con la cabeza.

—Ahora debo irme a otro lugar.

Otra vez. Ella consideraba que lo hacía demasiado a menudo, eso de marcharse sin dar explicaciones. ¿Adónde iría? Nunca se lo decía y sabía que era mejor no preguntar.

—Sí, Maestro. ¿A qué hora quedamos mañana? El dudó.

—No lo sé. Hasta que vuelva a por ti, sigue tu entrenamiento con un remoto… y asegúrate de llevar antifaz.

¿*Otra vez* un entrenamiento con remoto a ciegas? Ella quería entrenar con *él*. Pero ocultó su decepción e hizo una reverencia, el perfecto Padawan.

—Sí, Maestro.

—Bien —dijo, y se marchó.

Sola, y filosófica, abandonó la academia de artes marciales. «Cinco cosas buenas y cinco malas —repitió, dirigiéndose a la biblioteca del Templo—. Creo que voy a sorprenderle y encontraré diez».

Había un nombre para aquello en las mugrientas entrañas de Coruscant: el remordimiento del comprador.

Tras lo sucedido en Geonosis, con la sombra de la guerra enfureciéndose, Bail Organa comprendió lo que significaba realmente aquél término. Lo sintió por primera vez, a modo de un fuerte martillazo directo al corazón, cuando se encontraba en aquel balcón privado junto a Palpatine y los demás, observando a las decenas de miles de soldados clon subiendo con precisión matemática las rampas de los destructores estelares. Marchando hacia la muerte, incondicionales, resignados. Cumpliendo una obligación terrible, inevitable, porque aquello era todo para lo que habían sido entrenados desde que nacieron.

Lo sintió de nuevo ahora, escuchando a Palpatine mientras agasajaba al Senado con el informe oficial de la Batalla de Christophsis y el rescate del hijo de Jabba. Y aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no podía imaginar el fin de aquella horrible sensación.

«El remordimiento del comprador».

La batalla de Geonosis había sido una sangría, nada más. Un anticipo de lo que iba a suceder. Desde entonces, habían caído tantos soldados clon, los más recientes en Christophsis y Teth, en defensa de una República que apenas sabía qué hacer con ellos. A cuyos ciudadanos, a decir verdad, no les importaba demasiado que ellos estuviesen luchando y muriendo, debido a que la guerra se estaba librando muy lejos de sus vidas. En Coruscant, la guerra era algo que se veía en los servicios informativos de la HoloRed, en caso de que no hubiera algo más entretenido para pasar el tiempo. En otros lugares, claro está, las cosas eran algo… distintas.

Cambió de posición en su plataforma del Senado, inquieto, mientras Palpatine concluía su conmovedor discurso.

—Por tanto, amigos, os pido que me acompañéis en mi felicitación a los Jedi por su triunfo. Su valiente determinación para derrotar a nuestros equivocados hermanos y hermanas del movimiento separatista significa un monumento a la obligación, *mi* obligación, de este cuerpo augusto para llevar este trágico conflicto a un desenlace rápido. Esta guerra es una carga espantosa para todos nosotros, pero tengo una fe completa en que los Jedi no permitirán que nuestro sufrimiento dure mucho más tiempo.

Encubierto por la ovación ensordecedora que tuvo lugar a continuación, Bail se inclinó ligeramente a un lado.

—Cada vez es más inspirador, ¿verdad?

Despertando de su ensimismamiento, Padmé se giró.

—¿Qué? Lo siento, Bail. Estaba pensando.

—¿No le estarás dando vueltas al acuerdo con los hutts, verdad? Porque ya está hecho y no podemos romperlo.

Volvió a centrar su atención en el Salón del Senado, donde sus compañeros representantes comenzaban a desembarcar de sus plataformas, dirigiéndose hacia el panal de pasillos que se encontraba tras ellos.

—Lo sé —dijo brevemente—. Pero aún me arrepiento. Los hutts son criminales y comerciantes de esclavos, trafican con la miseria para enriquecerse. No les importa a quién hacen daño, a quién mutilan, a quién matan. Serían capaces de hacer cualquier cosa, independientemente de lo cruel que sea, si consideran que con ello ganarán algo o llenarán sus arcas. Es posible que hoy nos ayuden y que mañana nos traicionen si con eso obtienen un mayor beneficio.

—Pero si el acuerdo con ellos mantiene las hiper-rutas del Borde Exterior a salvo de los separatistas, bueno… Quiero decir, no nos podemos permitir perder nada más. *Necesitamos* esas hiper-rutas, Padmé.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. Y los Jedi no habrían aceptado el acuerdo si hubiese habido otra alternativa. Esta *alianza* les ofende tanto como me ofende a mí. Nadie mejor que ellos sabe el sufrimiento que causan los hutts.

La miró atentamente.

—¿Lo sabes casi todo acerca de los Jedi, no es así?

—Tampoco diría *tanto* —dijo ruborizada—. Pero he tenido más relación con ellos que la mayoría de gente, eso es todo.

Así era, y él lo sabía. Luchó con ellos en Naboo. En Geonosis. Era prácticamente una Jedi honoraria.

—Imagino que tus experiencias te han dado una perspectiva única de ellos —dijo pensativo—. Lo que es bueno. Así puedes traducir, porque creo que el resto de nosotros los consideramos… un tanto extraños.

—¿Extraños? —preguntó indignada—. No son *extraños*, Bail. Son valientes, emprendedores y…

—Bueno, bueno —interrumpió una voz pausada—. Mirad qué pareja más simpática tenemos aquí. ¿De qué se trata? ¿De una reunión improvisada del Comité de Seguridad? ¿Dónde están vuestros colegas? No tenéis por qué hacer *todo* el trabajo vosotros dos, ya lo sabéis.

Era Palpatine, que se había acercado a ellos en su plataforma oficial. Venía solo. Mas Amedda debía de haber salido corriendo a ocuparse de más asuntos administrativos.

—Canciller —dijo Padmé, poniéndose de pie—. No. No, sólo estábamos charlando.

Bail, levantándose al tiempo, asintió.

—Sobre los Jedi —añadió—. Y de todo lo que les debemos.

—Sí, así es —dijo Palpatine con entusiasmo—. Una deuda que espero podamos saldar por completo algún día. Bueno, no voy a interrumpir más tiempo. Se está haciendo tarde y tengo cosas que hacer.

—¿Tarde? —preguntó Padmé mientras Palpatine se alejaba lentamente. Miró el crono de su plataforma—. Oh, no. *Yo* llego tarde. Bail, lo siento. Debo marcharme.

—Sí, claro, vete —dijo desconcertado por su repentina prisa—. Ya nos veremos…

Pero le estaba hablando al aire. Tratándose de una mujer digna, lo cierto es que corría bastante cuando lo necesitaba.

Está bien. Sonriendo para sus adentros, abandonó el salón y se dirigió a su oficina Senatorial, donde una montaña de datapads requerían su atención.

Cinco

Mace Windu se inclinó hacia delante en su silla del Consejo Jedi, con los codos sobre las rodillas y las manos suavemente cogidas entre ellas.

—¿Y estás seguro de que esta solicitud es auténtica?

Obi-Wan asintió.

—Sí. Lo estoy. —Miró a todos los Concejales Jedi que actualmente residían en el Templo: Yoda, Oppo Rancisis y Saesee Tiin, y después miró de nuevo a Mace Windu—. Confío en Dex implícitamente. Debe recordar que fue su información la que nos llevó hasta Kamino.

—¿Alguna pista te dio, Obi-Wan, de lo que descubrió? —preguntó Yoda con los ojos medio entornados y con la mirada fija.

—No, Maestro Yoda. No se arriesgó a divulgar detalles, ya que hablamos a través de un enlace no seguro.

—En ese caso, sepa lo que sepa, considera que es peligroso —dijo Mace Windu—. Lo que significa que reunirse con él también puede resultar peligroso. Sobre todo si se trata de una especie de trampa.

Obi-Wan le miró atentamente. «Ha cambiado desde Geonosis. La deserción de Dooku al lado oscuro le ha cambiado. Y la muerte de tantos Jedi a los que no ha podido proteger. Nunca le había visto tan cauteloso, tan suspicaz. Tan predispuesto a ver peligros en cada sombra».

—Maestro Windu, si está insinuando que Dex sería capaz de traicionarme, debo discrepar, con todos mis respetos. Es el mejor amigo de los Jedi.

Los Concejales intercambiaron miradas rápidas, Mace suspiró.

—¿Qué piensa usted, Maestro Yoda?

—Que en estos tiempo oscuros ningún ofrecimiento de ayuda permitirnos ignorar podemos —explicó Yoda—. Victoriosos salimos de Christophsis, pero derrotados fuimos en Selonia, Carida y Caros IV. Otra victoria necesitamos rápidamente. Con Dexter Jettster te reunirás, Obi-Wan. Pero precauciones tomarás, en caso de que las sospechas del Maestro Windu correctas sean.

Obi-Wan hizo una reverencia.

—Sí, Maestro Yoda.

—Sal ya —dijo Mace Windu—. Cuando antes sepamos lo que descubrió tu amigo, mejor.

Se produjo otro intercambio de miradas entre los Maestros Jedi. Obi-Wan sintió un escalofrío de recelo.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Algo nuevo?

Yoda suspiró.

—La noticia acabamos de recibir, Obi-Wan, de que otras tres hiper-rutas en manos del General Grievous han caído.

Obi-Wan sintió que aquel nombre le atravesaba como una espada láser. *Grievous.* Mitad máquina, mitad ser vivo. Un monstruo asesino. Juró la destrucción de la República. De los Jedi.

—Eso hace un total de seis en el último mes —apuntó Mace Windu—. Son muy malas noticias.

¿Malas? Eran devastadoras.

—¿Qué rutas han sido esta vez, Maestro? —preguntó Obi-Wan.

—Rutas clave que llevan a Bespin, Kessel y Mon Calamari.

—Por tanto, el suministro del gas tibanna y las especias de Kessel está en peligro. Lo que llevará al sufrimiento de los civiles una vez se corte el suministro. Y aquellos Mon Calamari que son conducidos a casa para desovar no serán capaces de responder a su compulsión ancestral. —Obi-Wan frunció el ceño—. Un movimiento inteligente. Tácticamente ingenioso… y de una crueldad indescriptible. Encaja perfectamente con el carácter del conde Dooku y su secuaz.

Sobre todas las cosas, un Maestro Jedi era sereno, nunca se dejaba llevar por las emociones fuertes. Aquél era el ideal. Pero Obi-Wan sintió una oleada de amargura a través de la Fuerza cuando el Consejo Jedi rehuyó aquel nombre. Los ecos originados por la caída de Dooku estaban muy lejos de desaparecer.

Hizo una reverencia.

—Maestros, me reuniré con Dex y les informaré lo antes posible.

Se dirigió al complejo de muelles del Templo y tomó una moto urbana sencilla y práctica, de las que seguro no atraerían miradas indebidas. No podía dejar de pensar en lo que diría Anakin si viera la pintura marrón mate, las abolladuras, los dispersos puntos de óxido. «¿En ese montón de chatarra, Maestro? —preguntaría escandalizado y horrorizado—. ¿Vas a pasear por Coruscant montado en ese montón de chatarra? ¿Dónde está tu orgullo? ¡Eres un Jedi! ¡Esto no está bien!».

Diez años en el Templo y Anakin todavía no había dejado atrás su pasión por la maquinaria ni se había desenamorado de la maravillosa velocidad. Probablemente nunca lo haría.

—El orgullo no tiene cabida en el corazón de un Jedi —dijo Obi-Wan en voz alta, ganándose una mirada burlona del droide de requisiciones que estaba de guardia cuando éste le entregó la llave de la moto—. La máquina está en buen estado, es todo lo que necesito.

—En muy buen estado, sí —añadió el droide—. Eso es cierto, Maestro Kenobi. Por favor, esta vez sea tan amable de devolverla tal y como está.

Obi-Wan puso dos dedos irónicos sobre su frente.

—Haré lo que pueda.

Al salir de la luz artificial del complejo de muelles a la soleada mañana de Coruscant, esperó en flotación hasta que le dieron entrada a la despiadada estela de tráfico que le llevaría dando un rodeo y de modo prudente hasta el distrito de Galarb. Allí era donde Dex dominaba su rentable cafetería, un dictador despreocupado y benevolente.

Se sintió algo inútil al no poder elegir el camino más recto y tener que dar vueltas a través del paisaje urbano, yendo virtualmente en dirección opuesta a su destino. Pero Yoda le dijo que tomase precauciones, y así lo hizo. Por aquella razón utilizó una moto. Todos los que le conocían sabían que prefería desenvolverse por el tráfico de Coruscant en un speeder aéreo. Ningún separatista de incógnito que pensara seguirle desde el Templo —qué idea tan absurda— prestaría atención a aquella moto vieja y maltrecha. Y para asegurarse aún más de que no le reconociesen, la capucha de su capa le tapaba buena parte de la cara.

Incluso si estas precauciones no fueran suficientes y algún vil individuo intentara seguirle, no tenía dudas de que sería capaz de detectarlo antes de que pudiese causarle cualquier daño.

«No corro ningún peligro. Estamos dejándonos dominar por la incertidumbre, eso es todo. Y ahí reside el verdadero peligro. Debemos resistir la tentación para darle a nuestros enemigos tal poder».

Pero… era evidente que Dex se había mostrado nervioso. Y aquello era un pensamiento inquietante en sí mismo.

El transpondedor de la moto pitó, indicando que había sido aceptado en el tráfico. Apartando a un lado esta nueva e inquietante preocupación, Obi-Wan se introdujo en la estela de speeders privados, transportes públicos, motos urbanas mucho más dignas que la suya, barcazas y motocópteros y deportivos y maxitaxis.

Y se vio obligado a admitir, en la privacidad de sus pensamientos, al tiempo que aceleraba, sólo un poco y cerrando su túnica al sentir el viento frío en la cara, que aunque echaba de menos a Anakin, encontraba una cierta libertad seductora en atravesar el concurrido cielo de Coruscant a toda velocidad sin ninguna vida que dependiese de él salvo la suya propia…

—¡Obi-Wan! —gritó Dex, espiándole desde la ventana de la cocina de su restaurante. El besalisk lanzó a un lado su delantal y salió a la entrada, con los cuatro brazos abiertos de par en par listos para envolverle—. ¡Eh, colega! ¿Qué haces por aquí? ¡Pensaba que eras demasiado distinguido como para mezclarte con la gente del distrito CoCo!

Obi-Wan le miró desconcertado.

—¿Demasiado distinguido, Dex? Lo siento, no acabo de…

—¡Así es! ¿No lo sabías? ¡Ahora eres *famoso*! —Con su gran barriga moviéndose, Dex se giró a sus clientes matutinos cual director a su orquesta—. ¡Atención todo el mundo! ¿Reconocéis a este hombre? ¡Seguro que le habéis visto en la HoloRed, su cara fea sale *por todas partes! ¡Es el Maestro Jedi Obi-Wan Kenobi, el héroe de Christophsis! ¡Y antes lo fue de Geonosis y Anoth! ¡Vamos, chicos, démosle un gran aplauso!*

De buena gana, la colección de chusma que formaban los fieles clientes de los desayunos de Dex dejó sus platos y tazas para gruñir y chismorrear y aplaudir y golpear las mesas con sus aletas. Obi-Wan hizo una reverencia incómoda.

«Bueno, éste no es precisamente el discreto recibimiento que esperaba».

Y a continuación gruñó con fuerza cuando Dex le aplastó las costillas con un caluroso abrazo.

—Sigue el juego —le susurró su amigo—. Nunca sabes quién estará mirando.

Sigue el juego. De acuerdo. Podía hacerlo.

—¿Qué hago aquí? —preguntó cuando Dex le liberó de su sofocante abrazo y dio un paso atrás—. He venido a por una copa del mejor chava chava de todo Coruscant.

Dex se rió, un amplio y contagioso sonido… pero tras su jovialidad se escondía un tenso hilo de miedo.

—¿De verdad? —sonrió a los curiosos clientes—. Oye, pensaba que los Jedi no podíais mentir.

Maldita sea. ¿A qué estaba jugando Dex?

—Vaya —dijo, y evocó una sonrisa avergonzada—. Está bien. Me has descubierto. Lo cierto es que no me acordé de comprobar los niveles de carga de la célula de energía de mi moto. Me temo que mis opciones eran aterrizar aquí para ver si me podías dar una de repuesto o estrellarme.

Los clientes de Dex se burlaron y rieron e hicieron comentarios groseros en un puñado de idiomas diferentes.

—Retiro lo dicho, Obi-Wan —dijo Dex, disculpando así a la multitud—. Tú no eres un héroe… eres un noski muy gracioso.

Un idiota. Qué bonito.

—Escucha, espero que no te importe, Dex, pero he aparcado esa moto maltrecha ahí enfrente.

De nuevo, una carcajada.

—¡No, no me importa, siempre y cuando pagues la multa si un inspector se da cuenta!

—Sí, por supuesto. No te preocupes por eso. Pero no me gustaría meterte en ningún lío así que… ¿qué me dices de la célula de energía?

Dex se subió los pantalones.

—Claro, claro, puedo proporcionarte una, Obi-Wan. Pero ¿no te importa esperar un poco, verdad? Estoy bastante ocupado.

—Tranquilo —respondió Obi-Wan con toda la cortesía del mundo—. Esperaré fuera junto a la moto por si aparece algún inspector.

—Buena idea —contestó Dex, el perfecto anfitrión—. Descansa de tus heroicidades, estaré contigo enseguida.

Siguiendo el camino más recto, el distrito CoCo de Galarb estaba a unos cuarenta y nueve sectores de distancia del Templo. El restaurante estaba situado junto al centro neurálgico de transportes de la zona, lo que garantizaba a Dex un flujo constante de

clientes hambrientos. Peatones y vehículos corrientes pasaban sin cesar, yendo y viniendo del principal cruce de transportes. La zona estaba flanqueada por edificios de varias plantas, pero el restaurante estaba ubicado a plena luz del sol, ofreciendo una vista panorámica sobre el planeta-ciudad.

Obi-Wan se apoyó en la pared del restaurante para disfrutar del sol y examinar ociosamente las caras de los transeúntes. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que ellos también le observaban. Y no sólo le observaban, le reconocían. Le señalaban, murmuraban, hablaban de él y le prestaban atención. Porque, como había dicho Dex, ahora era una estrella de la Holo-Red.

Todo era por culpa de Palpatine. Un resultado inevitable de la implacable campaña del Canciller Supremo por poner cara a los nombres de los Jedi que luchaba por la supervivencia de la República. Una campaña que había culminado en la información continua de la guerra a través de los servicios informativos de la HoloRed. Y como los Jedi estaban desempeñando un papel tan destacado en el conflicto…

Yoda y Mace Windu se habían manifestado rotundamente en contra de la idea, pero Palpatine estaba muy obstinado. Los Jedi eran héroes de la República, luchando desinteresadamente en nombre de la paz. La gente debía saberlo. Además, sólo si daban a conocer a los Jedi a todos los habitantes de Coruscant, a toda la República, podrían estar seguros de consolidar el clamor popular para apoyar la lucha contra los separatistas.

«La gente no puede amar algo abstracto —había dicho Palpatine—. Pero gracias a la HoloRed aprenderán a amar a los Jedi. Maestros, deben confiar en mí. En este sentido sé muy bien lo que estoy haciendo».

Yoda y Mace Windu no aceptaban este argumento, pero habían perdido la batalla, al fin y al cabo. Y como resultado, Obi-Wan Kenobi había perdido su cómodo anonimato. Totalmente consciente de la atención que atraía, se volvió a tapar la cara con la capucha e intentó ocultarse con la Fuerza. Desgraciadamente, no sirvió de mucho. Seguía oyendo los murmullos, el sonido de los pies ralentizando el paso en la acera cuando los curiosos se detenían a mirar.

«Esto es ridículo. Debería haber insistido en reunirme con Dex en el Templo».

Con la falsa esperanza de evitar levantar más expectación, dio la espalda a la acera y a las hileras de coches y comenzó a hacerle unos retoques a la bicicleta perfectamente funcional. Instantes después se le acercó un droide, llevaba una gorra del restaurante e iba cargado con una célula de energía nueva y una vetusta y desgastada caja de herramientas.

—Dex dijo que necesitaba esto —apuntó.

Obi-Wan asintió.

—Sí, así es. Gracias. Déjalas ahí donde estás.

—Lo siento —dijo el droide—. Dex dice que efectúe las reparaciones en la parte de atrás.

Alejado de los transeúntes, donde había un poco de intimidad.

—Ah. De acuerdo.

Llevó la bicicleta a la parte trasera del restaurante, el droide le siguió repiqueteando. Tiró la caja de herramientas y la célula de energía al suelo y regresó al trabajo.

Tras examinar rápidamente los edificios colindantes —ningún fisgón a la vista ni al alcance de otros sentidos—, Obi-Wan abrió la caja de herramientas y sacudió la cabeza al ver su contenido. Un amable detalle, por supuesto, pero siendo las manos de Dex al menos cuatro veces más grandes que las suyas…

Utilizó la Fuerza para reemplazar las células de energía. Un giro por aquí… un golpecito por allá… el poder de la Fuerza susurraba a través de él, tan familiar como el respirar. Hundido bajo la superficie de sus alrededores, mientras trabajaba se dio cuenta de forma abrupta y precisa de la intensa inquietud de Dex. Los besalisk no eran opacos a la Fuerza como los hutts y los toydarianos, pero no eran tan fáciles de leer o manipular como muchos otros habitantes de la galaxia. Hacía tiempo que Obi-Wan había aceptado que, salvo circunstancias extremas, nunca podría saber con exactitud qué sentía Dex a menos que Dex estuviera dispuesto a que él lo supiera.

Sin embargo, en estos momentos, Dex no le estaba obstaculizando… y él tampoco estaba proyectando nada a conciencia. Todo lo contrario, estaba *supurando* un desagradable flujo de miedo e incredulidad que rezumaba sobre él como un sudor psíquico nocivo.

Sin previo aviso, Obi-Wan sintió que le recorría un escalofrío extremadamente familiar.

«Tengo un mal presentimiento».

Pero no era capaz de establecer la causa con exactitud. Yoda tenía razón; el lado oscuro giraba en torno a ellos como una niebla rancia. Lo único que sabía con certeza era que sus instintos, su intuición, su vínculo con la Fuerza, le estaban llevando a ponerse en guardia y mirar a su alrededor con la mano en la empuñadura de su espada láser, preparado para cualquier problema, preparado…

—Ya ha pasado la hora punta del desayuno —dijo la tensa voz de Dex tras él—. Tengo un minuto o tres para ti, Obi-Wan. Después tendré que volver a la cocina.

Con un suspiro profundo, aflojando deliberadamente la presión sobre la espada láser, Obi-Wan se giró hacia su amigo.

—¿De verdad era necesario ese montaje tan elaborado?

Dex entornó sus profundos ojos y, a continuación, los abrió al máximo. La bolsa de su garganta se hinchó, una clara señal de enfado.

—¿Y cuándo he tenido yo la costumbre de hacerte perder el tiempo, Maestro Kenobi?

Escarmentado, Obi-Wan asintió.

—Punto para ti. Lo siento, Dex. Odio tener que admitirlo, pero estoy un poco nervioso.

Apoyándose en la suave pared trasera del restaurante, Dex rebuscó en el bolsillo de su delantal de cocina, sacó un cigarro de Ambrian y un encendedor y lo prendió. Inhaló profundamente y después espiró el aromático humo de hierbas rosa.

—¿Christophsis fue un desastre, verdad?

Obi-Wan resopló.

—¿Qué te hace pensar eso? En todos los informativos de la HoloRed dijeron que fue totalmente conmovedor.

Dex entrecerró los ojos, observándole.

—Y así fue. Creo que lo grabaron en algún lugar de Alderaan junto a una compañía de holovídeos que les proporcionó los efectos especiales.

Obi-Wan le miró fijamente.

—¿Desde cuándo eres tan cínico?

—La guerra hace brotar mi yo más auténtico —respondió Dex, y apagó la colilla del cigarro en el contenedor del restaurante.

—Esta vez no fue así. Las secuencias grabadas eran reales, Dex. Esos malditos droides cámara estaban por todas partes. Pero sospecho que lo que acabaron emitiendo estaba muy editado.

Editado de forma que las únicas muertes y destrucción que vio la gente fue la muerte de los droides. La destrucción del miedo. Los clones masacrados no eran… fotogénicos.

—Por supuesto que lo estaba —añadió Dex, su cinismo seguía a flor de piel.

—No desapruebo totalmente la decisión, en realidad —dijo Obi-Wan con delicadeza—. Al fin y al cabo, el material editado no mentía. Salimos victoriosos. Finalmente. Pero ¿de qué sirve atemorizar a la gente? Los mundos del Núcleo deben permanecer tranquilos y estables. Ya lo sabes. El pánico es contagioso y se expande rápidamente. Si permitimos que se apodere del corazón de la República, una gran cantidad de gente podría salir herida. E incluso morir.

—Eso es muy cierto —reconoció Dex—. Pero si hacéis esta guerra demasiado pulcra y ordenada, Obi-Wan, tal vez a los pueblos no les importe cuánto tiempo dure. Insisto, tal vez sea distinto para vosotros los Jedi, que sois tan guerreros y todo eso.

Afligido, Obi-Wan sacudió la cabeza.

—Esto no es justo. Nosotros no queríamos este conflicto. Nos lo introdujeron por la garganta de forma tan brusca que casi nos ahogamos. Pero no podemos no luchar. Los separatistas están dispuestos a emplear las tácticas más brutales que te puedas imaginar para forzar la separación en los planetas que no tienen ninguna intención de abandonar la República. Hay que detenerles.

Con un suspiro entrecortado, Dex asintió y se rascó la barbilla.

—Tienes razón. No tomes a mal mis comentarios, Obi-Wan. Me parece que no eres el único que está nervioso.

—Dijiste que tenías información relevante, Dex —señaló Obi-Wan.

—Será mejor que te pongas a cambiar la célula de energía —replicó—. Por si acaso nos están observando.

—Nadie nos está observando —repuso Obi-Wan, pero volvió a hacer algunos ajustes—. Dex, ¿qué está pasando?

Dex sacó otro cigarro. Lo encendió. Lo inhaló. Esta vez se tragó el humo. Después se pasó una mano por la cara.

—Podría ser… Tal vez… sepa dónde podrías echarle el guante a ese *chizk* de Grievous.

Obi-Wan le miró, el corazón se le aceleró.

«Si acabo con el general favorito de Dooku, habremos ganado tres cuartas partes de la guerra».

—¿Dónde, Dex? ¿Dónde está?

—¿Ahora mismo? —Dex hizo una mueca—. No lo sé. Pero sé dónde podría estar en los próximos días.

—¿Dónde *podría* estar? Dex…

—El espionaje no es una ciencia exacta, Obi-Wan —dijo Dex ya más calmado—. Si has venido en busca de certezas, estás en el sitio equivocado.

—Lo siento. Pero Yoda y los demás Maestros me lo van a preguntar. Tengo que poder decirles que te lo pregunté.

Dex le dio una calada furiosa al segundo cigarro.

—¿No se fían de mí?

—No te conocen. No es exactamente lo mismo. —Con un último giro y un clic, Obi-Wan conectó la célula de energía de repuesto. Se levantó, estiró la espalda y le arrancó de los dedos el cigarro a Dex—. Deberías dejar de fumar estas cosas. No te hacen ningún bien. —Lo tiró al suelo y lo pulverizó con el talón de su bota—. Venga. Hablame de Grievous.

Desafiante, Dex se sacó una tercera raíz de che y la encendió.

—Me ha llegado un rumor —dijo, envuelto en una nube de humo rosa—. Grievous planea ocupar Bothawui.

Bothawui. El hogar de los bothan, cuya habilidad para el espionaje era legendaria. La información era su moneda más fuerte y su ayuda ya había marcado la diferencia frente a los separatistas. Perder Bothawui en beneficio de Grievous convertiría las hiper-rutas robadas en algo trivial.

«Supongamos que esté equivocado. Supongamos que se trate de un error».

—Dex, ¿estás seguro de esto?

—Mi fuente lo está —respondió Dex—. Y ella no es nueva en este juego.

—¿Confías en ella? —Era una forma educada de preguntar: «¿No será una mentirosa?».

Dex apretó las manos.

—Confío en ella.

Bien. No era una mentirosa. No se molestó en preguntarle el nombre de su fuente. El y Dex podrían ser amigos, pero el besalisk era extremadamente protector con los seres que le proporcionaban cada fragmento de información.

«Lo que no sabes, no lo puedes contar», ése era su testarudo lema. ¿Y quién le podía decir que estaba equivocado? Hacía tiempo que los Jedi habían aprendido a la fuerza esa lección.

—¿Saben los bothan lo que Grievous planea? —preguntó, y a continuación agitó la cabeza—. Deben saberlo. Son bothan. Pero ¿por qué no nos han dicho, por qué no han…?

—No lo saben —explicó Dex. Tenía los ojos borrosos, señal inequívoca de su profunda preocupación—. Es muy probable que yo sea el único que lo sabe. Yo y mi fuente. Y ahora tú. Lo descubrió por accidente. Y sólo se arriesgó a contármelo a cambio de una deuda de por vida. Obi-Wan… —La voz de Dex se había convertido en un susurro—. Vosotros los Jedi no podéis permitir que Grievous ponga sus manos metálicas sobre Bothawui.

No, no podía permitirlo. Y ahora comprendía por qué tenía tanto miedo su amigo, por qué se negó a hablar sobre ello a través del comunicador. Con semejante premio en juego, el mínimo indicio de que este plan pudiera ser de dominio público, provocaría que Grievous matara a miles con tal de detener a uno…

—¿Qué más puedes contarme, Dex? ¿Cuándo está previsto que Grievous haga su próximo movimiento? ¿Cuántas unidades de batalla va a llevar al sistema Both? ¿Podemos esperar?

—Lo siento, Obi-Wan —contestó Dex, extendiendo sus cuatro brazos por completo—. No lo sé. Si lo supiera, te lo diría.

—Sé que lo harías. —Obi-Wan se pasó la mano por la barba—. Dex, gracias por esto. El Consejo te estará muy agradecido. Te debemos muchas vidas.

Dex suspiró. De pronto, parecía cansado y mucho más mayor.

—Me gustaría poder contarte más cosas, Obi-Wan. Pero no puedo, así que será mejor que te marches. Debo ocuparme de la gente que viene a comer y tú debes detener una invasión.

Obi-Wan intentó esbozar una sonrisa.

—¿Estás seguro de que no te gustaría intercambiarnos las tareas?

La sonrisa con la que le contestó Dex fue igual de forzada.

—Obi-Wan, viejo amigo, ni por cien millones de créditos.

Se abrazaron, rápidamente, dos amigos unidos despidiéndose en vísperas de la batalla. O al menos ésa era la sensación. Dando un paso atrás, Obi-Wan levantó la vista hacia el sombrío rostro de Dex.

—No creo que permanezca mucho más tiempo en Coruscant. Incluso si no debo ocuparme de encontrar y detener a Grievous, seguro que tengo otros compromisos. Los separatistas están recuperándose de lo de Christophsis. La lucha se reanudará, tal vez dentro de sólo unos días —sonrió—. Mantén el chava chava caliente para mí, ¿de acuerdo?

Dex asintió.

—Y un asiento vacío, viejo amigo. Que la Fuerza te acompañe.

—Y a ti —respondió Obi-Wan. A continuación, con un firme movimiento de cabeza, pasó la pierna por encima de la moto, la arrancó… y salió disparado hacia el cielo de Coruscant sin volver la vista atrás.

Olvidándose de la cautela, exprimiendo a su vehículo al máximo y explotando sin reparo los privilegios especiales de circulación que poseía como Jedi, tomó la ruta más directa de vuelta al Templo. Abriéndose paso a toda velocidad a través de las infinitas corrientes de tráfico, saltando de un carril a otro, ignorando los gritos y pitidos de aquellos a los que arbitrariamente usurpaba el camino, en lo único en lo que podía pensar era en las consecuencias de la información de Dex.

«Si Grievous conquista Bothawui pese a las defensas existentes, la República se verá muy afectada. Sin la red de información bothan ya habríamos perdido Christophsis también. Las unidades clon de inteligencia prometen, pero tenemos muy pocas. Y los Jedi no son espías».

El problema era que nadie sabía dónde se encontraba Grievous en aquel momento. «Se dirige a Bothawui». ¿Hasta qué punto era útil aquello? El instrumento contundente de Dooku y su ejército de droides podría alcanzar el sistema Bothan desde una media docena de hiper-rutas distintas y los Jedi no tenían esperanza alguna de patrullarlas todas. Incluso a las primeras de cambio en la campaña contra los separatistas, el ejército clon de la República ya era demasiado corto. Y Kamino no podía acelerar la producción de clones porque la calidad de las tropas que creaba, aquel punto crucial, dependía de una maduración más lenta.

«Necesitamos más información».

Y por la sencilla razón de que la advertencia de Dex era tan imprecisa. Eso también le asustaba. ¿Y si el Consejo no se lo creía? ¿Y si la falta de detalles concretos de Dex provocaba que desecharan la información por poco fiable? ¿Tenía él el peso suficiente como para que ellos confiasen en él de la misma manera que él confiaba en Dex? ¿O le pedirían que volviera a ver a su amigo y le presionara hasta que revelara su fuente para poder detenerla e interrogarla?

«Por favor, no. Eso no. No podría hacerlo. Le estaría traicionando. Por favor, que me crean. Que no me pidan hacer eso».

El problema era que con Yoda uno nunca sabía lo que le iba a pedir. El Maestro más venerable de la Orden y tan inconformista, a su manera, como lo había sido Qui-Gon. Y además era mil veces menos predecible. Podía ser amable y agradable, un amigo. Pero de pronto se convertía en un instructor implacable y despiadado. Y la transición de uno a otro tenía lugar en un abrir y cerrar de ojos.

«Sólo tengo que convencerles. Tengo que conseguir que me crean».

Ya podía ver el Templo en la distancia, tan bello a la luz del sol. Pese a todo, sentía ese nudo en la garganta que le decía «estás cerca de casa». No era una emoción propia de los Jedi, pero estaba bastante convencido de que no era el único que lo sentía al divisar a lo lejos aquellos cuatro espléndidos e imponentes chapiteles y la torre central dominante.

Estaba atravesando el sector administrativo, entre hileras e hileras de oficinas que daban cobijo a los miles de trabajadores que ayudaban a mover los lentos y pesados

engranajes de la República. Fue entonces cuando lo sintió: un temblor violento en la Fuerza, un rayo de emoción oscura; terror y odio y triunfo y furia. Abrupto, aniquilante, pareció surgir de la *nada*.

Y a continuación las explosiones.

La luz llegó primero, un brillante estallido escarlata y naranja con borde negro. Justo debajo de él. Después a su izquierda, después a su derecha. Delante. A continuación llegaron las ondas expansivas, como si una mano invisible hubiese agarrado el aire y lo hubiese sacudido como una manta. Las ondas le golpearon con un calor abrasador que recorrió su moto de un extremo a otro. Finalmente llegó el horrible sonido, un profundo y encadenado *boom boom boom boom*, los ecos se multiplicaban y se magnificaban cuando golpeaban los edificios y los hacían temblar, estremeciéndolos, desintegrándolos.

Y, de pronto, el cielo brillante de Coruscant estaba repleto de restos metálicos y cuerpos, de speeders y maxitaxis y elegantes góndolas aéreas, revueltos en el aire como hojas en una terrible tormenta.

Cayendo sin poder hacer nada, Obi Wan invocó a la Fuerza y lanzó la moto a un lado justo a tiempo para evitar colisionar con un deportivo en llamas… y entonces le golpeó por detrás un speeder-bus fuera de control y lleno de pasajeros aterrorizados.

«Dolor. Sorpresa. Una rabia objetiva y de perplejidad. Esto no puede estar bien. No, no, esto está mal». Y seguía cayendo… y cayendo… *y*…

Seis

—¿Quieres más chee-chees, cariño?

Anakin miró los deliciosos racimos de bayas púrpura que Padmé le pasaba por los labios de un modo tentador.

—Hmmm —exclamó, y a continuación la rodeó con sus brazos—. ¡Se me ocurre algo aún más sabroso que esta fruta!

Riéndose a carcajadas, ella dejó que él la envolviese en las sábanas, y protestó en broma cuando su abrazo aplastó la fruta aromática contra su piel. No protestó cuando él saboreó el pegajoso zumo, su fragancia, y se sumergió precipitadamente en su pasión compartida y secreta.

«Mi amor, mi amor, mi único y verdadero amor».

Sólo cuando estaba con ella se aliviaba el dolor de su corazón. Padmé le daba sentido a su vida: sin ella, todo era caos, violencia, la agonía de perderla. A veces, muy a menudo, se maravillaba de que Obi-Wan nunca sospechara nada. ¿Cómo podía amar a Padmé con tanta pasión y, al mismo tiempo, mantener aquel ferviente amor oculto a los ojos del hombre que mejor le conocía?

«Supongo que sí soy un Jedi poderoso».

Murmuró una protesta cuando Padmé presionó con la palma de sus manos contra su pecho, empujándole hacia atrás.

—Espera. Espera.

—No quiero *esperar* —murmuró—. Ya me hiciste esperar ayer. He esperado demasiado.

Ella se rió, pero no apartó las manos.

—Anakin, en serio. No hay nada que me apetezca más que quedarme aquí contigo todo el día, pero no puedo. Tengo una holoconferencia con la Reina Jamillia en menos de una hora. ¿Y tú no tienes una aprendiz a la que entrenar?

—La estoy entrenando —repuso—. Le he dado instrucciones y las está siguiendo sin protestar. Ese es un entrenamiento muy importante para un Padawan.

Puso una expresión burlona.

—Un entrenamiento muy importante que tú mismo ignoraste.

—Esto no es justo —contestó, aunque no pudo evitar sonreír—. Yo sólo desobedecía a Obi-Wan cuando se equivocaba.

—Por lo visto se equivocaba mucho —replicó y después sonrió—. Me pregunto si tu aprendiz tendrá la misma opinión de ti.

—Espero que no —dijo—. No si sabe lo que le conviene, al fin y al cabo.

—¡Oh, qué estricto! ¡Eres un instructor muy especial, Maestro Skywalker!

Ahí estaba de nuevo aquel extraño título. Pero no le importaba tanto cuando era Padmé quien lo decía. No le importaba nada cuando estaban juntos.

Con un suspiro arrepentido ella le besó suavemente los labios, después se levantó de la cama.

—Lo siento, Anakin, pero me tengo que ir.

A él le gustaba de cualquier manera, pero sobre todo así: con los ojos brillantes, las mejillas ruborizadas, el pelo completamente despeinado sobre sus finos hombros. Enmarcando la impactante perfección de su cara. Era tantas mujeres que resultaba difícil llevar la cuenta: la majestuosa Reina, la Senadora implacable, la gran campeona de la paz…

«Mi esposa».

Con sólo mirarla, la carga de la culpa que sentía por vivir esta mentira, por engañar a Obi-Wan, por traicionar las promesas que había contraído en aquel acto tan solemne, se aliviaba casi hasta desaparecer.

«Porque esto es lo correcto. Estamos hechos para estar juntos».

Se incorporó a regañadientes.

—Sí, tú debes marcharte y yo también. Si tardo mucho más en regresar al Templo, Ahsoka dará la voz de alarma para buscarme. Y eso es lo último que necesitamos.

El brillo de los ojos de Padmé se apagó ligeramente. Apenas hablaba del asunto, pero él sabía que su secreto también la agobiaba a ella. A pesar de que juraba que no se arrepentía. A pesar de que no sentía más remordimiento que el suyo por romper el código intransigente de los Jedi.

«Es saber que están equivocados y no poderlo gritar desde lo alto de los chapiteles del Templo. Eso es lo complicado. Tener que esconderse y fingir y sólo vivir media vida juntos. Pero no durará mucho tiempo. Cuando acabe la guerra, saldremos de las sombras. Cuando acabe la guerra, todo cambiará».

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño—. Te has puesto muy serio de repente…

Se levantó de un salto.

—Indigestión —contestó—. ¡Te echo una carrera hasta la ducha!

Después, ya vestido y casi preparado para su reacia partida, se quedó de pie en la veranda de su apartamento observando el hipnótico ir y venir de tráfico. Había algo casi relajante en aquel movimiento constante e incesante. Le había costado mucho tiempo acostumbrarse a Coruscant. De niño echó mucho de menos el desierto, su silencio, su tranquilidad. El imponente manto de estrellas en el cielo. Soñó tantas veces con ir a visitarlas… pisar otros mundos, un chico libre. Un hombre libre. Un Jedi.

«Aquel sueño se hizo realidad. Otros también se harán. Sueños buenos, no sólo los malos. El futuro está en mis manos».

Al otro lado del paisaje urbano, dominando el horizonte, se encontraba el Templo Jedi. Padmé pensaba que él no sabía cuántas veces había estado en ese mismo lugar mirando hacia allí, pensando en él, añorándole.

Él lo sabía.

Cada vez que ella pensaba en él, él lo notaba. Cada lágrima que derramaba cuando se separaban, él la lloraba también. No había nada que ella pudiera sentir que él no pudiese sentir o no sintiese con ella.

«Y eso es lo que Obi-Wan nunca llegará a comprender. Cree que uno puede deshacerse del amor como de una taza vacía. Cree que se pasará con el tiempo. Es un hombre ciego que dice que la vista no importa».

Sintió a Padmé detrás de él y se giró con una sonrisa. Ahora llevaba la cara de *Senadora*, la suavidad de su sonrisa había desaparecido, la embelesadora caída de su melena dio paso a una severa disciplina. La seductora bata de seda había sido sustituida por un vestido verde oscuro muy formal que la ocultaba por completo, del mismo modo que su túnica Jedi y sus mallas le ocultaban a él. Les convertían en símbolos. Les robaban su individualidad.

«Pero somos más de lo que aparentamos ser, ambos. Y lo que tenemos aquí, estando juntos, nos hace mejores. Más fuertes. Invencibles».

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó ella, alisándose una manga—. ¿Esta noche? Tengo una cena con el comisario cultural de Malastrian, ¿quedamos luego?

Él le besó la frente.

—¿Una cena? Mis condolencias. Las reuniones políticas de ese tipo son tan…

«Una alteración en la Fuerza… una oscura premonición…».

—¿Aburridas? —sugirió, y rompió a reír—. Sí, pero…

Él puso los dedos sobre sus labios.

—Shh. Shh, Padmé. Hay algo que no va bien…

«… terror y odio y triunfo y furia…».

Un destello de luz, llamaradas, una serie impactante de estruendos. El tráfico se quebró, daba vueltas, impactos, y el caos se abrió paso a través del remolino de la Fuerza…

«¡Obi-Wan!».

Mientras intentaba respirar, intentó calmar su mente lo suficiente como para encontrar a su maestro, su amigo, Padmé corrió al punto más alejado de la veranda y miró la nube de humo, las llamas, cuatro explosiones separadas que se habían producido muy cerca.

—El sector administrativo —dijo con voz tensa—. El Tribunal Central. El Tribunal de Apelación. Y creo… me parece… que las oficinas del Senado… —Se dio media vuelta—. *¿Obi-Wan?*

Aturdido, asintió con la cabeza.

—Está herido. Padmé, tengo que irme, tengo que…

—¡Claro, sí, vete! —le instó—. Yo también debo marcharme. Tengo que ir al Senado. Me necesitan. Anakin…

—¡Oh, Señorita Padmé, Señorita Padmé! —gritó C-3PO, tambaleándose en el exterior—. ¿Qué ocurre? ¿Son los separatistas? ¿Nos están atacando?

Ella ignoró al droide, estaba pálida.

—*Márchate*, Anakin. *Ve con cuidado.*

—Tú también.

Al momento, ella ya estaba corriendo hacia la entrada abierta y él introduciéndose en el speeder. Las puntas de sus dedos se tocaron al marchar.

«Amor mío. Amor mío».

Arrancó el motor del vehículo y salió a toda velocidad de la veranda, haciendo caso omiso a las normas, a la seguridad, a todo salvo a la imperiosa necesidad de encontrar a Obi-Wan.

«No está muerto. No puede estarlo. Si estuviese muerto, lo sabría».

Habían pasado apenas unos minutos desde la primera explosión y la ciudad de Coruscant ya comenzaba a reaccionar. El cielo estaba repleto de tráfico detenido y vacilante, estridente con el sonido de sirenas, gritos. Los vehículos de emergencia se agolpaban en el lugar de las explosiones procedentes de todas direcciones, ambulancias aéreas y seguridad y controles de tráfico y patrullas de siniestros. Podía ver los escombros diseminados y flotando, los restos de maxibuses y speeders destrozados, con los propulsores todavía en marcha. El aire estaba cubierto de neblina y de un humo apestoso. Y casi perdidos por el jaleo de las sirenas, los gritos desesperados y cargados de dolor de las personas que habían resultado heridas en esta cobarde ofensiva.

Anakin cerró los oídos y su corazón a ellos, restringió su concentración hasta que sólo pudo escuchar una única voz. Sentir solamente una presencia irregular, monótona en la Fuerza.

«Aguanta, Obi-Wan. No te rindas. No lo hagas».

Era la carrera por encontrar y salvar a su madre de nuevo. Podía sentir el dolor de Obi-Wan, su confusión semiconsciente, su temor. Le gritaba a través de la Fuerza, destrozándole los nervios, despertando sus propios miedos, su propio temor a la pérdida. Le guiaba como un faro, como una hoguera en la noche.

Una nave de servicios de emergencia surgió del cielo tras él.

—*¡Todo el tráfico de Coruscant se encuentra en estado de emergencia!* —exclamó una voz metálica atronadora—. *¡Le ordenamos que detenga su speeder! ¡Repetimos, detenga su speeder o le detendremos!*

Incrédulo, Anakin miró al piloto. ¿Qué? Está bien, era posible que hubiese algún problema con el transpondedor de su nave, pero ¿acaso estaba ciego? ¿No *veía* que estaba gritándole a un Jedi?

—*¡Este es nuestro último aviso! ¡Detenga su speeder!*

No, por lo visto no.

Con una mano en los mandos, sin disminuir la velocidad, desenganchó la espada láser, la encendió y la blandió sobre su cabeza.

—*Señal del transpondedor confirmada. Disculpe, Maestro Jedi.*

Bien. Sin problema. Hasta la vista, *poodoo*.

Tras un profundo suspiro, con el corazón latiéndole con fuerza, Anakin dirigió su speeder directamente al suelo distante. La presencia de Obi-Wan era cada vez más débil… se desvanecía… el contorno de su espíritu comenzaba a difuminarse…

«¡No! ¡No! ¡No permitiré que esto ocurra!».

Totalmente ajeno al caos organizado que le rodeaba, la destrucción, el gran número de vehículos de emergencia y sus sirenas y sus voces amplificadas, voló a toda velocidad hacia Obi-Wan.

El olor del humo era mucho peor ahora, denso y asfixiante. Ver se hacía cada vez más difícil. Pero no necesitaba ojos, tenía la Fuerza. Le guió hacia abajo, le obligó a ir más despacio, más despacio, aún más despacio. A virar su rumbo a la izquierda —más a la izquierda—, un poco más hacia la izquierda…

«Ahí».

Un techo abierto. Despejado. Unas cuantas macetas, una fuente. Una especie de refugio de oficina. Bancos bajitos. Telas oscuras. Los mandos de una nave. Y allí… una bicicleta destrozada. Junto a ella, un Jedi herido.

«¡Obi-Wan! ¿Una bicicleta? ¿En qué estabas pensando?».

Anakin lanzó el speeder hasta el techo como si de un ladrillo se tratase. Con la ayuda de la fuerza, saltó del asiento del piloto hasta el suelo y se arrodilló al lado de su antiguo maestro.

—¡Obi-Wan! Soy yo. Soy Anakin. No te muevas.

Había mucha sangre. Demasiada sangre. Los Jedi no eran inmortales. Qui-Gon se lo dijo y a continuación murió para constatarlo.

Tumbado sobre un montón de chatarra abollada, girado de forma extraña, medio de lado, Obi-Wan pestañeaba despacio. Tenía los ojos borrosos, desconcertados. La mejilla derecha presentaba un corte profundo hasta el hueso.

—¿Anakin…?

Anakin se inclinó hacia él, temeroso de tocarle la mano quemada y ensangrentada.

—No hables. Voy a pedir ayuda, ¿de acuerdo? —Anakin…

—Estoy aquí —dijo incluso cuando se levantó para dirigirse hacia el speeder en busca del comunicador—. No te preocupes, Obi-Wan, estoy aquí.

Obi-Wan se quejó.

—Vaya. Creo que estoy herido.

Y era grave. Anakin introdujo en el comunicador la frecuencia de emergencia del Templo y lo activó.

—Al habla Anakin Skywalker. Necesito al Maestro Yoda. Un suave pitido, a continuación:

—El Maestro Yoda se encuentra en una sesión de emergencia del Consejo y no puede…

—¡Contacta con él ya, idiota! ¿Me escuchas? *¡Contacta con él!*

Extendido en el techo, Obi-Wan se revolvió.

—Tranquilo, tranquilo, Anakin. No hace falta que grites.

Como pudo, y aunque estuvo a punto de matarle, Anakin consiguió sonreír.

—No seas aguafiestas, Maestro. Sabes que me gusta expandirme.

Obi-Wan espiró, sonriendo ligeramente en respuesta, y una espuma roja surgió de sus pálidos labios. Al verla, Anakin volvió junto a él.

—Está bien, te dije que te quedaras quieto —le reprendió, arrodillándose—. Creo que ha llegado la hora que empieces a hacerme caso.

—No seas mandón —replicó Obi-Wan. Intentó moverse, jadeó y se quedó totalmente quieto—. Hubo una explosión…

—Fueron cuatro —corrigió Anakin—. Por favor, Obi-Wan. *Cállate*.

—Creo que me he roto algo —dijo Obi-Wan con la mirada inquieta—. No. Me parece que han sido más cosas. —Bajó la mirada hacia la túnica carbonizada, desgarrada y empapada en sangre—. Vaya, esto no tiene buena pinta.

Anakin estiró la mano y se atrevió a tocarle la frente a Obi-Wan. Tenía la piel helada.

—Estás bien, Maestro. Te pondrás bien.

—*Anakin Skywalker, Maestro Yoda al habla está.*

Inundado por el alivio, alcanzó el comunicador.

—Maestro Yoda, necesito ayuda. Estoy con Obi-Wan. Está herido. Está gravemente herido. El ataque.

—*Tráelo hasta el Templo, ¿podrás?*

—No, no me atrevo a moverlo. Necesito un curandero. Necesito muchos curanderos. ¿Puedes venir? ¿Puedes darte prisa? Anakin miró a su alrededor.

—No lo sé. El sector administrativo. En un techo.

—*El comunicador deja abierto. Te encontraremos.*

—Sí. De acuerdo. ¡Daos prisa, por favor!

Se enganchó el comunicador al cinturón y respiró hondo. El sudor le escocía en los ojos, le resbalaba por la espalda. El miedo se apoderaba de los rincones de su mente.

—Mentiroso —susurró Obi-Wan—. Me dijiste que estaba bien.

—Y lo estarás —respondió Anakin con dureza—. Pero Obi-Wan, tienes que ahorrar fuerzas.

—Sí —dijo Obi-Wan, ahora con una mirada curiosamente introspectiva—. Sí…

No era la primera vez que Anakin maldecía su carencia de talento curativo. ¿Cómo podía ser el Elegido y a la vez ser tan *negado* a la hora de curar? No *era, justo*.

—Anakin…

Desesperado, Anakin miró el rostro pálido y enfermo de Obi-Wan. Lo que se podía ver de él que no estuviera cubierto de sangre. Tenía sangre en la barba a causa de la espantosa herida de la mejilla. La espuma rojiza secándose en los labios. Tenía heridas internas. Eso debía ser. ¿Y si dejaba de respirar antes de que llegase Yoda? ¿Y si empezaba a tener convulsiones? Una vez ocurrió un accidente en una carrera de vainas, una horrible colisión múltiple de camino a casa. A Larbo Nelik la echaron claramente, la tiraron contra la barrera. Se rompió por todas partes, tuvo convulsiones y murió mientras Anakin la miraba. Su madre lloró al ver aquello y le rogó que no corriese nunca más. Pero Watto era el jefe de esas cosas… y, al fin y al cabo, le encantaba.

—Anakin —repitió Obi-Wan—. Escúchame.

Anakin se acercó aún más.

—No, escúchame *tú.* Yoda está de camino, con los curanderos. Tienes que estar *tranquilo,* tienes que…

—Anakin —dijo Obi-Wan con voz débil—. Es importante.

Miró a Obi-Wan, luchando contra una incredulidad atroz. ¿Cómo podía estar pasando aquello? ¿Cómo es que se encontraba en aquel techo, rodeado de escombros, con el ruido de sirenas, asfixiándose por culpa del humo amargo, lágrimas amargas, observando a su amigo moribundo, si hacía sólo unos instantes que estaba en los brazos de Padmé… riendo… amando?

«Esto no está pasando. Esto no está pasando».

—Anakin —dijo Obi-Wan. Su voz eran tan débil que apenas se escuchaba—. Dile a Yoda que el mensaje de Dex era sobre Grievous. Va a por Bothawui.

Aquello le impactó.

—*¿Bothawui? No.* Si Grievous se hace con Bothawui…

—Lo sé —se lamentó Obi-Wan—. Anakin, díselo a Yoda.

—Podrás decírselo tú mismo en cuanto llegue aquí. Obi-Wan le miró muy confundido.

—Yo no… No estoy seguro. —Se le cerraron los ojos y le brotó más espuma roja por los labios.

Anakin se giró rápidamente buscando a Yoda en el tumultuoso y humeante cielo. Diez años de riguroso entrenamiento Jedi era todo lo que había en ese momento entre él y sus gritos.

«¡Venga! ¡Venga! ¿Dónde estáis? ¡Vamos!».

Y justo cuando estaba a punto de arriesgarlo todo, de arriesgar la vida de Obi-Wan llevándole hasta el speeder y poner rumbo al Templo, llegaron Yoda y un equipo de tres curanderos.

Uno de ellos era la Maestra Vokara Che, quien se había ocupado plenamente de él tras la batalla de Geonosis.

—Atrás, joven Skywalker —ordenó Yoda cuando los curanderos se dispusieron a salvarle la vida a Obi-Wan—. Bien has obrado. A morir no va.

Había lágrimas en las mejillas de Anakin, las podía sentir. No se avergonzaba. No iba a disculparse ante nadie, ni siquiera ante Yoda, por importarle tanto Obi-Wan como para llorar por él.

Pero parecía que Yoda estaba muy comprensivo.

—A morir *no* va —repitió, y para enfatizar su afirmación golpeó su bastón contra el suelo del techo.

—¿Cómo lo sabes?

—No es su hora —dijo Yoda suavemente—. Pese a que buena parte del lado oscuro puedo ver.

Temblando, recuperándose del susto, Anakin sintió cómo sus piernas cedían. Se dejó caer sobre el techo, aturdido.

—Me dio un mensaje para ti, Yoda. Grievous va a por Bothawui.

—*¿Bothawui?* —preguntó Yoda. A continuación añadió algo más en un idioma extraño, no era el básico de la República. Sonaba… perturbado.

—¿Seguro estás? ¿De un error no se tratará?

Sacudió la cabeza.

—No.

Los curanderos estaban agrupados junto a Obi-Wan, trabajaban con urgencia. Vokara Che murmuró algo, los otros dos asintieron y después, con un movimiento rápido y coordinado, colocaron boca arriba a Obi-Wan. Gritó cuando le movieron, un alarido de horrible dolor.

—¡Maestra Vokara Che! —dijo Yoda en voz alta.

La curandera se dio la vuelta, las colas de la cabeza se agitaron con el movimiento.

—Maestro Yoda, discúlpeme, pero ¿me puede dejar un…?

—Regresar al Templo enseguida debo —dijo Yoda—. Para que ayudes a Obi-Wan aquí te dejaré. Cuando al Templo hayas regresado y noticias de él tengas, ven a verme.

Vokara Che asintió.

—Por supuesto.

Anakin se estremeció cuando Yoda le golpeó con su bastón.

—¿Tu speeder ese es, joven Skywalker?

—Sí, Maestro.

—De vuelta al Templo vas a llevarme. ¡Y atención a las leyes de velocidad no prestarás!

Él no quería marcharse. Quería quedarse aquí, junto a Obi-Wan. Se puso en pie.

—Sí, Maestro —dijo… pero seguía mirando a su amigo.

Yoda volvió a golpearle.

—¿En mí confías, jovencito?

Sobresaltado, Anakin bajó la mirada.

—¿Cómo? Claro.

—¡A salvo estará Obi-Wan aquí! ¡A salvo *no* está Bothawui!

Obi-Wan le habría dicho que se marchara. Obi-Wan se pondría furioso si se demoraba, poniendo en peligro sus vidas. Él y Yoda regresaron al Templo.

El Canciller Supremo Palpatine, anteriormente Senador Palpatine a secas, durante la mayor parte de su vida Darth Sidious, Señor Oscuro de los Sith, estaba pensativo en su lujoso despacho, sonriendo benévolamente por el caos que había desatado.

Bueno, no *personalmente.* No era él quien había encontrado *personalmente* a unos inocentes serviciales, los había agitado y había inventado quejas contra la República, les había provisto de los explosivos y los códigos necesarios para evadir la seguridad y les había dejado actuar. No. Aquella tarea le correspondía a algún subordinado o a otro. Algún otro inocente servicial convencido por su eficiente —y más mayor— aprendiz,

Darth Tyranus. El mismo que le guardaba un asiento a Anakin, que estaba madurando tan *bien.* Progresando muy bien.

Era muy *gratificante* ver cómo cristalizaba un plan.

En el silencio resguardado de su despacho era imposible oír las sirenas, los gritos, los lamentos, el horror. Pero no le hacía falta oírlo. Podía verlo y sentirlo en la Fuerza.

El lado oscuro era algo maravilloso.

Apartó la mirada de los frutos de sus sueños diurnos y la dirigió al reloj del escritorio. Ah. Ya casi era la hora. Dejando a un lado el gran ventanal de transpariacero, el panorama de muerte que había dibujado con tanta precisión, cogió la capa oscura con capucha de su guardarropa privado, se la puso y activó el holotransmisor que guardaba para estas… *ocasiones especiales*.

—*Maestro* —dijo el holograma de Dooku, haciendo una reverencia. En realidad, tendría que arrodillarse, pero la edad tenía sus compensaciones. Al menos por un rato—. ¿Está al tanto de nuestros últimos éxitos?

—Sí, Darth Tyranus —respondió Sidious—. He asistido al transcurso de los hechos con interés. Buen trabajo.

Los elogios de un Señor Sith eran escasos y Dooku no ocultó su sorpresa.

—Mi señor, me honra.

«Y tú me aburres, pero no nos detengamos en eso. Ahora no».

—¿Cómo están las cosas con el General Grievous?

—*Está reuniendo a su ejército renovado de droides, mi señor. Está ansioso por lidiar otra batalla con los jedi.*

—El objetivo de esta misión es que *no* se ocupe de los Jedi, Tyranus. No hasta que Bothawui esté totalmente bajo control. Cuando Bothawui esté en nuestro poder, ellos mismos se lanzarán en un intento desesperado por recuperarlo. Buscamos la muerte de muchos Jedi, aprendiz. Recuérdaselo a Grievous. Recuérdale que es prácticamente indispensable.

Dooku hizo otra reverencia.

—*Así lo haré, mi señor.*

Darth Sidious desactivó el holoenlace, volvió a introducir el transmisor en el bolsillo de la capa y colocó la capa en la percha del guardarropa. Le gustaba mantener todas sus posesiones aseadas y ordenadas. Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio.

La bandeja holográfica del escritorio emitió un pitido y accionó el interruptor.

—¿Qué ocurre?

El holograma de Mas Amedda hizo una reverencia.

—Mi señor, me han llegado rumores de que Obi-Wan Kenobi ha resultado herido en uno de los ataques terroristas. ¿Obi-Wan? *¿Era eso cierto?*

—No digas *terroristas,* Mas Amedda. Es una palabra muy partidista y conmovedora. Deja esas palabras para nuestros formidables amigos de los servicios informativos de la HoloRed.

Mas Amedda asintió.

—Mi señor.

Darth Sidious miró hacia abajo, sus pensamientos se agolpaban. El gesto era de desaprobación y Mas Amedda lo sabía. El holoenlace desconectado. De nuevo, sin que nadie le viera, miró hacia arriba, consciente de que una luz roja brillaba en sus ojos. ¿Obi-Wan estaba herido? ¿Aquel honrado, moralista e inoportuno Jedi estaba herido?

«Bien».

Se introdujo bajo la superficie del día a día, sumergiendo la mente en los sucesos inigualables del lado oscuro. ¿Dónde estaba Anakin? ¿Qué era lo que *sentía?*

Dolor… miedo… rabia… culpa.

«Excelente».

¿Iba a morir Kenobi? No… no, lo que era una pena. Pero este giro de los hechos era totalmente casual… algo se podría sacar de él, seguro… algo útil. Algo… permanente. Ya hacía tiempo, mucho tiempo, que Anakin se había destetado de Kenobi y de su papilla lechosa del lado luminoso.

Ya era hora de que comenzase a mamar del oscuro.

Recostándose, con los dedos cruzados, Darth Sidious empezó a barajar posibilidades.

Anakin quería ir directamente a los Salones Curativos del Templo y esperar allí hasta que llegase Obi-Wan. Ya le había transmitido a Yoda el mensaje de Obi-Wan. ¿Para qué más iba a requerir el Consejo la ayuda de Anakin Skywalker? Para nada. Pero Obi-Wan le necesitaba. Incluso inconsciente podía saber que su antiguo Padawan estaba con él. De igual manera que él supo, estupefacto tras su desastroso duelo con Dooku, que Obi-Wan y Padmé cuidarían de él.

Pero Yoda no sabría nada de aquello.

—Curandero no eres, joven Skywalker. Informar al Consejo debes —decretó en ese tono autoritario, molesto y pomposo que era tan suyo. Hacía declaraciones que todo el mundo debía aceptar simplemente porque él había vivido más tiempo.

Se convocó una sesión plena del Consejo a la que debían asistir la totalidad de los Maestros, si bien tres cuartas partes del quorum aparecieron en forma de holograma. Ki-Adi-Mundi se encontraba tan lejos, casi en el borde de la galaxia civilizada próxima a Baraba I, investigando algunos rumores que podrían acarrear problemas, que su holograma apenas era una sombra y su voz un susurro.

—Comunica al Consejo, Anakin, lo que el Maestro Kenobi te dijo —ordenó Yoda, con los ojos entornados y aparentemente afable.

Anakin fue capaz de controlar su rabia por muy poco. Era un *sinsentido.* Una *pérdida* de tiempo.

—Sí, Maestro Yoda. —Recorrió el Consejo con una mirada impaciente—. Obi-Wan me dijo que Grievous planea atacar Bothawui.

—*¿Grievous?* —se preguntó Adi Gallia, tan bella en el holograma como lo era en carne y hueso—. ¿Estás seguro?

—¿Acaso crees que me lo estoy inventando? —protestó—. *Sí.* Grievous. Eso fue lo que dijo. —De nuevo, recorrió el Consejo con la mirada, más severo esta vez—. Y no me importa lo extraño que parezca, debéis creerle. Estaba *agonizando* y todo lo que le preocupaba era asegurarse de que el mensaje le llegara al Maestro Yoda. El mensaje procedía de Dex. Lo que significa que es cierto. Grievous está planeando invadir Bothawui.

—Eso significa —dijo Eeth Koth, su holograma parpadeaba— que Obi-Wan *cree* que es cierto, joven Skywalker. Tu antiguo maestro puede estar equivocado… o engañado.

Anakin nunca podía mirar al Maestro Zabrak sin un sentimiento de desagrado. Sin ver superpuesto en él al amenazador Sith rojo y negro que asesinó a Qui-Gon. Pese a que sólo había visto una vez aquella cara espantosa, en el hangar de Naboo, nunca la había olvidado.

—*¿Equivocado?* —repitió, ya no le importaba demostrar su furia—. No lo creo. Y en cuanto a Dex, él nunca le mentiría a Obi-Wan.

Un silencio sepulcral le indicó que se había anotado un punto. Por fin.

—Gracias, Anakin —dijo el Maestro Windu con solemnidad—. El Consejo deliberará ahora en privado. Estás disculpado.

Anakin miró a Yoda.

—¿Tengo tu permiso para…?

—Sí —respondió Yoda—. Al Templo Obi-Wan habrá regresado ya. Dile a la Maestra Vokara Che que a verla iré cuando pueda.

Anakin asintió.

—Sí, Maestro Yoda —y añadió a regañadientes—. Gracias.

Cuando llegó a la puerta de la cámara del Consejo, la voz de Mace Windu le hizo detenerse.

—La Fuerza está con él, Anakin. Haces mal en estar asustado.

«Sí, sí. Hago mal en estar asustado, hago mal en preocuparme, hago mal en que me importe dos cuernos de bantha lo que le ocurrió a Obi-Wan.

»Todo lo que hago está mal. Pero ¿seguís esperando que yo os salve, verdad?».

—Sí, Maestro Windu —dijo por encima del hombro sin detenerse al caminar.

¡Skyguay! ¡Skyguay, un momento! ¡Espérame!

Se giró sobre sus pasos para ver a Ahsoka corriendo hacia él a través de la explanada del nivel de meditación.

—¡No me llames así! —exclamó cuando ya sólo estaba a unos pasos de distancia—. Para ti soy el Maestro Skywalker o, simplemente, Maestro.

Como si le hubiese golpeado físicamente, ella se paró en seco. Menuda, delgada, tan poca cosa, levantó la mirada para verle con un silencio horrorizado.

—Lo siento —dijo por fin con voz dolida y débil—. Sólo quería… —Apartó la mirada—. Lo siento.

Por desgracia no estaban solos en la explanada. Los Jedi y los Padawans que entraba y salían por los cercanos tubos de velocidad no se paraban ni miraban, pero Anakin podía sentir su curiosidad. Diez años en aquel lugar y aún seguía siendo objeto de interés. De especulación. Todos sus sueños y esperanzas dependían de él como los adornos del esqueleto de un bantha en la víspera de Boonta.

Lo odiaba.

—¿Qué quieres, Ahsoka? —le preguntó con dureza—. No tengo tiempo para ver la sesión de entrenamiento de ayer.

—He oído que el Maestro Kenobi ha resultado herido en una de las explosiones —susurró—. Pensé… sentí…

—*¿Qué?*

Estaba temblando.

—Estás preocupado por él. Y yo quería… Pensé que te gustaría. —Se dio media vuelta, derrotada—. No importa.

Su dolor se le clavó como un cuchillo. Se sentía estúpido y cruel.

—Ahsoka, espera.

Con desgana, se giró.

—Tienes razón —le dijo—. Estoy preocupado por Obi-Wan. No debería estarlo, pero lo estoy. Y agradecería un poco de compañía mientras espero para verle.

No su compañía; estaba desesperado por Padmé. Pero eso era imposible. Ahsoka sería su compañía en este caso.

—¿De verdad? —El rostro de Ahsoka se iluminó de alegría—. ¿Lo dices en serio?

No estaba muy seguro de cómo sentirse al tener tanto poder sobre una chica tan joven. ¿Por qué se preocupaba tanto? ¿Por qué iba a importar lo que él dijera?

«Qui-Gon me importaba. Supongo que será lo mismo».

Giró la cabeza en dirección a los tubos de velocidad.

—Vamos. Podemos trabajar con tu sesión de entrenamiento mientras esperamos. Me imagino que no habrás traído la cámara droide, ¿verdad?

Ella sonrió, un brillo penetrante de dientes asilvestrados.

—Por supuesto que sí, Sky… Maestro. Sé que a veces soy un poco tonta, pero…

El suspiró.

—No eres tonta, Ahsoka. Y puedes llamarme Skyguay. Pero *sólo* cuando estemos a solas.

Su rostro se volvió a iluminar de una alegría incontenible.

—¡Gracias!

No quería su gratitud. No la quería como Padawan, pese a que la apreciaba bastante. No quería *ningún* Padawan. Pero gracias al Consejo estaban unidos el uno al otro. Todo lo que podían hacer era aprovechar al máximo la situación.

—Vamos —repitió, y se marchó.

Con un suspiro y un salto, se apresuró tras él.

Siete

—¡Senadora Amidala!

Padmé se giró al oír la voz de Bail Organa. Se estaba abriendo paso hacia ella a través del atestado pasillo, recibiendo miradas y comentarios groseros, los cuales ignoraba. Les habían convocado para una sesión de emergencia del Comité de Seguridad. Los ataques terroristas. El complejo del Senado parecía una colmena con una actividad frenética.

—Padmé —dijo cuando llegó hasta ella. A continuación la apartó hacia un rincón más apartado. Sus ojos oscuros estaban ansiosos—. No sé si lo sabes, pero Obi-Wan Kenobi es una de los heridos por las bombas.

Las mentiras le salían con mucha facilidad.

—¡No! Yo no… Vaya, es horrible, Bail. ¿Y cómo se encuentra?

—No ha muerto. Pero me han dicho que está muy grave. Lo siento. Sé que sois amigos.

Bueno, ella no le llamaría *así* exactamente. No desde que ella ignoró sus ruegos e inmediatamente después se casó con el hombre a quien él le había pedido que renunciara.

—Amigos. Sí. Bail, ¿cómo te has enterado? No ha habido ningún comunicado.

—La nave Jedi que le llevaba de vuelta al Templo se vio sorprendida en un control de emergencia. La hermana de un empleado mío del Senado es agente de seguridad. Les escoltó cuando el problema ya se había resuelto. —Se encogió de hombros—. Y las hermanas son muy cotillas. Desde luego que sí.

—Quiero saber todo lo que sabes, pero tendrá que esperar hasta después de la reunión, a la que deberemos asistir antes de que se nos haga tarde.

Bail asintió.

—Por supuesto.

Sin embargo, cuando llegaron a la sala que les habían asignado, la encontraron vacía… solamente estaba el Canciller Supremo Palpatine.

—No se alarmen, amigos míos —dijo cuando, desconcertados, frenaron el paso en el umbral de la sala—. Están en el lugar adecuado. Pero me he tomado la libertad de cancelar su reunión.

Padmé intercambió una mirada cautelosa con Bail, quien dio un paso hacia delante.

—¿Canciller?

—Quiero inspeccionar personalmente el daño infligido sobre nosotros por parte de los separatistas —dijo Palpatine—. Y quiero que ustedes dos me acompañen. Sin fanfarrias, sin escolta preparada. Simplemente, tres sirvientes públicos preocupados y unidos por una causa común.

Padmé frunció el ceño.

—Iré, por supuesto, pero…

—¿Por qué usted? —Palpatine sonrió gravemente—. Porque aprecio sus consejos, querida. Sus experiencias como objetivo del terrorismo de la Federación de Comercio, primero en Naboo y más recientemente aquí y en Geonosis, le proporcionan un

entendimiento muy valioso. Asistió en primera fila a aquel terrorífico abismo, Padmé. Ha intentado devorarle y siempre ha fracasado. Quiero ver estos ataques a través de sus ojos. Verá cosas que yo nunca vería ni podría ver. Y si debo proteger nuestra gran República, tengo que saber de qué se trata. No importa lo alarmante o inesperado que sea.

Desconcertada, asintió.

—Haré todo lo que pueda por ayudar.

—En cuanto a usted, Senador Organa —continuó Palpatine—, si me permite la franqueza, he notado últimamente que está empezando a arrepentirse del apoyo incondicional que había demostrado a mi ministerio.

—*¿Arrepentirme?* —Bail sacudió la cabeza con vehemencia—. No, Canciller Supremo. Yo le apoyo sin reservas, como siempre.

—¿De verdad? —preguntó Palpatine con delicadeza—. Debo decir que ésa no es la impresión que me ha dado.

—Con todos mis respetos, señor, está equivocado. De lo único de lo que me arrepiento es de que nos hayamos visto abocados a esta guerra. De que al crear nuestro Gran Ejército de la República hayamos dado la espalda a miles de años de paz. Por todos los Senadores que nos precedieron y que preservaron esa paz rechazando firmemente ceder ante sus miedos.

—¿Quiere decir que mis negociaciones por un acuerdo equitativo con los separatistas no fueron legítimas?

—No, por supuesto que no. —Bail se pasó la mano por la perilla—. Nadie se habría esforzado más que usted para darle a Dooku y sus colegas todo lo que querían y preservar a la vez la integridad de la República. Es sólo que…

—Que ahora ha visto a soldados matando y muriendo —dijo Palpatine—. Clones, para ser más exactos, pero aún así. ¿Estoy en lo cierto?

Bail asintió.

—Sí.

—Y ahora se pregunta si hizo lo correcto cuando aceptó apoyar al ejército de la República. Sobre todo desde que su querido amiga aquí presente, Senadora Amidala, se opuso al Acto de Creación Militar arriesgando su propia vida.

—No es que estuviera en desacuerdo con su postura, Padmé —dijo Bail, mirándola—. No en principio. Pero temía que…

—¿Fuese una ingenua? —Encogió los hombros—. Ya lo sé. Y tal vez lo fuese. Pero sería muy hipócrita por mi parte quejarme ahora del ejército que me salvó la vida.

—Al igual que las vidas en otros planetas, los separatistas pretenden ahora desprenderse de la República a la fuerza —añadió Palpatine—. Incluyendo, por lo que parece, el propio Coruscant. Por esta razón le quiero junto a mí, Bail. Para que vea por lo que estamos luchando. Sus escrúpulos son importantes… pero ¿no lo son también las vidas inocentes? Vamos. Tengo un speeder esperándonos.

Era impensable rechazar la invitación de Palpatine. Padmé hizo un gesto de aprobación a Bail, a continuación comenzó a caminar junto a él para seguir a Palpatine y salir de la sala del comité por la salida para ejecutivos, que tan pocas veces se usaba.

Mientras caminaban a través del laberinto de pasillos hacia su muelle privado de naves, el Canciller Supremo le hizo un gesto para que se acercara a él.

—Me preguntaba si ya se habría enterado de lo de nuestro buen amigo el Maestro Kenobi.

—Sí, Canciller. ¿Sabe cómo se encuentra?

—Desgraciadamente, no —respondió Palpatine—. He hablado un instante con el Maestro Yoda hace un rato y lo único que ha podido decirme es que los curanderos del Templo están haciendo todo lo que está en su mano.

Ella asintió.

—Entiendo. —«Oh, Anakin»—. ¿A Yoda se le notaba al menos… esperanzado?

—¿Esperanzado? —repitió Palpatine—. Me temo que no, querida. Lo he notado tal y como es el Maestro Yoda. Enrevesado e inescrutable. Pero —le puso la mano sobre el hombro— los curanderos del Templo hicieron un trabajo extraordinario con el joven Anakin. Debemos tener fe en que puedan hacer lo mismo con el Maestro Kenobi.

Padmé volvió a asentir, paralizada por el miedo.

—Sí. Eso haremos.

Palpatine suspiró.

—No dejo de pensar en lo mal que se debe de estar sintiendo Anakin —dijo con voz cálida—. Le tiene mucho cariño al Maestro Kenobi, ya sabe, pese a que nuestro estimado amigo Jedi le reproche con frecuencia. Me gustaría poder hacer algo por él. Encontrar una manera de calmar su dolor. Como sabe, pese al respeto y admiración que siento por los Jedi, en ocasiones, su insistencia por la imparcialidad emocional me parece… bueno… desagradable. Y Anakin, ¡por Dios!, no es como los demás Jedi, ¿verdad? Es mucho más sensible. Más vulnerable. Necesita personas que le quieran, personas que sepa que se preocupan por él, y no *pese* a su naturaleza pasional si no *por* ella misma. —Volvió a suspirar—. Al menos, conociéndole como le conozco, desde tan joven, eso es lo que pienso. Pero claro, *yo* no soy un Jedi.

Necesitó un instante para asegurarse de que podía hablar.

—No importa lo extrañas y complicadas que nos resulten sus costumbres, Canciller, estoy convencida de que los Jedi consideran que lo que están haciendo es lo correcto.

—Ah, yo también lo estoy —dijo Palpatine—. Pero me pregunto cuántas cosas erróneas se hacen por parte de aquellos que consideran que están haciendo el bien. Bueno, ya estamos.

Finalmente llegaron a su destino: el discreto muelle privado de naves de Palpatine. Padmé soltó un suspiro de alivio, agradecida por la distracción.

«Pero al menos no soy la única que se da cuenta de que Anakin estará disgustado. Al menos Palpatine puede ser su amigo. Tal vez él pueda ayudar a Anakin hasta que nos volvamos a ver».

El Canciller Supremo les guió hasta la plataforma de la nave y despidió al guardia que les esperaba con un leve gesto con la cabeza. Lo primero que notó fue la falta de tráfico entrecruzado. Sorprendida, se paró. Nunca antes había visto los cielos de Coruscant *vacíos*.

—Sí —dijo suavemente Palpatine—. Unas vistas muy despejadas, ¿verdad?

Desde luego que sí. Incluso… *antinaturales*.

—¿Y está seguro de que no hará falta ampliar la zona de tráfico aéreo restringido alrededor de los sectores del Senado y de administración?

—Estoy completamente seguro —respondió Palpatine—. ¿Usted qué piensa, Senador Organa?

Bail miraba los solitarios edificios que tenían ante ellos con extrañeza.

—Creo que el trastorno que hemos sufrido supone una victoria más que garantizada para los terroristas, Canciller Supremo. Y cuanto antes reanudemos el tráfico, más lograremos dañar *su* confianza.

Palpatine le dio una palmadita en el hombro.

—Pienso exactamente lo mismo.

Atracado frente ellos había un speeder abierto, brillante, carmesí oscuro, de cuatro asientos, sencillo pero con un rumor de potencia sobre él. Con agilidad para un hombre de su edad, Palpatine se introdujo en el asiento del piloto y miró expectante a sus invitados.

—¿*Usted va* a pilotar? —preguntó Bail, cómicamente sorprendido—. Señor, yo puedo…

—No, no, no será necesario —dijo Palpatine, calmando así su preocupación—. La verdad es que soy un piloto consumado. Y de vez en cuando disfruto dándome una vuelta por aquí. Evidentemente, éste no es un viaje de placer. Pero me gustaría que ambos se concentraran en las consecuencias del ataque de los separatistas. —En vista de que seguían dudando, añadió—: ¿Quieren ver mi permiso? Está en vigor, lo prometo. No les pasará nada.

Padmé se rió. No pudo evitarlo. Aquí estaba el Palpatine que ella recordaba desde hacía tiempo. Energético, imprevisible, con un nulo sentido del ridículo. Se giró hacia Bail.

—El Canciller tiene razón, Senador. No nos pasará nada. Ganó bastantes trofeos en las carreras de speeders de Naboo.

—¿En serio? —dijo Bail más relajado—. No recuerdo que se haya mencionado en el Senado.

—Claro que sí —dijo Palpatine tajantemente—. Fue una recomendación muy útil para mi candidatura. *Le gusta conducir máquinas peligrosas a gran velocidad.*

—Bien, si a usted le gusta, Canciller Supremo, no es el único —prosiguió Bail—. A mí me conocen por haber roto el límite de la velocidad una o dos veces.

La sonrisa de Palpatine fue confabuladora.

—Y lo debemos mantener en secreto, amigo mío. Ahora, Senadores, ¿les importaría venir conmigo?

Muy cortésmente, Bail dejó que Padmé pasara primero. Se acomodó en la parte trasera del speeder y él se sentó junto a ella, manteniendo la máxima distancia posible dentro de lo ajustado del asiento trasero. Palpatine tocó un botón de la consola y, en un momento, el speeder ya estaba envuelto en un escudo de alta seguridad. A continuación se hizo con el control de los mandos y salieron disparados del muelle, alejándose del Edificio del Senado y dirigiéndose hacia el inquietante y tenue cielo de Coruscant.

El transpondedor del speeder, al identificar al piloto como el Canciller Supremo de la República, les mantuvo cómodamente alejados del personal de seguridad que pudiera interferir. Como el pilotaje solamente requería una fracción de su atención, Palpatine dejó que sus sentidos se centraran en sus pasajeros cuando éstos miraron hacia abajo, a la ciudad, anticipando nerviosamente la destrucción que estaba por llegar. Desde que los sorprendió manteniendo una conversación profunda el otro día, tras la sesión del Senado, había comenzado a preguntarse si no estaría surgiendo algún problema. Lo que iba a descubrir ahora era… revelador. Y alarmante.

«Quiere a Anakin, de eso no hay duda. Su amor por él apesta. Es repugnante. Útil, pero repugnante. Pero ¿no se da cuenta de que le atrae a Organa? No. Me parece que no. Es su amigo. Ella le admira. Su corazón pertenece a Anakin. Pero pronto, a Anakin lo separarán de ella. La guerra les mantendrá alejados. Y, a veces, los amigos pueden convertirse en algo más».

Ni el menor peligro, ni siquiera el indicio de un indicio, merecía su consideración. Pero no había logrado todo lo que había logrado por dejar ni un solo detalle al azar. No podía ignorar ni el mínimo indicio que pudiera suponer un contratiempo para sus planes.

«¿Y qué hay de este proyecto de Senador, el torpe y honorable Bail? Está casado, pero su estéril mujer se encuentra lejos, en Alderaan. Es un estúpido honorable, nunca le traicionaría. Pero siente algo por la antigua, valiente y pequeña Reina de Naboo. El respeto y la admiración son una mezcla peligrosa. Estos Senadores trabajan de forma muy unida y eso puede derivar en terreno fértil».

Un acertijo interesante. Por un lado estaba Anakin, influenciado por Kenobi, quien se resistía obstinadamente y de forma inconveniente a morir. Por el otro lado se encontraba su Padmé, servilmente devota, pero al mismo tiempo vulnerable a la presencia constante de Bail Organa.

«Pese a que ella mantiene la fe, el descontento y la distancia podrían comenzar a pudrirlo todo. Y Anakin también tiene fe. Va en contra de Kenobi, pero moriría por él sin dudarlo un segundo».

Había llegado la hora de matar dos pájaros de un tiro.

—Oh, no —dijo la mujer de Anakin casi llorando—. Oh, Bail. *Mira.* Es el complejo de la Corte Central. Lo que queda de él.

De modo servicial, Palpatine dirigió el speeder hacia abajo, ofreciéndoles así una visión más cercana de las consecuencias más satisfactorias de las bombas terroristas. Ni

siquiera las ventanas de transpariacero ni las paredes exteriores de duranio reforzado habían podido resistir las fuertes explosiones. Los edificios judiciales estaban destrozados, despegados como los gajos de la fruta madura.

Y la destrucción no acababa allí. Esparcidos por la amplia y espaciosa explanada había escombros retorcidos de speeders, góndolas, naves y bicicletas, cayendo del cielo en forma de lluvia amarga y sangrienta. Más allá, en la fuente principal —qué *maravilloso*— había un maxibus completamente destrozado. Ni siquiera el humo y los objetos carbonizados podían disimular la sangre esparcida. Los vehículos que habían caído habían dañado además los edificios judiciales colindantes. Los procesos judiciales se quedarían paralizados durante semanas, o incluso meses. Aumentarían las tensiones. El descontento se extendería, canceroso, por la frágil estructura de la ciudad.

«Cuanto más afianzada está una sociedad en sus comodidades, a salvo en su rutina, más fácil es perturbarla. Cae con más facilidad. Pobres estúpidos. No tienen ni idea. La corrupción de la prosperidad les ha ido pudriendo de dentro hacia fuera».

Abrumados por la masacre, los miembros de seguridad tenían que ir llevándose los cuerpos. Yacían en las aceras, envueltos decentemente con su horror.

—¿Cuántas víctimas, Canciller Supremo? —preguntó Organa, tremendamente afectado—. ¿Cuántos heridos? ¿Tenemos una idea de cuál es la cifra de víctimas?

—Desgraciadamente —respondió Palpatine con una voz que fingía tristeza—, no disponemos de la información completa. Pero creo que no es osado aventurar que hoy hemos perdido más hermanos y hermanas de lo que nuestros corazones pueden tolerar.

Activó el modo suspensión del speeder y planearon sobre el territorio destruido. Hundiéndose en su asiento, observó cómo brotaban y caían las lágrimas de Padmé, dándole un tono plateado a sus mejillas. Vio cómo Bail Organa le cogía la mano, consolándola, con los ojos cargados de rabioso dolor.

—Nunca más —dijo Organa, apretando los dientes—. No podemos permitir que vuelva a ocurrir algo así. Debemos descubrir cómo ha podido pasar *esto*.

—Me temo que no será fácil —dijo Palpatine, moviendo la cabeza—. Coruscant es una sociedad muy abierta y confiada. Siempre hemos confiado los unos en los otros. Me temo que no queremos cuestionar esa confianza. Me temo que cuando tenemos miedo de perder aquello que nos hace grandes, nos volvemos más vulnerables a ataques como éste.

—¿Cómo han sido capaces los separatistas de esquivar las medidas de seguridad? —susurró Padmé—. Existen sistemas, métodos para detectar explosivos y perseguir a los sospechosos. Sabemos que tenemos enemigos ahí fuera. ¿Cómo han podido *acercarse* tanto a nosotros?

—Porque, querido Senador, nos confiamos demasiado —repuso—. Hicimos muchas suposiciones. No formulamos las preguntas adecuadas en el momento adecuado a las personas adecuadas.

Organa apartó la mirada de la cruda destrucción.

—¿Quieres decir que nos han traicionado desde dentro?

—¡No! —respondió Padmé—. No, no lo creo. Me *niego* a creerlo.

Palpatine suspiró profundamente.

—Me parece que deberíamos considerarlo, querida. No importa lo doloroso que resulte, tenemos que mirarnos los unos a los otros. Tranquilamente. Con discreción. No hay que crear una psicosis. Lo último que queremos es hacer sufrir a los inocentes. Pero dadas las circunstancias, unas pequeñas molestias, un poco de malestar, no puede considerarse un gran sacrificio.

—¿Espiar a nuestra propia gente? No podemos —dijo Padmé, rebelándose—. Canciller Supremo, lo que está proponiendo es la antítesis del sistema democrático.

Palpatine bajó la mirada hacia los cuerpos, las ruinas, el personal de trabajo encargado de limpiar aquel desastre.

—Dígaselo a las viudas y a los huérfanos de hoy, Padmé —dijo con suavidad—. Dígaselo a los maridos que pronto incinerarán a sus esposas. A los padres que deben darles el último adiós a sus preciosos hijos. *Dígales* que la justicia no es tan importante como proteger nuestros sentimientos. Incluso angustiada, era bellísima.

—No recurrimos a esto en Naboo, tras la Federación de Comercio. Nos *apoyamos* los unos a los otros, no nos *atacamos.* Él se encogió de hombros.

—Coruscant no es Naboo, querida. Busque otra medida y yo la acogeré con entusiasmo. Hasta entonces, mi única obligación es asegurar que *nunca* más se repitan ataques como éste. —Esperó un momento para que la realidad se asentara—. Como estrellas del Comité de Seguridad que son, ¿puedo contar con su apoyo, Senadores? ¿Me ayudarán a desenmascarar a los viles criminales que han sido responsables de tanto dolor y ruina?

—No tenemos elección, Padmé —dijo Organa. Seguía cogido de su mano.

Al darse cuenta, ella se soltó.

—¿Te *gusta* esta idea? ¿Te sientes *tranquilo* con ella?

—Por supuesto que no. Me *repugna* —afirmó tajantemente. A continuación, señaló a través del escudo—. Pero eso me repugna más. Sería un mal menor, Senadora. Al igual que la creación del Gran Ejército de la República o las negociaciones con los hutts. Es el mal menor… y si queremos salvar vidas, tendremos que asumirlo.

«Y así es como los débiles honorables se cortan el cuello a sí mismos».

Aparentemente solemne, pero riéndose interiormente, Palpatine desactivó el modo suspensión del speeder y se dirigió hasta donde había caído la siguiente bomba… para que no flaquearan en su decisión.

—Bien —dijo Yoda, mirando a Mace Windu con los ojos entornados—. ¿En Dexter Jettster crees?

Cruzado de piernas sobre la otra alfombra de meditación de la habitación, Mace Windu sacudió la cabeza y suspiró.

—Obi-Wan le cree.

—Y en Obi-Wan tú crees.

Mace frunció el ceño.

—¿Y tú no?

Ahora le tocaba suspirar a Yoda.

—Sí.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos? Eso, ¿qué? Aquélla era la cuestión.

Las deliberaciones que sucedieron a la marcha furiosa de Anakin de la Sala del Consejo habían sido breves. Los Maestros ausentes que se encontraban en misiones desesperadas habían declarado su fe en la opinión de Yoda y habían abandonada rápidamente la holoconferencia. Los presentes en la Sala del Consejo también mostraron su apoyo y se marcharon, dejándoles a él y a Mace Windu como responsables de la decisión final. De entre todos, ellos eran los más experimentados en guerras, los mejores estrategas. De entre todos, ellos eran los más cercanos a Palpatine. Y guiar a Palpatine a lo largo de esta crisis era una de las mayores obligaciones de los Jedi.

—Tropezar a ciegas con Grievous no debemos —dijo finalmente—. Un astuto enemigo es. Una criatura criada en la malicia y el odio. Nada le detendrá para vernos derrotados. Cruelmente a decenas de miles matará para distraernos de nuestro objetivo.

Consideraron aquello abatidos. Grievous ya había demostrado ser capaz de llevar a cabo una táctica brutal. A pequeña escala, de momento, pero su éxito auguraba una destrucción mayor. Sus droides de combate habían arrasado un distrito entero en Ord Mantell con tal de distraer a las tropas de la República y poder realizarlo y escapar.

El estoico Ki-Adi-Mundi lloró cuando informó de aquello. Lloró por los padres, asesinados sin piedad. Lloró por las madres asesinadas con sus hijos en brazos.

El problema de Grievous, el mayor desafío al que se enfrentaban, era que su ejército carecía de emoción. Las máquinas no sentían nada. Podían matar y matar y seguir matando y nunca les molestaría la sangre.

—Parece ser que posee un suministro infinito de naves y droides de combate —dijo Mace, haciendo una mueca—. Es evidente que él y Dooku llevan planeando esta guerra durante meses. Quién sabe, quizás *años.* Parece que estemos jugando a pillar con este general autoproclamado y su ejército, que siempre está tres pasos por delante de nosotros.

—Ten cuidado —le advirtió Yoda con firmeza—. Desesperación un Jedi no debe sentir.

Mace le miró sobresaltado. A continuación, asintió.

—Perdóname, Maestro. Tienes razón. Con todo lo que ha ocurrido, empezaba a sentirme… abrumado.

Yoda le observó. Mace poseía una valentía que a menudo rozaba la locura. Feroz, dedicado, disciplinado y obstinado contra la derrota. Verle abatido resultaba escalofriante.

—Se recuperará Obi-Wan, Maestro Windu —afirmó—. Pensar demasiado en su dolor no debes. Distracciones no nos podemos permitir. No cuando a Grievous debemos derrotar.

Mace se quedó callado un instante. Después levantó la mirada.

—¿No te parece alarmante que Obi-Wan no fuese capaz de sentir el peligro antes de las explosiones? ¿Recuerdas cuál fue la última vez en la que un Jedi se vio involucrado en algo así sin darse cuenta? No *puedes.* Porque no ocurre, Yoda. No sin interferencias. Quienquiera que sea ese Darth Sidious, cualquiera que sea la máscara que lleva para andar entre nosotros, su influencia está aumentando. La confusión del lado oscuro está creciendo. Se expande como el veneno. Obi-Wan Kenobi es uno de nuestros mejores hombres. Si *él no* puede ver con claridad…

Yoda no dijo nada. Los alumnos debían encontrar su propio camino.

—Lo siento, Yoda —dijo finalmente Mace—. Es que… para los Caballeros Jedi y los Padawans, incluso para los demás Maestros y miembros del Consejo, yo soy el solemne y sabio Mace Windu. Nada perturba mi calma. Ningún peligro me afecta. Pero soy un hombre, igual que soy un Jedi. Aquí, a solas contigo, puedo reconocer la verdad. *Debo* reconocerla. *Estoy asustado*.

—Entonces libera tus miedos, Mace Windu —contestó Yoda—. Conoces el mantra. Conoces la verdad. El miedo conduce a la rabia.

—Al odio y después al sufrimiento —dijo Mace, asintiendo—. Nos hace vulnerables al lado oscuro. Sí. Lo sé. Y sé que debo controlar mis emociones. Sobre todo ahora que el lado oscuro está a nuestro alrededor. Lo intento, Yoda, lo…

—¡Ja! —exclamó Yoda, golpeando su alfombra de meditación—. *¡Hazlo o no lo hagas!*

—Pero no lo intentes —concluyó Mace con una sonrisa irónica—. Tienes razón. —Se pasó una mano por la cara—. Estoy cansado. No es una excusa, pero lo estoy.

Le miró. Había estado esforzándose al máximo desde Geonosis. Había sobrepasado sus límites y seguía esforzándose sin cesar. Sentía el dolor por cada Jedi muerto y herido. Cada derrota de la República suponía una puñalada en su corazón. Pese a su severa autodisciplina, Yoda se preocupó por él.

«Si no descansa, le matará esta guerra sin derramar una sola gota de sangre».

—He sido tu mentor, Mace —dijo tranquilamente—. Tu amigo soy ahora. Ante tus miedos no debes rendirte. El lado oscuro te ataca. Luchar debes, porque a necesitarte vamos. Te necesito *yo.* Derrotar al lado oscuro yo solo no puedo.

Mace inspiró profundamente y después soltó todo el aire en un suspiro lento y estremecedor.

—No estás solo, Yoda, y nunca lo estarás. Yo *nunca* dejaré que venza el lado oscuro —añadió con un propósito directo y nuevo en su rostro—. Grievous es un cliente escurridizo. Si le perseguimos, lo más seguro es que le perdamos. Tendremos que conseguir que venga hasta nosotros. Si bloqueamos el sistema Bothan… transmitimos nuestra presencia allí…

Yoda apretó los labios al pensar en ello.

—¿Un cebo harías de nuestro pueblo?

—Es arriesgado, lo sé —respondió Mace—. Pero Grievous es arrogante. Si le incitamos a que nos persiga…

—Resistirse a la tentación no podrá. De un plan astuto se trata, Maestro Windu.

—Astuto y arriesgado. Pero ya llevamos demasiado tiempo a la defensiva. Ha llegado la hora de plantarle cara. —El entusiasmo iluminó el rostro tenso de Mace—. Aunque sea de modo furtivo y ambiguo.

—Su movimiento sobre Bothawui Grievous no ha realizado —murmuró Yoda—. Preparado para atacarlo no debe de estar todavía. Tu plan podría lograr que su ataque jugase a nuestro favor.

Mace ladeó la cabeza, su entusiasmo momentáneo se apagó.

—El único problema es que ya estamos defendiéndonos de los ataques separatistas en muchos frentes. Nuestros recursos están al límite.

Yoda se acarició la barbilla.

—Tres nuevos cruceros en los astilleros de Allanteen VI hay.

—Destinados a patrullar el Borde Medio —dijo Mace—. Una vez que Ki-Adi-Mundi llegue a casa.

—No. Utilizarlos para proteger Bothawui debemos.

—¿Quién se encargará? —preguntó Mace, frunciendo el ceño—. Ninguno de nosotros puede ir, nos necesitan aquí, y no podemos echar mano de los que se encuentran en las campañas actuales. En cuanto a Obi-Wan, incluso aunque tengamos a los mejores curanderos tratándole, no se recuperará totalmente hasta dentro de al menos… —de pronto se dio cuenta y enderezó la espalda aún más—. *¿Anakin?* Yoda, yo creo que no. Tal vez sea el Elegido, pero eso no le hace estar preparado para dirigir un grupo de combate.

Yoda se aguantó un suspiro. Mace podría tener razón, pero aquello era la guerra. No existían cosas tales como el momento adecuado para ascender.

—En Christophsis y en Teth, el joven Skywalker bien se defendió. No permitió que su pasado en Tatooine con su misión interfiriese. Ha madurado.

Mace resopló.

—Le noté muy poca madurez cuando habló con el Consejo.

—Preocupación por Obi-Wan era. A decepcionarnos Anakin Skywalker no va.

Mace se levantó de su alfombra de meditación y comenzó a caminar incesantemente por la habitación.

—Yoda, ¿estás seguro?

—¿Seguro? —Entrecerrando los ojos, Yoda buscó en la Fuerza un sentido de justicia para su decisión. Se abrió paso a través de la nube del lado oscuro para llegar al lugar iluminado en el que había habitado a lo largo de su extensa y agitada vida—. De nada puede estar uno seguro en estos tiempos tan difíciles. —Sacudió la cabeza—. En lo cierto creo que estoy. Pero antes de que la decisión final tome, con su antiguo maestro hablaré.

Dándose media vuelta, Mace le miró desde la ventana sombreada.

—¿Ahora? Yoda, aún no tiene fuerzas suficientes. Ya has oído lo que dijo Vokara Che. Casi se muere.

—Casi es casi, Mace —dijo Yoda, y con un gruñido llegó hasta sus pies—. Lo suficientemente fuerte estará. Sabe Obi-Wan Kenobi que corren tiempos desesperados.

Mace asintió lentamente. Fue casi una reverencia.

—Lo que consideres que sea lo mejor, Maestro.

No había nada *mejor* en todo aquello. Simplemente era lo que podían hacer en un momento determinado.

Yoda llamó a su silla repulsora y se fue a ver a Obi-Wan.

Ocho

Las secuelas de la curación profunda producían una extraña sensación. Vacío. Desconectado. Una sensación bastante desagradable de ir a la deriva. Había dolor, o el eco del dolor, en algún lugar cercano. Recuerdos difusos que corrían tras sus ojos cerrados, como sombras de nubes bailando por un prado vacío.

«Explosiones. Llamaradas. Sacudida. Un impacto. Caer… caer… a cámara lenta. Ver cómo el techo se acercaba cada vez más y más, sin posibilidad de esquivarlo. Vaya, querido, esto te va a doler bastante, ¿verdad? Y a continuación la oscuridad queriéndole alcanzar. Absorbiéndole. Tragándoselo vivo. La muerte haciéndole señas. No… no… todavía no. Ahora no. Estoy muy ocupado. En otra ocasión».

Pese al dolor, pese a ir a la deriva, cayó mansamente sobre su techo. Ahora era suave, lo que resultaba extraño. Y había silencio. *Eso* era lo extraño. ¿Dónde estaban las sirenas? ¿Dónde estaban los gritos? ¿No había mucho ruido?

«¿Dónde estoy?».

—Reposo debes guardar, Obi-Wan —dijo una voz imperiosa y familiar—. O regañado por la Maestra Vokara Che serás.

Los párpados le pesaban una barbaridad. Alguien los había convertido en plomo. Pero encontró la fuerza suficiente para mantenerlos abiertos, porque Yoda estaba aquí. Dondequiera que fuese *aquí.*

—Maestro —susurró, y se extrañó al oír su voz tan fina, tan insustancial. Entrecerrando los ojos a causa de la tenue luz, su vista vagó alrededor de Yoda. Vio las paredes blancas. El techo alto. Olió el suave incienso en el aire cálido. Lo que no tenía sentido pasó a tenerlo.

«Ah. Claro. Estoy en los Salones Curativos. Sólo hace unas semanas que estuve aquí… ¿y ya he vuelto? Qué incompetente por mi parte».

—No hables, Obi-Wan —dijo Yoda rotundamente, sentado en su silla flotante junto a la cama—. Mejor será que escuches.

Obi-Wan asintió con cautela. Algo le inquietaba, algo importante.

—Sí, Maestro. Pero Maestro…

—Preocuparte no debes —repuso Yoda—. El mensaje de Dexter Jettster hemos recibido.

¿Mensaje? ¿Había un mensaje? Tenía la memoria fragmentada, las astillas se esparcían por aquí y por allá. Una sola palabra. *Bothawui.* Miedo. Urgencia. El rostro tenso y preocupado de Dex. *Grievous. Grievous. Grievous está de camino.*

Horrorizado, intentó sentarse. Pero lo único que pudo hacer fue gritar cuando se quejó su cuerpo en recuperación. La sala de curación desapareció tras las ondas de dolor intenso y cegador.

—*¡Tranquilízate,* Obi-Wan! —le ordenó Yoda—. ¿Una recaída deseas?

No había tiempo para tranquilizarse. A Bothawui se le acababa el tiempo.

—Maestro, debemos defender a los bothan —dijo. Los dientes le rechinaron cuando intentó olvidar la debilidad—. Asígneme un grupo de combate. Déjeme llevarlo hasta el sistema Bothan, déjeme…

—*No* —dijo Yoda, acercándose a él y haciendo que se tumbara sobre el colchón presionándole con su pequeña mano. Tenía el rostro serio, la mirada penetrante. Siglos de autoridad brillaban en sus ojos—. De curarte no has terminado. El joven Skywalker un grupo de combate guiará hasta Bothawui.

¿Anakin? ¿Al mando de un *grupo de combate?* No, no, era demasiado pronto, era pedirle demasiado, una carga demasiado grande para situarla sobre unos hombros tan jóvenes. El peligro era inmenso. *No pueden elegir a Anakin.*

—Obi-Wan —dijo Yoda, poniéndole un dedo sobre el hombro ya curado—. ¿Recuerdas nuestra charla sobre el apego, hm? De tu preocupación por Anakin olvidarte debes. Como a un Caballero Jedi debes verle. No como a tu Padawan. No como al chico que conociste, y entrenaste, y protegiste. Un hombre es ahora. *Mira al hombre.*

El hombre que se había repuesto de su terrible lesión. Que había dejado a un lado el amor por el bien de sus obligaciones. Que había triunfado en Christophsis y Tatooine. El hombre que había nacido para darle equilibrio a la Fuerza. El hombre cuyo potencial no tenía comparación en la historia del Templo. El hombre cuyo resplandor genuino crecía día a día.

—¿Equivocado estoy, Obi-Wan? —preguntó Yoda con mucho tacto—. ¿El hombre equivocado es Anakin Skywalker para luchar contra el General Grievous?

¿Equivocado? No. No. Equivocado no. Pero…

«Siempre supiste que llegaría este día. Todo esto significa que ha llegado con un poco de antelación».

—No, Maestro Yoda —respondió—. No está equivocado. Ha madurado desde Geonosis. Desde su error por enfrentarse a Dooku. Es más sereno. Tiene más autocontrol. Su concentración está en el lugar adecuado. Ha aprendido a deshacerse del apego. Si hay alguien que puede derrotar al monstruo Grievous, ése es Anakin.

Yoda tenía los ojos cerrados. La cabeza agachada. Suspiró.

—Entonces un grupo de combate a Bothawui el joven Skywalker liderará. —Sacó un datapad de un bolsillo de su silla flotante y se lo lanzó a la cama—. Los detalles de la misión éstos son. Decirle puedes cuándo tiene permiso para visitarte.

—Sí, Maestro —susurró Obi-Wan. Cerró los ojos contra su voluntad. A continuación, sintió el agradable tacto de una mano pequeña y veterana acariciándole suavemente la cabeza cuando se dejó llevar por el sueño.

—Descansa, Obi-Wan —dijo Yoda—. Nuestra sufrida República en las mejores condiciones te necesita.

—¿Un grupo de combate? —preguntó Palpatine con las manos cruzadas sobre la mesa—. ¿Al sistema Bothan? ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo, Maestro Yoda, de lo que no se me haya informado?

Le miró detenidamente mientras Yoda consideraba su respuesta, las luces chillonas de la noche de Coruscant parpadeaban sobre su rostro arrugado. La fetidez del lado luminoso en él era tal que podía hacer vomitar a un hombre.

«Estoy deseando que llegue el día en el que pueda aplastar a esta repugnante y pequeña criatura. El lado oscuro estará preparado pronto. Muy pronto».

—Información hemos recibido —dijo Yoda—. Un rumor problemático. Contra Bothawui una amenaza hay… por parte del General Grievous.

Palpatine se tomó la licencia de mostrar horror. En su interior sentía un ardor horrible. ¿Cómo se habían enterado de eso los Jedi? Alguien, en algún lugar, debería ser castigado.

—¿Y va a desplegar todo un grupo de combate por un simple rumor?

—Sí, Canciller. De una oportunidad para vencer a Grievous se trata.

Bien, aquello no era precisamente lo que quería oír. Grievous estaba demostrando ser más y más útil a cada día que pasaba. Aniquilando Jedi y clones con una alegre despreocupación. Arrasando ciudades enteras. Sembrando miseria y discordia por dondequiera que pasara.

«Si Dooku no lo hubiese encontrado, me habría visto obligado a inventarlo».

—Entiendo —dijo seriamente—. Por eso no es de extrañar que usted quisiera una reunión privada, Maestro Yoda. Con terroristas en los recintos administrativos, no debemos arriesgarnos a dejar correr estas noticias. Felicito a los Jedi por su eficaz red de inteligencia. Pero ¿disponemos de naves para llevar a cabo esta misión? Tenía la impresión de que andábamos escasos.

—Las tenemos —respondió Yoda—. De Allanteen VI llegarán mañana.

En ese caso, debería preparar algún tipo de accidente desafortunado. Un punto diminuto de sabotaje que destruyera las naves en su viaje a Bothawui para que, a continuación, les siguieran la pista hasta el astillero. Las recriminaciones e investigaciones posteriores, sin mencionar la pérdida de moral, ralentizarían la producción de naves de forma significativa, dificultando así los esfuerzos de la República por doblegar a los separatistas.

«La guerra debe continuar. La República no se ha debilitado lo suficiente todavía. Y en cuanto a Grievous… aún tiene que ayudarme».

Le divertía pensar en aquellas cosas con Yoda a tan sólo unos pasos de distancia. Estaba allí ajeno completamente al enemigo que tenía delante de sus narices. Los Jedi eran tan arrogantes, tan engreídos, tan embriagados por el sentido de su superioridad, pero ninguno más que su amado Yoda.

«Pero tu dominio sobre la galaxia está llegando a su fin, mi débil amigo. Dentro de poco… dentro de muy poco tiempo… yo apagaré la luz».

—¿Canciller Supremo? —dijo Yoda.

—Discúlpeme —respondió cansado—. Ha sido un día agotador. Otra sesión completa en el Senado y todavía no hemos acabado. —Frunció el ceño—. Me temo que se ha producido cierta agitación. Han surgido preguntas acerca de cuánto tiempo más durarán los combates.

—Todo cuanto podemos estamos haciendo, Canciller, para con este conflicto destructivo acabar —dijo Yoda con toda la intención por aquella sutil queja. La sutileza implicaba crítica.

«Es el lento goteo del agua el que desgasta la piedra. Así es como se van minando los cimientos de cualquier edificio. Los ataques imprevistos inspiran defensas heroicas… pero nadie nota el goteo constante y silencioso. No hasta que el edificio se derrumba».

—Ah, lo sé, Maestro Yoda —dijo exquisitamente simpático—. Lo entiendo perfectamente. Y les expliqué a los Senadores lo mucho que se están esforzando los Jedi por conseguir la victoria —sonrió—. Debemos esperar que esta vez, en Bothawui, ustedes logren derrotar al malvado Grievous y acaben así con su espiral de terror. Dígame, ¿a quién han elegido para liderar la ofensiva contra él? ¿No será el Maestro Kenobi, verdad?

«Di que sí. Di que sí, pequeño sapo. Sería una solución tan elegante. Y podría deshacerme de Organa en cualquier otro momento».

—No. Anakin Skywalker el grupo de combate liderará. *¿Anakin?* Mirándole fijamente, Palpatine sintió una emoción desagradable, poco común. *Sorpresa.* —Vaya. Qué honor tan especial.

«Y no me lo esperaba».

Qué… desconcertante. Y qué noticia tan desagradable. ¿Anakin se enfrentaría a Grievous? ¿En qué estaban pensando los Jedi? Sí, se había defendido bien en su última misión, pero aún así. Ponerle al mando de un grupo de combate era una locura.

«No ha madurado todavía. No está preparado para que le desplumen. Estos Jedi sin conocimiento van a echarlo a perder. Lo echarán a perder y será mío».

—Maestro Yoda… —Cruzó los dedos—. ¿Está lo suficientemente seguro de que el joven Anakin está preparado para una misión así?

—Sí —respondió Yoda rotundamente.

Y era mentira. Yoda era un maestro ocultando sus emociones, pero era imposible ocultárselas al mayor Lord Sith de la historia. Estaba preocupado… y se refugió en un rincón.

—Ya veo —dijo Palpatine—. Bien, yo sólo espero que, por nuestro bien, no le esté exigiendo demasiado a Anakin antes de tiempo.

Por la expresión de su rostro, a Yoda no le hacía ninguna gracia que cuestionaran su decisión. Nadie se le había interpuesto durante estos días, ése era su problema. Los Jedi le veneraban y se arrodillaban ante él, halagándole sin cesar.

«No es que me esté quejando. Así será mucho más fácil engañarle».

—Preparado para el reto el joven Skywalker está —afirmó Yoda—. Fe en él tiene el Consejo.

—Al igual que yo, Maestro Yoda. Gracias por mantenerme informado de estos hechos cruciales. Naturalmente, dada la extremadamente delicada naturaleza de la misión, guardaré los detalles para mí mismo. Y consideraré un favor personal si se compromete a informarme de los progresos de Anakin.

—Al tanto le mantendremos, Canciller Supremo —dijo Yoda antes de marcharse. Por fin.

Cuando se quedó solo, Palpatine activó el holotransmisor.

—Procura que nadie me moleste bajo *ningún* concepto —le dijo a Mas Amedda—. Te avisaré cuando esté disponible de nuevo.

—Por supuesto, Canciller Supremo —dijo Mas Amedda con una reverencia. A continuación, su imagen se apagó.

Palpatine giró la silla hasta quedarse de cara a la pared de transpariacero de su despacho.

Aún no se había restablecido el flujo normal de tráfico en el sector administrativo. Allí seguía el extraño vacío en el cielo, más exagerado ahora que había caído la noche, inquietando aún más a los habitantes de Coruscant. Sentía cómo bullía su consternación, se acrecentaban sus miedos, se minaba su confianza: como el buqué de un buen vino en su paladar.

Pero el buqué se avinagró ligeramente. Destruir el grupo de combate era, evidentemente, tarea imposible. Bueno. No importa. Como tanto le gustaba decir a Yoda: «Siempre en movimiento el futuro está». Tendría que reajustar sus planes, eso era todo. No sería la primera vez, ni tampoco la última. Al fin y al cabo, no alteraba el objetivo final. Tarde o temprano, Kenobi ***iba*** a morir. Y la República caería. Así lo tenía previsto.

Pero por *otra* parte…

«Tal vez debería interceptar directamente las naves. Hundir por completo la misión de Bothawui. Si existe la más mínima posibilidad de que Anakin caiga ante Grievous… o Grievous ante él…».

Con la privacidad garantizada, sumergió su conciencia en el lado oscuro. Buscó la matriz cambiante del futuro… distinguió entre posible y probable… las consecuencias probables y las menos probables… buscando, buscando, siempre buscando…

Cuando finalmente emergió del trance estaba sonriendo. Anakin no acabaría con Grievous en Bothawui. Él tampoco moriría a manos de la criatura. No, gracias a esta nueva misión, su aprendiz secreto simplemente crecería en estatura, velocidad y en su impresionante destreza, pero sin sospechar nada acerca de a quién y para qué estaba sirviendo. En cuanto a Grievous, él, esa cosa, continuaría con su sangrienta conducta, abriendo una brecha entre las filas de los Jedi. La guerra seguiría, acabando poco a poco pero de manera segura con la República. Arrasándola para su regocijo.

Y muy importante también, el lado oscuro le había mostrado cómo deshacerse de Kenobi y de aquel loco incondicional, Organa. Un golpe por aquí. Un apaño por allá. Amistades patéticas, muy fáciles de dinamitar. Confianza y lealtad, la moneda de los débiles. Y lo mejor de todo, el instrumento para su destrucción ya existía. Apenas tenía que mover un dedo. Un planeta antiguo, oculto y salvaguardado por los Sith durante siglos. Un sarlacc del espacio, hambriento de presas Jedi.

Se volvió a poner la toga de Sith y activó el holotransmisor, se transformó en Darth Sidious y se puso en contacto con Dooku.

—Darth Tyranus, la oportunidad de eliminar a dos enemigos importantes ha llegado.

Dooku le hizo una reverencia.

—*Qué buenas noticias, Maestro. ¿Cómo le puedo ayudar?* —La infiltración de la red privada de inteligencia de Bail Organa. ¿La mantienes?

—*Sí, Maestro. Por supuesto.*

—Entonces contacta con tu agente. Tengo información para nuestro ingenuo de Alderaan. Una información que le llevarán a él y a Obi-Wan Kenobi a su perdición.

El holograma de Dooku se rió.

—*Menuda tragedia, Maestro.*

Aquel idiota estaba demasiado seguro de sí mismo. Se imaginó de igual manera a sí mismo.

—La tragedia será la tuya, Tyranus, en caso de fracasar —sentenció Sidious con un pinchazo del lado oscuro y sonrió para ver cómo Dooku se encogía—. Ahora, mi aprendiz, presta mucha atención…

—Anakin… —dijo una suave voz femenina. Una mano cariñosa le tocó el hombro—. Anakin, despierta.

Abrió los ojos, pasó del sueño a estar despierto en un suspiro. No era su madre. Era Vokara Che.

—Sí, Maestra.

La principal curandera del Templo sonreía.

—El Maestro Kenobi está despierto, Anakin. Es muy tarde, pero será mejor que le visites enseguida.

A su lado, Ahsoka se despertó y se estiró en su silla. Al igual que él, tenía el don del estado de alerta instantánea. Era cosa de los Jedi, pero también era algo que debían a sus respectivos pasados: él como esclavo, ella como Togruta. Cualquiera que fuese la razón, resultaba útil.

Él la miró, una advertencia para permanecer en silencio, ni un solo comentario acerca del tiempo que habían estado esperando. A continuación, asintió a Vokara Che.

—Sí, Maestra. Gracias. Antes de ir a verle, ¿hay algo que deba saber? ¿Algo para lo que deba estar preparado?

—Una pregunta muy perspicaz, Anakin —dijo Vokara Che, mostrando su aprobación—. Ha mejorado bastante… pero como sabes, el cuerpo tiene su propia sabiduría. No podemos apresurar su recuperación.

Como si necesitara que se lo recordasen. Incluso ahora, pasado un tiempo y tras una larga curación, había veces que sentía dolor en el brazo que le arrebató Dooku. Y también había dolor de otro tipo. El tacto, la simple sensación de carne con carne era muy importante. Sí, los delicados sensores en el miembro protésico le proporcionaban pseudo-sensaciones en el cerebro, pero no era lo mismo. *Él* no era el mismo. Y una parte de él

siempre lo sabría… y se lamentaría por lo que había perdido. Pese a que todos le decían, aquellos Jedi superiores del Consejo, que se equivocaba al sentirse engañado y en desventaja.

Vaya, cuánto le ofendía su seguridad engreída. El Canciller Supremo tenía razón: a veces los Jedi eran muy estúpidos. No es que Palpatine lo hubiese dicho con tanta claridad. Pero se había acercado mucho un par de veces, expresando ciertas críticas que compartía con él y que surgían de una desesperación solitaria.

«Cuando perdáis la habilidad para tocar a la mujer que amáis con las dos manos, Maestros, entonces podréis darme consejos sobre cómo debo sentirme. Pero como eso no va a pasar nunca, espero que os guardéis vuestras opiniones ignorantes para vosotros».

—¿Anakin? —dijo Vokara Che. Sus colas en la cabeza se movían. Los curanderos consagrados eran los Jedi más sensibles de todos. Ella sentía su inquietud, el miedo y el resentimiento que tan a menudo le surgía a flor de piel.

—No debes preocuparte. Obi-Wan se recuperará completamente con el tiempo. Ven conmigo, que te lo cuente él mismo.

Con un gran suspiro eliminó cualquier tipo de emoción salvo el alivio.

—Sí, Maestra. —Se giró y le hizo un gesto con la cabeza a su Padawan—. Espérame aquí, Ahsoka. No tardaré.

Ahsoka asintió, se incorporó y se quedó alerta.

—Sí, Maestro Skywalker —dijo. Lo dijo en un tono especialmente jovial.

«Se cree que no me doy cuenta cuando me hace la pelota. Pero bueno, se enterará dentro de poco. Me pregunto si doscientas repeticiones de la forma Niman de nivel uno le darían alguna pista».

La alegre expresión de Ahsoka se apagó ligeramente.

—¿Maestro? ¿Qué es tan gracioso?

—Nada —respondió—. Cuida tus modales. Volveré enseguida.

Siguió a Vokara Che fuera de la apacible sala de espera, con la iluminación azul claro, las relajantes paredes color rosa y las alfombras azul oscuro, hasta el lugar en el que reposaba Obi-Wan.

No era la misma habitación a la que él había llamado hogar.

Ante la puerta cerrada, Vokara Che levantó un dedo en señal de advertencia.

—Nada de alboroto, Anakin. No le pongas nervioso. Alégrate de que se haya recuperado y sal. Como fuiste tú quien lo encontró, debes saber que ha tenido un final feliz.

Claro. Él lo sabía.

—Así lo haré, Maestra Vokara Che —prometió—. Gracias.

Con una mirada penetrante y un rápido gesto, Vokara Che se marchó. Se alisó la túnica, abrió la puerta y entró en la habitación. Estaba ligeramente iluminada para no perturbar a su inquilino. Había una ventana que daba a la ciudad, pero la persiana estaba bajada. Nada de bullicio nocturno para el convaleciente.

Obi-Wan estaba en la cama, apoyado sobre una montaña de almohadas. Tenía el pelo y la barba bien cuidados y sin rastro de sangre. Era un buen cambio. El horrible corte de la mejilla había desaparecido, dejando tras él una delgada línea rosa. El resto de la cara tenía un aspecto normal, pero demasiado pálido. Del pecho hacia abajo estaba cubierto por las sábanas, pero por lo que se podía adivinar estaba entero de nuevo. Había un datapad en la mesilla que tenía junto a él. Si estaba leyendo, es que se encontraba mucho mejor.

Obi-Wan sonrió.

—Anakin.

—Maestro —respondió, y a continuación se dirigió tranquilamente hasta la silla que había junto a la cama y se sentó—. ¿Sabes? Deberíamos dejar de vernos siempre así.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Obi-Wan, espirando una sonrisa.

—Y bien, ¿cuáles han sido las lesiones?

—Diversos golpes y contusiones —respondió Obi-Wan evasivamente—. Algunas quemaduras. Cortes por aquí ***y*** por allá.

Anakin se recostó, con los brazos cruzados, levantando una ceja de modo escéptico.

—*¿Y?*

—Y la verdad, no hay que alarmarse —contestó Obi-Wan, moviéndose con dificultad—. Creo que la muerte aún no ha llamado a mi puerta, ¿tú qué opinas?

—Que por ahora tampoco —afirmó Anakin—. Pero bueno, todo el mundo sabe que la Maestra Vokara Che es un genio. Bien, ¿y qué más?

Resultaba casi cómico ver al vanagloriado Maestro Kenobi retorciéndose como un gusano tiska en un anzuelo.

—Conmoción cerebral —masculló—. Una mano rota. Una pierna rota. Fractura en un hombro. Pelvis fracturada. Cuatro costillas rotas y un pulmón perforado. Uno o dos órganos internos ligeramente afectados.

—*¿Eso* es todo? —Anakin resopló—. Y yo que pensaba que era algo *grave* de verdad. Esto podría servirme de lección por reaccionar de forma exagerada.

Obi-Wan le echó una mirada fulminante.

—Lo siento —dijo Anakin con una sonrisa—. Conmigo ya no funciona eso.

—¿Funcionó alguna vez? —replicó Obi-Wan. A continuación suspiró—. Me encuentro bien, Anakin. De verdad. Gracias a ti.

De repente, se convirtió en algo sobre lo que ya no podía bromear.

—De nada, Obi-Wan. Por favor… pero… no vuelvas a hacer nada parecido nunca.

—¿Te refieres a ir en moto a toda velocidad hacia una bomba terrorista? —preguntó Obi-Wan—. Bueno, intentaré que no vuelva a pasar. Repetirse a uno mismo puede resultar muy aburrido al fin y al cabo.

—Te doy toda la razón.

Silencio, intercambiaron una sonrisa irónica.

—Me aseguré de que le llegara tu mensaje al Maestro Yoda —dijo finalmente Anakin—. No sé si se lo creyeron, pero…

—Ah, sí —dijo Obi-Wan seriamente—. Se lo creyeron, Anakin. Van a enviar un grupo de combate para interceptar a Grievous en Bothawui. Al Almirante Yularen lo han nombrado oficial militar de la República, lo han trasladado del *Espíritu de la República.* Tu nave insignia será el *Decidido.* Es una de las tres últimas naves que han puesto en servicio.

¿Qué? ¿Su qué?

—Lo siento. ¿Has dicho *mi nave insignia?* No había ningún atisbo de broma en Obi-Wan. Su expresión era vigilante; su mirada cauta. —Sí.

Anakin se quedó mirándole. *Si no me equivoco, diría que está asustado.*

—No puede ser verdad. Me acaban de nombrar Caballero Jedi. No estoy preparado para…

—Pues prepárate —le dijo Obi-Wan—. Partirás en cuanto lleguen las naves. Tú y tu Padawan, y todos los pilotos y soldados clon que nos podamos permitir. Dada su sensibilidad, la misión ha sido clasificada con el nivel más alto de seguridad. El Canciller Supremo está siendo informado en privado por el Maestro Yoda. Nadie más del gobierno lo sabrá. No hasta que haya finalizado, de una manera u otra. —Frunció el ceño, la tensión aumentaba a través de la Fuerza—. Posiblemente no pueda enfatizar la importancia de esta misión, Anakin. Por primera vez desde que comenzó la guerra tenemos un elemento de sorpresa. Tal vez no volvamos a tenerlo nunca. Esta podría ser nuestra última oportunidad para acabar con Grievous de una vez por todas.

A Anakin le latía tan fuerte el corazón que pensó que *iba* a romperle las costillas.

—Yularen. Es un buen hombre. ¿Quién estará al mando de las otras dos naves?

—El Consejo no lo ha decidido todavía.

Con un poco de suerte, nadie que pudiese hacerle sombra, porque el inexperto Anakin Skywalker era el Jedi que estaba al mando.

—¿Y Rex? ¿Tendré al capitán Rex?

—Si lo quieres.

«Ah, sí, claro que lo quiero. Rex y la 501 son míos».

—Sí. Por favor.

—En ese caso te alegrará saber que está esperando la orden —dijo Obi-Wan—. El capitán Rex y sus hombres estarán listos para partir cuando tú lo estés.

—¿Así que sabías que lo querría conmigo?

Una pequeña sonrisa. Se encogió de hombros.

—Por supuesto. No me digas que te ha sorprendido. *Te* conozco, ¿recuerdas?

Sí. Sí, Obi-Wan le conocía. No tan bien como él pensaba, pero lo suficientemente bien. Todavía sorprendido por la inesperada noticia, Anakin se recostó en la silla y miró el guante negro que le cubría la mano protésica.

«¿Por qué yo? El Maestro Yoda y los demás no confían mucho en mí. Nunca lo han hecho. Desde lo de Qui-Gon, Obi-Wan ha sido el único Jedi que ha dado la cara por mí en el Consejo».

Volvió a levantar la mirada.

—Esta misión debería ser tuya, Maestro. Tú tienes la experiencia, tienes la…

—Conmoción cerebral, una mano rota, una pierna rota, etcétera —interrumpió Obi-Wan, impaciente—. O eso era lo que tenía hace unas horas. No estoy bien, Anakin. No lo *estaré* hasta dentro de unos días. Al menos no lo suficientemente bien como para soportar la tensión de los combates. Y es muy probable que a Bothawui sólo le queden unos días. Por todo lo que sabemos, Grievous está dirigiéndose hacia el sistema Bothan en estos momentos.

—¿Aún no sabemos su posición exacta?

—No —respondió Obi-Wan—. Y no nos atrevemos a preguntar a los bothan por si se ven en una situación comprometida. Eso significa que volaremos a ciegas en esta misión, Anakin.

Anakin sonrió. No pudo evitarlo. El júbilo le ganó rápidamente el pulso a las dudas.

«Un grupo de combate para mí solo. ¡Bien!».

—No tengo ningún problema. Volar a ciegas es lo que mejor se me da.

Obi-Wan no le devolvió la sonrisa. Todo lo contrario, se inclinó hacia delante, con los ojos llenos de preocupación.

—¡Esto no es ninguna broma, Anakin! El destino de la República podría estar en esta misión. *No podemos* dejar que Bothawui caiga en las manos de Grievous y Dooku. Una infinidad de vidas en el sistema Bothan dependen de ti. ¿Fue divertida la batalla en el monasterio de Teth? Todos los soldados clon que murieron allí, todos los hombres de Rex… ¿fue divertido perderlos?

Herido, Anakin saltó sobre sus pies.

—¡No! Por supuesto que no.

—*¡Pues entonces tómatelo en serio!*

—Me lo estoy tomando en serio —respondió indignado—. Sé muy bien lo importante que es esta misión, Maestro.

La tenue iluminación de la habitación dejaba ver un brillo de sudor en el rostro pálido de Obi-Wan.

—¿De verdad, Anakin? ¿Lo dices en serio? Eso espero, por el bien de todos. Espero…

Frustrado, Anakin se dio la vuelta, sintiendo los nervios en el pulso de la mano protésica cuando apretó los dedos.

—¿No crees que pueda hacerlo, verdad? Pese a lo de Christophsis, me sigues viendo como a un niño, tu aprendiz. El mocoso de Anakin, en quien no se puede confiar para que haga su trabajo.

—Ah, no seas ridículo —dijo Obi-Wan bruscamente, respirando con dificultad—. Ese es tu propio miedo hablando, Anakin. Será mejor que acabes con él antes de que él acabe contigo.

—¡*No* tengo miedo! —espetó Anakin—. Sé que puedo hacerlo. Sé que estoy preparado. He cambiado. Ya no soy aquel inmaduro, el Padawan que permitió que le

cazaran dos veces en Geonosis. —Levantó la mano protésica y cerró el puño—. ¡*Confiá* en mí, Obi-Wan, he aprendido la lección!

—¡Aprendiste *esa* lección, sí! —dijo Obi-Wan con las mantas entre los dedos—. Pero eso no significa que ya lo sepas todo, Anakin. Aún eres joven, todavía hay muchas cosas que debes…

El resto del sermón se perdió en un suspiro. Aterrorizado, Anakin vio cómo el rostro de su antiguo maestro se tornaba extremadamente pálido. Vio cómo el brillo de sudor le empapaba todo el cuerpo. Sintió como el dolor explotaba a través de Obi-Wan como un relámpago repentino y salvaje de un Sith.

—¡Maestro! —exclamó, y se precipitó sobre la cama.

Obi-Wan se encogió sobre un costado, con las rodillas pegadas al pecho, con los dientes hundidos en el labio inferior. Anakin le cogió de los hombros y le contuvo frente a los crueles y atroces estremecimientos.

—Lo siento —murmuró mientras Obi-Wan se estremecía—. No debería haber gritado. No lo he dicho en serio. Tienes razón, todavía me queda mucho que aprender, de ***ti,*** Obi-Wan. Nadie más tiene paciencia para enseñarme. Ningún otro Jedi me entiende como tú. Aguanta… aguanta…

La puerta de la habitación se abrió de repente y Vokara Che entró como un torbellino.

—*¿Qué está pasando aquí?* ¡Anakin Skywalker, te dije que no le alteraras! ¿Qué le has dicho? *¿Qué has hecho?*

—Nada —respondió Obi-Wan, hablando entre dientes—. No ha hecho nada. No es culpa suya. Anakin…

—Estoy aquí, lo siento. Yo…

—¡Atrás, desgraciado! —le interrumpió Vokara Che, empujándole bruscamente a un lado, con un enfado que él no había visto nunca. Más enfadada que lo que él habría podido imaginarse para un ser tan amable—. ¡Apártate de mi camino!

Aturdido y obedeciendo en silencio, Anakin se apartó y observó cómo Vokara Che presionaba un cristal curativo de color verde mate contra el pecho de Obi-Wan. A continuación, sintió una oleada enorme hacia la Fuerza, el calor, la luz y Vokara Che se combinaban. El cristal latió, tan brillante como un sol de esmeralda. Lentamente, con rencor, el dolor de Obi-Wan fue remitiendo.

—Toma —dijo Vokara Che, de nuevo con dulzura, el rostro y la voz se le habían suavizado. Tan familiar ahora como lo extraña que había sido hacía unos instantes—. Toma, Jedi imprudente. Recupera la paz, Maestro Kenobi. Tranquilízate. Duerme. Obi-Wan suspiró, un sonido que pareció más un gruñido. —Anakin.

—Se ha ido —dijo ella con firmeza y lanzó una mirada en dirección a Anakin—. Puedes descansar.

Ignorando la rabia renovada de Vokara Che, Anakin se dirigió al otro lado de la cama y le cogió la mano a Obi-Wan con firmeza.

—No me he ido, Maestro. Estoy aquí.

Obi-Wan abrió como pudo los ojos. Los tenía apagados, incapaz de centrarlos.

—Tienes que reunirte con el Consejo a primera hora de la mañana. —Su voz era un susurro chirriante—. Instrucciones finales. Sé educado. No te regodees.

Anakin asintió.

—Sí, Maestro.

Obi-Wan se esforzaba por mantenerse consciente.

—Puedes derrotar a Grievous, Anakin. Lo sé. *Nunca* dudes de mi fe en ti.

Asustado, Anakin miró el rostro pálido de Obi-Wan. «Ecos de su madre… sus últimas y dolorosas palabras…».

—Nunca lo haré. No lo hago. Maestro…

Estuvo a punto de salirse de su cuerpo cuando Vokara Che le tocó el hombro desde la otra parte de la estrecha cama.

—No va a morir, Anakin —dijo la curandera con una simpatía áspera—. Está cansado. Le has agotado. Ahora *vete*.

No había nada que pudiese decir ante eso. No había protesta alguna que no resultara equivocada o egoísta. Soltó a Obi-Wan y se dirigió a la puerta…

… donde Ahsoka esperaba, su delgado rostro infantil mostraba estupefacción.

—Hora de irse —dijo Anakin—. Vamos.

Nueve

Salió de los salones curativos sin mirar atrás, Ahsoka trotaba a su lado en silencio y desconcertada.

—Maestro Skywalker… Skyguay —se atrevió a decir finalmente en un susurro cuando entraron en un tubo de velocidad con destino a los Archivos del Templo.

—¿Qué ocurre?

Bajó la mirada hacia ella.

—Tenemos una misión.

—Yo… ya me lo había imaginado. Tenemos que perseguir a Grievous, ¿verdad?

—Así es —asintió él. Ella tragó saliva.

—¿Solos? Quiero decir, ¿solos tú y yo?

—Tú, yo, el capitán Rex, un grupo de pilotos y soldados clon y tres naves Jedi. —Volvió a mirar hacia abajo—. La nuestra se llama *Decidido.*

—¿Un grupo de combate? —exclamó Ahsoka—. ¿Un grupo de combate para nosotros solos?

Le dio golpecitos con los nudillos en la cabeza.

—*Yo tengo* un grupo de combate. Tú estarás en él si te comportas bien.

Cuando el tubo de velocidad resonó en su ascensión al Chapitel de la Tranquilidad, Ahsoka comenzó a mover nerviosamente los pies, en una especie de pequeño baile.

—¿Vendrá con nosotros el Maestro Obi-Wan?

Obi-Wan. Su terrible dolor. «Nunca dudes de mi fe en ti».

—No.

—Tenía mal aspecto. ¿Se pondrá bien?

—Claro —dijo con rápida confianza—. Ningún terrorista separatista podrá matar a Obi-Wan.

—¿De verdad crees eso, Skyguay? —preguntó con voz débil—. ¿O sólo lo dices porque tienes miedo y quieres sentirte mejor?

Se quedó mirándola boquiabierto. «¿Por qué me pregunta estas cosas?».

—Lo creo, Padawan —respondió represivamente—. Nunca digo nada que no crea.

El tubo de velocidad se detuvo con suavidad y las puertas se abrieron. Los Archivos Jedi ocupaban casi un tercio del Chapitel de la Tranquilidad. Había dirigido el tubo de velocidad a la entrada principal y a las estanterías que albergaban el catálogo de cristales de datos. Su llegada fue advertida por varios Jedi que trabajaban con diligencia en proyectos propios, pero ninguno interrumpió su actividad para hablar con ellos.

—Aquí —dijo Anakin, guiando a Ahsoka hasta un pupitre vacío—. Te diré cómo empezar y después te dejaré a solas un rato.

Hizo una mueca al tomar asiento.

—Siempre tienes que irte a algún sitio, Skyguay. ¿Cuándo me dejarás ir contigo?

—Nunca —dijo tajantemente—. Y ahora préstame atención.

Lanzó un suspiro de resignación y vio cómo accedía a la base de datos primaria del Archivo para acto seguido acceder al modo privado con su clave personal. De esta manera, solamente el Consejo vería los archivos a los que había accedido… y no pasaba nada. Ellos también conocían el secreto.

«Después de lo que ocurrió con los archivos de Kamino y el ataque terrorista de hoy, no voy a correr riesgo alguno».

—¡Maestro! —gritó Ahsoka cuando la guía primaria hacia Bothawui apareció en pantalla. Aclaró su confusión taciturna.

—¿Es ahí donde Gr…?

—Ni una palabra —le dijo, y le advirtió presionándole con los dedos sobre el hombro—. Bien, quiero que averigües todo lo que puedas sobre nuestro destino y que lo dejes listo para que lo vea cuando regrese. ¿De acuerdo?

Estaba alerta de nuevo, todos los instintos a flor de piel. Seguramente, un milenio de éstos se convertiría en una buena Jedi. Siempre que él pudiese pulirle los bordes más ásperos.

—Sí, Maestro —respondió—. Puedes confiar en mí.

Él la miró con detenimiento.

«¿Alguna vez fui tan joven? ¿Yo también miraba así a Obi-Wan?». Lo dudaba. Los esclavos perdían su inocencia cuando aún estaban en la cuna.

—Buena chica —dijo, dándole un golpecito en la espalda—. No tardaré en volver. —«Una pena»—. Si alguien te pregunta qué estás haciendo, diles que hablen conmigo.

Ella asintió.

—Sí, Maestro.

Satisfecho por saber que Ahsoka no iba a hacer nada malo aquí en los Archivos, cogió un speeder desde el complejo de muelles del Templo y flirteó con el desastre de camino al apartamento de Padmé.

—¡Oh, Maestro Anakin! ¡Qué alegría verte! —exclamó C-3PO, tambaleándose en la veranda del apartamento—. ¡Mira, Erredós Dedos! ¡Ha venido el Maestro Anakin!

Tras él, en las puertas correderas de transpariacero del apartamento, el droide astromecánico azul en forma de botella pitaba y hacía girar su cúpula.

Anakin se quedó mirándoles. Trespeó podía ser efusivo, normalmente lo era, y él lo sabía, pero…

—Está bien. ¿Qué ocurre?

Antes de que el droide pudiese contestar, Padmé salió de su dormitorio. Cuando le vio en la plataforma, su rostro crispado se relajó y extendió los brazos.

—*¡Anakin!*

Maldiciendo, se abrió paso a empujones a través de 3PO y casi tira al suelo a R2-D2 en su desesperación por llegar hasta ella.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Ella no dijo nada, solamente le apretó entre sus brazos como si uno de ellos fuese a morir. Su respiración era irregular, su pulso errático. Anakin podía sentir los latidos de su

corazón en el pecho. Y ahora que la tenía en sus brazos, ahora que respiraba en su sutil perfume, también podía sentir la profundidad de su angustia.

—Lo siento —murmuró. Había estado tan preocupado por Obi-Wan, tan enfadado con el Consejo, tan abrumado por las noticias de Bothawui, del grupo de combate. Una cacofonía emocional le había impedido escuchar la voz interior que le susurraba Padmé siempre que estaba cerca.

—Lo siento, amor mío. Debía haber sabido que estabas disgustada.

Sacudió la cabeza, a continuación se echó hacia atrás para mirarle.

—No. No. Estoy bien. ¿Cómo se encuentra Obi-Wan?

—Está recuperándose —contestó—. Padmé, no estás bien. ¿Qué ha ocurrido? Cuéntamelo. Sea lo que sea, lo solucionaré.

—Oh, Anakin… —Presionó la suave palma de su mano contra su mejilla y se puso de puntillas para besarle—. Te quiero tanto.

—Y yo a ti. Pero no me distraigas. *¿Qué ha pasado?* Le cogió de la mano, le llevó hasta el sofá y le hizo sentarse junto a ella.

—No ha ocurrido nada. No exactamente. Es que… Palpatine nos llevó a Bail Organa y a mí a visitar los lugares donde habían explotado las bombas. —Se estremeció—. Fue espantoso. Y después, Bail y yo visitamos a algunos heridos en los centros médicos. Aquello fue aún peor. Hombres, mujeres, y niños, humanos y twi'leks y chalactans y sullustans y, bueno, una docena más de especies. Todos mutilados y desfigurados, rabiando de dolor… ¿y *por qué*? ¡Por *nada*! Por vivir sus vidas sin hacer daño *a nadie*, Anakin. Ninguno de ellos amenazaría nunca a un separatista, pero los separatistas les hacen daño igualmente. Fue idéntico a lo que ocurrió en Naboo. —Se le rompió la voz y escondió la cara en el hombro de Anakin—. No puedo soportarlo. Y no veo el final. A veces pienso que esta guerra continuará hasta que todos y cada uno de nosotros se ahogue en sangre.

—No, eso no ocurrirá —le dijo, abrazándola—. Los Jedi no lo permitirán. *Yo* no lo permitiré. Detendremos las matanzas, Padmé. Te lo prometo. Detendremos esta guerra. —Apretó los brazos—. ¿En qué estaba pensando Palpatine? Los lugares donde habían caído las bombas no eran seguros. Podrían haberse producido más explosiones. No debería haberos llevado con él. No deberíais haber visto nada de eso, no deberíais haber…

Ella se apartó.

—*No lo hagas.*

—¿Qué? —Confundido, se quedó mirándola—. ¿Que no haga qué? ¿A qué te refieres?

—No me infravalores, Anakin —dijo y se secó las mejillas con la mano temblorosa—. No pienses eso porque esté disgustada, por haber recurrido a ti para reconfortarme, porque eso no significa que sea débil o incapaz de llevar a cabo mis obligaciones.

—¡No! ¡Yo no pienso eso!

—¿No? —Su mirada era desafiante—. ¿Estás seguro?

No tenía esperanza alguna de poder ocultarle nada a ella.

—Está bien, lo que quiero es protegerte. ¿Qué hay de malo en ello? Eres mi *mujer*, Padmé. Te quiero y haré cualquier cosa para que estés a salvo. ¿Es acaso un delito?

Ella le besó, una unión rápida y dulce de sus labios.

—No. Por supuesto que no. Pero no soy sólo tu mujer, Anakin. Soy una Senadora de la República. No tengo derecho a ocultar la verdad, sin importar lo brutal y espantosa que sea.

El frunció el ceño.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que nuestra única esperanza para ganar esta guerra era, en primer lugar, no haber permitido que comenzara. —Le golpeó suavemente el pecho—. Anakin, me ha disgustado cada segundo del recorrido de esta mañana y me ha disgustado comprobar el daño causado por las bombas a las víctimas. Pero no me arrepiento de haberlo visto. No desearía no haber ido. Estoy destrozada por el sufrimiento y el desastre. Existe una diferencia. ¿Lo comprendes?

Lentamente, asintió.

—Sí. Pero *¿tú* entiendes lo que significa para mí verte llorar por ello? ¿No sabes que tu sufrimiento es mi sufrimiento? ¿Que me mata saber que podrías haber estado en peligro? ¡Padmé, si te ocurriese algo, me volvería loco!

Ella le cogió la mano de carne y hueso y la apretó.

—Oh, Anakin. No seas tonto. Vamos a envejecer juntos, amor mío. Bueno… —Puso una cara cómica—. Casi. Como soy cinco años mayor, la verdad es que yo envejeceré antes. Pero lo *principales* que nosotros…

Le puso los dedos cubiertos por el guante negro sobre sus labios.

—No —murmuró—. Lo principal es que sin ti, Padmé, yo no soy *nada*. Sin ti, Anakin Skywalker no existe.

Vio cómo sus ojos se abrían y se llenaban de lágrimas. Vio cómo las lágrimas temblaban en sus pestañas para después caer y humedecer sus pálidas mejillas.

—No digas eso, Anakin. No vuelvas a decirlo nunca.

—¿Por qué no? Es la verdad.

Se mordió el labio para recobrar la compostura.

—¿Te quedarás esta noche? —Inclinándose hacia delante, apoyó su frente en la de él—. Quédate esta noche —susurró—. Existiremos el uno en el otro.

—No puedo —contestó, odiándose a sí mismo—. No puedo quedarme ni cinco minutos más. Tengo que regresar al Templo.

Ella retrocedió, de repente los ojos se le tornaron sombríos.

—Así que te vas.

—Sí. Bothawui está bajo la amenaza de Grievous. Voy a detenerle. La misión es de máximo secreto… No puedes decirle nada a nadie. —Pese a su dolor, sonrió—. Padmé, me han puesto al mando de un grupo de combate. Tendré mi propio crucero. El *Decidido*.

—Entiendo. —Se levantó y dio unos pasos para mirar a través del brillante paisaje urbano. Los droides se habían alejado discretamente. Estaban a solas—. ¿Y Obi-Wan?

—Se quedará aquí. Ha estado muy grave.

—Oh.

—Pero necesitaré a Erredós.

—Sí —dijo ella—. Por supuesto.

Fue hacia ella. La cogió entre sus brazos por detrás. Pero ella no se dejó caer sobre él como era habitual. Se sentía rota.

—Mi propia misión, Padmé. Una oportunidad, al fin, para demostrarle al Consejo de lo que soy capaz. —Ella no dijo nada. Él la apretó más fuerte—. ¿No te alegras por mí? Alégrate por mí, amor mío.

—Eso quiero —dijo, con un hilo de voz—. Pero estoy demasiado asustada.

—No lo estés —le dijo, intentando convencerla, y le giró la cara hacia él—. No me pasará nada, estaré…

—*Anakin.*

Tenía razón. Estaba siendo condescendiente con ella. Tratando de convencerla como si fuera una niña.

—Lo siento.

—Cariño mío —susurró—. No lo sientas. Ve con cuidado. Vuelve.

Le cogió la cara entre sus manos.

—Siempre. Yo *nunca* te abandonaré, Padmé.

Se besaron apasionadamente… y se abrazaron con fuerza hasta que él tuvo que marcharse.

El *Decidido* era una nave preciosa.

Junto al Maestro Yoda, el Almirante Yularen y el capitán Rex y sus cicatrices de guerra, Ahsoka observó cómo Anakin inspeccionaba el inmaculado centro de mando de la nave. Ninguna quemadura de láser. Nada chamuscado por cortocircuitos eléctricos. Ninguna herida de guerra… pero, por supuesto, eso iba a cambiar muy pronto. Pronto se cruzarían en el camino del General Grievous y su despiadado ejército de droides de combate.

Ahsoka notó un diminuto pinchazo de miedo.

«No, no, no. No pienses en eso. Ni siquiera hemos despegado todavía. Habrá mucho tiempo para pensar en ello».

Estaba alterada… como si… fuese a combatir de nuevo. La guerra era mala, claro. Ningún ser en su sano juicio la quería. Pero si debía haber un combate, al menos ella luchaba en el bando adecuado. Luchaba contra las fuerzas de la oscuridad. Luchaba para proteger todo aquello que apreciaban los Jedi, y en especial por la República.

«Si no estamos preparados para luchar por ella, entonces nos merecemos perderla».

Y sí, su causa era justa… pero eso no significaba que no pudiese morir defendiéndola. No significaba que Anakin no pudiese morir. Muchos Jedi habían muerto ya. Sintió de nuevo ese pinchazo de miedo. Envió una súplica desesperada a la Fuerza.

«No dejes que él sea uno de ellos. No dejes que yo sea el Padawan que vea morir al Elegido».

La expresión descuidada de su maestro era tierna cuando sus dedos protésicos recorrían la superficie brillante y plana del centro de mandos de su nave insignia: la estación de exploración para vuelos de larga distancia, los comunicadores, los mandos, la táctica, lo atmosférico. Una figura alta y atlética vestida de color negro intenso, una sonrisa casi imperceptible curva sus labios. Ajena a los presentes, a la urgencia de su misión, conversaba en tranquilo silencio con el crucero recién puesto en servicio. Como si mantuvieran una conversación telepática. Como si la nave le susurrara secretos al oído.

Perpleja, ella se maravillaba con él.

«Nunca llegaré a comprender a Skyguay. Adora las máquinas como si fuesen criaturas vivientes. No lo entiendo. Una nave es una herramienta, eso es todo. ¿Cómo va a querer alguien a una herramienta? Es como decir que sientes cariño por una… una llave hidráulica».

Junto a ella, el Maestro Yoda golpeó la cubierta con su bastón. No pensaba que estuviese molesto con su maestro, pero era algo difícil de saber. Yoda era el misterio más grande al que se había enfrentado. Lo único que sabía seguro era que pese a ser el Jedi vivo más brillante, no era tan magnífico como para no sentir tensión alguna vez.

—Anakin —dijo.

Su maestro dio media vuelta, aún sonreía.

—¿Maestro Yoda?

—¿Satisfecho estás porque todo en orden esté?

—Todo está perfecto, Maestro —respondió Anakin, su boca se abrió hasta convertirse en una amplia sonrisa—. Mis felicitaciones a los autores. Han hecho un trabajo maravilloso.

—Entonces si satisfecho estás, dejarte debo —dijo Yoda—. Y hacia el sistema Bothan debes partir.

Reaccionando rápidamente, Anakin juntó las manos detrás de la espalda y asintió.

—Sí, Maestro.

—En constante comunicación con nosotros te mantendrás, Anakin —dijo Yoda—. Tu mejor juicio debes usar, pero riesgos innecesarios no correrás. Astuto es Grievous. Distraerte intentará. Preparado deberás estar para sus engaños y fintas. Más de una batalla tendrás que librar.

De nuevo, un asentimiento respetuoso.

—Sí, Maestro.

Yoda levantó la mirada hacia el Almirante Yularen.

—La importancia de esta misión ya conoces, Almirante. Nada más hay que yo o el Consejo te podamos decir. Que la Fuerza te acompañe.

Yularen hizo una reverencia. Era un veterano de voz suave e independiente que no tenía miedo a morder cuando debía, era el contrapunto perfecto a la acentuada impaciencia de Anakin.

—Y con usted, Maestro Yoda.

—Maestro…

Yoda se dio la vuelta para mirar a Anakin.

—¿Una última pregunta tienes?

—Una petición —contestó Anakin—. Cuando vuelva a ver a Obi-Wan, por favor, dele las gracias y dígale que… no le fallaré.

Ahsoka sintió cómo se aliviaba parte de la tensión de Yoda.

—Lo sabe ya, Maestro Skywalker —dijo con delicadeza—. Lo sabe también el Consejo Jedi.

No hacía mucho que era la aprendiz de Skyguay, pero necesitó muy poco tiempo para darse cuenta de que él y el Consejo chocaban en *muchas cosas*. De hecho, corría un rumor de que como Padawan se enfrentó a ellos la primera vez que se reunieron. Con nueve años de edad ya desafió al Consejo Jedi. Increíble. ¿Le importaría ahora escuchar su aprobación? ¿Le importaba lo que pensaban? ¿O solamente contaba la opinión de Obi-Wan?

«No lo sé. No puedo saberlo. A veces es un misterio tan grande como Yoda».

—Gracias, Maestro —dijo Anakin. No delató nada—. Que la Fuerza le acompañe.

Yoda asintió.

—Y a ti. Hasta la vista… y buena cacería. El veterano Maestro Jedi se marchó y la tripulación del *Decidido* pasó a obedecer las órdenes breves y concisas del Almirante Yularen, preparándose para entrar en órbita. Anakin se giró hacia Rex.

—¿Tus tropas están en sus puestos, Capitán? ¿Y listas para el combate?

Tranquilo como siempre, con el pelo rubio que le acababa de crecer brillando bajo las luces del centro de mandos y con su armadura abollada impecable, Rex asintió.

—Sí, señor. Se han adaptado bien y le harán sentirse orgulloso.

Ahsoka sintió un escalofrío de pesar. Habían perdido a la mayoría de la 501 en el monasterio de Teth. Rápidamente, habían asignado clones de repuesto a la unidad, pero necesitaban tiempo para la cohesión.

«Espero que estos nuevos hombres aguanten más tiempo. Perder gente es demasiado duro».

La expresión solemne de Anakin se había relajado.

—Estoy seguro, capitán. Rex…

—¿Señor?

—Me alegro de tenerte aquí. No quería atacar a Grievous sin ti.

Rex no sonrió, porque no habría sido lo adecuado. Pero sus ojos color negro azabache se animaron y asintió.

—Es un honor tenerte de vuelta, General. Ahora, con tu permiso, si no hay nada más que pueda hacer por ti aquí, volveré con mis hombres. Tal vez ya estén listos, pero seguir preparándolos no hará ningún mal.

—Claro —dijo Anakin—. Capitán, está disculpado.

Ahsoka reprimió una sonrisa cuando Rex, al pasar, le guiñó el ojo.

Ahora el centro de mandos tenía vida, la tripulación ocupaba todas las estaciones, en los canales de comunicación resonaban las conversaciones entre la nave insignia de Anakin y sus hermanas subordinadas, el *Intrépido* y el *Pionero.*

—Maestro Skywalker —dijo Yularen, dándose la vuelta. A pesar de que era el almirante del grupo de combate, el protocolo establecía que debía hacer deferencia al representante del Consejo Jedi. A menos que, claro está, dicho representante cometiera alguna locura como olvidarse de desconectar un transpondedor enemigo. En ese caso, podía dar órdenes a cualquier rango y piloto—. Todas las estaciones están preparadas. Los comandantes Vontifor e Isibray están preparados.

—Muy bien, Almirante —dijo Anakin. Sonaba sereno. Tenía un aspecto casi desinteresado. Como si ya hubiera estado en este centro de mandos unas cien veces; como si llevara años al mando de un grupo de combate. Toda su vida—. Cuando lo desees, realiza el despegue y avanza conforme a lo establecido hacia el sistema Bothan.

—Entendido —respondió Yularen—. Mandos…

—¿Almirante?

Sorprendido, Yularen levantó la mano al timonel.

—¿Maestro Skywalker?

—En cuanto hayamos salido de Coruscant, configura los satélites de comunicación al máximo y monitoriza todas las conversaciones de su amplitud de banda, no importa lo crípticas que sean, hasta nueva orden. Informa al *Intrépido y* al *Pionero* para que hagan lo mismo.

Yularen dudó y a continuación se aclaró la garganta.

—Eso supondrá una pérdida importante de potencia.

Anakin asintió.

—Lo sé. Pero hazlo igualmente. Tengo la divertida sensación de que nuestro amigo Grievous también tiene ganas de jugar.

Yularen era lo suficientemente experto como para saber que un hombre inteligente no debía dudar de la *divertida sensación* de un Jedi. Sobre todo de este Jedi.

—Por supuesto —dijo, y asintió al oficial de comunicación.

Al abrigo del trabajo en el centro de mandos, Ahsoka le dio un pequeño tirón en la manga a Anakin.

—¿Qué significa eso de una divertida sensación? —preguntó con voz apenas imperceptible—. ¿Sabes algo que yo no sepa, Sky… Maestro?

Bajó la mirada hacia ella muy serio.

—Con las cosas que yo sé y tú no, Padawan, se podría llenar un carguero de especias corelliano. Dos veces.

De acuerdo, está bien, no había por qué ponerse *antipáticos.*

—Sí, Maestro —murmuró. Entonces cedió.

—Ya has oído lo que ha dicho el Maestro Yoda. Grievous es astuto. Ya sabemos que los separatistas se han infiltrado en la seguridad de Coruscant. Y puede que esta misión sea de máximo secreto, pero eso no significa que podamos ocultar tres Cruceros de la

República totalmente nuevos. Y además, gran parte de los trabajadores del astillero son civiles. Los civiles van a los bares y a veces beben demasiado. Y cuando beben demasiado, hablan.

—¿De nosotros?

Se encogió de hombros.

—Tal vez. O quizás esté siendo demasiado cauteloso. Pero prefiero ser demasiado cauteloso a que me pillen por sorpresa. Ya eran dos. —Sí, Maestro.

El centro de mandos del *Decidido* estaba rematado por un gran ventanal panorámico de transpariacero. Aparentemente satisfecho como para dejar a Yularen dirigir la orquesta, al menos por ahora, Anakin se levantó y se dirigió hacia el ventanal. Ahsoka dudó, pero decidió unirse a él y mirar hacia abajo para ver el glorioso, reluciente y centelleante Coruscant.

Sintió una punzada. «¿Será la última vez que lo vea? No quiero que ésta sea la última vez. Quiero verlo otra vez, y otra vez. No quiero morir».

Furtivamente, avergonzada, miró de reojo a Anakin, esperando que supiese lo que ella pensaba, esperando una reprimenda, un sermón. Sin embargo, vio algo que le sorprendió en su rostro, algo que nunca habría esperado: un dolor espantoso, punzante, helado. Tan inquietante, tan desgarrador, fue como si una lanza de hielo la atravesara. Parecía que él la había olvidado completamente, que en aquel momento sólo existía Coruscant.

«¿Ve algo que yo no veo? ¿Sabe acaso que no regresaremos? ¿Está despidiéndose? ¿Debería despedirme yo también?».

No podía responderle. Su repentina e inesperada tristeza se le había contagiado, ahogaba su garganta con lágrimas abrasadoras. Observó, con la mirada borrosa, cómo estiraba el brazo humano y presionaba el ventanal con la palma de la mano. Coruscant se fracturaba bajo sus dedos extendidos.

A continuación, dejaron atrás el planeta cuando el grupo de combate se puso en órbita.

Tan cansado que ni podía quejarse en voz alta, Bail Organa volvió del Senado a la vacía soledad de su apartamento. El reconocimiento de voz y de retina verificaron su identidad: la puerta corredera se abrió y cuando cruzó el umbral y se dirigió hacia el recibidor del apartamento, se encendieron las luces.

—Baja un cuarto la intensidad —dijo, haciendo una muestra de dolor.

La iluminación se moderó. Suspiró de alivio, se desabrochó la ropa, se quitó la capa verde oscura y la colgó sobre el respaldo de una silla. Después, cuando se sacó las botas y se quitó los calcetines, activó el botón de reproducir los mensajes recibidos.

Sólo uno. De su mujer. *Breha.*

Bail sintió que el corazón le daba un vuelco, miró su bellísimo rostro en el holograma.

—*No te preocupes, B, no pasa nada* —dijo, su imagen parpadeaba, perdía cohesión. Tormentas de iones en algún lugar entre Alderaan y Coruscant; siempre jugaban a su antojo con las comunicaciones galácticas.

—*Sólo quería que supieras que pienso en ti. Estaba viendo la información desde el Senado en la HoloRed. Pareces cansado. ¿Duermes bastante? Yo diría que no. Vete a la cama, hombre. Intentaré hablar contigo mañana.*

Su imagen se desvaneció completamente. Echándola de menos, nervioso, caminó descalzo por la mullida alfombra para contemplar el extravagante espectáculo de luces que era Coruscant por la noche. No a primera hora de la mañana. Una hora en la que la gente sana estaba en la cama, durmiendo.

Habían pasado tres días desde los ataques terroristas de los separatistas y, parecía ser, que la ciudad volvía a ser ella misma. Más o menos. Claro que había habido algunos cambios. Los edificios afectados de los juzgados estaban inutilizados, los estaban evaluando para su reconstrucción, con los casos actuales suspendidos y los nuevos casos retrasándose hasta que encontrasen magistrados sustitutos que pudieran tomar juramento, así como tramitar premisas temporales. Y no estaba siendo una tarea fácil… Coruscant era una ciudad muy poblada. Al mismo problema se enfrentaban los delegados del gobierno que habían sobrevivido a los ataques pero habían perdido sus despachos. Existía una búsqueda caótica para encontrar mesas y holovídeos y cualquier otra pieza de material.

Y, naturalmente, se habían aprobado medidas de seguridad de multisector adicionales, concebidas en su mayor parte por él mismo y por Padmé. ¿Por qué ellos dos eran los únicos dos miembros del Comité de Seguridad que parecían capaces de tomar decisiones con rapidez? El resto del comité estaba como paralizado. El Senado al completo se encontraba paralizado, como si el éxito de los separatistas hubiese infectado a todo el gobierno con inercia. Bueno, a la mayor parte. Los Senadores procedentes de los mundos situados en primera línea de combate eran muy enérgicos. Se quejaban de Dooku y sus aliados, se quejaban a los Jedi por su intento fallido de salvarles y miraban al Canciller Supremo en busca de una solución rápida y no violenta. Y cuando Palpatine explicó que se necesitaba tiempo para ganar las guerras y que los Jedi estaban luchando al máximo, cuando hizo lo que tenía que hacer —exigir impuestos de emergencia en aquellos mundos para ayudar a financiar la extremadamente cara contraofensiva contra los separatistas— inmediatamente se quejaron de él.

El resto de Senadores, de aquellos mundos que aún no se habían visto afectados, intentaban hacer como si nada de esto estuviese sucediendo, y se quejaban de que los nuevos procedimientos de seguridad les cortaban las alas.

«Me gustaría dejarles lamentándose y volver a mi casa en Breha».

Pero no podía hacer eso, evidentemente. ¿Qué sería de la República si todos los Senadores se rindiesen cuando la cosa se torcía? Padmé no se estaba dando por vencida. Ella se enfrentaba a ellos, les ponía el puño delante de la cara, les reprendía por su holgazanería, les pedía explicaciones. Y ellos la escuchaban. ¿Cómo iban a ignorarla?

Ella era la niña-reina que se había enfrentado a la Federación de Comercio y había vencido. Ella era la Senadora que había desafiado a los asesinos para firmar la paz. Ella luchó en Geonosis junto a los Jedi.

Y era íntima amiga del Canciller Supremo Palpatine.

Así que, aunque fuese a regañadientes, escuchaban a Padmé… y, aunque de manera imperfecta, se habían hecho algunas cosas.

Malhumorado, desconsolado, se alejó del ventanal y se dirigió hasta la bodega. Paz y una ayuda generosa de un fuerte brandy corelliano. Entonces, quizá, podría empezar a relajarse.

Con el vaso en la mano y el olor cálido del brandy, depositó la botella en una mesita y se dejó caer en su silla favorita. Quería llamar a Breha para perderse en su voz suave y aliviar el dolor con su sonrisa. Pero era media mañana en Alderaan y ella estaría en el Legislado, cuidando a su gente. Sin ella no habría podido permanecer en Coruscant. El bienestar de Alderaan se acunó en sus manos.

«Y el bienestar de la República se acuna en las mías».

Bueno. No sólo en las suyas… aunque en días como éste así lo parecía. ¿Cómo lo aguantaba Palpatine? ¿Cómo podía soportar el hambre atroz de todos aquellos planetas que esperaban que él encontrase su salvación? Un hombre débil se habría rendido hace mucho tiempo. Pero Palpatine soportaba esa presión. En cierto modo, parecía incluso que se crecía ante ella, como si el sentir que le necesitaban le diese fuerzas para seguir adelante. Era un hombre extraordinario.

«No sé dónde estaríamos sin él».

Se puso más brandy. Bebiendo despacio, volvió a mirar la ciudad que no dormía. Debería comer algo. Hacía horas que no comía y el brandy cayendo en el estómago vacío era una mala receta. Pero estaba demasiado cansado como para moverse. Dejó que se le cerrasen los ojos… se durmió poco a poco…

… y se despertó sobresaltado, con el corazón latiendo con fuerza, cuando el comunicador que llevaba en el bolsillo interior de la túnica, el comunicador que ni siquiera Breha sabía que existía, comenzó a pitar con insistencia.

Diez

La habitación olía a brandy: el vaso se había resbalado entre sus dedos inconscientes y había derramado su contenido sobre la alfombra. Tras la ventana del apartamento, la oscuridad del cielo había dado paso a la primera luz del día; el insolente esplendor de la brillante noche de Coruscant se convertía en un rostro diurno discreto.

Con mano temblorosa agarró el comunicador, que seguía pitando, y acusó recibo de la comunicación. El pitido se detuvo. Su apartamento quedó en silencio. Tan silencioso que podía oír los latidos de su corazón. El sudor le empapaba la piel. Su respiración era irregular. Un pinchazo de dolor entre los ojos le devolvió a la dolorosa realidad.

Se llevó el comunicador a su habitación y lo conectó al pequeño lector de datos que guardaba en el cajón de la mesita de noche, donde había todo tipo de objetos. Era una antigua unidad alderaaniana, maltrecha y anticuada. No llamaba la atención. Al menos, ésa era la impresión que daba exteriormente. Por dentro estaba renovado. Mejorado hasta una sofisticación sin igual. Entonces apareció una serie de caracteres aparentemente aleatorios en la pantalla del lector de datos. Descodificarlos era una labor manual. Había memorizado el algoritmo para descifrarlo hacía unos años.

Formaba parte del acuerdo.

El proceso de descargar un mensaje del comunicador al lector de datos provocaba la eliminación automática del comunicador. Así no quedaba registrado nada del mensaje recibido. El lector de datos poseía la misma protección. Tenía exactamente cinco minutos para descodificar la transmisión descargada. Pasado ese tiempo, también se eliminaba.

Aquello también formaba parte del acuerdo.

Como se trataba de algo demasiado importante como para equivocarse, anotó los símbolos aleatorios del mensaje en un plastipapel anticuado con una pluma anticuada. Seguramente, su contacto se horrorizaría de saberlo, pero él o ella nunca lo sabría y no lo podría evitar. No estaba preparado para cometer ningún error. Además, el papel podía quemarse, sus garabatos se perderían para siempre a la mirada de ojos indiscretos.

Una vez descodificado el mensaje, se quedó mirándolo. ¿Era cierto? *¿Podía* ser cierto? El secreto era el santo y seña de su misterioso benefactor. La paranoia su religión. Podrían estar equivocados, ¿verdad? Y seguramente los Jedi se enterarían de esto, seguramente…

«No empieces a dudar de ellos otra vez. O confías en ellos o no».

Activó el droide doméstico.

—Hay brandy derramado en el salón. Límpialo, después querré el desayuno.

—Sí, señor —respondió el droide, y se alejó.

A continuación, solicitó una llamada al apartamento de Padmé.

—*Lo siento, señor* —respondió el droide oficioso de protocolo. La verdad es que sonaba ofendido. Incluso parecía ofendido. ¿Cómo era posible?—. *Me temo que mi señora aún no se ha levantado. Si no le importa volver a llamar en otro momento…*

¿Aquel cacharro infame estaba *discutiendo* con él?

—Quizá no hayas entendido mi nombre —dijo, mostrando un poco más su temperamento—. Soy el Senador Bail Organa y mis obligaciones no pueden esperar.

Cuando el droide de protocolo se alteró, escuchó una voz familiar de fondo.

—¿Trespeó? ¿Qué ocurre?

El droide se giró.

—Oh, Señora Padmé, lo siento mucho. Estaba intentándole explicar al Senador Organa que usted estaba…

—*¿Bail?* —dijo Padmé, apareciendo en la pantalla y echando al droide a un lado—. *¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?*

Habría dormido igual de poco que él, seguramente, pero era imposible saberlo. La resistencia de Padmé parecía inagotable.

—Siento llamar tan temprano, Senadora, pero tengo el día cargado de reuniones y necesito comunicarle algunos de mis análisis tácticos. ¿Podemos reunirnos dentro de una media hora? Yo iré a verla.

No contestó inmediatamente. Las preguntas ardían en sus ojos… pero no las formuló. Una mujer increíble.

—¿Vendrá? Sí —dijo finalmente—. Por supuesto. —Su voz parecía relajada, pero él podía ver la tensión que tenía. No le cabía la menor duda de que ella también la había visto en él—. Media hora.

Le recorrió un sentimiento de alivio cuando se desconectó el vídeo. Releyó el mensaje descodificado tres veces más, comprobó que lo había memorizado bien, a continuación lo quemó y tiró las cenizas por el fregadero de la cocina. Después se duchó, se cambió, engulló el desayuno y se dirigió a la residencia de Padmé.

Media hora no daba mucho tiempo para comer ni vestirse, pero Bail no habría llamado tan temprano si el asunto no fuese urgente. Ignorando al alborotado y nervioso 3PO, pasó rápidamente por el aseo matutino, devoró apresuradamente los huevos escalfados que el droide le sirvió, a continuación se dirigió a la plataforma de aterrizaje de su apartamento y allí esperó a su huésped inesperado.

«Algo le asustaba. Algo grande».

Lo que apenas le permitía ser optimista. Bail Organa era un hombre valiente, hábil. Si estaba inquieto —y lo estaba, había visto la confusión en sus ojos—, sólo podía significar más problemas para Coruscant. O para algún otro lugar de la República.

«Como si no tuviésemos ya bastantes problemas».

Calma. La llamada no había sido por Anakin. A su marido no le había ocurrido ninguna desgracia y eso quería decir que podría enfrentarse con ecuanimidad a cualquier noticia que le diera Bail, sin importar lo nefasta que fuese. No podía haber mayor desastre que un desastre relacionado con Anakin.

No sabía nada de él, por supuesto. Y no había habido nada, ni siquiera un susurro de indicio ni un rumor, ni en la Holo-Red ni de ningún miembro del Senado acerca de algún incidente en el sistema Bothan o en sus alrededores. Si se hubiera producido, ella se habría enterado.

«Dicen que no recibir noticias es sinónimo de buenas noticias. Yo creo que no recibirlas es sinónimo de agonía, pero seguro que Obi-Wan me hubiera dicho algo si las cosas fuesen mal».

Ella creía que lo haría, a pesar de que no se movían en los mismos círculos. Pese a que estaban separados a efectos prácticos, a su vez estaban atados de modo inextricable.

—Discúlpame —dijo Bail a su llegada—. No sabía adónde más dirigirme.

Como siempre, presentaba un rostro inmaculado al mundo. Perfectamente aseado, con atuendo conservador, la elegancia personificada. Pero ya llevaban trabajando juntos bastante tiempo y ella podía ver más allá de su pulida apariencia. No se equivocó durante su breve conversación a través del vídeocomunicador: estaba alarmado.

Intentó tranquilizarle con una sonrisa.

—No tienes por qué disculparte, Bail. Y sea lo que sea, lo solucionaremos.

Dejó el speeder perfectamente amarrado y se dirigió al salón, donde C-3PO le sirvió té y a continuación se esfumó. Observando en secreto a su colega, Padmé activó los cierres herméticos privados de su apartamento, que encendían automáticamente los dispositivos auditivos y denegaban el acceso a todos los visitantes y comunicaciones entrantes, salvo para Anakin, Palpatine y la alerta del Senado.

—Ya has llegado —dijo, eligiendo su silla favorita—. No nos molestará nadie. Por favor, Bail, dime qué ha ocurrido.

Bail vaciló y después se sentó en el sofá. Pero se le notaba claramente incómodo, se sentó en el borde, con los dedos cerca de las rodillas.

—Estoy en posesión de cierta información. Procede de una fuente fiable, pero… digamos que es *poco convencional*. Tiene implicaciones graves para la República. Y para los Jedi. Me han pedido que les cuente lo que me han dicho.

Ella cogió su taza de té y sorbió frunciendo el ceño.

—Si es asunto de los Jedi, ¿por qué venir a mí? Deberías hablar con ellos.

Ignorando su té, Bail sacudió la cabeza.

—No les conozco, Padmé. No demasiado bien. No como los conoces tú. Y ellos no me conocen. No hay razón para pensar que creerían lo que tengo que decir. Sobre todo en estas circunstancias.

—¿Tu fuente… poco convencional?

—Exacto. —Como si le resultase imposible permanecer sentado, se puso de pie y comenzó a deambular entre el sofá y la ventana—. Evidentemente, es posible que los Jedi ya se hayan enterado. Pero si no… si están en peligro y no se dan cuenta. —Se puso el puño sobre los labios, como luchando por reprimir un arrebato incontrolable. Era muy impropio de él, una expresión tan evidente de su agitación interior—. Padmé —dijo, mirándola a la cara—, ¿has oído hablar alguna vez de los Sith?

Sith. Sólo el nombre ya le ponía los pelos de punta. Sus maquinaciones habían estado a punto de matarla dos veces. Y por el dolor infligido a Anakin, y el asesinato de Qui-Gon Jinn y el sufrimiento de Naboo bajo la ocupación de la Federación de Comercio, los Sith se habían ganado su odio inmortal.

Pero eso no podía contárselo a Bail. Cuando era la reina de Naboo, de niña, le prometió al Maestro Yoda que nunca revelaría lo que había aprendido de ellos. Renovó aquella promesa a Obi-Wan en el vuelo desesperado de Geonosis a Coruscant, cuando escuchó cosas por casualidad que no debía haber escuchado. *El rayo de los Sith. Dooku. Una traición fatal.*

Con un mínimo remordimiento de conciencia, miró a Bail Organa y le mintió por segunda vez.

—¿Los Sith? No. ¿Por qué? ¿Quién… qué… son?

—No lo sé —dijo frustrado—. Hasta esta mañana, yo tampoco había oído hablar de ellos nunca.

Dio otro trago de té.

—Y bien, ¿qué te ha dicho tu contacto?

—Que están tramando un ataque que acabará con los Jedi.

Sintió frío, a continuación calor.

—¿Estás seguro de eso?

Bail se dejó caer sobre el sofá.

—No he malinterpretado el mensaje, si es eso a lo que te refieres. Padmé, por favor. No podré hacerlo sin tu ayuda. Eres la amiga de los Jedi, un aliado de confianza. Si hablas con ellos por mí, si respondes por mí ante ellos, así…

—¿Confiarán en ti? —Pese a que estaba profundamente preocupada, tenía que sonreír—. ¿Los amigos de mis amigos son mis amigos?

Su sonrisa fue igual de breve.

—Algo así.

Los Sith. Anakin le había contado lo poco que sabía acerca de ellos. Él nunca lo admitió, pero ella sabía que les temía. Sabía que aún lloraba la pérdida de Qui-Gon Jinn. Y sabía que las cicatrices que Dooku había causado por su pérdida eran más que físicas. Pero no sólo les temía por él mismo. Les temía por la República, por la galaxia, si su oscuridad vencía, se proclamarían victoriosos en su guerra clandestina contra los Jedi.

«Hubiera o no jurado mantener el secreto, quería que yo le ayudase».

Asintió a Bail.

—Está bien.

Mientras Bail la observaba mordiéndose la punta del pulgar, ella cogió su comunicador privado de una estantería de pantalla cercana y abrió un canal al Templo Jedi.

—Aquí la Senadora Amidala. Necesito hablar con Obi-Wan Kenobi.

Bail tenía razón en una cosa: los Jedi la consideraban un aliado. No hubo objeción alguna a su petición.

—*¿Senadora Amidala? Al habla Obi-Wan Kenobi. ¿En qué puedo ayudarle?*

Sonaba sorprendido. Muy cauto.

—Maestro Kenobi, me pregunto si podría dedicarme un poco de su tiempo. Ha ocurrido algo y apreciaría su consejo.

—*Por supuesto* —respondió tras un instante—. *¿Quiere venir al Templo o…?*

—Si pudiera venir a mi casa, le estaría muy agradecida —se apresuró a decir—. Sería conveniente ahora, si no le resulta inoportuno.

—*En absoluto, Senadora. Estaré con usted enseguida.*

—Gracias, Maestro Kenobi —dijo, apagando el comunicador.

Bail la miraba desconcertado.

—¿Así de fácil? ¿Chasquea los dedos y los Jedi acuden?

Ella levantó una ceja.

—¿No has venido a verme por eso, Bail?

—Bueno… Sí, supongo, pero no pensaba… no sabía… —Sacudió la cabeza—. Estoy impresionado.

—No lo estés —le dijo—. Tal vez sea capaz de hacer que Obi-Wan venga aquí, pero no puedo hacer que te crea a ti ni tu historia.

—¿Tú me crees? —preguntó, mirándola fijamente.

—Creo que piensas que existe una amenaza seria. —Se encogió de hombros—. Eso es más que suficiente para mí. ¿Te importa quedarte aquí un momento? Saldré fuera a esperar a Obi-Wan.

—Por supuesto.

—Bien. —Sonrió—. Te sugiero que te tomes un momento para ordenar tus pensamientos antes de que él llegue. Pon en orden tus argumentos. Es verdad que tienes una reputación excelente, pero sé de buena tinta que este Jedi en particular no le tiene demasiado aprecio a los políticos.

—¿Y contigo hace una excepción?

—A veces —respondió, y dejó a Bail reflexionando durante el tiempo que ella esperó en el exterior al antiguo maestro de Anakin.

Llegó en un speeder normal y corriente del Templo, dirigió el vehículo a un apeadero cercano al modelo elegante y caro de Bail con una pericia casual que recordaba a la de Anakin, y con la velocidad suficiente para revelar impaciencia o ansiedad. Se apresuró hacia él cuando saltó la veranda.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Tienes noticias de Anakin?

¿De Anakin? Ella le miró.

—No. ¿Por qué iba yo a saber algo de Anakin? Él y yo… tú lo dejaste bastante claro… Ni siquiera sé dónde está Anakin, Obi-Wan.

Un torrente de emociones se le agolparon en la cara: disgusto, alivio, enfado, incertidumbre. A continuación, recobró su autocontrol habitual.

—Lo siento. Un malentendido, Senadora. Pensé qué… parecías preocupada por el comunicador y yo. —Miró hacia abajo, ella le había puesto la mano sobre el brazo.

—Está preocupado por él —dijo, dejando la mano donde la tenía—. ¿Está en apuros?

Un color débil cubrió el rostro pálido de Obi-Wan.

—Padmé, no puedo, no sería adecuado que yo… —Sacudió la cabeza—. No puedo.

—¿No puedes qué? —dijo suavemente y retiró la mano—. ¿Admites que estás preocupado? Claro que puedes. A mí sí que puedes. Yo no soy Yoda. Yo no soy Mace Windu. Yo no pienso que preocuparse por alguien sea delito. *¿Anakin está en apuros?*

No confiaba en que él respondiese. Creía que la pondría en su lugar senatorial con unas cuantas palabras tranquilizadoras y bien elegidas. Era bueno en eso. Pero no lo hizo. En su lugar, vio cómo se volvía a colocar la máscara de Jedi en un suspiro. Vio que tras su estoica apariencia escondía tantas inquietudes como Anakin. En sus ojos, la necesidad de hablar. De compartir. De saber que no estaba solo cuando sentía miedo.

—Está… en una misión —dijo finalmente—. No puedo decirte dónde ni de qué se trata. Pero no está resultando tan sencillo como habíamos esperado. Pensábamos que íbamos a saber algo de él esta mañana… pero no ha sido así.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Está herido?

—No —dijo rápidamente, con vehemencia—. Está… ocupado. Esta misión es importante, gran parte de ella depende de su éxito. Yo debería estar con él, no tendría que enfrentarse solo a ella, pero mis heridas… Me lo impidieron.

Era tan extraño que Obi-Wan fuese incoherente. Lo que más la impresionaba era su serenidad articulada cuando se enfrentaba al peligro. Pese a que ella no le había perdonado del todo que interfiriese en su vida, sintió una oleada de tristeza.

«A pesar de todas nuestras diferencias tenemos algo en común. Los dos queremos a Anakin y siempre le querremos».

—No es culpa tuya, Obi-Wan. Tú no le abandonaste. Estuviste a punto de morir. Aunque… —Le miró de arriba abajo—. Has tenido una recuperación extraordinaria. Él se restó importancia.

—Los curanderos del Templo son muy buenos. Padmé, ¿por qué estoy aquí?

Ella miró por encima de su hombro.

—Tengo visita, Obi-Wan. El Senador Bail Organa de Alderaan. Afirma haber recibido noticias de un ataque planeado contra ti… por parte de los Sith.

En un abrir y cerrar de ojos cambió. Ella lo notó. Sintió cómo el calor de su humanidad se convertía en hielo en un suspiro. Sintió cómo el aire que les rodeaba crepitó con fuerza. En el hangar de Naboo, enfrentándose al asesino Sith rojo y negro; en el dormitorio de su apartamento, habiendo escapado por los pelos de morir asesinada a manos del cazador de recompensas Zam Wessell; en la arena de Geonosis, contemplando la muerte monstruosa y mecánica; ella también lo sintió entonces: *Los Jedi*.

Dio un paso atrás, le picaba la piel.

—No le he dicho nada. Todo lo que sabe es a través de su contacto.

—*¿Qué contacto?* —preguntó Obi-Wan—. ¿Qué es exactamente lo que sabe el Senador Organa?

—Tendrás que preguntárselo —respondió—. Acudió a mí porque los Jedi no le conocen demasiado bien. Porque confía en mí y porque sabe que tú también confías en mí.

Aparentemente, Obi-Wan parecía no hacer nada, pero su terrible aspecto se relajó. A Padmé dejó de picarle la piel.

—¿Y tú confías en él? —preguntó suavemente.

—Así es. Es un buen hombre, Obi-Wan. Ama la República. Trabaja tanto como cualquier otro Jedi para verla a salvo.

Los ojos azul claro de Obi-Wan expresaron un mínimo gesto de irrisión.

—Es un político, Padmé.

Ella levantó una ceja.

—Al igual que yo. ¿Ese no es tu mayor problema conmigo?

«¿Mi mayor problema? No». La respuesta brilló en su cara, era tan fácil leerla como cualquier holocartelera, pero no pronunció las palabras en alto.

—Tú eres mucho más que una mera política —dijo, y ahora sus ojos mostraban una sonrisa débil y reacia—. Como bien sabemos los dos.

—¿Es un cumplido? —preguntó, fingiendo sorpresa—. A la próxima será mejor que me avises, Obi-Wan. Dame tiempo a que me siente primero.

El no cayó en la trampa.

—Es extraño, pero ahora que lo pienso, Padmé, tú te has topado con los Sith las mismas veces que yo —murmuró, frunciendo el ceño—. Es como si estuviesen tan interesados en ti como en nosotros dos.

Sintió un escalofrío. «Por favor, que esté equivocado».

—No digas esas cosas.

—Esa amenaza —continuó, sus ojos insinuaban perdón—. ¿La consideras verosímil?

—No conozco los detalles —respondió, alejando sus pensamientos de aquel lugar oscuro—. No sé quién es el contacto de Bail. Pero sé que es serio, Obi-Wan… Le conozco lo bastante como para prometer que no se asusta con facilidad. Y no es tan ingenuo como para creerse cualquier historia.

—Entiendo —dijo Obi-Wan, y suspiró—. Está bien, Padmé. Escuchemos lo que tiene que contarnos el Senador Organa.

—Se llaman a sí mismos los Amigos de la República —afirmó el Senador de Alderaan—. Se pusieron en contacto conmigo por primera vez hace más de cuatro años. En aquel entonces, el gobierno de Alderaan estaba negociando con Chandrila por una empresa minera conjunta en Aridus. La familia de mi mujer tenía contactos con el Sector Corporativo, y algunos de aquellos contactos estaban involucrados en el proyecto. La información que proporcionó este grupo ayudó a impedir una catástrofe diplomática y

humanitaria que habría sepultado no sólo Alderaan y Chandrila, sino también otros sistemas claves de la República.

Obi-Wan le observaba con el ceño fruncido.

—¿Y actuaron así porque son amigos de la República?

El parpadeo de los ojos de Organa demostró que había apreciado el escepticismo, pero lo ignoró.

—Y porque habrían recibido un impacto directo por el escándalo consiguiente si la empresa minera hubiese seguido adelante tal y como estaba planeado. Ah. Claro.

—En otras palabras, estaban motivados por el beneficio personal.

—No niego que el mismo beneficio personal fuese un factor —dijo Organa con tranquilidad—. Pero también es verdad que muchas vidas y medios de vida sobrevivieron gracias a su intervención. —Se encogió de hombros—. Después de todo, la conservación no es un delito.

Quizá no, pero como motivo, empañaba el halo altruista.

—¿Y asumieron que usted también actuaría fuera de todo beneficio personal?

—Apostaron a que incluso si a mí no me motivaba el hacer lo correcto, utilizará mi poder político para evitar un escándalo que perjudicaría mi Casa. Pero puedo asegurarle, Maestro Kenobi, que si el hacer lo correcto hubiese supuesto exponer a mi familia y mis contactos a la censura, entonces no lo habría dudado. Habían muchas vidas en juego.

Una confesión interesante. «¿Este hombre es un político normal o no? El Consejo Jedi le considera un amigo, pero se está demostrando que corren tiempos engañosos. La confianza es un producto cada vez más caro».

—No recuerdo haber oído nada acerca de la prevención de esta catástrofe minera.

Organa mostró una sonrisa breve y gris.

—Se trató en los más altos niveles diplomáticos, con la máxima discreción. Si hubieran trascendido los detalles, aún estaríamos limpiando la tormenta política.

¿De verdad? Bueno, eso confirmaba lo que sabían los Jedi sobre las credenciales y la influencia de Organa.

—Bien, Senador, resolvió hábilmente una situación delicada. Enhorabuena. Pero permítame que le diga que un mynock no provoca una infestación.

Organa se inclinó hacia delante, con los dedos tan apretados que los nudillos se le emblanquecieron.

—Maestro Kenobi, por favor. Deme un poco de crédito. Estos Amigos de la República aparecieron cinco veces más tras nuestro encuentro inicial. Eran… asuntos de seguridad interna de Alderaan. No pienso divulgar los detalles, pero puedo asegurarles que nos prestaron un gran servicio tanto a mí como a mi Casa. Por extensión, ayudaron a la República. Y por lo que sé, no soy el único al que han ayudado. Siento no poder ser más específico sobre ellos, pero lo que les he contado es cierto. ¿Están preparados para creerme en este asunto?

—Por supuesto que lo está, Bail —respondió Padmé, rompiendo finalmente el silencio. Su tono agradable era engañoso: tras su dulzura merodeaba una cuchilla

afilada—. Obi-Wan sabe que los Jedi no tienen un mejor amigo que tú. Estoy segura de que no se le ha olvidado cómo defendiste la Orden en el Senado contra las injustas acusaciones de los quarren sobre el secuestro de niños.

No, no lo había olvidado, pero aquel incidente no guardaba ninguna relación con la situación actual. Le disparó una mirada penetrante. «No me presiones, Padmé». A continuación, asintió a Organa.

—Su apoyo a los Jedi es de sobra conocido en la Orden, Senador —dijo con gran reserva—. Por favor, no confundas mis preocupaciones con sospechas.

—No lo hago —afirmó Organa—. Lo que más nos interesa en estos tiempos es ser cautelosos, Maestro Kenobi.

—Obi-Wan —dijo Padmé. Su tono era más calmado, más convincente que imperativo—. Estos son tiempos oscuros, es cierto, pero algunos amigos son amigos para siempre. Creo que Bail es uno de ellos.

¿Entendía ahora la cautela que dominaba el Consejo Jedi? Interesante…

Se giró hacia Organa.

—Senador, admito su afirmación de que esta gente, quienquiera que sea, hayan demostrado ser amigos de Alderaan y que su información en ese aspecto sea fidedigna. Pero ¿qué le hace creer que son de fiar más allá de eso?

Organa dirigió una mirada de disculpa a Padmé. A continuación, abrazó a Obi-Wan por los hombros.

—No les va a gustar a esto, a ninguno de los dos.

Obi-Wan se aguantó un suspiro. «Seguramente no, no. Ya no me gusta y apenas sé nada todavía».

—Eso lo decidiré yo, Senador.

Poco a poco, eligiendo las palabras con cuidado, Organa detalló el resto de información que le había llegado a través de su contacto misterioso. Información referente a ciertos compromisos de tiempos de guerra que estaba rigurosamente restringida, como el hecho de que el ejército clon había sido encargado por un Jedi desconocido y que Anakin Skywalker había estado a punto de ser asesinado a manos del antiguo Jedi el conde Dooku. Que un traidor en el gobierno de Bakura era el responsable de que Grievous aniquilase a todo el Concilio Gubernamental, y que durante la misión de Christophsis, la mascota asesina de Dooku, Asajj Ventress, había fracasado en el asesinato de dos Caballeros Jedi.

Padmé miraba a Organa.

—Pero Bail… ¿por qué no mencionaste esto nunca? Sin duda, el Comité de Seguridad debería saber, el Canciller Palpatine debería saber, que se ha producido una infracción de…

—No podía contárselo. A nadie. Lo siento, Padmé —dijo Organa. Sonaba defensivo—. Les di mi palabra a esta gente hace *años* de que nunca revelaría su existencia. ¿Cómo iba a compensarles todo el bien que habían hecho con la traición? Me contaron todo eso como prueba de buena fe, una manera de demostrar que sus servicios

de inteligencia en tiempos de guerra son amplios y precisos y que si me daban información acerca de los separatistas, podía confiar en que era correcta.

—Sí, bueno, eso suena bien en teoría —replicó Padmé—. Pero Bail …

—¿Se lo han contado a alguien más? ¿Han suprimido el esfuerzo bélico publicando alguna de estas informaciones? —preguntó Organa—. No. No lo han hecho. En su lugar, intentan ayudarme. Ayudarnos. Otra vez. Y tenemos que dejarles. Porque si tienen razón, y *nunca* se han equivocado, el riesgo es más alto de lo que nunca ha sido.

Y eso era verdad si los Sith estaban de por medio. Obi-Wan hizo una mueca mirando sus dedos entrelazados, agitado interiormente. Después levantó la mirada.

—¿Cómo funciona su acuerdo con esta gente, Senador? ¿Se reúne con ellos?

Organa sacudió la cabeza.

—No. Nunca los he visto ni he hablado con ellos. Sus comunicados son textuales y encriptados. Mensajes codificados enviados a través de un comunicador de seguridad que ellos mismos me dieron en la época de la situación de Aridus. Y yo no puedo contactar con ellos. No trabajan para mí, Maestro Kenobi. Si se enteran de algo que consideran que debo saber, me lo comunican. Eso es todo. Extraordinario.

—Está haciendo un grandísimo acto de fe, Senador. Y ahora me pide que yo también lo haga.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó Organa—. Pero en vista de lo que saben, lo que han logrado averiguar, ¿no es de extrañar que guarden su identidad con tanto recelo? ¿Es justo culparles por protegerse a sí mismos de la única manera que saben?

No, no era justo. Y no había sino verdad en la defensa apasionada que Bail Organa hacía sobre ellos. El Senador de Alderaan creyó todas y cada una de las palabras que dijo. Pero ¿era suficiente? Profundamente agitado, Obi-Wan apartó su mirada de Organa y la dirigió a Padmé.

«Ella confía en él. Del mismo modo que confiaba en Qui-Gon y el Jefe Nass. Igual que creyó en sí misma cuando sintió que Dooku estaba tras los separatistas, incluso cuando Mace y Ki-Adi-Mundi declararon en su contra. No se equivocó entonces, sólo tengo que confiar en que no se equivoque ahora».

Volvió a mirar a Organa.

—Y ahora estos *amigos* suyos no identificados y reservados le han avisado de un ataque hacia los Jedi por parte de los Sith. Sí, Senador —añadió cuando Organa miró a Padmé—. Su colega me lo ha contado todo. Ella quería asegurarse de que usted tendría toda mi atención. Y la tiene.

Organa se levantó y caminó hacia el ventanal panorámico del apartamento. Rígido por la tensión, miró al otro lado de la ciudad, en dirección al Templo Jedi. Después se giró, con cara afligida.

—¿Me está diciendo que existen los Sith? ¿Son de verdad?

Obi-Wan titubeó. «Si le digo la verdad… si le revelo a este hombre uno de nuestros mayores secretos y él demuestra que es falso…».

El problema era que Organa ya sabía la verdad. Sabía el secreto. Bueno. Parte del secreto.

«Y saber un poco es algo peligroso. Si le intento distraer, diciéndole que lo que ha oído son rumores o habladurías, ¿me creerá? No lo creo. Me parece que intentará descubrir más cosas por su cuenta. Y eso sería mucho más peligroso para todos nosotros. No tengo otra opción que no sea contarle la verdad».

Sólo podía esperar que Yoda y el Consejo estuviesen de acuerdo con él.

Once

—Sí, Senador —dijo tranquilamente—. Los Sith son de verdad.

Organa se le quedó mirando como si hubiese esperado una negación. Después asintió.

—Está bien. Al menos sabemos que mi contacto no iba desencaminado en esto. ¿Cuántos son? ¿Quiénes son sus líderes? Supongo que tendrán nombres.

Obi-Wan no se atrevía a mirar a Padmé.

—No conocemos las verdaderas identidades de sus líderes. Sólo sabemos que existen.

—¿Y representan un peligro para los Jedi?

Era demasiado tarde para dar media vuelta.

—Amenazan no sólo a los Jedi, sino a toda la galaxia. A todo ser viviente, sensible y no sensible, y a todo ser que aún no ha nacido.

Ahora le tocaba a Organa sentirse agitado.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. No tengo libertad para desvelar más detalles —dijo Obi-Wan, saboreando brevemente la ironía—. Simplemente le pido que acepte mi palabra en este asunto.

A Organa tampoco se le escapó la ironía. Pero su débil sonrisa se borró rápidamente.

—Si los Sith suponen tal amenaza, Maestro Kenobi, ¿por qué nunca he oído hablar de ellos? Soy director del Comité de Seguridad de la República. Debería haber oído algo de ellos.

Ahora se apreciaba cierto genio en su dulce voz. Un matiz de rabia que enmascaraba un miedo más profundo. Aceptándolo, Obi-Wan mantuvo la compostura.

—Los Sith viven en las sombras del lado oscuro, Senador. Los Jedi pensaban que habían muerto hace mucho tiempo. Vencidos hace miles de años.

—¿De verdad? —Organa resopló de modo burlón—. Entonces parece ser que los Jedi estaban equivocados.

—Bail —dijo Padmé—. Eso no es justo.

—¿Que no es justo? —preguntó Organa. Sus oscuros ojos destellaban—. Yo te diré lo que no es justo, Padmé. ¡No es justo que los Jedi estén al tanto de una amenaza que hace que los separatistas parezcan los niños malos del patio y no hayan creído conveniente informar al Senado! ¡Las decisiones arbitrarias y autócratas como éstas son las que alimentan la desconfianza y el resentimiento hacia ellos en el Borde Exterior! Y a veces incluso más cerca de casa. No es lo suficientemente *bueno. Debemos* trabajar juntos, como iguales, o *fracasaremos*.

Padmé se levantó de la silla y dio un paso hacia él.

—Bail, por favor. Relájate y…

—¿Que me relaje? —exclamó—. No. Estoy *irritado,* Padmé. ¿Y tú por qué no? ¿Qué más está pasando que no nos hayan contado? ¿Qué saben ellos que tú y yo deberíamos saber como representantes del pueblo y miembros del Comité de Seguridad? ¿Que *Palpatine* debería saber como el Canciller Supremo debidamente elegido de la

República? ¿No ves lo que ocurre aquí? Pese a lo mucho que cueste de creer, los Jedi consideran que están por encima de la ley.

—No, Bail, no es así —dijo Padmé con vehemencia—. Están *muriendo* para mantener la ley.

—¡Bueno, al menos están muriendo con los ojos abiertos! —respondió Organa exaltado—. ¿Cuántos inocentes van a morir, *están* muriendo, en la ignorancia porque los Jedi abiertos y sinceros?

Obi-Wan se puso de pie. «He sido un idiota. Compasivo o no, este hombre es político, un intruso, y nunca lo entenderá. Debería seguir mi propio consejo: no es acertado confiar en ellos».

—Senador, este asunto no se puede resolver aquí y ahora.

Por tanto, regresaré al Templo y consultaré al Consejo Jedi. Hasta el momento en que se tome una decisión sobre la mejor manera de proceder en este asunto, les pido a ambos…

—No. Espera —dijo Padmé, cogiéndolo del brazo—. Maestro Kenobi, por favor, espera. —Se dio media vuelta—. Bail, lo siento. Lo sé desde hace diez años.

Obi-Wan se quedó mirándola, le cogió por sorpresa. «Aunque en realidad, después de lo de Geonosis, no debería». Pero no iba a decirle nada a Organa. Le había dado a los Jedi su palabra solemne de que todo lo que sabía sobre los Sith permanecería en secreto.

—*Padmé…*

—Está bien, Obi-Wan —se apresuró a decir—. Lo prometo.

Para ella resultaba fácil decirlo, pero por la mirada en el rostro de Organa, las cosas distaban mucho de *estar bien.*

—*¿Diez años?* —dijo el Senador con la mirada vacía—. Pero ¿cómo…?

—Estuvieron tras la invasión de Naboo —respondió—. Y están tras esta guerra con los separatistas. Bail, *debes* escuchar a Obi-Wan. Sabe de lo que habla. Es el único Jedi en mil años que se ha enfrentado a un Sith en combate mortal y ha sobrevivido.

—Lo *sabías* —dijo Organa, que aún parecía aturdido—. ¿Y te quedaste callada? Padmé…

—Créeme, Bail —dijo con voz insegura—. Hay cosas peores que el silencio.

—¿Te refieres a no darle importancia a mencionar un enemigo como los Sith?

Levantó la barbilla.

—Entiendo. ¿Ahora interpretas el papel de hipócrita conmigo, no es así?

—¡No soy hipócrita!

—¿Qué? ¿Quieres decir que *no* estás ocultando información del Comité de Seguridad? ¿Del Senado? ¿De Palpatine? ¿Me he *imaginado* lo que acabas de decir sobre lo que te contaron de Bakura y Christophsis y los clones?

El rostro de Organa se tensó.

—Eso es distinto.

—¡Sí, sí, eso es lo que dicen *todos* los hipócritas! —replicó, a punto de gritar—. ¡Siempre hay un motivo por el que las reglas no se les aplican a *ellos*!

Se produjo un silencio total cuando se quedaron mirando unos a otros, respirando fuerte, como dos enemigos con la espada láser que descansan un momento. Obi-Wan suspiró. «Definitivamente, esto ha sido un error. Yoda me va a pelar la piel».

—Senadores…

Padmé le detuvo levantando la mano de forma imperiosa.

—Bail —dijo ya más calmada—. Tienes tus motivos para no contar nada acerca de tus Amigos de la República. Tú consideras que son buenas razones y esperas que yo las respete. ¿Así que por qué no *puedes* respetar la decisión de los Jedi, *mi* decisión, de no revelar la existencia de los Sith?

Mirándola con el ceño fruncido, Organa cruzó los brazos.

—¿Crees que no veo el paralelismo? Pues sí que lo veo. Pero Padmé, existe una pregunta real sobre el alcance. Estamos hablando de la seguridad de toda nuestra *galaxia*, no sólo…

—Lo sé —dijo, y se acercó más para apoyar una mano temblorosa en su antebrazo. Él era tan alto, tan imponente, y ella era tan pequeña en comparación. Pero sólo físicamente. No había nada pequeño en su espíritu—. Es porque la galaxia está en peligro por parte de los Sith por lo que acepto cómo están tratando el asunto los Jedi. Bail, he visto lo que pueden hacer. Créeme, *sólo* los Jedi pueden ocuparse de esto. ¿Vas a decirme ahora que *tú* sabes cómo derrotar a un enemigo que vive y respira el lado oscuro de la Fuerza? ¿Que lo sabe Palpatine?

—Por supuesto que no. Pero al menos, Palpatine debería saber que…

—Ya lo sabe, Bail —repuso Padmé a regañadientes—. Cuando vino a Naboo al funeral de Qui-Gon y a la reconciliación y tratado formales entre nuestro pueblo y los gungan. Y estuvo de acuerdo en que los Sith debían permanecer en secreto.

Los ojos de Organa se abrieron de sorpresa, pero se repuso rápidamente.

—Aquello fue entonces. Pero ahora las cosas han cambiado, Padmé. Y si estamos en guerra con esos Sith, entonces…

—Entonces, ¿cómo vamos a ayudar a nuestra causa difundiendo *más* miedo, *más* confusión, cuando sabemos tan pocas cosas sobre ellos? —se preguntó Padmé—. ¿Cuándo ya estamos luchando contra los separatistas? ¿O quieres decir que estas noticias no desatarán el pánico?

Organa titubeó y a continuación sacudió la cabeza.

—No, no quiero decir eso.

—*¿Entonces?*

Bajó la mirada hacia ella, debatiéndose claramente entre el rencor y el arrepentimiento.

—¿Por qué motivo intentas hacerme creer que estoy equivocado cuando sé que tengo un motivo de queja legítimo?

Ella le sonrió, la malicia fugaz desterró el carácter que le quedaba.

—Es un regalo.

—¡Ja! —respondió, su rabia se esfumó—. El regalo de una mujer es la maldición para un hombre. —Se encogió de hombros—. ¿Qué puedo decir, Padmé? Tengo miedo.

—Si te ayuda —dijo con los ojos cargados de simpatía—, no eres el único.

Obi-Wan la miró. «Ella tiene miedo por Anakin. Porque, como un idiota, he dejado que mi preocupación por él me aflojase la lengua. Debería pelarme la piel yo mismo». Se aclaró la garganta.

—Senadores…

Organa se giró.

—Maestro Kenobi —su expresión cambió de una cálida disculpa a un arrepentimiento más frío y distante—. Discúlpeme. He estado desmedido. Y debería haber seguido mi propio consejo. Sólo si trabajamos juntos, y confiamos mutuamente, podremos esperar ganar esta guerra. Tal vez los Jedi tengan una forma particular de hacer las cosas, a menudo resultan difíciles de entender para los foráneos, pero nadie está haciendo un sacrificio mayor por la República. Eso lo sé.

Obi-Wan asintió, agradeciendo su opinión. «Pero sigue siendo un político. La confianza no llegará más allá».

—Gracias, Senador. Aprecio su apoyo.

Organa no era un hombre estúpido. Reconocía la carencia de entusiasmo cuando la oía. Al igual que Padmé.

—Mirad —dijo con firmeza, creo que estamos de acuerdo en que nuestra dedicación para preservar la República es un hecho. En tal caso, acabemos lo que hemos empezado aquí. Porque, seguramente, lo *único* que importa es evitar que los Sith hieran a los Jedi y, con ellos, a la República.

Pese a sus preocupaciones, Obi-Wan tuvo que sonreír. La verdad es que era una mujer joven admirable: sabia pese a sus años, sus dotes diplomáticas mejoraban hasta límites letales.

Ella asintió, satisfecha.

—Por tanto, propongo que nos volvamos a sentar y continuemos esta discusión teniendo esto en mente.

Volvieron a sus asientos, un poco incómodos, desestabilizados en cierta manera. Las secuelas de la rabia nunca eran agradables.

—Senador Organa —dijo Obi-Wan—, ¿puede decirme exactamente qué le contó su contacto?

Organa golpeaba el brazo de la silla con los dedos.

—No fue mucho, me temo. Me avisó del plan de los Sith para acabar con los Jedi. Mencionó un planeta llamado Zigoola. Y una petición *expresa* de informarle acerca del peligro. Lo que me indica que la situación es desesperada. Nunca se arriesgarían al descubrimiento si no lo fuese.

—¿Zigoola? —dijo Padmé, frunciendo el ceño—. Nunca lo había oído. ¿Y tú, Obi-Wan?

—No —respondió. Pero tampoco había oído hablar nunca de Kamino. Al fin y al cabo, era una galaxia muy extensa. Con suerte habría referencia a él en los Archivos del Templo.

«A no ser que, como ocurrió con Kamino, alguien haya eliminado los archivos».

Se le encogió el estómago, sólo con pensar en rebuscar más en los Archivos se ponía en enfermo. «Para. Ya tienes suficientes problemas frente a ti como para buscarte más».

—Si los Sith han conseguido ocultar su existencia a los Jedi durante mil años —dijo Organa—, eso implica que son maestros del engaño. ¿También tienen poder para ocultar un planeta entero?

—Me temo que no estoy en disposición de discutir eso —respondió Obi-Wan, levantándose—. Senador, como he dicho, se debe informar de este asunto al Maestro Yoda y al Consejo. Seré todo lo discreto que pueda. Sé que usted está preocupado por proteger el anonimato de su fuente.

—Muy preocupado, Maestro Kenobi.

—Mientras tanto, si vuelve a tener noticias de su contacto, le pido que me haga saber cualquier información nueva sin demora.

Organa apretó los labios, pero asintió.

—De acuerdo.

—Gracias. Y Senador, ¿si el Maestro Yoda quisiera hablar con usted sobre esto, lo haría?

—Sí… —dijo Organa lentamente—. Pero debe comprender, Maestro Kenobi, que no comprometeré mi relación con esa gente contándole a él más de lo que les he contado a ustedes. Lo que *ellos* le hayan contado es cosa suya. Pero yo les di mi palabra.

Estupendo. Primero Dex, ahora Bail Organa. «Parece que estoy convirtiendo en costumbre el coleccionar fuentes poco colaboradoras».

—Por supuesto, Senador. Nunca le pediríamos que violase una confidencia.

—Me alegro de saberlo —dijo Organa secamente—. ¿Me mantendrá informado, Maestro Kenobi, de lo que averigüe?

—Si puedo —contestó Obi-Wan—. Pero no puedo prometerle nada. Sin embargo, le doy las gracias, Senador Organa. Sé que contarme esto no ha sido sencillo.

Organa se encogió de hombros.

—He cumplido los deseos de mi contacto. Eso es todo. —Claro.

Obi-Wan vaciló. «No le va a gustar, pero estoy obligado a decirlo».

—Senador, haría bien en olvidar todo lo que ha escuchado en el día de hoy. Deje que los Jedi se ocupen de esto. Y nunca hable de los Sith a nadie, *nunca*. Es totalmente imposible sobrestimar el peligro que suponen.

Organa hizo una media sonrisa.

—Me alegro que piense en mí, Maestro Kenobi, pero… tengo mucha experiencia en protección personal.

Obi-Wan dejó que la desolación cubriese su rostro, descontrolada.

—Igual que mi antiguo maestro, Qui-Gon Jinn. Fue un gran hombre, un gran Jedi, pero los Sith le mataron.

—Entiendo —dijo Organa tras un instante—. Yo… no sabía eso.

—Muy poca gente lo sabe. Apreciaré su discreción. Organa asintió. —Por supuesto.

—Si me disculpas un momento, Bail, acompañaré al Maestro Kenobi hasta su speeder —dijo Padmé—. No tardaré.

Afuera, el tráfico aéreo de Coruscant había aumentado hasta su nivel de media mañana. Con él, el ruido ambiente del cielo también había aumentado, y el suave crepitar de las estelas. Deteniéndose ante su sencillo y práctico vehículo, con la túnica meciéndose por la brisa, Obi-Wan se giró hacia Padmé.

—No sabía que tú y el Senador de Alderaan erais tan buenos amigos.

Un matiz de censura tiñó sus ojos.

—Llevamos trabajando juntos en comités del Senado casi dos años. Compartimos los mismos objetivos para la República y tenemos la misma impaciencia con la indecisión y la falta de eficiencia. También tengo amistad con su mujer, Breha.

Lo que claramente *le* situaba en su lugar. Pero se lamentaba de ello. Preferiría ver a Padmé manteniendo una aventura romántica desacertada que suspirando por un Anakin inasequible. Y estaba seguro de que suspiraba: ella poseía un autocontrol extraordinario, pero él era un Jedi… y la conocía bastante bien.

—Por supuesto —dijo—. Padmé, confió en que no le contaras nada de los Sith.

—Puedes confiar en él. «Eso espero».

—Lo más probable es que su información resulte ser una falsa alarma, pero me alegro de que me llamaras —dijo, dejando pasar el asunto de momento—. Sé que no siempre… nos hemos visto cara a cara… pero tengo la mejor de las opiniones sobre ti, Padmé. Espero que lo sepas. Espero que no ocurra nada que te haga sentir que no puedes contar conmigo, si alguna vez te encuentras en problemas.

En lugar de responder, miró a través del paisaje urbano, dejando que su vista reposara sobre el Templo distante, tan bello a la luz del sol.

—Sí —dijo finalmente—. Yo también lo espero.

—Por cierto —añadió cuando subía al speeder—. Aún no te he agradecido tu ayuda en el asunto reciente del secuestro del hutt. Tu intervención fue crucial.

«No lo hice por ti. Lo hice por Anakin».

No pronunció las palabras en voz alta, pero él las oyó igualmente. Vio el crudo sentimiento en su rostro.

—No importa por quién lo hicieras, Padmé —dijo con suavidad—. Lo hiciste, y fuiste decisiva. Cada día eres decisiva. Anakin es el hombre que es ahora porque te conoció. Solamente por eso te estaré siempre agradecido.

Pestañeó muy rápidamente.

—Gracias.

No debería preguntarlo… debería marcharse… pero había algo en sus ojos y él se sentía responsable.

—¿Sigues echándole de menos, verdad?

—Ay, Obi-Wan —suspiró—. ¿Qué quieres que te diga?

—La verdad. Sus ojos se relajaron.

—Pues sí. *Le sigo echando de menos.*

—Hiciste lo correcto, Padmé —dijo amablemente, arrepintiéndose de la pregunta—. Y con el tiempo el dolor desaparecerá. Con el tiempo, lo olvidarás.

—¿Igual que él olvidó a su madre?

Si le hubiese clavado un estilete talasiano, no se lo habría podido clavar más bruscamente. Más profundamente.

—Padmé… Ella apartó la mirada. —Lo siento. No ha sido justo.

—No pasa nada. Sé que te hice daño cuando te pedí que te alejaras. Lo *siento.*

Cuando le volvió a mirar, dibujó una sonrisa.

—Bueno, yo no diría que *no* ha sido nada pero… forma parte del pasado. Debemos preocuparnos del futuro —se estremeció—. Si esos Amigos de la República están en lo cierto y los Sith están planeando algo…

—Tendremos que ocuparnos de ellos —dijo él—. Si los Sith tienen pensado acabar con los Jedi, te lo prometo, Padmé: se darán cuenta de su error.

Ella le miró.

—Suenas muy violento. Casi nunca suenas violento, Obi-Wan. Seguro de ti mismo. Decidido. Malhumorado, incluso, a veces. Pero no violento. No… *amenazante.*

Sacudió la cabeza al encender el motor del speeder.

—No tienes nada que temer, Padmé. No eres un Sith.

Y con un movimiento brusco alejó el speeder de la veranda y se introdujo en la corriente de tráfico en dirección hacia el Templo.

Entró en la Cámara del Consejo y encontró a Yoda y a Mace Windu manteniendo una conversación con el holograma de Anakin.

—*... nos echaron tres veces de nuestras hiper-rutas, ¿os lo podéis creer?* —decía su antiguo Padawan. Parecía excitado, y furioso, y cansado—. *No sé cómo sabía Grievous dónde íbamos a estar. Es muy inteligente, tengo que admitirlo. O un sistema nuevo de rastreo. Algo. Pero aún así hemos estado a punto de darle caza, Maestros. No sé lo que hemos pagado por los nuevos cruceros, pero les puedo asegurar que valen la pena hasta el último crédito. Transmitiré un informe de rendimiento detallado en cuanto tenga un momento para pensar con claridad.*

Yoda y Mace Windu intercambiaron una mirada cautelosa. Después, Yoda se giró hacia la puerta e hizo una seña.

—Ven con nosotros, Obi-Wan. Informándonos de su progreso el joven Skywalker está.

Casi mareado por el alivio, y esforzándose para que no se notara, cruzó la habitación.

—*Obi-Wan* —dijo Anakin cuando Obi-Wan entró en el campo de transmisión de la holocámara del Consejo—. *Oye, tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.*

—Gracias —dijo reprimiéndose. ¿Este chico nunca recordará los protocolos?

El holograma de Anakin frunció el ceño.

—*Pero… ¿ocurre algo?*

Lo sabía. Siempre lo sabía. Consciente de que Yoda y Mace Windu le estaban mirando, sacudió la cabeza.

—Nada por lo que debas preocuparte, Anakin. ¿Todavía no habéis llegado al sistema Bothan?

—*No. Por desgracia. Como les iba diciendo a los Maestros Yoda y Mace Windu, cada vez que nos damos la vuelta, tenemos a Grievous pisándonos los talones.*

—¿Así que sigue esquivándote?

—*Creo que lo que quieres decir es que Grievous ha fallado tres veces en su intento por hacernos picadillo* —respondió Anakin—. *Pese a que ha dispuesto cuatro cruceros contra nuestros tres.*

—¿Y hay víctimas? —preguntó Mace Windu—. ¿Has perdido a algún avión de caza, Anakin?

Parte del entusiasmo del rostro de Anakin desapareció.

—*Cinco destrozados, Maestro. Seis dañados. Los estamos reparando.*

—Bien, no vamos ganando —dijo Mace—. Más bien estamos en tablas.

—*Lo que es mejor que una derrota contundente, Maestro Windu* —dijo Anakin con tono crispado.

—Cierto —dijo Yoda—. Pero ocuparte de Grievous en el espacio tu misión no es. Al sistema Bothan debes llegar de una vez, joven Skywalker. Proteger Bothawui tu deber es.

—*Si, Maestro Yoda* —dijo Anakin, aún crispado—. *Hemos estado intentando llegar allí. Ahora estamos en una ruta directa.*

Obi-Wan se aclaró la garganta.

—Pero ¿llegaréis allí antes que Grievous, Anakin?

—*Eso creo. Estoy casi seguro. Lo dejamos lamiéndose unas cuantas heridas tras nuestro último encuentro y eso nos ha permitido empezar con ventaja. Estaré atento, supongo que nos perseguirá hasta allí, pero estaremos preparados. No conseguirá poner sus asquerosas manos metálicas sobre Bothawui, Maestros. Tenéis mi palabra.*

—Mantennos informados de tu situación, Anakin —dijo Mace Windu severamente—. Si te surge cualquier duda sobre cómo proceder, pídenos consejo. Esta misión es demasiado importante como para hacerse el héroe. ¿Ha quedado claro?

—*Si, Maestro* —respondió Anakin—. *Me pondré en contacto con vosotros cuando lleguemos a Bothawui.*

El holoenlace se desconectó. Obi-Wan observó cómo Yoda y Mace Windu intercambiaban otra mirada cautelosa. Tenía ganas de decir: *Anakin lo hará bien.* Quería decir: *Podéis estar seguros de que no os defraudará.* Pero se mordió la lengua. No sólo porque decir esas cosas cuando no le habían pedido su opinión supondría una grave infracción de protocolo, sino también porque una parte de él compartía las preocupaciones de Mace Windu.

«Mantén la cabeza, Anakin. No dejes que el exceso de confianza se apodere de ti. Eres bueno… eres excepcional… pero no eres perfecto. Todavía no».

Yoda le observaba con la cabeza ladeada.

—Perspicaz el joven Skywalker es —dijo—. Preocupado estás, Obi-Wan. ¿Qué conflicto te trae aquí?

Conflicto. Era una buena palabra.

—Maestros, estoy en posesión de una información alarmante. Existe la posibilidad de que pronto nos enfrentemos a un ataque directo de los Sith.

Yoda y Mace Windu se miraron, después se volvieron hacia él.

—*Cuéntanos* —dijo Yoda.

Bail estuvo sentado en silencio junto a Padmé un buen rato tras la marcha de Obi-Wan Kenobi. A pesar de que no tenía tiempo que perder.

A pesar de que su día estaba cargado de arriba abajo y de lado a lado de compromisos.

La magnitud de la situación, sus implicaciones, le habían dejado enervado. Extrañamente perdido. Y además de todo… asustado.

«Un antiguo enemigo que atemoriza a los Jedi. Maravilloso. Justo cuando creía que las cosas no podían ponerse peor…». Sentada frente a él, Padmé se revolvió. —Siento haberte gritado. Siento haberte llamado hipócrita. Él sonrió con pesar.

—Yo siento haber guardado secretos como éste. No ha sido fácil… pero no tenía elección.

—Lo sé —dijo ella—. Lo entiendo. A veces los secretos son necesarios.

—Pero guardarlos no hace las cosas más fáciles.

—No. Supongo que no —dijo, parecía triste—. Bail, no tienes por qué preocuparte. Guardaré este secreto contigo.

Sintió un torrente de alivio por sorpresa y se sentía avergonzado.

—¿Estás segura? Sé que te he puesto en una posición complicada. No era mi intención. Yo sólo… —Se encogió de hombros y suspiró. Se quedó sin palabras.

Sus ojos se llenaron de calidez enseguida.

—Necesitabas confiar en alguien. Me alegro de que me eligieses a mí.

El dibujó otra sonrisa.

—Yo también.

—Y también puedes confiar en Obi-Wan. De verdad. «El Maestro Kenobi».

—¿Es bastante intimidante, no? Incluso para un Jedi.

—Sólo un poco —afirmó ella e hizo una mueca.

—Vosotros dos parecéis… unidos.

Sobresaltada, se quedó mirándole. A continuación, sacudió la cabeza.

—No. No mucho. Al menos… es como… —Se tocó la melena suelta—. Es complicado.

¿Estaba enamorada de Kenobi?, se preguntó. En tal caso, *complicado* no era la palabra para describir la situación. Ella confiaba en aquel hombre, eso era más que evidente. Kenobi también confiaba en ella y eso era interesante. Tal vez no fuese amor, pero definitivamente había algo entre ellos, algo más allá de una relación educada o el mero tira y afloja político entre el Senado y los Jedi.

«Pero no es de mi incumbencia. Es su vida privada».

—La verdad es que tengo que irme —dijo, levantándose—. Gracias. Otra vez. Si tengo más noticias de mi contacto, te prometo que te las contaré.

Ella también se levantó, su expresión era sombría.

—Sólo si tú quieres. Sólo si puedo ayudar de alguna manera. No porque te sientas culpable, Bail. Las decisiones tomadas por sentimiento de culpa resultan ser equivocadas para todo el mundo.

—Es verdad —reconoció, y se marchó.

El día se prolongó, interminable. Bail se encontraba de mal humor, se distraía fácilmente, se sobresaltaba fácilmente. Siguió aguantando la respiración, esperando una citación para el Templo Jedi en cualquier momento.

«Tal vez todo esto sea una falsa alarma. Tal vez sea la primera vez que mi contacto se ha equivocado».

O tal vez los Jedi hubieran decidido que él jugara por su cuenta y no quisieran tener nada más que ver con él. Padmé tenía razón en una cosa: el Maestro Kenobi no le tenía gran aprecio a los políticos. Ni siquiera su legendaria cortesía Jedi ni su autocontrol habían logrado enmascarar el trasfondo de desdén.

Su camino se cruzó dos veces con el de Padmé, la primera fue en su sesión informativa diaria de seguridad y la segunda en una breve reunión del Senado cuando se requirió a la Cámara que votara sobre el aumento del consorcio de Impuestos de Munición en los Mundos del Núcleo.

Su reunión con el resto de miembros del consorcio, poco después, le dejaron con un dolor de cabeza monumental.

A continuación, las preocupaciones domésticas se lo tragaron vivo: citas con ciudadanos de Alderaan que presentaban quejas, que protestaban formalmente, que le pedían favores.

«Dime, ¿por qué quise ser Senador?».

Era cerca de la medianoche cuando por fin pudo librarse. Agotado, atontado, se tambaleó al entrar por la puerta principal de su casa. Demasiado cansado incluso para el consuelo reconstituyente del brandy de Corellia, fue arrastrándose hasta el dormitorio y se dejó caer bocabajo sobre la cama.

Le dolían hasta los capilares.

El sueño descendió con una fuerza rotunda, golpeándole hasta la inconsciencia. Pero la inconsciencia no duró hasta el amanecer. En el bolsillo oculto de su túnica, el comunicador secreto comenzó a sonar…

Asqueado por la falta de descanso, miró el mensaje descodificado. Lo volvió a descodificar, sólo por si su frágil estado le hubiese llevado a cometer un error desastroso. Pero no había sido así.

«Bien… un pinchazo. Esto no es lo que tenía en mente». Sin importarle la hora intempestiva, contactó con el Templo Jedi.

—Necesito hablar con el Maestro Obi-Wan Kenobi. Es un asunto urgente.

—*El Maestro Kenobi no está disponible en estos momentos, Senador. ¿Le importaría dejar un mensaje?*

Un mensaje. ¿Su vida acababa de dar un vuelco y le pedían que dejara un mensaje?

—Sí. Está bien. Dígale que debo verle lo antes posible —vaciló y a continuación añadió—. El sabrá por qué.

El Jedi que se encontraba al otro lado de esta absurda conversación permaneció en silencio por unos instantes.

—Sí, Senador —dijo con tono de desaprobación. «Muy mal.»—. Le transmitiré su petición en cuanto pueda.

En otras palabras: *No creas que puedes hacer lo que se te antoje, sólo eres un político.* Evidentemente, carecía del chasquido de dedos mágico de Padmé.

—Gracias —dijo, e interrumpió la comunicación.

A continuación, se refrescó dándose una ducha, se puso ropa limpia, aplacó el demonio del hambre que le estaba agujereando la tripa… y se sentó en la oscuridad que iba retirándose gradualmente a esperar.

La terrible noticia llegó al Templo cuando pasaban seis minutos de las dos de la mañana, hora local en Coruscant. A las dos y veinte, Yoda y el Maestro Windu iban camino del despacho del Canciller Supremo para una conferencia de emergencia. A las dos y treinta y uno, Anakin Skywalker contactó con ellos vía holoenlace.

—*¡Obi-Wan!* —exclamó sobresaltado—. Pedí hablar con el Maestro Yoda o el Maestro Windu.

Con los ojos arenosos por la falta de sueño, los nervios a flor de piel, combatiendo el reciente dolor, Obi-Wan sacudió la cabeza. A solas en una de las cabinas del centro de comunicaciones del Templo, pudo responder sin rodeos, sin miramientos.

—*Están con Palpatine. ¿Qué necesitas?*

—*Una explicación* —respondió Anakin con tono desconcertado e irritado. Estaba junto a la holomesa táctica del *Decidido,* flanqueado por su Padawan y el silencioso y seguro de sí mismo Capitán clon Rex.

—*Hemos llegado a Bothawui, pero no hay ni rastro de Grievous. Es como si… hubiese cambiado de opinión. O se hubiese rendido.*

Obi-Wan sintió un nudo en la garganta y tuvo que esperar un momento antes de responder. ¿Rendirse? Ojalá tuviesen esa suerte.

—No, Anakin. No se ha rendido.

El holograma de Anakin se fortaleció. A su lado, su Padawan alzó la mirada hacia él, reaccionando enseguida a su cambio de humor. Puso una mano sobre la espada láser.

—*Algo va mal* —dijo Anakin seriamente—. *¿Qué ha ocurrido?*

No había una manera fácil de decirlo. Ningún modo amable de contar la noticia.

—Grievous tan sólo ha retrasado tu persecución. Hace unas horas reclutó dos cruceros más y coordinó ataques en tres frentes separados. Ha salido mal, Anakin. Hemos perdido el grupo de combate de Falleen.

Otros ocho Jedi muertos. Otros ocho amigos que llorar.

—La flota de los separatistas comandada por el General Grievous se dirige hacia vosotros.

El rostro de Anakin se tensó por la ira.

—*Parece que ese cobarde siempre sabe dónde y cuándo atacarnos.*

Sí. Así era. Lo que suponía un asunto más que tratar, y rápido. Porque si las pérdidas continuaban a este ritmo, pronto no quedaría ni un Jedi. Ningún planeta de la galaxia estaría a salvo de las depredaciones de Grievous.

Pero de momento, sus preocupaciones eran mucho más inmediatas.

—Estáis en gran inferioridad numérica, Anakin. Aconsejo la retirada.

—*Si huimos, los separatistas tomarán este sector.* —La ira de Anakin se recrudeció y se convirtió en una determinación obstinada—. *No puedo permitírselo.*

Por supuesto que no podía. La retirada no estaba en su naturaleza. «Pero es algo que tendrá que aprender si quiere sobrevivir a esta guerra».

—Deberías hacerlo.

El sincero Padawan de Anakin levantó la barbilla.

—*El Maestro Kenobi tiene razón. Deberíamos reagruparnos; no tenemos ninguna posibilidad contra…*

—Ahsoka —dijo Anakin. Cortante. Represivo.

Pero no se retractó. Yoda tenía razón, como de costumbre. La joven Togruta estaba más que a la altura del testarudo Anakin. De hecho, ella era exactamente el Padawan que él pidió.

—*El suicidio no es el estilo Jedi, Maestro.*

Obi-Wan la miró con aprobación, después apartó la mirada.

—Deberías escuchar a tu Padawan, Anakin.

En los labios de Anakin se dibujó una sonrisa pícara.

—*¿Como tú escuchabas al tuyo?* —Sacudió la cabeza—. *No, nos quedaremos y lucharemos* —inclinándose, observó la pantalla táctica de su holomesa—. Y creo que sé cómo ganar a Grievous en su propio juego.

¿Merecía la pena discutir? No. En absoluto. Al fin y al cabo Anakin era el que estaba allí, in situ, al mando, y era su decisión.

«No debe ver que estoy asustado. No puede pensar por un momento que no tengo fe en él».

—Anakin, haz lo que consideres oportuno. Como siempre. Pero…, y soy consciente de que estoy malgastando mis fuerzas, pero lo diré igualmente, *no* corras riesgos innecesarios.

Anakin sonrió.

—*Tú me conoces, Obi-Wan.*

Obi-Wan apenas pudo devolverle la sonrisa.

—Por eso lo he dicho. Que la Fuerza te acompañe.

—*Y a ti, Maestro.*

El holoenlace se apagó. Obi-Wan se quedó mirando la holocámara desconectada, sentía cómo el corazón le golpeaba las costillas. Un latido de dolor que acompañaba el compás y le sacudía los huesos en un desagradable contrapunto. Un recordatorio de que no había pasado el tiempo suficiente desde su reciente roce con la muerte. Las instrucciones de Vokara Che habían sido claras y precisas: no debía hacer ningún sobreesfuerzo bajo ningún concepto. Hizo una mueca.

«Cuéntaselo a Grievous y a los amigos misteriosos de Bail Organa. Cuéntaselo a Anakin, qué está decidido a hacerme viejo antes de hora».

Cuando se bajó de la cabina de comunicaciones, se le acercó uno de los Caballeros Jedi más nuevos del Templo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. T'Seely.

—Maestro Kenobi. Traigo un mensaje para usted del Senador Bail Organa.

«Bum» le hizo el corazón.

—¿Sí?

—Quiere verle, Maestro. Ahora —T'Seely frunció el ceño—. Dijo que usted sabría por qué. «Bum bum». —Gracias.

Sereno exteriormente, desconcertado interiormente, Obi-Wan accedió al archivo de datos pertinente, anotó la dirección privada de Organa y se marchó del Templo.

Doce

—Maestro Kenobi —dijo Bail Organa, que estaba en la entrada de su apartamento. Parecía agotado—. Ha venido. Obi-Wan asintió.

—Su mensaje Parecía urgente, Senador.

—Sí. Sí, supongo que sí. —Organa parpadeó, después sacudió la cabeza y dio un paso atrás—. Lo era. Lo siento. Por favor. Pase.

Obi-Wan entró al apartamento y siguió a Organa hasta la sala de estar. La casa era espaciosa. Inmaculada. Poseía la elegancia típicamente sobria de Alderaan. La belleza importaba, pero nunca era ostentosa.

Organa señaló un sofá largo y bajo.

—Siéntese. ¿Le apetece tomar algo? Tengo brandy corelliano, o un excelente vino blanco de los viñedos de mi familia. Té.

¿Primero una citación urgente, perentoria y ahora el hombre jugaba a ser el anfitrión cortés? «Estoy demasiado cansado para esto».

—No, gracias.

—No —dijo Organa, dejándose caer sobre una silla—. ¿Le he levantado de la cama, Maestro Kenobi? En tal caso, le pido disculpas.

—No, Senador —respondió Obi-Wan, tomando asiento en el sofá—. Estaba despierto.

Organa se puso derecho, la alarma borró el cansancio.

—Ha ocurrido algo.

Dada su posición en el Comité de Seguridad, el senador lo descubriría con suficiente antelación. No debía importarle decir la verdad.

—Hemos perdido el grupo de combate de Falleen. Senador, ¿había algún motivo en particular por el que quisiera verme o…?

Organa no le escuchaba.

—¿Todo el grupo? —preguntó—. ¿Todos los cruceros?

Todos los cruceros. Todos los Jedi. Todos los oficiales de la República. Todos los clones.

—Sí. Senador Organa, usted…

Organa se tapó la cara con las manos, con fuerza.

—El *Bailarín de Bespin.* ¿Sigue… seguía formando parte del grupo de Falleen?

—Creo que sí. *Senador…*

Los ojos de Organa mostraron su horror.

—El primo de mi mujer es oficial de táctica en el *Bailarín.*

Ah. Qué mala suerte.

—En ese caso, Senador, siento su pérdida. Pero, tal vez, si pudiéramos…

Un sentimiento oscuro, casi de repugnancia, marcó el rostro de Organa.

—Hay gente que dice que los Jedi son fríos. Insensibles. ¿Está intentando darles la razón, Maestro Kenobi?

No había respuesta para aquello. Obi-Wan se levantó.

—Senador, creo que…

—Ha perdido Jedi en el grupo de combate —dijo Organa. Parecía acusarle—. ¿Eran sus amigos? ¿No sufre por ellos?

«Lobis Lobin. Kydra. Tafasheel Arkan».

—Senador, dijo que tenía que verme de forma urgente. Si no es el caso, regresaré al Templo.

—*Siéntese.*

Obi-Wan se quedó mirándole. «El hombre está angustiado, agotado y es un oficial sénior del gobierno. El Maestro Yoda no querrá más problemas esta noche». Se sentó, muy lentamente.

—Senador.

Organa se echó las manos a la cara. Cogió aire profundamente, estremeciéndose. Espiró rápidamente.

—Lo siento, Maestro Kenobi —dijo con voz apagada, después bajó las manos—. Eso ha sido innecesario. Dígame, ¿qué ha podido averiguar sobre Zigoola?

—Me temo que nada —respondió Obi-Wan con una mueca—. El Maestro Yoda y el Maestro Windu nunca habían oído hablar de él, y no hay ningún registro de planetas con ese nombre, ni con nombre parecido, en los Archivos del Templo. —Dex tampoco había oído hablar de él. Tampoco ninguno de sus contactos… y Dex poseía una gran red. Si no hubiese sido por la primera mención del mensaje de los Sith, estaría convencido de que todo aquello era un error. O una broma—. Senador, ¿por qué me ha pedido que viniese? ¿Su fuente ha vuelto a contactar con usted?

—Sí —dijo Organa, dándose golpecitos con los dedos en la rodilla. Una tensión nueva ahondaba las líneas de su cara—. Dicen que saben dónde está Zigoola. Quieren reunirse con nosotros allí. Enseñarnos lo que hacer con los Sith y que no pueden, no van, a discutir vía comunicación codificada. Nos han enviado la primera serie de coordenadas para el viaje.

—¿Reunirse *con nosotros?* —Obi-Wan sacudió la cabeza—. De eso nada, Senador. Si Zigoola existe, y si tiene una conexión con los Sith, es un lugar demasiado peligroso para usted. Iré solo.

Organa levantó ambas cejas.

—No lo creo. Iremos juntos. O *yo iré solo.* Estoy más que feliz por dejarle atrás.

—Me temo que no estoy de acuerdo con eso. Ni con que me acompañe.

—Bien, si quiere tener algo que ver en esto, Maestro Kenobi, me temo que tendrá que aceptarlo —replicó Organa—. Porque si cree que le voy a entregar mi comunicador, mi lector de datos, y mis códigos de descodificación y le voy a decir adiós cuando salga para reunirse con mis contactos sin mí, entonces es mucho más estúpido de lo que pensaba.

Obi-Wan se guardó un epíteto maleducado. «Políticos».

—Senador, esto ya lo hemos discutido. Los Sith son asunto de los Jedi. No suyo.

—*Error* —respondió Organa—. Dadas mis responsabilidades de seguridad, son también asunto mío. Y seguirán siendo asunto mío mientras sea el receptor de la información codificada sobre ellos. Me parece que ahora sólo nos quedan dos opciones, Maestro Kenobi. Quedarnos aquí sentados discutiendo hasta el amanecer, o acordar, le guste o no, que usted y yo estamos a punto de conocernos mucho mejor.

Él le miró.

—¿Y eso significa?

—Eso significa que tengo una nave totalmente equipada esperando. No es nada lujosa ni particularmente rápida y es más bien pequeña, pero es apropiada para el espacio y está registrada como civil. No tiene ninguna conexión con el Senado o Alderaan. Nos llevará hasta Zigoola sin llamar demasiado la atención ni averiarse, tiene mi palabra. Y sobre todo porque, aún corriendo el riesgo de parecer presuntuoso, soy un piloto muy experimentado.

Era un hombre ridículamente engreído. «Qué típico de los políticos, creer que su poder limitado para controlar los hechos es en realidad ilimitado».

—Senador, no quisiera ser grosero, pero debo señalar que existe una gran diferencia entre un viaje placentero por los Mundos del Núcleo y las expediciones por las profundidades del espacio.

Las cejas de Organa se fruncieron.

—No. ¿En serio?

—En serio —respondió Obi-Wan, mostrando un poco de su impaciencia—. En caso de que yo quede incapacitado, ¿me asegura que podrá desmontar un hiperimpulsor en mal funcionamiento, identificar correctamente el problema, sustituir los componentes defectuosos, o improvisar unos nuevos, y volverlo a montar para que funcione a pleno rendimiento?

Organa sonrió.

—¿Una unidad LT-cinco estándar? Sí. De hecho, lo hice la semana pasada. Es una buena manera de relajarse, y me gusta mantenerme ocupado. Me cronometré, simplemente por diversión. Treinta y ocho minutos. ¿Y usted?

¿Treinta y ocho minutos? Eso era tres minutos más rápido que su mejor tiempo. «Qué contrariedad».

—Soy muy competente con la mecánica.

—Entonces ya somos dos. ¿Alguna pregunta más?

Sí, había una. Algo que Organa había mencionado antes…

—¿A qué se refería cuando dijo *las primeras coordenadas*? La sonrisa de Organa se esfumó.

—Le he dicho que la gente con la que estamos tratando es muy cautelosa. Nos guiarán hasta Zigoola en varias etapas.

Nos. Obi-Wan sacudió la cabeza. «Dejar que me acompañe es una muy mala idea».

—Senador, debe reconsiderarlo. Su sitio está aquí, en el Senado. Siga mi consejo y quédese en Coruscant.

—La última vez que miré, Maestro Kenobi, yo no era su Padawan —dijo Organa, encogiéndose de hombros—. No necesito seguir su consejo. ¿Y quién sabe? Tal vez le resulte útil.

¿Resultarme útil? Este hombre era *insoportable.* El típico político, al fin y al cabo, obsesionado con el poder, el control, y darle la vuelta a una situación para su beneficio personal. «¡Oh, sí, soy el Senador Bail Organa, el hombre que salvó a los Jedi cuando ellos no podían hacerlo por sí mismos!».

Obi-Wan se levantó por segunda vez.

—Lo dudo mucho. Y si le ocurriese algo malo, sería una auténtica desgracia. Así que en nombre del Consejo Jedi, le agradezco la información, Senador, y le pido que no tome más decisiones en este asunto.

Estaba a mitad camino de la espaciosa entrada del apartamento cuando Organa fue hasta él.

—Maestro Kenobi. *Espere.*

Al notar los dedos de Organa sobre el hombro se dio media vuelta, a punto de sacar la espada láser. Organa retrocedió, con las manos en alto, los ojos repentinamente abiertos y vigilantes.

—Lo siento. No pretendía faltarle al respeto —dijo—. Sólo quiero que me escuche.

Con el corazón a punto de estallarle, Obi-Wan dio un paso atrás y, lentamente, pausadamente, juntó las manos por delante. «Estoy muy cansado para estar aquí. Tengo el juicio ofuscado. No debería haber venido».

—Senador.

—Escuche —dijo Organa, bajando las manos—. Ambos queremos lo mismo, ¿verdad? La seguridad de la República. Detener a los Sith. Y le guste o no, sin mi contacto usted no tiene nada. ¿De verdad va a permitir que el orgullo de los Jedi se interponga en el camino?

—El orgullo no tiene nada que ver con esto, Senador —dijo, incómodamente cerca de perder los nervios—. Los Sith son *peligrosos.* ¿Cuántas veces he de repetírselo para que me crea?

Organa cruzó los brazos, su expresión se mantenía persistente.

—Ya le he creído. Pero mi vida está dedicada a salvaguardar esta República, al igual que la suya. Tengo el mismo derecho a arriesgarme que usted. Es más, es mi obligación continuar con este asunto.

Frustrado, Obi-Wan se quedó mirando al molesto amigo de Padmé. «Ella confía en él, ¿recuerdas? Y tú confías en ella…».

—Debo consultar con el Consejo —dijo tajantemente—. Espere ahí. No se mueva. —Un atrevimiento por su parte, ya que este era el hogar de Organa, pero ya no le importaba.

—Claro, Maestro —dijo Organa con una ceja levantada.

Obi-Wan regresó al salón del Senador, sacó su comunicador y contactó con Yoda para ponerle al corriente.

—*De un alarmante suceso se trata, Obi-Wan* —dijo Yoda—. *¿Convencido sigues de que este peligro es real?*

Obi-Wan suspiró.

—Estoy convencido de que Organa está convencido, Maestro Yoda —dijo en voz baja—. No detecto ningún rastro de engaño en él.

—*Tal vez. Pero una trampa de los Sith podría ser.*

—Sí, Maestro. Yo también lo he pensado. ¿Sabemos dónde está Dooku?

Yoda resopló.

—*A una convención separatista en Chanosant tiene previsto asistir, Obi-Wan. El apoyo para su deslealtad confía en expandir. Informaciones aparecen en las holonoticias.*

Que aún dejaban al misterioso Darth Sidious. Pero si Dooku había dicho la verdad, y Sidious estaba influenciando al Senado, lo más probable era que no abandonase Coruscant. No durante un tiempo.

—Maestro, sé que es arriesgado, pero creo que debemos ocuparnos de este asunto.

—*Hmmm* —dijo Yoda, su tono gruñón sonaba tranquilizadoramente familiar—. Razón tienes, Obi-Wan. Pero cómo no me encuentro involucrando más al Senador Organa en asuntos Jedi.

Obi-Wan miró tras él, pero no había ni rastro de Organa.

—Yo tampoco, Maestro, pero ¿acaso tenemos elección? Sus contactos no hablarán con nadie más. Si voy a cuestionarles esta posible amenaza de los Sith, sólo será a través de él.

—*Cierto* —dijo Yoda—. *Pero en un hombre importante se ha convertido, Obi-Wan. Muy bien considerado por el Canciller Supremo. A Bail Organa nada le pasará.*

—Entiendo, Maestro Yoda. Aunque él no apreciará tener una niñera Jedi. En ese aspecto es muy parecido a la Senadora Amidala.

Yoda volvió a resoplar.

—*Y al igual que la Senadora Amidala, tu protección aceptará. Pero ¿las fuerzas suficientes tienes, Obi-Wan, para asumir esta labor?* —Ahora, Yoda parecía… dubitativo—. *La verdad necesito saber. De ella tu vida puede depender, y la vida del Senador Organa.*

En otras palabras: *Obi-Wan, no seas un héroe.* Precisamente, el consejo que siempre le daba a Anakin. «¿Como Maestro, como Padawan? ¿Es a eso a lo que se refiere Yoda?».

—Vokara Che ha dicho que ya estoy curado. Me encuentro bien, Maestro Yoda. Además, esto no es una batalla en toda regla, sino una misión de reconocimiento. Más que probablemente se trate de una falsa alarma. Pero si no lo es, le doy mi palabra de que no haré nada inapropiado. A la primera señal de peligro, llamaré para pedir refuerzos.

Si es que los iba a haber, claro. Con la pérdida del grupo de combate de Falleen, su situación había pasado de *cada vez más delicada* a *a punto de romperse.*

Haciendo un esfuerzo, Obi-Wan apartó sus pensamientos de aquel desastre. Estaba hecho; no podían volver atrás. Los Jedi que habían perecido eran devueltos a la Fuerza. Les recordarían en ritual y la vida seguiría adelante.

Yoda volvió a suspirar, rompiendo el pesado silencio.

—*Una empresa peligrosa esta es. Tal vez a otro Jedi deba enviar contigo.*

Era una idea reconfortante, pero nada práctica.

—No puedes, Maestro Yoda. Las instrucciones del Senador fueron muy específicas: un Jedi que le acompañe, ni uno más.

—*Entonces seguiros podría alguien. Desaparecer sin dejar rastro podrías, Maestro Kenobi.*

Tuvo que sonreír.

—¿A quién enviarías? No hay nadie, y ambos lo sabemos. No me pasará nada, Maestro Yoda.

—*Eso pensamos cuando a Kamino te enviamos.*

Una decisión que había desencadenado una serie de eventos que finalizaron bajo el sol abrasador de la arena sangrienta del cruel Geonosis. *Tantos Jedi muertos, que vinieron a rescatarme.*

Con un pequeño esfuerzo apartó aquel recuerdo.

—La historia no se repetirá, Maestro Yoda —dijo convencido—. Le doy mi palabra.

Otro largo silencio. Y a continuación, otro suspiro profundo.

—*Muy bien, Obi-Wan. Permiso tienes para seguir esta misión con el Senador Organa, el nuevo misterio de los Sith desentrañar debemos. La frecuencia del transpondedor de la nave haz saber al centro de comunicaciones del Templo. Ilocalizable no debes estar.*

—Por supuesto —estaba dispuesto a finalizar la llamada, pero la memoria le hizo reaccionar—. ¡Maestro! Lo siento mucho. Anakin ha…

—*Sí, lo sé. La grabación de la transmisión he visto* —dijo Yoda. Ahora parecía serio—. *Monitorizado será el progreso del joven Skywalker.*

La advertencia era implícita pero muy clara: *Céntrate en tu misión. No tienes que preocuparte por él.*

No era verdad. Nunca sería verdad. Pero podría fingir que era verdad, al menos de momento.

—Sí, Maestro.

Y eso fue todo.

—¿Y bien? —dijo Organa, paseando por el salón—. ¿Me llevo una camiseta de repuesto, o no? —Su tono era distendido, su actitud indiferente, al menos en la superficie. Bajo ella, sin embargo, se agitaban el temor y las dudas.

Obi-Wan se alejó de la ventana y no dudó en buscar la mirada cansada de Organa, a sabiendas que sus pensamientos y sentimientos eran imperceptibles.

—Sí, Senador. Llévesela.

Como le había prometido, la nave de Organa pasaba totalmente desapercibida. Un antiguo modelo de goleta estelar clase-*D*, diseñado para el servicio público económico, nada lujoso, era una de las naves civiles de menor tamaño más populares de la Corporación Corelliana de Ingeniería. Robusta, fiable, modelada como una pastilla alargada, se abría camino a través de las capas de la atmósfera de Coruscant sin problemas.

Presentaron un plan de vuelo falso a la Central Especial de Coruscant. Cuando salieron del alcance de los sensores de rastreo automático y se adentraron en el espacio exterior, Organa programó el ordenador de navegación con las coordenadas que le había proporcionado su contacto, después se recostó en el asiento del piloto para mirar a Obi-Wan, perfectamente ubicado detrás y a su derecha, donde se encontraba la consola del satélite de comunicaciones.

—Antes de saltar al hiperespacio, me gustaría contarle a Breha, mi mujer, lo de *Bailarín de Bespin* —dijo tranquilamente—. ¿Tiene algún problema en ello?

Obi-Wan terminó de introducir la radiofrecuencia del transpondedor de la nave para la transmisión al Templo Jedi.

—Sería mejor que no lo hiciese, Senador —respondió, golpeando la palanca de transmisión de la consola—. Es una información delicada, y además es una cuestión de seguridad.

—¿Cree que puede darme clases *a mí sobre* seguridad? —dijo Organa bruscamente—. ¿Por qué piensa que no la llamé desde mi residencia?

Obi-Wan se había preguntado, entretanto, por qué Organa iba a comunicar su ausencia imprevista al Senado y dejarle un mensaje de voz a Padmé, pero no iba a contactar con su mujer.

—Sus asuntos familiares no son de mi incumbencia, Senador.

—No son asuntos familiares —dijo Organa con impaciencia—. Son medidas de seguridad. A raíz de los ataques terroristas que estuvieron a punto de costarle la vida, nos vimos en la obligación de implementar algunas precauciones adicionales.

Controles de segundad en las comunicaciones. Monitorizar. No se aplican en las transmisiones interestelares no destinadas a Coruscant. Puedo hablar con Breha desde aquí sin causar problemas a nadie.

¿Precauciones adicionales? ¿Monitorizar? No hacían presagiar nada bueno.

—Entiendo.

Organa no era un hombre carente de perspicacia. Escuchó el tono de reserva. De duda.

—Las medidas son temporales —dijo—. Durarán hasta que lo dicte el clima de seguridad actual, no más.

Obi-Wan asintió.

—Claro. Pero sigo sin recomendarle que hable del destino del *Bailarín de Bespin* con su mujer. No sé lo que ha autorizado Palpatine en términos de facilitar información al público.

—Breha no es *el público* —dijo Organa con voz cortante—. Es la jefa del gobierno de Alderaan. Y es su primo quien ha muerto. Crecieron juntos. Son más parecidos a un hermano y una hermana. No quiero que se entere por medio de un boletín de noticias de la HoloRed o de un comunicado impersonal del Senado. Quiero ser yo quien se lo diga.

Obi-Wan miró a Organa, dividido entre el desconcierto y la irritación.

—Como ha decidido claramente ser usted quien se lo diga, Senador, no veo por qué se molesta en pedirme opinión.

—Yo tampoco —dijo Organa, y se puso en contacto con su mujer.

Con los ojos cerrados, tristemente consciente de que cuando se lo contó a Yoda se encontraba bien y que tal vez hubiese hecho una montaña de un grano de arena, Obi-Wan dejó que el dolor silencioso de Organa se filtrase a través de él. Se denegó a sí mismo cualquier respuesta al apagado lamento de dolor de Breha Organa. Dejó que el dolor físico en su cuerpo agotado y recientemente herido ahogase el dolor emocional de recordar a los amigos que había perdido en Falleen. El dolor físico era más aceptable que el sufrimiento originado por el apego inapropiado.

Cuando Organa avisó a su mujer de que no estaría localizable durante un tiempo, un asunto interestelar imprevisto, no había de qué preocuparse, Obi-Wan cayó en un ligero trance con el que esperaba recuperar, aunque fuese mínimamente, las reservas de fuerza. La realidad se desvaneció. En algún momento fue ligeramente consciente de que alcanzaron la velocidad de la luz.

Organa le devolvió a la realidad dándole unos toquecitos en el hombro.

—Tome —le dijo el Senador, sacando una taza con pastillas—. Analgésicos. No tiene muy buen aspecto. Y debería tumbarse. Duerma un poco.

Obi-Wan miró a través de los cristales de la cabina de mando hacia los vagos remolinos del hiperespacio, después miró los medicamentos y no se molestó en ocultar su falta de entusiasmo.

—No. Gracias.

—Tómeselas —insistió Organa—. Salió volando por los aires hace unos días, por si no lo recuerda.

—Aunque le parezca extraño, recuerdo el incidente —dijo Obi-Wan—. Senador, aprecio su preocupación, pero soy un Jedi. No necesito ayudas químicas.

Organa frunció el ceño.

—Está bien. ¿Así es como va a ser? ¿Yo hago sugerencias razonables y usted las rechaza frontalmente sólo porque puede? Maestro Kenobi, ya estoy aburrido. Tómese las malditas pastillas.

Tuvo la infantil tentación de arrancarle de los dedos la taza de pastillas a Organa utilizando la Fuerza. Pero eso sería impropio de él. Así que cogió los malditos analgésicos como si no fuese un Jedi y se los tragó sin beber líquido.

—Ya está. ¿Lo ve? —dijo Organa absurdamente satisfecho—. ¿No ha sido tan difícil, verdad? —Se volvió a recostar en el asiento del piloto—. Creo que debería acostarse. He visto sábanas blancas con mejor color que usted.

—Me veo obligado a señalar que usted parece igual de agotado, Senador. ¿Cuándo fue la última vez que disfrutó de un descanso adecuado?

—Estoy bien —respondió Organa—. Me he tomado un estimulante.

—¿Un *estimulante*? —estupendo—. ¿Y cuando su metabolismo decaiga cuando cesen los efectos, qué pasará?

Organa se encogió de hombros.

—Usted podrá sentarse en el asiento del piloto y yo daré una cabezada. Suponiendo, claro está, que usted sepa cómo pilotar este aparato.

Obi-Wan se levantó.

—Ahora está siendo provocador a propósito. Muy bien. Me retiraré.

—Buena idea —dijo Organa—. Ojalá se me hubiese ocurrido a mí. Calculo que nos quedan poco más de tres horas de vuelo para alcanzar las primeras coordenadas. Le despertaré cuando dejemos de volar a la velocidad de la luz.

—No será necesario, Senador —respondió Obi-Wan por encima del hombro—. Notaré cuando volvamos al espacio normal.

Organa murmuró algo descortés en voz baja. Parecía irritado.

Obi-Wan rehusó hacer caso tanto del comentario como del tono y se retiró al compartimento compacto —algunos lo habría denominado claustrofóbicamente pequeño— para pasajeros situado en la parte trasera de la nave. Cuatro literas económicas acopladas a las paredes ligeramente curvadas, todas ellas resguardadas tras una cortina con cierre automático. Eligió el cubículo más cercano, se desató las botas y las dejó a un lado con suavidad.

A continuación, se desenganchó la espada láser y la lanzó junto a la almohada, se desabrochó el cinturón y lo puso con las botas, se tumbó en el colchón que, muy servicialmente, se acopló a su peso e inmediatamente comenzó a calentarse para proporcionar el máximo confort. Cerró la cortina de un tirón rápido. Con un solo chasquido de dedos activó los nanopolímeros maleables.

Cerró los ojos, espiró y enseguida se durmió.

«Adentrándose en la Fuerza contempla una gran batalla especial. Tres cruceros Jedi, valerosos y combativos, se defienden ante el poder de un enemigo despiadado. Lo mantienen a raya para proteger un planeta inocente, a sus inocentes habitantes, de la esclavitud y otros males. Para evitar que una antigua República se vea sumida en el caos. El sol distante convierte un cinturón de asteroides en llamas, las astillas de una luna muerta reflejan la luz. Un enjambre de cazas espaciales, avispas metálicas enfadadas, salieron de su nido seguro hacia la incertidumbre de la noche. El enemigo las azota con

fuego, arremete contra ellas con ráfagas de láser. Vida breve. Muerte brillante. No hay lugar para la esperanza. Aniquilación. Una matanza sin sentido. Paralizado por el dolor, grita no y no. No puede ayudarles. Es un mero testigo. A continuación, saliendo de su escondite, llegan los pesados AT-TEs escupiendo plasma. Muerte estruendosa. Llegan como los depredadores prehistóricos, impartiendo justicia severa. Los fundadores de los enemigos despiadados atragantándose con la derrota. Arde un caza espacial enemigo dañado. Arde. Una nave pequeña escapa. Una avispa le persigue. Más cerca. Más cerca. Está cada vez más cerca. Y de repente, una lengua de fuego. Una ola de temor incrédulo. El enemigo, victorioso, vuelve a las estrellas. Huye para volver a matar otro día. Y la avispa muere en una lluvia de fragmentos que explosionan…».

—¡Anakin! —exclamó Obi-Wan, y se sentó en la litera, el corazón le latía con fuerza.

Al otro lado de la cortina, Organa se aclaró la garganta.

—¿Maestro Kenobi? ¿Está despierto?

Obi-Wan corrió la cortina.

—¿Qué ocurre?

Organa tenía los ojos rojos por el consumo desacertado de estimulantes.

—Su Padawan quiere hablar con usted.

¿Así que no estaba muerto? ¿No se había perdido? Por un instante, el alivio fue como un dolor nuevo. A continuación, Obi-Wan asintió, aturdido, con la mente espesa. Un fuerte dolor de cabeza le palpitaba en las sienes. Se sentía como un trapo de cocina al que escurren unas manos despiadadas.

Pestañeó para aclarar la visión borrosa.

—No es mi Padawan. Ya no. —Puso los pies en el suelo y se levantó—. Por favor, dígale que estaré con él enseguida.

Cuando Organa asintió y se marchó, Obi-Wan se volvió a calzar las botas y se puso el cinturón, se enganchó la espada láser en su sitio, se dirigió a la cabina de mando donde el espacio real brillaba a través del ventanal y un pequeño holograma de Anakin titiló y tembló en la plataforma del holoreceptor de la consola del satélite de comunicación.

—*Maestro, ¿dónde estás? Intenté contactar con el Templo pero la señal fue redireccionada.*

—He salido a hacer un recado —respondió Obi-Wan—. Bien. Veo que estás de una pieza a pesar de todo. ¿Cómo lo has conseguido?

—*¿De una pieza?* —dijo Anakin, sorprendido—. ¿Quieres decir que lo sabes…?

—Por supuesto. —Esbozó una sonrisa. Logró parecer tranquilo. Incluso desganado—. Pero ¿por qué me informas a mí y no al Consejo?

Anakin se encogió de hombros. ¿Era por efecto de la holografía o parecía estar… evasivo?

—*Supongo que los viejos hábitos nunca mueren. ¿Qué clase de recado?*

—Uno irrelevante —contestó Obi-Wan de modo represivo—. Es una pena lo de tu caza espacial, Anakin. No crecen en los árboles, ¿sabes?

Anakin suspiró.

—*Lo siento.*

No era justo regañarle. No tras su brillante éxito.

—No te disculpes. Salvaste Bothawui. Con osadía y audacia, contra enemigos importantes. Enhorabuena, Anakin. Tu ingenio nunca deja de sorprenderme.

Esperaba una sonrisa. Una especie de réplica chulesca, inapropiada. Sin embargo, Anakin pareció abatido de repente.

—*Gracias, Maestro.*

Un hormigueo de inquietud. «¿Qué habrá pasado ahora?».

—Pareces preocupado.

—Perdí a Erredós en el campo de asteroides.

Máquinas. Otra vez. Su afecto ridículo por las tuercas y los tornillos y los circuitos eléctricos. «Ya es hora de que se le pase».

—Las unidades Erredós se remplazan muy fácilmente.

Anakin no escuchaba.

—*Podría salir con un escuadrón, rastrearlo…*

—Anakin, sólo es un droide —dijo con voz un poco más áspera—. Sabes que el apego no es aceptable para un Jedi.

Entonces, Anakin pareció prepararse para algo. Dio la impresión de que perdía su confianza recién adquirida y su brillo.

—*No es sólo eso. Hm… ¿Cómo explicarlo?*

Oh, no. ¿Explicar qué? «Anakin, ¿qué has hecho?».

La expresión de Anakin era una mezcla de rebeldía y arrepentimiento.

—*No borré la memoria de Erredós.*

Obi-Wan le miró fijamente mientras asimilaba las palabras.

—*¿Qué?* —La magnitud de la confesión le dejó casi sin aliento—. ¿Sigue programado con nuestras tácticas y ubicaciones? —No, no, no. No podía ser verdad. «¡Estoy seguro de que le entrené para que no hiciera cosas como esta!»—. Si los separatistas se hacen con él… —Una docena de escenarios dantescos prendieron en su imaginación. Escenarios que hacían que la pérdida del grupo de combate de Fallen pareciese insignificante. Ni siquiera intentó moderar su rabia.

—¿Dónde tienes la cabeza, cómo no se la has borrado?

Mientras Anakin lo observaba, en triste silencio, Ahsoka apareció en el campo de visión del holotransmisor.

—*Maestro Kenobi, en ocasiones ha sido muy útil que Erredós tuviera esa información.*

¿Así que ahora el Padawan defendía a su maestro? «La verdad es que coraje no le falta, lo reconozco». Pero su defensa, su justificación, no significaba nada. No cambiaba

nada. Sentía ganas de gritar a Anakin. Cogerle a través del holotransmisor, agarrarle de los hombros y *sacudirle*. «Estúpido, estúpido, estúpido …».

Pero eso era físicamente imposible. Y gritarle no era oportuno, ya que Organa lo estaba escuchando todo. Haciendo un gran esfuerzo, desterró su inútil mal humor.

—Encuentra al droide, Anakin —le ordenó con contundencia—. Puede que nuestras cabezas dependan de ello.

Anakin alegró la cara, muy sorprendido de escapar de aquello con tanta facilidad. Muy contento por tener que salvar a aquella máquina.

—*Enseguida, Maestro.*

No era de extrañar que no hubiese querido contactar con el Consejo.

—Informaré al Maestro Yoda de que estás… ocupado en operaciones de limpieza. Pero resuélvelo pronto, Anakin. El tiempo no corre a nuestro favor.

Decidido, Anakin asintió.

—Así lo haré. Lo prometo. Gracias, Obi-Wan.

—De nada —gruñó, y apagó el enlace holográfico.

Trece

—¿Algún problema? —preguntó Organa, que había escuchado a escondidas sin disimulo.

—No —respondió. Codificó una actualización para el Consejo para una transmisión en formato de texto y la envió. Con suerte, aceptarían el informe con valor nominal y no intentarían mantener una conexión holográfica.

Aún no podía creer que Anakin hubiese sido tan imprudente. ¿O estaba tapándose los ojos intencionadamente? Anakin siempre había ido más allá de lo que la gente normal entiende como los límites de seguridad. O de la razón. Era una especie de genio indomable. Qui-Gon lo había visto. Apostó por él hace muchos años en Tatooine. Arriesgó muchas vidas en una carrera de vainas, arriesgó su futuro por las aptitudes inexpertas y no demostradas de un joven esclavo.

Y acertó.

Tras diez años de entrenamiento riguroso, daba la impresión de que el genio aún no estaba domado del todo. Nunca lo estaría. Anakin seguía desafiando a la lógica, ignorando el protocolo, pisoteando las normas que debía acatar. Confiado, siempre, de que él se impondría. Confiado de que su antiguo Maestro siempre le apoyaría.

«Y así lo hice. Y así sigue siendo. Pero cualquier día hará algo que no podré justificar. Y no me atreveré a contemplar lo que será de él».

—Dígame —dijo Organa, entrometiéndose en sus pensamientos, o tal vez rescatándole de ellos—. ¿Va todo bien?

—Por supuesto que sí —respondió, colocándose en su asiento para mirar a través del ventanal el titileo de las estrellas lejanas—. ¿Hemos llegado a las primeras coordenadas?

—Llegamos hace casi una hora.

Así supo cuándo dejaron de viajar a la velocidad de la luz.

—¿Cuál es nuestra posición?

—Unos tres pársecs de Kuat.

—Así que seguimos en los Mundos del Núcleo.

Organa se encogió de hombros.

—Exacto.

—¿Y ahora hay que esperar a que hable con su contacto?

—No —respondió Organa, recostándose en su asiento—. Recibí las siguientes coordenadas diez minutos después de llegar aquí. Estamos dando vueltas por aquí porque me gustan las vistas. ¿Tiene hambre?

Obi-Wan le miró. «Va a ser un viaje muy, muy largo».

—Sí.

—Hay sobres de comida en la cocina. —Organa hizo una mueca—. Bueno. En el armario que hace las veces de cocina. Sírvase usted mismo. Tráigame uno a mí también, ¿quiere?

—Claro, Senador —contestó con exquisita cortesía—. Será un placer.

Se dirigió hacia la cocina compacta de la nave, sacó dos sobres de comida de la bien nutrida nevera y los llevó a la cabina de mando.

—Gracias —dijo Organa, cogiendo el suyo y girando el sello de calor—. Ese Padawan suyo parece que le da mucho trabajo —añadió mientras esperaba a que se calentara la comida—. Apuesto a que le mantiene siempre alerta.

Obi-Wan regresó a su asiento de la consola del satélite de comunicación.

—Ya se lo he dicho —dijo mientras activaba el mecanismo para calentar la comida—. Anakin ya no es mi Padawan.

—¿Y se ha acordado de decírselo a él? —replicó Organa, divertido—. Porque no ha tardado nada en llamarle cuando las cosas se han puesto feas.

Obi-Wan se quedó mirándole detenidamente. «¿Qué le pasaba al reservado y formal Senador Organa? Con un poco más de irreverencia este hombre podría ser confundido fácilmente por un camarero corelliano. Padmé debería habérmelo advertido…».

—Anakin valora mis consejos.

—Ajá —dijo Organa. Retiró el envoltorio de la comida e inmediatamente la cabina de mando se llenó del rico aroma de ave de Fondor con salsa picante.

—Y usted valora su seguridad.

Ahí estaba de nuevo: ese trasfondo malicioso, insistente e irreverente.

—¿Qué quiere decir, Senador?

Organa se encogió de hombros.

—No quiero decir nada. Es una mera observación.

Le entraron ganas de decir: «Guárdate las observaciones para ti». Pero no lo dijo. Contestarle sólo provocaría más comentarios. Prolongaría una conversación que no le apetecía mantener. Centró su atención en la comida, la cual había alcanzado ya la temperatura óptima. Retiró el envoltorio, arrancó la cuchara que lo acompañaba y comenzó a comerse el estofado de pescado.

—¿Alguna vez ha deseado no ser un Jedi? —preguntó Organa con la boca llena.

Se acabó el gozar de la paz y la tranquilidad.

—No.

—¿Nunca? ¿Ni una sola vez? ¿Nunca se ha preguntado qué se sentirá en otra piel?

—No.

Frunciendo el ceño, Organa se recostó, se llevó a la boca otra cucharada de comida.

—¿Nunca le ha irritado el hecho de no haber podido elegir ser Jedi? ¿Que le entregaran al Templo siendo un bebé?

Estaba claro que, aunque estuvo a punto de estrangular a aquel hombre —esta vez sí que tuvo ese pensamiento tentador—, se iba a producir una discusión. Obi-Wan reprimió un suspiro. No era la primera vez que oía la expresión de tal sentimiento, y no sería la última. Era lo que cabía esperar: los extranjeros no lo entendían.

—Da la impresión de que se está lamentando por habernos defendido ante las acusaciones de Quarren, Senador.

—En absoluto —dijo Organa—. Sólo un loco o un alborotador creería que los Jedi son ladrones inexpertos. Obi-Wan le miró. —¿Pero?

—Pero… —dijo Organa, encogiéndose de hombros—. De vez en cuando me pregunto por la forma en que se crían los Jedi. Debe admitir, Maestro Kenobi, que no es exactamente una… vida… normal.

—Eso depende de qué entienda por normal, Senador —dijo, meneando la cabeza—. Aunque es cierto que muchos niños llegan al Templo siendo muy pequeños, ninguno permanece con nosotros contra su voluntad. El Templo no es una cárcel. Es un hogar. Una escuela. Un mundo dentro de otro mundo. Un refugio para aquellos que nacen con la capacidad de ser sensibles a la Fuerza. Créame, Senador, los Jedi sensibles a la Fuerza privados de entrenamiento sufren más que cualquier Padawan que pueda conocer.

—Entonces, ¿sufren? —preguntó Organa, tirando su bandeja de comida vacía—. ¿No lo niega?

—No hay vida que carezca de sufrimiento, Senador.

—No me refiero a eso y lo sabe. —Organa entrecerró los ojos—. Vamos, Maestro Jedi. No se ande con rodeos conmigo.

—Si se refiere a si hay veces que resulta complicado ser un Jedi, la respuesta es sí —replicó con calma—. ¿Diría que ser Senador es un camino de rosas nafra?

Organa resopló.

—De espinas, diría yo. Pero al menos yo no tengo prohibido el… ¿Cómo ha dicho? Apego. Al menos yo no tengo que fingir que no me importa nada. Ni nadie.

—Existen muchas maneras de querer, Senador. Seguro que no es tan arrogante como para creer que la suya es mejor que la de los demás.

—Mmm… —musitó Organa, divertido e irritado en igual medida—. ¿Sabe, Maestro Kenobi? Para ser un Jedi es un gran orador. Creo que debería pensar en una carrera en el Senado.

Se estremeció.

—Lo dudo mucho.

—No le gustamos, ¿me equivoco? —preguntó Organa, esbozando una sonrisa, intrigado y algo despechado—. Los políticos, quiero decir. Como especie. ¿Qué hemos hecho para que esté tan…?

—¿Qué? —dijo Obi-Wan, apartando su comida.

Organa deslizó la mano en el interior de su túnica azul y sacó un pequeño comunicador de apariencia inofensiva.

—Contacto —dijo suavemente—. Disculpe.

Salió de la cabina de mando y se dirigió al compartimento de pasajeros. Obi-Wan contempló la cortina de separación, que estaba echada, se encogió de hombros y volvió a comer. La terminó en tres bocados, así que recogió la bandeja vacía de Organa, la apiló con la suya y usó la Fuerza para convertirlos en un cubo pequeño y limpio listo para tirar por la rampa de desperdicios.

Organa volvió unos minutos después. Se sentó en el asiento del piloto y empezó a programar las nuevas coordenadas en el ordenador de navegación.

—¿Y ahora adonde? —preguntó—. Si no le importa que pregunte.

—Todavía no lo sé —dijo Organa, pulsando la tecla «Calcular». El ordenador del navegador emitió un zumbido y luego se encendió una luz verde—. Ahm Atzerri. —Miró rápidamente de reojo—. Más o menos. Suponiendo que nada vaya mal, serán unas diecisiete horas de vuelo.

Cada salto los acercaba más al Borde Interior. ¿Significaba eso que Zigoola, si es que realmente existía, estaba en algún lugar de las regiones que no se habían mapeado rigurosamente? ¿Estaba ubicado en el Borde Interior? ¿O más allá? Parecía una hipótesis razonable. Seguramente, ni siquiera los Sith podrían ocultar un planeta entero si estaba cerca del corazón de la República. O cerca, al menos, de cualquier sistema que resultase familiar o que se visitase con regularidad.

«No hay motivos para especular. Lo averiguaré antes o después si nos dirigimos al Borde Interior… o más allá».

—¿Ocurre algo? —dijo Organa, frunciendo el ceño.

—En absoluto. Dígame, Senador, ¿cómo es que su contacto sabe cuándo es el momento de transmitir las siguientes coordenadas?

—Tienen el enlace de mi ID privado —contestó Organa—. El mensaje que dejé en él, en el que les decía que me estaba ocupando de algunos asuntos familiares, fue nuestra señal acordada. Después de eso, supongo que es un simple caso de sincronización y matemáticas.

—Entiendo. Y, dado que Coruscant ha adoptado recientemente medidas de seguridad, ¿cómo ha conseguido arreglárselas para mantener la comunicación con su contacto secreto? Supongo que todas las transmisiones tanto entrantes como salientes son monitorizadas.

Organa bajó la mirada. Durante un breve momento, su expresión mostró inquietud. Incertidumbre. Después suspiró y su piel oliva se tiñó con un rubor de sangre.

—¿Quiere que se lo deletree, Maestro Kenobi?

Ni una palabra.

—¿Quiere saber por qué desconfío de los políticos, Senador? Por esto. Tienen la desconcertante costumbre de crear reglas que no cumplen. He descubierto que es una afición muy extendida entre aquello que ostentan el poder.

—No oí que se quejase cuando cargué el plan de vuelo falso —replicó Organa en un intento de defenderse.

—Senador, sabe perfectamente que tal acción cae bajo la jurisdicción del Decreto de Operaciones Clandestinas. Como Jedi he cargado a menudo planes de vuelo falsos. Está siendo poco honrado. Dudo que sus actividades puedan taparse con la misma legislación.

—No. Para nada —dijo Organa en voz baja—. Y si cree que me alegro por ello, se equivoca. Pero puedo vivir con ello. Porque sé que no actúo contra los intereses de la República. Actúo en su favor. Probablemente ahora mismo esté arriesgando mi vida por

sus intereses. Así que, si yo fuese usted, tendría cuidado si pretende acusarme de falta de lealtad.

—Nunca haría eso, Senador. No cuestiono sus motivos ni su compromiso con la República, aunque es muy fácil justificar y racionalizar nuestras acciones; encontrar una excusa para lo que estamos haciendo aun cuando sabemos que está mal. Sí, sus motivos son puros, pero ¿ocurrirá lo mismo con el próximo político que ignore la ley? Que diga: «Confía en mí. Lo que estoy haciendo es ilegal, pero es por un buen motivo».

Organa meneó la cabeza.

—No sabía que los Jedi fuesen tan cínicos.

—No somos cínicos —dijo Obi-Wan con tacto—. Realistas. Conocemos gran parte de la galaxia, Senador. Y nos llaman a menudo para limpiar la basura que generan los políticos.

—Los políticos no generan basura, Maestro Kenobi —dijo Organa con ojos preocupados—. También consiguen cosas buenas. Creo que la balanza está mucho más equilibrada de lo que quiere admitir.

—Quizás. Es una hipótesis interesante, por lo menos. Pero en vez de debatirla ahora, preferiría que continuásemos con nuestra misión. Temo que nuestro abanico de oportunidades se cierre mientras hablamos.

—Cierto —dijo Organa, pero no inició el salto a velocidad de la luz. En su lugar, se inclinó hacia delante y su expresión adquirió un aspecto decidido y desafiante—. Pero quiero dejar clara una cosa antes de dar otro salto. Los Jedi ven cosas, ¿verdad? Sienten cosas. Otros lugares, otros tiempos. Quiero decir, usted sabía que le había ocurrido algo a su Padawan. Se despertó y lo sabía.

—No entiendo qué…

—No me interrumpa, se lo explicaré —dijo Organa—. Sé que cree que me está siguiendo la corriente; que me deja acompañarle como si fuese un crío molesto. Y quizá crea que necesito protección igual que un niño. Pero no es así. De hecho, no pienso consentirlo. Así que si sus poderes Jedi le dicen algo sobre nosotros, o sobre esta misión, dígamelo. Si vamos hacia el peligro, dígamelo. No se lo guarde porque crea que soy un político blando que no puede hacer frente a la cruda realidad.

Este hombre. Creía que conocía a los Jedi, pero era un ignorante. No sabía nada.

—¿Cree que le mentiría, Senador?

—Sin dudarlo —contestó Organa sin demora—. Si creyese que es por mi propio bien. Pero yo decido qué es mi propio bien. No usted. Así que quiero que me dé su palabra de que me dirá lo que sepa. En el momento en que lo sepa. O juro que daré la vuelta con esta nave ahora mismo y le llevaré de nuevo a Coruscant.

—¿Y continuará solo?

—Sí.

—Eso sería un grave error, Senador. Organa se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Quizá, pero lo haría sin pensarlo dos veces.

Si los Jedi pueden leer la mente de las personas, sabrá que lo digo en serio. Ah, sí. Lo decía en serio.

—Muy bien, Senador. Tiene mi palabra. Esbozó una sonrisa de las suyas.

—Y sólo para que conste: aparte de un general que, no sin razón, me produce malestar, no siento que estemos en peligro.

—Ahora —dijo Organa—. Pero ¿cuánto tiempo durará?

—No puedo decirlo, Senador.

—¿Porque el lado oscuro lo nubla todo?

No se esperaba aquello.

—Padmé me lo comentó una vez —aclaró Organa—. Y nunca lo he olvidado.

¿Y cómo lo sabría ella? ¿Sería Anakin, que le habló de lo que sentía? Maravilloso. Lo último que necesitaba era que Organa se preocupase por el lado oscuro, especialmente cuando no había nada que pudiese hacer al respecto.

—Era una forma de hablar, Senador. Los Jedi no suelen verse afectados. Si hay peligro, lo sentiré. Y se lo diré.

—Bien —asintió Organa—. Puedo vivir con eso.

Sus labios esbozaron una leve sonrisa y lanzó la nave al hiperespacio.

—Pero, bueno —añadió, poniéndose en pie—, necesitará una razón mejor que el hecho de que sea político para odiarme. Odiarme sólo por eso le hace superficial. Y será muchas cosas, Maestro Kenobi, pero superficial no es una de ellas. Quizá pueda pensar en alguna mientras duermo un poco.

Levantó una ceja.

—Haré lo que pueda, Senador.

—No me cabe duda —dijo Organa, con otra leve sonrisa retorcida. A continuación, salió de la cabina de mando emitiendo un alegre silbido bajo su aliento.

Obi-Wan le siguió con la mirada. «Esto es una prueba. La Fuerza me está poniendo a prueba. Doce años con Qui-Gon, diez años con Anakin, y ahora esto».

Espiró profundamente para olvidar su consternación y ocupó el asiento del piloto, comprobó la consola de vuelo para asegurarse de que todos los sistemas funcionaban bien y se dejó llevar por la Fuerza para descansar.

Con suerte, atravesaría el denso velo del lado oscuro para buscar los peligros que les esperaban.

Diez horas más tarde, Organa volvió a la cabina de mando con un datapad y una expresión de preocupación en el rostro. Aliviado por la impresión de que había perdido interés en la conversación, al menos por el momento, Obi-Wan le dejó trabajar y se retiró al compartimento de pasajeros. Como no necesitaba dormir más, se entregó a una meditación con la Fuerza aún más profunda que la que le gustaría haber realizado cuando se encontraba de servicio en el puente.

El peligro todavía no se podía sentir. Zigoola… los Sith… se mantenían esquivos. Buscó a Anakin, pero aparte de una vaga sensación de urgencia no conseguía centrarse en él. Y, la verdad, tampoco había razón para intentarlo. Anakin tenía su misión…

«… y yo tengo la mía».

Tal y como Qui-Gon le había dicho, tantas veces, tenía que mantener la concentración en el aquí y ahora.

Una hora después despertó y comprobó el crono de la cabina. Aún quedaban seis horas para llegar a su destino. No era un Senador que tuviese que considerar la labor de un comité, elaborar nuevas leyes que ignoraría o sortearía cuando le conviniese, pero aún así era un Jedi, y no carecía de tareas. El compartimento de pasajeros era demasiado estrecho para entrenar con la espada láser, aunque había espacio suficiente para las meditaciones «alchaka». Se quitó la ropa y se dejó las mallas, se descalzó, y se entregó a las meticulosas repeticiones, esforzándose en alcanzar la perfección en la forma y la ejecución. Fracasaba, como siempre, pero nunca olvidaba que el esfuerzo lo era todo.

El tiempo pasaba, limpio como el agua fría. Fortalecido por la Fuerza, animado por su presencia constante, se dejó llevar por el movimiento familiar, vigorizándose con el gran esfuerzo físico.

Dos horas después, notó que la sensación comenzaba a desvanecerse. Sintió la pérdida de concentración que anunciaba el fin de su efectividad. Empapado en sudor, resollando, fue desprendiéndose de la Fuerza para volver a las penurias de la vida exterior.

Como siempre, le llevó un tiempo reconocerse en la realidad mundana, donde la luz parecía más tenue, los colores vagos y los aromas y sonidos menos intensos. Menos reales. Como siempre, notó una espantosa sensación de pérdida al dejar atrás las riquezas que le proporcionaba la Fuerza en su vida interior.

Utilizó el cubículo sanitario extremadamente pequeño de la nave y volvió a vestirse, aunque las mallas y la túnica tenían un aspecto horrible. Había una unidad de lavandería compacta, sin embargo, lo que era una suerte porque no había traído consigo más ropa para cambiarse. Una vez presentable, se dirigió a la cabina de mando, donde Organa fruncía el ceño con el cuaderno de notas.

—Pasa lo siguiente —dijo el Senador sin alzar la vista—. La polémica se debe a que están en el límite de lo que se ha denominado región de los Mundos del Núcleo y no deberían tener la misma carga de impuestos del Consorcio de Mundos del Núcleo porque están, en efecto, en la primera línea defensiva de planetas como Alderaan y Coruscant, que están más cerca del centro. Para ser precisos, creen que Alderaan y Coruscant, ah, y Chandrila, deberían subvencionar sus gastos de munición.

Organa dio vueltas con la silla con el datapad en una mano.

—¿Qué opina?

Obi-Wan sonrió.

—Que me alegro de que no sea mi problema.

—Y yo creo que empiezo a pensar que no te equivocas respecto a los políticos —masculló Organa, frotándose los ojos—. Dispáreme ya.

—¿Antes o después de que haya comido? —contestó—. Estaba a punto de calentar otra bandeja de comida. ¿Quiere que le prepare una?

—Gracias, pero ya he comido. —Organa pulsó una de las teclas del datapad y lo dejó en la consola—. Pero tomaré una copa. Una cerveza Black Moon, en vaso. Sin hielo. Sólo un trozo de piel de sarsata. Las encontrarás en la cámara —añadió amablemente—. En el tarro de bulbos de frutos rata encurtidos.

«¿Cree que soy camarero, Senador?». Ah, bueno. Había sido culpa suya por ofrecerse. Los ojos de Organa brillaban. Estaba esperando, deseando, que se negase ofendido. «De ninguna manera, Bail Organa. Como bien ha dicho, no soy tan idiota». Le hizo una reverencia irónica.

—Por supuesto, señor.

Organa se rió, sabiendo que se trataba de una burla.

—Bien.

Cogió una bandeja de comida sin molestarse en leer el contenido. Echó la cerveza de Organa en un vaso y le añadió un trozo de piel de sarsata azul. Los humos astringentes le hicieron llorar los ojos. Después, volvió a la cabina de mando.

—Señor —dijo, tendiéndole el vaso al Senador con otra reverencia.

Organa le miró vacilante.

—Sólo estaba bromeando. No pretendía que…

—Lo sé —dijo, volviendo a su puesto en la consola—. Pero seguro que usted haría lo mismo por mí.

Organa tragó un generoso trago de cerveza.

—¿Qué estaba haciendo antes?

—¿Antes?

—Sí. —Organa bajó la barbilla—. En el compartimento de pasajeros. Le vi cuando iba a cenar. Comer. Desayunar. Bueno, a comer. Ya he perdido la cuenta de cuál toca. ¿Era algún tipo de programa de entrenamiento Jedi?

La bandeja de comida ya se había calentado, pero la ignoró, desconcertado. ¿Organa le había estado observando? Las meditaciones «alchaka» eran algo muy personal.

—Algo así. Sí.

—Parece que requiere un gran esfuerzo —dijo Organa, tragando más cerveza—. Pero se le veía tan campante. Y no pude evitar darme cuenta de apenas tiene marcas. Cuando un hombre salta por los aires uno piensa que tendrá algunas cicatrices.

Obi-Wan abrió su bandeja de comida y se encontró con una especie de estofado de requesón y verduras. Olía bastante bien, pero su apetito se había cerrado de repente.

—La curación Jedi es más efectiva.

—Sí, ya he visto. Sólo una cicatriz, en el brazo.

En su tono se apreciaba un poco de desaprobación. Obi-Wan levantó la vista, frustrado.

—De una espada láser. Si hubiese sabido que le afectaría, Senador, me habría dejado la túnica durante mi meditación privada.

—No me ha afectado. Sólo tengo curiosidad. Dejó la bandeja de comida.

—No es curioso, es crítico. ¿Insinúa que debería renunciar a la curación? Si no lo hubiera hecho, probablemente estaría muerto.

—No —dijo Organa—. No pretendo insinuar eso en absoluto.

—Entonces, ¿qué? Senador, si tiene que hacer alguna observación sobre los Jedi, siéntase libre de hacerla. No somos una sociedad secreta, inmune a los comentarios públicos.

Organa bebió la cerveza que le quedaba de un trago.

—No, pero son bastante misteriosos.

—¿Misteriosos? No creo.

—Ya —dijo Organa—. ¿Y ahora quién está falto de honradez? Claro, tienen un rostro público. Guardianes de la paz. Defensores de la ley. Protectores de los débiles e indefensos. Dondequiera que haya problemas, allí está un Jedi para apagar el fuego. Todo el mundo lo sabe. Pero también son espeluznantes. Con toda esa mística. Esa… esa aura. No son como los demás, Maestro Kenobi. Son seres aparte, con poderes y habilidades que la gente normal no puede entender. Usted sale volando por los aires y como si nada. Ya está curado. Sin una sola marca que mostrar. Ni una cojera. Nada. Cuando la gente normal se hace daño, sufre las consecuencias. Pero eso no les ocurre a los Jedi.

Obi-Wan sintió cómo apretaba la mandíbula.

—¿De verdad? Algún día debería hablarle de esa teoría a mi Padawan, Senador. Le interesaría mucho más escucharla. Y cuando acabe de pontificar, podría enseñarle su brazo ortopédico.

Organa pestañeó. Después dejó caer la mirada en el vaso vacío que sujetaba con ambas manos y miró el trozo de piel de sarsata azul macerada del fondo.

—Lo único que quería decir —dijo al fin con voz firme—, es que es una lástima que las demás personas que han visto afectadas por ataques terroristas no puedan disfrutar de los mismos beneficios de la curación Jedi.

Levantó la mirada y sus ojos reflejaban angustia.

—Vi a uno de ellos, ¿sabe? Después. E incluso con tratamiento bacta intensivo ahora hay niños que tienen que vivir desfigurados y con horribles mutilaciones. Es… triste. Es cruel. Eso era lo que pretendía decir.

La compasión de aquel hombre era loable, pero sus deducciones resultaban insultantes.

—Creo que entiendo lo que quiere decir, Senador, que en cierto modo es injusto que no comparta su destino —dijo Obi-Wan con brusquedad. Pero contuvo su temperamento. Consiguió evitar decir algo verdaderamente desafortunado—. No es que no nos importe —continuó de forma mucho más moderada—. Le aseguro que nos importa. Sin embargo, la curación es uno de nuestros dones más excepcionales. Ayudamos a cuantos podemos, cuando podemos, lamentamos mucho no poder ayudar más. Pero ¿está diciendo que como no podemos ayudar a todo el mundo no deberíamos ayudar a nadie?

—No, lo siento —dijo Organa, meneando la cabeza—. No nos estamos entendiendo. Ya sabe que estoy de su lado. Admiro a los Jedi con devoción. Estoy impresionado con lo

que hacen. Pero en caso de que no se haya dado cuenta, esta guerra les ha puesto en el punto de mira. En las noticias hablan de vosotros todos los días. Todo lo que hacen se examina. Se magnifica. Y cuando dejen de ser novedad, serán objeto de conjeturas e incluso de censura. Especialmente si la guerra no termina o no va por donde queremos. Porque les han puesto en un pedestal tan alto como el rascacielos de Coruscant.

—Senador, le aseguro que ésa nunca fue nuestra intención.

—Lo sé —dijo Organa—. Pero eso es lo que ha pasado. Usted es el Jedi, Maestro Kenobi. Un hombre de proporciones épicas y doblemente difícil de matar. Con todo, cuantos más sistemas y represión atraigan los separatistas hacia su lado, más sufrimiento y temor experimentará la República. Cuanto más cerca del Núcleo estén los separatistas y cuanto más tiempo lleve a los Jedi acabar con este conflicto, más duro será el pedestal en el que están. Especialmente si se percibe que no sufren como los demás.

—¿Que no sufrimos, Senador? —exclamó incrédulo—. ¿Tras Geonosis? ¿Tras todas las batallas que hemos librado ya? ¿Tras perder a la brigada Falleen? Que el Templo Jedi se derrumbe antes de que niegue que los Jedi no estamos pagando el precio de una guerra que ni siquiera empezamos.

—Por supuesto que sí —dijo Organa—. Me refiero a la percepción, no a la realidad. Los cimientos de la política. Supongo que convendrá que es uno de los campos que domino.

El menos honorable de todos ellos. Obi-Wan asintió.

—Lo reconozco.

—Y ojalá no tuviera que hacerlo —replicó Organa—. Maestro Kenobi, los Jedi han sido los pacificadores de la República durante generaciones. Los ciudadanos se han acostumbrado a que resuelvan sus problemas locales. Las disputas entre sus comunidades. Pero ambos sabemos que nos enfrentamos a algo mucho más complicado. Y le aseguro, le aseguro, que cuando las cosas vayan mal, la cosa recaerá sobre ustedes.

Obi-Wan había olvidado el estofado de requesón y verduras y contemplaba en silencio al Senador de Alderaan.

—Lo siento —dijo Organa, dándose la vuelta—. No tiene que decirlo. Sólo soy un político. No es de mi incumbencia.

«¿Sólo un político?». No. Mucho más. Ahora estaba claro por qué a Padmé le gustaba y confiaba en aquel príncipe de Alderaan. Era… imprevisible.

—Los Jedi no están ciegos, Senador —dijo al fin—. Somos perfectamente conscientes de que destacar para el ojo público nos perjudica. Nos opusimos a ello con firmeza. Y seguimos haciéndolo. Somos, como ha dicho, pacificadores. No celebridades. El Canciller Supremo debería reconsiderar sus tácticas. Creemos firmemente en que existe la posibilidad de que podrían acabar haciendo más mal que bien.

Sorprendido, Organa se dio media vuelta. Después hizo una mueca.

—Las intenciones de Palpatine son buenas. Su problema es que no es un auténtico político. Nunca lo ha sido. Sólo es un Senador provincial que llegó a un alto cargo por casualidad. Si la Federación de Comercio no ha invadido Naboo, si Valorum no ha

perdido su influencia, podría haber un nuevo Canciller Supremo. No se da cuenta de las dificultades que está creando. Cree ciegamente que todo irá bien.

Obi-Wan volvió a la bandeja y se refugió de los problemas pensando en la comida.

—Puede que así sea —dijo, pinchando con el tenedor el primer bocado. El estofado se había enfriado casi por completo, pero a su estómago vacío no le importó—. Aunque no lo creo.

—Yo tampoco —dijo Organa. Volvió a mirar el vaso—. Creo que me voy a poner otra cerveza. ¿Le traigo una?

Negó con la cabeza.

—El alcohol no está recomendado para los Jedi. Con agua es suficiente. Gracias.

—Aún nos quedan unas horas de vuelo —dijo Organa con indiferencia, volviendo a la cabina de mando con las bebidas—. Y ya no puedo soportar más el zumbido de Ralltiir, al menos por ahora. ¿Le apetece una partida de sabacc? Hay una baraja de cartas por alguna parte y algunas latas de nueces *pocho* que podemos usar como fichas. A no ser que los Jedi no apuesten.

—Al contrario —dijo Obi-Wan—. Apostamos continuamente. Pero no en juegos de azar. Además, por alguna extraña razón nuestros compañeros de juego suelen sentirse incómodos.

—Puedo imaginar por qué —dijo Organa, sonriendo—. Entonces jugamos. ¿Promete no utilizar ningún truco Jedi?

—Sólo si promete compartir conmigo sus astutos trucos de político —contestó apaciblemente.

Organa asintió divertido.

—Hecho. Podemos jugar en el compartimento de pasajeros. La alarma del ordenador de navegación nos avisará cuando nos estemos acercando a Atzerri.

—¿Qué? —exclamó Obi-Wan mientras el Senador le miraba con ojos entornados y especulativos.

—No pensaba que diría que sí.

—¿Y por qué no? —dijo, fingiendo una sonrisa—. El sabacc es una forma totalmente respetable de pasar el tiempo.

—Supongo —dijo Organa, haciendo un ademán—. Después de usted.

Ocultando una sonrisa tras la barba, Obi-Wan apartó la cortina para entrar en el compartimento de pasajeros.

«Sí, efectivamente. Es totalmente respetable y una buena herramienta de diagnóstico para aquellos que saben cómo usarla. Y yo pretendo usarla, Senador. Parece que esconde mucho más de lo que se ve a simple vista».

Catorce

Obi-Wan ganó la primera partida, y se dio cuenta de que Bail Organa era un pensador audaz, un estratega innovador, un hombre que no temía correr riesgos para obtener una recompensa, pero también un hombre más dado a los actos de fe que a la seguridad de tener una buena mano. Perdió la segunda partida y se dio cuenta de que el amigo de Padmé aprendía rápido para plantar cara rápidamente a su oponente y de que no cometía dos veces el mismo error. Armado con esta información tan útil y valiosa, abandonó inmediatamente las tácticas que había usado previamente y empezó a jugar la siguiente partida como solía hacerlo Qui-Gon. Pero cuando parecía que quizá podría ganar la tercera partida, el ordenador de navegación empezó a pitar de nuevo.

Habían llegado a Atzerri.

—¿Conoce bien esta región de la República? —preguntó Organa mientras se situaban a una distancia segura de la única y escarpada luna del planeta.

Asintió y se conmovió con oscuros recuerdos.

—La conozco un poco. Estuve implicado en una disputa en Antar Cuatro hace casi dieciséis años.

—Dieciséis años… —Organa se mordió el labio—. ¿La disputa por la plantación de colfillni? ¿Estuvo implicado en aquella debacle?

Arqueó una ceja.

—Bueno, yo no la inicié, si es a lo que se refiere.

—Sé quién la inició —dijo Organa y sus ojos enrojecieron con el recuerdo—. El crimen organizado local. Mi tío fue asesinado por aquella escoria. Asesinado a sangre fría, sólo por plantarle cara a los matones que creían hacer que la gente trabajase hasta morir era una práctica económica aceptable.

«El olor a humo por la mañana. El hedor de la carne quemada. Un espantapájaros clavado en una estaca reducido a cenizas. Pero ni siquiera el fuego podía ocultar las huellas brutales de la tortura».

Obi-Wan tragó saliva.

—¿El experto en agricultura? ¿Tayvor Mandirly? ¿Era su tío?

—El hermano más joven de mi madre —dijo Organa, haciendo una mueca—. Nunca superó lo que le hicieron. Al final, su muerte acabó matándola. Así que podría decirse que asesinaron a dos miembros de mi familia.

—Lo siento.

Organa obvió las condolencias.

—Raxis y Nolid deberían pagar por lo que hicieron.

—Ya han pago, Senador.

—Multas —escupió Organa—. Dinero. Deberían haber pagado más. No se les debería haber permitido que encontrasen la forma de ser absueltos. Los Jedi deberían haberles hecho pagar un precio real.

Suspiró.

—No somos verdugos, Senador. Ni instrumentos de venganza. El gobierno de Antar Cuatro nos pidió ayuda para detener a los responsables de las atrocidades cometidas en las mayores plantaciones de colfillni del planeta, y lo hicimos. Lo que pasó después era un asunto interno. Nosotros nos limitamos a cumplir órdenes.

—¡Para vosotros es muy fácil decir eso! —replicó Organa—. ¿Vio lo que esos animales le hicieron a Tayvor? ¿Vio cómo…?

—Senador, yo fui quien lo encontró.

«Lo encontré. Y las noches posteriores gritaba por él en mis sueños. Porque tiene razón, Senador. La Fuerza nos muestra el pasado, así como el futuro».

Organa le observaba en silencio.

—No lo sabía —dijo al fin con voz apagada—. Nunca llegué a conocer los nombres de los Jedi que fueron a Antar Cuatro.

—Sí, bueno… —dijo con sequedad—. Eran tiempos en los que los Jedi no eran estrellas de la HoloRed.

—Ya. Fue usted —dijo Organa, meneando la cabeza—. Es una coincidencia. La galaxia es un pañuelo, ¿no?

—A veces lo parece.

Excepto que para la Fuerza las coincidencias no existen… y todo ocurre por una razón. Tiene que ser así. Tuvo que ser así. La pregunta es ¿por qué?

—Supongo que ahora creerá que soy un incivilizado —dijo Organa, interpretando el silencio de Obi-Wan como una desaprobación—. Después de todo, ningún alderaaniano de bien pediría la sangre de esas bestias asesinas.

Se podía sentir su dolor. Su gran pena y pesar. Habían pasado dieciséis años y la angustia no se había mitigado. ¿Era éste el destino de Anakin ahora que Shmi estaba muerta?

«¿Y será también el mío? Qui-Gon era un padre y un hermano para mí. Familia, como llama el mundo del exterior del Templo a esas cosas. ¿Es el tipo de relación el que no deja que se cierren las heridas o la forma en que murieron? Robados. Asesinados. Arrancados de la vida antes de tiempo».

Quizás. Era un pensamiento perturbador. Se suponía que a los Jedi no deberían preocuparles esas cosas. El apego otra vez. Esa piedra con la que siempre se tropieza. Olvídalo, dijo Yoda. Pero es mucho más fácil decirlo que hacerlo. Puede que si hubiese vivido algunos cientos de años más…

—No, Senador, no lo creo —dijo suavemente—. Creo que es un hijo que quería a su madre y a su tío. Creo que es un hombre que desprecia la codicia y la crueldad. Que lucha por la justicia —vaciló y luego añadió—. Qui-Gon y yo también queríamos que hubiesen pagado un precio más alto.

Organa frunció el ceño.

—Qui-Gon ¿al que mataron los Sith?

—Exacto.

—Sólo por curiosidad, Maestro Kenobi… ¿qué le ocurrió a los Sith que asesinaron a su maestro?

Obi-Wan inspiró profundamente y espiró muy despacio.

—Creo que lo sabe perfectamente, Senador.

Organa fingió pensar. Y luego fingió sorpresa.

—¡Ah, sí! Claro. Padmé me lo contó. Les mataron —dijo con una sonrisa afilada—. Pero vosotros no sois vengadores, ni nada parecido.

No contestó a aquello. No tenía nada que decir.

—El caso es, Maestro Kenobi —dijo Organa con aquella peligrosa sonrisa en el rostro—, que usted no es el único capaz de averiguar cosas jugando al sabacc.

Volvió a inspirar profundamente. Dejó que los pulmones se llenasen por completo; sus costillas rotas ya se habían curado y no le daban punzadas. Soltó el aire y con él todas sus emociones.

—Aparentemente no, Senador.

Y entonces, el comunicador de Organa sonó; era hora de recibir nuevas instrucciones.

—Munto Codru —dijo Organa, leyendo el ordenador de navegación—. Eso está… muy lejos de los Mundos del Núcleo.

Y efectivamente lo estaba. Munto Codru se encontraba en los lejanos límites de los Territorios del Borde Exterior. Perturbado, Obi-Wan miró a su incómodo compañero.

—Senador, creo que necesitamos reconsiderar nuestra situación.

—¿Por qué? —preguntó Organa—. Tenemos suministros de sobra. La nave sigue intacta. ¿Qué hay que reconsiderar?

—Su participación en esta misión —respondió sin rodeos—. No sabemos a cuánta distancia de casa nos llevará su contacto. Puede que acabemos adentrándonos en las Regiones Desconocidas.

—¿Tan lejos? —dijo Organa con escepticismo—. Seguro que no. ¿Por qué iban a estar los Sith allí? Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero con los Sith, todo es posible. En mi opinión, Senador, no es seguro. Organa fingió sorpresa.

—¿Que no es seguro? Maestro Kenobi, no tenía ni idea. ¿Por qué no me avisó? ¡Rápido! ¡Pongamos rumbo a casa!

—Ríase si quiere, Senador —dijo, reprimiendo la necesidad apremiante apretar los dientes—. Pero sería una negligencia por mi parte no avisarle de que, aunque hasta ahora hemos viajado sin incidentes, nuestra situación podría verse ligeramente alterada. Aún está a tiempo de cambiar de opinión.

Organa le miró fijamente.

—¿Quiere dar media vuelta?

—No. Pero no se trata de mí. Soy un Jedi y esto es lo que hacemos. Usted es un Senador de la República casado.

—No quiero dar la vuelta —dijo Organa rotundamente—. No quiero abandonar. Quiero detener a los Sith y poner un rostro a los desconocidos que me han ayudado todos estos años. Y para ser totalmente franco, Maestro Kenobi, empiezo a cansarme de su actitud. ¿Le diría lo mismo a Padmé si quisiera dar media vuelta?

No. Pero Padmé llevaba mucho tiempo demostrando su valía. Y la de aquel hombre era desconocida.

—Padmé no está aquí, Senador. A mí sólo me preocupa su seguridad.

—Se lo diré por última vez, Maestro Kenobi: deje de preocuparse por eso.

El problema de estar confinados en una nave tan pequeña y que se encontraba en medio de la nada era que uno simplemente no podía… marcharse. «Juro que es igual que Anakin. Pero al menos a Anakin podía decirle que se callase y hacía lo que se decía porque tenía que obedecer».

—Muy bien, Senador —dijo—. Es su decisión. Sólo puedo esperar que no lo acabe lamentándolo.

Y con aquella mordaz observación, dio la espalda a Organa e intentó contactar con Yoda. Pero la distancia y los caprichos de los fenómenos galácticos interestelares reducían la señal de su comunicador. Sin embargo, consiguió contactar con Adi Gallia, que luchaba contra un destacamento separatista en el relativamente cercano planeta de Agamar, en el Borde Exterior. Le prometió transmitir su mensaje al Templo tan pronto como fuese posible y le pidió que tuviese cuidado, hiciera lo que hiciese. No le preguntó qué hacía tan lejos de Coruscant; no por falta de preocupación, sino porque los días en los que se podía hablar con libertad habían quedado atrás.

Incluso sabiendo aquello, estuvo a punto de preguntarle por Anakin, de si habían recibido noticias, de si había vuelto sano y salvo de cazar droides. Pero no pudo. No quería que ningún miembro del Consejo se enterase del error de cálculo de Anakin. No, al menos, hasta que no fuese absolutamente necesario.

—Que la Fuerza te acompañe, Adi —dijo y finalizó la comunicación. A continuación se giró hacia Organa, que comprobaba los cálculos del ordenador de navegación—. Cuando esté listo, Senador.

—Estoy listo —murmuró Organa, que claramente seguía dolido—. Rumbo a Munto Codru. —Activó el impulsor estelar y la nave se alejó de Atzerri hacia el espacio exterior. Cuando el ordenador de navegación les avisó de que tenían el campo despejado, inició el salto a la velocidad de la luz.

A través del ventanal las estrellas se arremolinaban y pasaban rápidamente. El espacio real había desaparecido y ahora estaban a merced de la otredad.

Obi-Wan se puso en pie.

—Si me disculpa, Senador, tengo que meditar.

—Claro —dijo Organa, cogiendo su datapad—. Esfuércese. No permita que le desconcentre.

Sus palabras eran coloquiales, familiares; el tono era seco. Un alto cargo galáctico despidiendo a un subordinado. Al ayudante.

«Soy un Jedi. No nos tomamos esas cosas de forma personal».

Tampoco intentó cerrar las cortinas de golpe, pero necesitó un entrenamiento eterno para controlarse.

Tres días más en el hiperespacio, confinado en un lugar claustrofóbico. Era una lástima que la nave no fuese más rápida. Organa se enterró en el trabajo que había llevado consigo, una auténtica montaña de asuntos referentes a Interior y a legislación entre sistemas. Al ver esto, Obi-Wan se dio cuenta de que, a su pesar, lo admiraba. Igual que Padmé, y a diferencia de muchos otros Senadores que el Jedi había observado, Organa no fingía. Se tomaba muy en serio sus obligaciones. Era un descubrimiento curiosamente reconfortante.

El, por su parte, convirtió la cautividad en una ventaja, entregándose a la vida contemplativa o a las profundas meditaciones que los Jedi practicaban normalmente en retiro. Para su alivio, no sentía peligros.

En aquellas rutas lejanas no había rastro de la amenaza de Grievous. Lo que no resultaba sorprendente. Poco había por allí que pudiese querer la República. Y si la República no lo quería, Dooku y los separatistas tampoco.

Lo que sí percibía vagamente era algunas de las campañas Jedi del Borde Exterior. A Adi Gallia, que triunfaba en Agamar. A Ki-Adi Mundi, derrotado y casi muerto en Barab I. A Eeth Koth que defendía al pueblo sitiado de Korriban, rodeado de muerte y de soldados clon moribundos.

A Saesee Tiin, desesperado y cerca del Núcleo, en Bimmisaari, pero no. No, aquello no era ahora, sino entonces. Un conflicto comercial del pasado que había sido solucionado de forma pacífica.

«Bueno, me esforzaré más, Anakin. ¿Creías que estaba bromeando? Si R2 cae en las manos equivocadas, podría significar la derrota para todos nosotros».

La irritación luchaba contra la acuciante preocupación. Su mayor miedo era que le preguntasen demasiado sobre el aclamado «Elegido» de la Orden. Que, deslumbrados por su potencial, se cegasen ante su juventud. Y ahora que había logrado una victoria decisiva en Bothawui y que la crisis de la guerra se agravaba, la tendencia seguramente continuaría.

«Pero no en su detrimento. No importaba el precio que se cobrase o lo que costase, debo seguir protegiéndole».

Era difícil estar allí, tan lejos del Templo, de la guerra, suspendido en aquella burbuja de espera. Incapaz de ayudar a Anakin, de ayudar a Ki-Adi-Mundi o a Eeth Koth. De ayudar a cualquiera de sus compañeros Jedi a luchar en tantos frentes desesperados. Nunca había sido como Qui-Gon, capaz de pararse en plena acción y simplemente

suspender los pensamientos y las emociones. Aceptar el momento tal y como era, sin cuestionarlo, hasta que éste se transformase en una realidad nueva. No. Siempre había necesitado hacer algo. Hacer que las cosas pasasen. Agarrar el momento por el cuello.

«Eres un espíritu incansable, Obi-Wan», solía decir Qui-Gon, atribulado y con resignación. Como siempre, tenía razón.

«Estoy seguro de que la vida contemplativa no es para mí».

Pero podía soportarla durante breves períodos de tiempo, si eso significaba desbaratar los planes de los Sith. Y cuando no estaba durmiendo, o meditando, y Organa estaba a salvo en la cabina del piloto maldiciendo a Ralltiir, o a quien fuese, practicaba las «alchakas», disciplinaba su cuerpo en igual medida que su mente, hacía desaparecer las persistentes, aunque ya tenues marcas de sus heridas recientes. Y volvía en sí cuando ya era el momento.

Y así pasaba el tiempo… hasta que al fin llegaron a Munto Codru.

—Casi siete horas y ni un susurro —dijo Organa, tocando con los dedos un «staccato» grabado en la consola—. Nunca nos habían hecho esperar tanto.

Obi-Wan miró la masa del planeta que se aproximaba, una joya durmiente de nubes con doce lunas que orbitaban a su alrededor.

Su nave se encontraba en lo alto de la zona de noche del planeta, a la sombra de la décimo segunda nube, donde pasaban desapercibidos. Bajo ellos, la superficie de Munto Codru relucía con las luces de las ciudades. Las luces más brillantes revoloteaban como dragones y las naves entraban y salían a intervalos irregulares.

—Paciencia, Senador —dijo—. Si su contacto es tan de fiar como dice, tendremos noticias suyas.

Organa le miró frustrado. Después golpeó la consola del timón.

—La paciencia está bien, pero no puedo quedarme aquí sentado para siempre.

—No, no podemos —convino suavemente—. Que llamemos la atención de Codru-Ji sólo es cuestión de tiempo. Y no es aconsejable.

Otra mirada.

—Entonces, ¿qué sugiere?

Obi-Wan escrutó la Fuerza con los sentidos nuevamente agudizados.

—Una hora —murmuró dispersando la luz—. Démosle una hora más a su contacto.

Pero al final esperaron menos de media. Y cuando sonó el comunicador Organa y éste contestó, no escucharon una señal codificada, sino el sonido de una voz humana, madura. Femenina. Segura.

—Senador Organa, ¿me recibe?

Organa cogió el comunicador de la consola.

—¡Sí! Sí, la recibo. La oigo. ¿Quién es? ¿Con quién hablo?

—Con una amiga.

—Sí, lo sé, pero…

—Los nombres pueden esperar, Senador. Me presentaré adecuadamente cuando nos encontremos.

Organa asía el comunicador con tanta fuerza que corría el riesgo de romperlo.

—Llevo mucho esperando ese momento. ¿Dónde está? ¿Está cerca?

—Lo bastante cerca —dijo la mujer—. Dentro de un momento le enviaré las coordenadas a su ordenador de navegación.

—Creíamos que había pasado algo —dijo Organa—. Como tardó tanto en…

—Precauciones —interrumpió la mujer—. Queríamos estar seguros de que estaba solo antes de permitirle que nos viésemos cara a cara.

Organa frunció el ceño.

—Pues claro que estoy solo. Bueno, aparte del Jedi que me acompaña. Seguro que ya saben que he cumplido las condiciones de la carta.

Tras el sonido de fondo se escuchó una risa divertida muy suave.

—Corren tiempos peligrosos, Senador. No podemos confiar en nada ni en nadie. Ni siquiera en usted. Ni siquiera en los Jedi.

—Se lo agradezco —dijo Organa tras un momento—. Y espero que sepa que yo tampoco confío en usted. Lo que ha hecho, lo que está haciendo ahora…

—Los agradecimientos pueden esperar, Senador —dijo la mujer—. Centrémonos en derrotar a los Sith. Permanezca a la espera de las coordenadas y de la frecuencia de la señal del transpondedor. Le guiaremos justo hasta la puerta principal.

—Entendido —dijo Organa—. Bien, hasta pronto.

—Esos amigos suyos son muy cautos —dijo Obi-Wan mientras esperaban a que llegasen los datos.

—Se lo dije —dijo Organa—. Así que estaría bien que usted… —Dejó de hablar cuando sonó el intercomunicador y a continuación recibieron el siguiente destino. Tras descargar los datos se puso en pie.

—Como decía: estaría bien que usted y el Maestro Yoda no intentasen nada, como que otros Jedi nos rastreen.

Obi-Wan puso una cara inexpresiva.

—¿Senador?

—No me diga que no lo ha hablado con el Maestro Yoda —dijo Organa, aparentemente razonable. Sus ojos tenían un brillo frío—. En mi apartamento de Coruscant.

Suspiró. «Es un recuerdo oportuno para no subestimar a nuestro amigo de Alderaan».

—Lo que el Maestro y yo discutimos entonces apenas tiene relevancia hoy, Senador. Usted y yo estamos aquí y a punto de conocer a su contacto. Sugiero que decodifique esa señal para no hacer esperar a los Amigos de la República. Después de todo, sería una falta de educación.

Organa le echó una mirada, pero no hizo lo que decía, sino que se retiró al compartimento de pasajeros. Al volver a la cabina de mando programó el ordenador de navegación y la señal del transpondedor.

—¿Y bien? —preguntó Obi-Wan mientras el Senador miraba las lecturas—. ¿Adónde vamos esta vez?

—No lo sé —dijo Organa lentamente—. El ordenador de navegación ha aceptado las coordenadas, pero el destino es desconocido.

Por primera vez desde que había visto el enfrentamiento de Anakin contra Grievous en Bothawui, sintió la perturbación de una inquietud muy concreta y específica.

—Interesante. ¿A qué distancia estamos?

—A nueve pársecs. Lo que definitivamente nos lleva más allá del Borde Exterior.

—Más allá del Borde Exterior y en el Espacio Salvaje. —Obi-Wan se mesó la barba—. Efectivamente, es un acto de fe, Senador.

—Sí —dijo Organa en voz muy baja, pero ni la más mínima sombra de incertidumbre nubló su rostro. Aunque las implicaciones de sus actos empezaban a perturbarle.

«¿Lo entiende ahora, Senador? ¿Entiende ahora lo que he intentado decirle? Nos encontramos en los límites de lo desconocido y si fracasamos… nadie podrá ayudarnos».

—Bueno, vamos a saltar —dijo Organa. Encendió los propulsores de la nave que les alejaron de la duodécima luna de Munto Codru y saltaron al hiperespacio.

Mientras Organa se distraía con más legislación, Obi-Wan se retiró al compartimento de pasajeros y se sumió en un trance ligero. Aquella inquietud lo había perturbado. Había algo que no iba bien. Podía sentirlo. Un problema potencial se aproximaba. Un posible contienda.

Pero ¿cuál era su fuente? ¿Estaba en peligro la mujer del comunicador? ¿O era ella quien resultaba una amenaza para el Senador? ¿Se dirigía hacia otra explosión imprevista? ¿Sería fatal aquel salto de fe? No podía saberlo. No veía nada con claridad. Aquello sólo le perturbaba más.

Se esforzó más en buscar respuestas… pero no obtuvo ninguna. El único resultado fue un dolor de cabeza, un castigo por intentar sonsacar información a la Fuerza. Al fin, abandonó su infructífera búsqueda, despertó de su trance y volvió a la cabina de mando, donde Organa hablaba entre dientes y hacía numerosas anotaciones en su datapad.

—¿A cuánto estamos de nuestro destino, Senador?

Organa le miró y dejó de murmurar. Dejó a un lado el datapad y se irguió.

—¿Qué ocurre?

Meneó la cabeza.

—No lo sé. Percibo algo… Una sensación que no puedo identificar.

—¿A qué se refiere con que no puede identificarlo? —preguntó Organa sin ocultar su preocupación—. Es un Jedi.

Se dejó caer en el asiento de comunicaciones.

—Lo que nunca ha sido sinónimo de infalible, a pesar de que las noticias de la HoloRed lo repitan incansablemente.

—Pero ¿hay problemas? —insistió Organa—. ¿Está seguro?

—Estoy seguro de que tengo un mal presentimiento —replicó—. Y de que sería un insensato si lo ignorase. ¿A qué distancia estamos?

—Ah. —Organa comprobó el ordenador de navegación—. No estamos lejos. Prácticamente ya hemos llegado. ¿Qué quiere hacer?

«Dar la vuelta y hacer como que esta misión no hubiera existido. O, si no puede ser, atarlo de pies y manos y meterlo en un armario».

—Proceda —dijo—. No creo que tengamos otra opción.

—No —dijo Organa y una nueva tensión se dejó notar en su voz—. No lo haremos. —Se deslizó en el asiento del piloto, recogió sus numerosos cuadernos de datos y se los llevó al compartimento de pasajeros. Cuando volvió a la cabina de mando llevaba en la cadera un pequeño cinturón de bláster personal con un aspecto amenazador.

Obi-Wan le miró con desaprobación.

—No quiero oírlo, Maestro Kenobi.

«Por supuesto que no». Sin embargo, se sintió obligado a decirlo.

—Me han enviado expresamente para protegerle, senador. Por lo tanto, no puedo permitir…

—Bien —dijo Organa ignorándole—, saliendo del hiperespacio en tres… dos… uno…

Mientras las alargadas estrellas se contraían volviendo a su configuración original, Obi-Wan sintió que le embargaba una densa ola de aprensión que le llenaba de terror. A través del ventanal de la cabina de mando se veía un eje corto y redondo de metal deslustrado que colgaba de forma negligente y que brillaba con la luz tenue. Una vieja estación espacial elegida del catálogo de economía. De diseño corelliano, eso seguro. Se notaba que era de baja calidad. Una imprudente omisión de las convenciones y la limpieza. No había cuerpo planetario a la vista; la estación espacial colgaba solitaria de un fondo de oscuridad inmensa.

—Bueno —dijo Organa con una espiración larga y lenta—. Eso explicaría por qué el ordenador de navegación no reconocía las coordenadas. —Miró de reojo—. ¿Sigue teniendo malas vibraciones?

Asintió.

—Ah, sí.

—Entonces, quizá no sea buena idea activar sus balizas.

—Quizá no —convino—. Sugiero que planeemos, Senador. Sin hacer ruido. Sin dejar huellas. Un acercamiento silencioso, sin llamar la atención.

—Uh-huh. —Organa hizo una mueca—. Muy bien. Será como intentar hacer planear un ladrillo, pero haré lo que pueda. ¿Tiene alguna manta grande bajo la que podamos escondernos mientras lo hacemos? Habrá cámaras de seguridad externas, puede estar seguro.

Obi-Wan cerró los ojos y percibió que su conciencia de la Fuerza le murmuraba repetidamente alarmada.

—Si las tienen, tengo la desagradable sospecha de que no funcionarán —murmuró—. Senador, creo firmemente que volamos hacia el caos.

—No volamos —dijo Organa, entornando los ojos—. Planeamos. Como un ladrillo. Agárrese. Allá vamos.

Desactivó todas las funciones superfluas de la nave haciendo bailar los dedos sobre la consola del timón, luego apagó el útil y amortiguado motor sublumínico de la goleta estelar. El ruido del motor se acalló dejando una extraña sensación de vacío. Las luces de la cabina de mando se fueron apagando hasta casi dejarlos en la oscuridad. Al sentir la inmediata pesadez de la inercia de la nave y cómo se regodeaba lentamente en el vacío hacia la maltrecha estación espacial, Obi-Wan se tambaleó un poco y se apoyó en la pared más cercana.

«Efectivamente, como un ladrillo. Que la Fuerza nos acompañe».

En el confuso resplandor verdoso de la consola del timón, la mirada de Organa era adusta y fija, con la mandíbula apretada por el esfuerzo que suponía luchar con aquella nave deliberadamente inutilizada. Por sus dedos, posados en los controles del timón, no corría sangre, ya que luchaba por mantener el rumbo de la nave y evitar que se estrellasen contra la estación espacial. Obi-Wan, que le miraba, estaba preparado para reconocer sus habilidades. Después de todo, el Senador no era un fanfarrón inútil; de hecho era un piloto excelente.

«Pero, a veces, hasta los mejores pilotos necesitan un poco de ayuda».

Se sumió en la Fuerza, reunió su desmesurado poder. Sintió cómo le llenaba la luz, cómo centelleaba en su sangre. Cuando estuvo totalmente concentrado y fue consciente de sí mismo y del lugar que ocupaba en el universo y del que ocupaba Organa, del dueto que entonaban en la gloria viviente de la Fuerza, extendió sus sentidos y su control. Rodeó con ellos la nave, que se movía con dificultad, el ladrillo que planeaba y la arrulló en un capullo de pura energía positiva. Al no sufrir fricción y al tornarse opaca a ante cualquier mirada indiscreta que pudiera estar mirando, flotó hacia su objetivo, la estación espacial.

—Pero ¿qué pasa? —Organa se sobresaltó y casi suelta los controles del timón.

Sintió como que sonreía.

—Tranquilo, Senador. No hay de qué preocuparse.

—Para usted es muy fácil decirlo —murmuró Organa—. ¿Qué está haciendo?

—Imagine que soy el copiloto —contestó—. Y tranquilícese.

Flotando consigo mismo, inmerso en la Fuerza, la fuente de todo placer y goce, consiguió controlar aún más la piel y los huesos de la nave, ejerciendo su voluntad sobre la destartalada máquina. Le respondió, ya que ahora era parte de su cuerpo y respondía igual que uno de sus brazos o manos, y gracias a la Fuerza había pasado a formar parte de su carne y de su sangre. Sus ojos le mostraban la estación espacial, que rápidamente iba llenando el ventanal.

Igual que un tiburón que nada en aguas profundas y da coletazos nerviosos.

Empapado en serenidad, su capacidad de concentración era absoluta, y dejó que la oscuridad le atravesase como el agua a través de un tamiz. Sí, era peligroso. Se daría cuenta a su debido tiempo. Pero en aquel momento estaba inmerso en la luz de la Fuerza y allí se quedaría hasta que finalizase su tarea.

—Vire hacia el muelle —dijo Organa, cambiando el control del timón—. Hay sitio despejado para aterrizar.

Asintió ensimismado.

—Ya lo veo, Senador.

—Pero seguimos yendo demasiado rápido.

—Lo sé. —Inspiró profundamente, sintió el poder que brotaba de su sangre. Soltó todo el aire para imprimir su voluntad en la impasible goleta, tensando la Fuerza que rodeaba su robusta estructura. La nave fue perdiendo impulso. Planeaba más despacio. Más despacio. Más despacio. Apenas se movía. Y al ralentizar la nave, Organa llevaba el timón como un maestro, haciéndole dar piruetas como si fuese una bailarina en una ópera.

La goleta aterrizó en la estación espacial con la suavidad de un beso de verano.

Organa soltó un sonoro suspiro y se recostó en el asiento.

—Eso sí que ha estado bien. Ha sido… Ha sido…

—Ha sido la Fuerza, Senador —dijo Obi-Wan y se liberó de su abrazo sublime. Sintió la aterradora presión según tocaron tierra. Durante un segundo una aterradora sensación de pérdida le sobrecogió.

E incluso cuando la fuerte luz abandonó su sangre, sintió un frío latigazo de aprensión que se intensificaba.

Organa había activado los sensores y escaneaba la estación espacial.

—Nada —dijo, mirando alrededor—. Debe de tener algún tipo de escudo. No obtengo lecturas.

Obi-Wan todo su espada láser con la punta de los dedos, acorralando el griterío de sus instintos.

—Yo puedo obtenerla —dijo con gravedad—. Senador, ¿está seguro de que quiere hacer esto? ¿Será capaz? Responda sinceramente. Estamos al borde de un abismo.

En lugar de responder con bravuconería, Organa le miró. Incluso tras casi cinco días confinado en la nave espacial, el Senador estaba limpio, aseado e impecablemente vestido. Era un político consciente de sí mismo de la cabeza bien peinada a las botas relucientes. Pero sus ojos mostraban duda. Y en el fondo escondían miedo.

Entonces asintió.

—Sí, Maestro Kenobi. Estoy seguro y seré capaz. Debo hacerlo. Sé que probablemente parezca una locura, pero ahí está mi gente.

Obi-Wan apartó la mirada y la posó en la estación espacial. «Podría ponerle en su sitio sin ponerle un dedo encima. Debería hacerlo. Este hombre es un civil. Mi trabajo es protegerle a él y a las personas que hemos venido a ver».

Organa se desabrochó la funda del arma. Se aflojó el bláster en la cadera.

—Maestro Kenobi, estamos perdiendo tiempo. Sí. Era cierto. Y otras cosas. «Ahí está mi gente».

—Pues adelante, Senador —dijo, desenvainando su espada láser—. Vayamos a salvar a su gente, si podemos.

Quince

Al otro lado de la puerta del muelle había tres cuerpos. Todos hombres; cuando los vio, Bail tragó una mezcla nauseabunda de alivio e ira. Su contacto quizá podría seguir vivo, incluso si tres de sus compañeros habían muerto. Si aquellos hombres eran amigos, por supuesto. Bien podrían ser intrusos reducidos por los defensores de la propia estación.

Escuchó un zumbido detrás de él. Se giró empuñando el bláster, con los nervios a flor de piel, y vio que Kenobi había activado la espada láser. El Jedi iba delante de él, con el cuerpo ligeramente arqueado y la luz eléctrica y limpia de la espada alumbraba el pequeño muelle de intercambio, cuyas paredes tenían remaches metálicos y el techo, también metálico, descolorido. La puerta de la estación espacial estaba entornada y el pasillo que había detrás daba una luz naranja rojizo. ¿Luces de emergencia? Posiblemente. No había duda de que era una emergencia.

Kenobi se puso en cuclillas y comprobó el pulso de los hombres que estaban en el suelo.

—Están muertos —dijo, volviéndose a poner en pie lentamente.

Habría sido igual de chocante que no lo estuviesen; los tres tenían un horrible agujero ensangrentado en el pecho. A su alrededor había tres pistolas bláster tiradas en el suelo metálico y hundido. Kenobi las apuñaló con su espada láser con tres movimientos rápidos y metódicos. El metal de los blásters se fundió y formó un charco que empezó a dispersarse; el aire enrarecido se cubrió de un olor caliente.

Bail frunció el ceño.

—Ah, ¿no podríamos haberlos usado?

—Quizá —dijo Kenobi, encogiéndose de hombros—. Pero también podría haberlo hecho quienes mataron a estos hombres y todavía no sabemos de qué lado están.

Cierto. Notó perfectamente cómo el sudor le recorría la columna, cómo le bajaba por la cara, hasta los ojos. Notaba el fuerte latir de su corazón contra su pecho. Bail asintió.

—Tiene razón.

Kenobi, que pisaba suavemente con sus botas de piel flexible, atravesó la puerta entornada e inclinó la cabeza para escuchar. O quizá sentir. Algo Jedi, de todas formas. Miró a lo lejos de forma desconcertante y la espada láser le iluminaba la cara con extraños reflejos azules. De repente, Bail se dio cuenta de que seguía sobrecogido.

«Hizo flotar la nave con la Fuerza. Una nave entera. Y no ha sudado ni una gota. No esperaba algo así. No es algo que se vea todos los días».

—Senador —dijo Kenobi, levantando la vista—. El pasillo está despejado. ¿Está listo?

¿Estaba listo? Bueno, sabía manejar el bláster, eso sí. Los entrenamientos regulares en un campo de tiro de Coruscant le garantizaban que, como le habían dicho los expertos, tuviese buena puntería. Y, por supuesto, al ser descendiente de su Casa, de joven le habían enseñado ciertas técnicas y tácticas de defensa personal. Pero ahora la galaxia era un lugar distinto. Al creer que estaba preparado no le importaba lo remotas que fueran las

posibilidades de peligro; porque había visto por qué poco había escapado Padmé de la muerte en Coruscant; y porque sabía que la inminencia de la guerra lo cambiaría todo, quisiera él o no, había convertido en misión el hecho de ser mejor entrenado por expertos en el turbio mundo de la autodefensa más agresiva. Le habían entrenado bien. No había duda de que era… capaz.

Pero nunca había disparado contra un ser vivo. Nunca había intentado matar a nadie. Ni nadie había intentado matarle. Y parecía que ahora ambas experiencias eran inminentes, quizás en los próximos minutos. Detrás de él había tres hombres muertos en el suelo para demostrarlo. Hombres que antes habían disparado a otros. Hombres que seguramente habrían matado muchas veces.

«Creía que estaba preparado, pero quizá me equivoqué».

Pero en aquel momento no podía permitirse dudar ni pensar las cosas dos veces. En algún lugar de aquella desvencijada estación espacial había una mujer que había arriesgado su vida para ayudarle. No iba a abandonarla cuando ella necesitaba su ayuda. Cuando su vida podía depender de un disparo certero, Senador Organa.

Kenobi esperaba una respuesta.

Asintió, tenía la boca seca.

—Usted primero, Maestro Jedi.

—Manténgase cerca —dijo Kenobi. Tenía la frente arrugada y los ojos oscurecidos por pensamientos furiosos—. Si le digo que haga algo, debe hacerlo sin dudar. No es momento para el orgullo o la vanidad.

Bail abrió la boca para decir algo cortante, pero al final se tragó sus precipitadas palabras. «No seas tonto, Organa. Es general del Gran Ejercito de la República. Ha visto más luchas a vida o muerte en tres meses que las que tú verás en toda tu vida. Aquí y ahora es mucho mejor que tú en todo».

—Entendido, Maestro Kenobi. Le seguiré.

Kenobi asintió y su rostro se vio aliviado de algo de tensión.

—Bien.

Entraron en el silencioso y lúgubre pasillo de acceso pisando suavemente, respirando silenciosamente. Bail notó cómo se le erizaba el vello de la nuca. Había un rastro escarlata en el suelo metálico que les conducía hacia el final del pasillo, donde otra puerta, esta vez cerrada, bloqueaba su avance.

Sangre. Caminaban sobre sangre. Mientras seguía a Kenobi, que parecía ajeno a aquellas salpicaduras y manchas rojas, Bail notó que sus dedos se aferraban al bláster.

«Quizá pronto esté muerto. Esta podría ser la última vez en la que…».

—Controle sus pensamientos, controle sus emociones, Senador —dijo Kenobi sin girarse y mordiéndose la voz—. Céntrese en el momento. No deje que su mente se desvíe.

Así hablaba el Maestro Jedi a su sudoroso, nervioso e insólito aprendiz. Bail pestañeó con fuerza para aclararse la vista e hizo lo que tan secamente se le había dicho.

Llegaron al final del pasillo. La puerta que les impedía entrar en el interior de la estación espacial era de metal macizo y no se veía ninguna escotilla por la que pudiesen ver dónde se metían. Pero, al parecer, Kenobi no necesitaba escotilla; posó la palma de la mano izquierda en la puerta, cerró los ojos y… desapareció. No físicamente, por supuesto, sino mentalmente. Igual que había hecho en la cabina de mando de la nave espacial, su rostro se suavizó y adoptó una expresión de serenidad extraordinaria… aunque escondía matices más duros.

En el pasillo de acceso seguía reinando un silencio inquietante. La puerta tenía que estar insonorizada. Tras ella podía ocurrir cualquier cosa. Resultaba muy difícil esperar a que Kenobi hablase, a que compartiese lo que estaba descubriendo gracias a aquella misteriosa Fuerza. Ser paciente, como un Padawan, y hacer lo que le había dicho.

Kenobi espiró y volvió en sí. Sus manos asieron el pomo de la puerta. Estaba pegajoso por la sangre. Después se giró, toda la serenidad se había esfumado y ahora sólo se veía una determinación implacable en sus ojos.

—Esto se caldea, Senador. Prepárese. Ahora.

Kenobi abrió la puerta y entraron en un caos de sangre y muertes violentas.

No había tiempo para pensar, para sentir, para tener miedo. Sólo había tiempo para reaccionar, tal y como los expertos le habían enseñado. Su amplia mirada barrió la sala que tenía enfrente en busca de hostiles, en busca de zonas para ponerse a cubiertos, intentando diferenciar amigos de enemigos. Los cerrojos de los blásters gritaban en medio del caos y parecían disparar en todas direcciones. Era una especie de centro de mando, con consolas, mesas, sillas y equipamiento, paneles de satélites de comunicación, una estación de armamento, cuatro pilas de monitores, estanterías y piezas sueltas diseminadas por el suelo. El aire apestaba a la energía de las descargas de las armas y a la bruma de humo acre de los cables y el equipamiento que habían ardido. Por todas partes parpadeaban pequeñas llamas ávidas. Vio tres droides de ataque protegidos con escudos muy pesados y por sus brazos armados y extendidos corría un fuego implacable, mortal y tenue. Tres hombres, al parecer sus aliados, se agacharon para ponerse a cubierto y dispararon sus ostentosos blásters sin parar. Otros dos hombres cayeron muertos al suelo. No había forma de conocer su origen, ni siquiera de qué lado habían luchado.

Mientras Bail se echó tras una mesa volcada para ponerse a cubierto, con el bláster extendido y el dedo tensado sobre el gatillo para disparar a los droides de ataque, vio a una mujer que devolvía el fuego tras una de las cuatro pilas de monitores, exponiéndose para aumentar sus posibilidades de acertar. Tenía una complexión atlética, iba ataviada con un mono ceñido gris oscuro brillante y el cabello rubio recogido en una larga trenza. Todo en ella sugería determinación y coraje.

Giró la cabeza y le vio. Una sonrisa torcida, furiosa, aliviada y salvaje se esbozó en su rostro agresivo y rudo, y pronunció su nombre «Organa» con una voz que se perdía en la cacofonía. Entonces, sin salir de su escondrijo, se sacó un comunicador del bolsillo y se lo mostró. Era una señal. Un gesto para decirle que ella era, en efecto, su misteriosa benefactora. Pero antes de que pudiese gritarle o preguntarle su nombre, se desembarazó

del intercomunicador y se agachó tras los monitores ya que otra cortina de fuego de bláster intentaba aniquilarla.

Los ojos le ardían y los oídos le pitaban porque el ruido en aquel espacio confinado era atroz y hacía que hasta los huesos se sacudiesen. Bail se ahogaba en aquel humo fétido y buscaba a Kenobi. Le encontró inmediatamente y casi se ahoga en un grito. «Idiota, estás loco, ¿qué estás haciendo?».

Kenobi se había convertido deliberadamente en objetivo y se exponía entre la puerta y el ala más próxima a la consola de mando desviando intencionadamente el fuego de dos droides y de tres hombres.

Su espada láser era un borrón azul que se movía a toda velocidad, desviando las ráfagas de disparos de bláster hacia el suelo, el techo, hacia los droides o los humanos. Su defensa ofensiva parecía que no le costase nada y su cara era como una máscara de rigurosa concentración. Sin miedo. Sin vacilación. Sino una confianza suprema. Hacía una mueca con los labios como esbozando una sonrisa.

Aturdido, Bail sacudió la cabeza. «Está disfrutando. ¿Está disfrutando? Está loco de remate».

Pero loco o cuerdo, Kenobi también era brillante. Los hombres habían buscado un lugar mejor para ponerse a cubierto, y los droides de ataque estaban empezando a ceder terreno en su favor. El de la izquierda se movió lentamente, de modo dispar, y parecía que el escudo se le caía. Los labios de Kenobi trazaron una sonrisa feroz y centró los disparos que desviaba en la débil máquina. Se arriesgaba aún más, pero no parecía darse cuenta, o que le importase.

No estaba seguro de si Kenobi necesitaba ayuda y como no era capaz de hacer nada, Bail apuntó su bláster hacia el mismo droide vulnerable y disparó. El escudo del droide se tornó escarlata y se derrumbó con un chirrido moribundo. Medio segundo después, el droide explotó con una ráfaga blanca de fuego y metralla. Vio a Kenobi dar un salto vertical, sin dejar de hacer girar la espada láser, para escapar de la explosión incluso cuando el otro droide había aumentado la ferocidad de su ataque contra él y dos de los hombres se le habían unido en un nuevo asalto.

—¡Organa, detrás de ti!

Era la mujer rubia, su contacto, que se había negado a decirle su nombre. Abandonó a Kenobi a la suerte de sus increíbles armas Jedi, Bail se giró para ver a otro droide y a otros dos hombres que se abrían paso en el centro de control de la estación espacial a través de una puerta que no había visto en la pared más lejana y parcialmente oscurecida.

«*Fierfek*». Fuera quien fuese el enemigo, era un ejército pequeño.

El instinto, el entrenamiento y la desesperada determinación de supervivencia se lo tragaron entero. Intentaba encontrar un lugar tras el que ponerse a cubierto, perfectamente consciente de que ahora que tenía enemigos armados delante y detrás de él, y quizás a ambos lados, recordó algo que le había dicho uno de sus instructores militares: «Podemos y queremos que estas situaciones parezcan auténticas, Senador, pero nada puede equipararse a la sensación de estar en un combate real».

El Capitán Varo no había exagerado ni un ápice.

Jadeaba, se sentía maltrecho, magullado y extrañamente desconectado mientras el tiempo se aceleraba y se ralentizaba, combándose a la perfección a su alrededor. Bail agotó toda la potencia de la carga de su bláster contra el enemigo, la cambió por otra que llevaba en el cinturón, con dedos temblorosos pero seguros, *y* siguió defendiendo su propia vida y la vida de su benefactora anónima. No veía a nadie más luchando con ella, lo que significaba que estaba sola en la estación… que los compañeros que pudiese tener estaban muertos.

El aire estaba tan viciado por el humo que ver resultaba difícil, y respirar incluso más. Sentía cómo se le tensaban los pulmones, cómo se le revolvía el estómago. Notaba un sabor amargo y repugnante en la lengua que le empapaba las membranas mucosas de la boca. Probablemente era tóxico, probablemente con cada bocanada de aire, cada respiración, se envenenaba. Pero no tenía tiempo para preocuparse de aquello. No podía preocuparse del escozor de la quemaduras que tenía en la cara y las manos, ni de los minúsculos cortes que tenía en la camisa, los pantalones y la piel de las astillas de metal que se habían desprendido de las consolas, del suelo y las paredes de la estación espacial con la interminable cortina de fuego de los blásters. No podía pensar en los tres hombres que había abatido con su arma. Ante su afinada pericia. No había duda de que el Senador Organa tenía muy buena puntería.

Entre la nube de humo localizó a Kenobi, un borrón en movimiento y el reflejo de una espada láser, mientras saltaba y giraba alrededor del pequeño y concurrido centro de mando. En aquel lugar había tantos peligros, tantas posibilidades de cometer errores de cálculo… y morir. Pero el Jedi no apoyaba un pie en falso. Si algo se interponía en su camino, la Fuerza lo impulsaba en un salto y le transformaba en una mancha en movimiento, siempre consciente de cualquier obstáculo potencial. Había abatido a otros dos droides de ataque. Al menos a un hombre. ¿Cuántos quedaban? No lo sabía, no podía contarlos, estaba ebrio de adrenalina, aturdido por todo aquel ruido. La cabeza le zumbaba. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? Parecían días. Otras veces momentos. Como si hubiese vivido toda la vida en guerra.

Apuntó con el bláster a otro de aquellos droides, apretó el gatillo y el arma emitió un zumbido. Estaba descargada. No, no. El escudo del droide estaba dañado y echaba chispas mientras se acercaba tambaleándose a él y a la mujer rubia, y a él sólo le quedaba una carga para el bláster. Ella seguía disparando, su arma aún tenía munición. Exhausto y medio cegado por el sudor y el humo, extrajo la carga vacía y se las arregló para poner la nueva. El maldito chisme se había encasquillado, se había encasquillado, no era posible, no no no no no. Vamos, vamos.

Encajó bien la carga, notó cómo la carga asentaba en el bláster, se giró y lo levantó para disparar… mientras uno de los droides de ataque que quedaban volvió a atacarle con furia. Vio cómo saltaba por los aires el borde de una de las consolas. Oyó un grito desgarrador. Vio que Kenobi se daba la vuelta y sobre la derecha de la consola, devolviendo los disparos de bláster de los droides y desviándolos también hacia el otro

enemigo humano, al que mantenía acorralado e impotente. Una estrategia inteligente. Entonces, se volvió a escuchar el mismo grito agudo, cuando había desviado el último disparo contra su objetivo. Aún mejor. La buena noticia era que el único droide de ataque que seguía en activo había dejado de disparar. Al menos uno de los disparos de bláster desviados había dado en el blanco.

Aterrizó justo al lado del droide del escudo debilitado y Kenobi lanzó su espada láser contra sus defensas, atravesándole el nódulo de control central. Matándolo… si es que se puede matar una máquina.

Entonces un extraño silencio se apoderó de todo y sólo se rompió con el sonido de una mujer agonizando, haciendo su lucha por permanecer en silencio aún más terrible.

Kenobi, que ahora parecía cansado —*¿y* quién iba a decir que aquello fuese posible?—, volvió a darse la vuelta alzando la espada láser.

—Se acabó —dijo, mirando el humo que flotaba en el aire—. Seas quien seas, eres el último que queda y no puedes derrotarme. Ni tampoco el droide de ataque que tienes al lado. Ambos sabemos que se acabó. Entrega tus armas y prometo que nadie te hará daño. No tienes que morir aquí. Ya ha habido suficiente muerte.

El último hombre no pronunció palabra. Bail levantó la cabeza con precaución y acertó a ver algo del enemigo superviviente en la zona más apartada de la consola de comunicación, carbonizada y destrozada. Herido y furioso, se echó la mano ensangrentada al hombro quemado. Estaba desesperado por ver a su contacto herido, pero no se atrevía a moverse. Herido o no, el enemigo seguía armado y parecía dispuesto a disparar.

—No seas idiota —dijo Kenobi. En su voz se apreciaba una pequeña fisura de tensión. Era brillante, pero era humano y había sufrido lo peor de la batalla—. Atrás.

Bail vio que el hombre se movía. Vio cómo bajaba el bláster lentamente. Le oyó decir «De acuerdo. Muy bien, me rind…».

El droide que tenía a su lado abrió fuego… estaba claro de que no estaba tan inutilizado como creían. Tres disparos rápidos y el hombre que pretendía rendirse estaba muerto. Y entonces, Obi-Wan se abalanzó sobre él y el droide estalló formando una columna de humo. Al saltar recibió los impactos de la metralla en llamas, que le dejaron chamuscado y humeante y, por primera vez, le hicieron perder el equilibrio. Aterrizó con torpeza, con la espada láser desconectada mientras tropezaba con uno de los montones de monitores parcialmente destruidos.

Bail se tambaleó y cayó al suelo tosiendo.

—Maestro Kenobi, ¿está bien?

El Jedi se irguió y se dio media vuelta. Su rostro estaba rodeado de sudor y humo.

—Sí. ¿Está ileso?

Asintió, aunque cien dolores menores, o quizá no tanto, reclamaban toda su atención.

—Estoy bien. Pero mi contacto…

—Haga lo que pueda por ella —dijo Kenobi, reiniciando su espada láser—, mientras me aseguro de que no haya más sorpresas esperándonos en cualquier otra zona de la estación.

Mientras Kenobi abandonaba el centro de mando de la estación, Bail se abrió paso entre los escombros ardientes hasta la mujer que había ido a conocer. Yacía de espaldas, con la cara sangrando lentamente por un corte, respirando con dificultad y con una mirada vidriosa que no auguraba nada bueno. Su alivio cuando lo vio fue palpable y a Bail se le hizo un nudo en la garganta. ¿Estaba preocupada por él? Ah, piedad.

—Organa —susurró y la voz le burbujeaba en la garganta. Era el sonido de alguien que, aún rodeado de tierra firme, se ahogaba. Su mono gris oscuro estaba hecho jirones y empapado en sangre. Tenía graves heridas en el pecho y el vientre y en el brazo derecho la carne dejaba el hueso casi al descubierto.

Se arrodilló, dejó el bláster a un lado, le cogió la mano sana y se la apretó suavemente.

—Sí. ¿Me dirás ahora cómo te llamas?

—Alinta —dijo y apretó los dientes contra el labio inferior mientras un espasmo de dolor la recorría de pies a cabeza.

—¿Qué ha pasado aquí, Alinta? —preguntó, acercándose un poco más—. ¿Quién os ha atacado? ¿Y por qué? ¿Tiene que ver con los Sith?

—No —dijo y la palabra sonó casi como un quejido—. Otra… misión. Un engaño. Piratas de Kalarba. Entraron… tan rápido. Bloquearon los equipos, nos atacaron… por sorpresa. No tuvimos tiempo… de avisaros. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Le puso la mano en los labios.

—No digas eso, Alinta. Ni se te ocurra. Después de todo lo que te debo. Después de todo lo que has hecho por Alderaan. Por la República.

Apoyó la cabeza contra el marcado suelo metálico que tenía debajo.

—No lo suficiente —dijo con voz apagada—. Podría hacer mucho más. Pero ahora… ahora…

—Alinta —dijo, apretando sus dedos contra los suyos—. No pienses así. Tienes que aguantar.

Sus labios se torcieron para esbozar mueca parecida a una sonrisa.

—No puedo, Organa. Me muero.

—No —dijo, aunque en el fondo sabía que negarlo era inútil—. Por favor. Aguanta un poco más. Inténtalo. No puedes abandonar, no puedes… —Oyó algo detrás de él que le hizo girarse. Era Kenobi, que había desactivado su espada láser y la había vuelto a colgar de su cinturón—. ¿Y bien?

—No hay más supervivientes —dijo Kenobi en voz baja mientras se apoyaba en una rodilla.

Alinta se movió y de sus labios escapó un ligero sonido de angustia.

—¿Nadie? ¿Han muerto todos? ¿Toda mi gente?

—Eso me temo —dijo Kenobi con voz suave—. Lo siento mucho.

Bail le apretó la mano y, ahora, además de su dolor, sentía cómo su pesar la hacía estremecerse.

—Maestro Kenobi, ella es Alinta —dio con voz temblorosa—. Una amiga de la República. Mi amiga. Una amiga muy querida. ¿Puede ayudarla?

Kenobi posó el dorso de su mano en la frente de Alinta. Su mirada se volvió introspectiva por un momento y después meneó la cabeza.

—Lo siento —repitió—. Mis dotes curativas son insuficientes para atender sus lesiones.

—¿Ni siquiera va a intentarlo?

Sus ojos lloraban… y no sólo por el humo.

—¿Cómo no va a intentarlo? ¿Cómo no…?

—Organa… —susurró Alinta—. No pasa nada. —Su mirada perdida se dirigió a Kenobi—. El bolsillo izquierdo del mono. Cristal de datos. Las coordenadas de Zigoola para el ordenador de navegación.

Kenobi cogió el cristal de datos y lo deslizó en el bolsillo interior de su túnica.

—Gracias, Alinta. ¿Qué puedes decirme sobre ese planeta?

Bail le miró. ¿Qué? ¿Qué le pasaba? ¿Aquella mujer estaba agonizando y él la interrogaba? Sintió que la ira se apoderaba de él de tal forma que parecía acabar con los insignificantes malestares que sufría su cuerpo.

—Maestro Kenobi…

El Jedi lo atravesó con la mirada.

—Hay preguntas que debo hacer, Senador. Si es cierto que Zigoola es un planeta Sith, necesito toda la información que pueda reunir. No podemos permitirnos volar a ciegas.

—Espacio Salvaje —dijo Alinta con una voz casi inaudible bajo la que se escuchaba un horrible burbujeo—. Zigoola… en el Espacio Salvaje.

—¿Qué más? —dijo Kenobi y le puso la mano en el hombro. Y aunque fuese peligroso y perverso, estuvo a punto de sacudirla—. Alinta, ¿qué más? ¿Cómo sabes que es un planeta Sith? ¿Cómo sabes que planean atacar a los Jedi? ¿Qué tipo de ataque están preparando? ¿Qué debería buscar cuando llegue allí? —Volvió a acercarse a ella—. Alinta, ¿los Sith están en Zigoola?

Bail estaba asqueado y observaba cómo Alinta levantaba sus espesas pestañas.

—No. No hay Sith —dijo con voz fantasmal—. Un templo. Artefactos. Planes. Ubicaciones… en el cristal de datos.

—¿Planes? ¿Planes de los Sith? —preguntó Kenobi—. ¿Te refieres a sus planes para atacar a los Jedi?

En aquel momento la cara de Alinta perdió todo atisbo de color. Bajo la sangre seca, sus labios se tornaron azules.

—Sí.

Kenobi se llevó el dorso de la mano a la boca, apretó los dedos y frunció el ceño.

—¿Y cómo sabes todo esto? ¿Has estado en Zigoola? ¿Has visto esas cosas con tus propios ojos, Alinta?

—Organa… Bail. —La piel pálida de Alinta pareció convertirse en cera. De una forma extraña, mientras la muerte la acechaba, parecía más joven—. Yo… nunca te he… mentido. Confía en mí. Por favor.

—Confío en ti, Alinta —dijo, rozándole la mano fría—. Te creo. No pasa nada.

Ella alzó la vista para mirarle, y mientras él contemplaba su rostro con desesperación, vio cómo las marcas del dolor se iban difuminando poco a poco alrededor de sus ojos y de su boca.

—Estación espacial —susurró—. Autodestrucción. Proteger… secretos. ¿Prometido?

Una vez más se llevó las manos a los labios.

—Sí. ¿Cómo?

Sus pestañas se cerraron.

—Bolsillo derecho. Un cristal de datos. Consola de comunicación central. Insertadlo… y corred.

—Lo haré —dijo—. Lo haré. Alinta. ¿Alinta? Pero Alinta se había ido.

Sin mirar a Kenobi, sin confiar en lo que podía decir o hacer, sacó el cristal de datos del otro bolsillo de su mono y se puso en pie, no sin esfuerzo, para dirigirse hacia la desvencijada consola de comunicación central plagada de disparos de bláster.

—Senador, no sé si debería…

—No le pedido su opinión, Maestro Kenobi —dijo con frialdad—. Pero acabo de hacerle una promesa a una mujer moribunda e intento mantenerla.

—Por todos los medios —dijo Kenobi detrás de él—. Pero primero deberíamos ver si es posible contactar con el Templo Jedi desde aquí.

Fierfek. Tenía razón. Así que comprobaron todas las consolas hasta que encontraron el control del satélite de comunicaciones… que ahora era una maraña de cables y metal fundido, víctima de múltiples impactos de bláster.

Bail miró a Kenobi.

—Parece que no servirá.

Se giró hacia el centro de la consola, que por suerte no había sufrido daños graves. Colocó el cristal de datos en la ranura e insertó la mitad de la llave de autodestrucción.

—A la de tres y echamos a correr. Uno… dos… tres.

Empujó el cristal y esperó, para asegurarse de que la consola había recibido las instrucciones para destruir la estación de Alinta. La consola de comunicación se encendió, el cristal de datos se puso rojo y unos dedos apremiantes le apretaron el brazo.

—Correr o morir, Senador —dijo Kenobi con ojos centelleantes—. Es su elección… pero decida ahora.

Corrió.

Con la nave desconectada del muelle y a una distancia segura, ocupó el asiento del piloto y vio cómo volaba por los aires la estación espacial de Alinta, llevándose la nave de los piratas con ella. Había algo insoportablemente melancólico en las explosiones silenciosas, tan breves y brillantes en la medianoche aterciopelada del espacio. Una pira funeraria debería prolongarse más, para que los muertos fuesen honrados como merecían.

—Lo siento —dijo Kenobi tras él—. Pero estaba herida de muerte.

Asintió.

—Lo sé.

—Y siento haber…

—No es necesario —dijo secamente—. Fue su decisión. No quiero hablar de ello.

Silencio. Entonces Kenobi suspiró.

—¿Era la primera vez que luchaba por su vida, Senador? ¿La primera vez que mataba?

Pasó un momento antes de que pudiese confiar en su respuesta.

—Sí.

—Entiendo.

Y probablemente era cierto. Él también había vivido una primera vez. Sin duda, muchos años antes de aquel día. Pero tampoco quería hablar de aquello. La única persona con la que quería vaciar su alma sobre lo que había hecho, con lo que había tenido que hacer, en la estación espacial de Alinta era Breha. Y acabaría haciéndolo. Sin embargo, por el momento, ni siquiera quería pensar en ello. ¿Para qué hacerlo? El pasado no podía dejar de escribirse.

—Debemos hablar de una cosa, Senador —dijo Kenobi con mucho tacto—. Si avanzaremos o no hasta Zigoola.

Dio vueltas en el asiento del piloto.

—¿Por qué no habríamos de ir? La muerte de Alinta no cambia nada, Maestro Kenobi. Contamos con la información que nos ha dado. Y no murió por ella, murió a causa de su trabajo. Un trabajo del que he obtenido grandes beneficios. Quiero ver adonde conduce esto. ¿Usted no?

Kenobi meneó la cabeza. El sonriente guerrero que había defendido su posición contra los aterradores droides de ataque y los piratas asesinos había desaparecido. También se había desvanecido el implacable interrogador que había cerrado su corazón al sufrimiento de una mujer moribunda. Aquel hombre casi parecía ordinario… y agotado.

—Desaprueba la forma en que le hablé a Alinta —dijo con las manos entrelazadas—. Y lo entiendo, Senador. Pero la desapruebe o no, debe darse cuenta de las muchas preguntas sin respuesta que nos ha dejado su muerte. Lo único que tenemos para guiarnos son las coordenadas para el ordenador de navegación y la afirmación en su lecho de muerte de que la amenaza Sith es real. Creo que *es*... problemático. Zigoola podría ser una trampa. Y llevarle hacia una trampa no forma parte de mis órdenes.

Bail meneó la cabeza. Se sentía tan cansado como aparentaba Kenobi.

—Así que ya hemos cerrado el círculo, ¿no? ¿Ya estamos discutiendo otra vez si mi contacto es de fiar? ¿Si puede confiar en mí para que ninguno de los dos acabe muerto? Maestro Kenobi, creía que al menos había demostrado mis competencias en ese aspecto.

Aunque, distraído, se había olvidado el bláster, que había estallado en mil átomos que flotaban aleatoriamente en el espacio.

«No es mi mejor momento. Supongo que se trata de vivir y aprender».

—Senador, se ha defendido bien —dijo Kenobi con cuidado—. Pero podría haber muerto fácilmente.

—Y usted también. Y cualquiera en estos tiempos de guerra. —Se echó hacia atrás en el asiento del piloto, frunciendo el ceño—. ¿Debería ponérselo más fácil, Maestro Kenobi? ¿Debería, con mi capacidad de Senador de la República Galáctica, ordenarle que me acompañe a Zigoola?

Kenobi apretó los labios y cruzó los brazos.

—Yo no lo aconsejaría.

Se miraron, ambos herido y cansados. Y entonces Bail suspiró.

—Tenemos que irnos, Maestro Kenobi. Y lo sabe. Ninguno de los dos conseguirá dormir si no descubrimos la verdad sobre los Sith.

Tras un largo silencio, Kenobi asintió. Era reacio.

—Muy bien, Senador. Iremos.

—Bien —dijo—. Entonces entrégueme el cristal de datos y pongámonos en camino.

Dieciséis

Espacio Salvaje.

Sólo aquella extravagante expresión bastaba para que un hombre se detuviese. Evocaba misterio, aventura, el mundo virgen y desconocido. Era un término que encendía la más inerte de las mentes. Se refería al espacio que existe más allá de los límites de lo seguro, de lo predecible. Donde peligros que nunca habían sido presenciados por el ojo humano acechaban, esperaban a los incautos e insensatos. El gran vacío. El horror de la nada. Donde un planeta Sith llamado Zigoola se había ocultado durante siglos.

Mientras observaba la otredad del hiperespacio a través del ventanal, y a pesar de su fuerte nivel de compromiso con la misión, Bail se preguntaba: «¿Estoy haciendo lo correcto?». Porque si aquella alocada empresa fracasaba, si moría, le dejaría a Breha un gran caos pendiente.

Pero su mujer diría que no había tenido opción. Que ayudar al Jedi había merecido la pena.

«Incluso cuando los Jedi están convencidos, ¿no necesitan ayuda?».

Sí, diría ella. Porque un amigo no permite que otro amigo le deje.

Lo que sonaba bien en teoría. El único contratiempo para Breha era el hecho de que él y Obi-Wan no eran amigos, y era una situación que no tenía trazas de cambiar con el tiempo. Lo que, para su sorpresa, era algo que lamentaba. Porque a pesar de toda aquella prepotencia Jedi y aquella alarmante falta de piedad, tan inesperada y desafiante, Kenobi era un hombre admirable. Además de resultar una compañía sorprendentemente agradable, cuando no daba órdenes… ni hacía gala de su increíble abanico de habilidades Jedi. Cuando estaba relajado, y no se comportaba como un Jedi, Kenobi era inteligente, intuitivo y poseía un ingenio oculto.

«Y lo mejor de todo, no tengo ni una sola cosa que desee. ¿Cuántas veces puedo decir que conozco a alguien que no quiera nada de mí?».

Muy pocas. Los días del Senador Organa estaban llenos de personas a las que sólo les importaba su posición, su influencia. Le halagaban, le hacían reverencias, le suplicaban. Quienes no le conocían bien o no habían prestado la suficiente atención a las noticias incluso intentaban sobornarle, algo que acabarían lamentando. Pero Kenobi era todo lo contrario. A aquel hombre le resultaba indiferente el origen de su familia, el poder político, la influencia social.

Aquella estaba siendo una… experiencia… saludable.

Como descendiente de una antigua familia de nobles, había tenido privilegios desde la cuna. Y aunque nunca lo habían consentido, no era tan ingenuo como para no reconocer sus ventajas. Un hogar magnífico. Padres cariñosos. Asistentes personales que le atendían servilmente. Humanos, no droides. Sí, desde niño le habían enseñado que aquellas ventajas requerían un servicio a cambio, pero aquello no cambiaba el hecho de que no había pasado hambre en toda su vida. Era un Príncipe. El Príncipe de Alderaan. Un miembro de sangre azul del club más exclusivo: la clase dirigente.

Si no hubiese sido apuesto, nunca lo habría sabido. Todos le habrían dicho que lo era.

«Todos excepto Obi-Wan Kenobi. Dudo que haya dicho una sola mentira piadosa en toda su vida».

Muy bien, la opinión poco favorecedora de Kenobi sobre los políticos resultaba irritante. Pero dadas las severas observaciones sobre otros Senadores que solía intercambiar con Padmé, no podía decir que aquel hombre estuviese totalmente equivocado.

«Pero conmigo sí que se equivoca».

El crono de la consola marchaba al ralentí y la pantalla brillaba con luz tenue. Ya habían pasado nueve horas de un viaje de once. Quedaban dos horas para llegar a Zigoola. Dos horas para demostrarle a Kenobi de una vez por todas que Alinta era todo lo que él decía. Para que pudiesen utilizar su información para una buena causa, para que pudiese descansar verdaderamente en paz.

«Te lo prometo, Alinta. Derrotaremos a los Sith. Ese será nuestro mayor legado».

En el compartimento de pasajeros que tenía detrás, se oyó un grito de Obi-Wan Kenobi.

Aturdido, Bail casi se cayó del asiento del piloto y tropezó contra la parte de atrás de la nave. Kenobi volvió a gritar en su litera, sacudiéndose, golpeando con la cortina rígida de la litera con puños y pies.

—¡Sacádmelos! —gritó asfixiado—. ¡Sacádmelos!

Bail se arrodilló sin saber qué hacer. Después de haber estado en la estación espacial y haber visto de lo que era capaz Kenobi, era reacio a ponerle un solo dedo encima. Era mucho más seguro intentar acercarse poco a poco.

—No ocurre nada, Maestro Kenobi. Aquí no hay nada.

Kenobi le ignoró, o no podía oírle mientras agonizaba en el delirio de la plaga sullustan. Tenía las mejillas y la frente llenas de marcas rojizas. En cualquier momento empezaría a sangrar.

Precaución. Bail le agarró las muñecas y le sujetó con firmeza.

—¡Maestro Kenobi, escuche! ¡Aquí no hay nada! ¡Lo juro! —Pero seguía sin responder. Kenobi se retorcía y forcejeaba—. ¡Detente, idiota, vas a hacerte daño!

Aturdido, Kenobi le miró.

—¿Senador?

Su mirada recorrió todo el compartimento de pasajeros, aunque no recordaba bien dónde estaban.

—¿Qué ha pasado?

Bail le soltó y se echó hacia atrás para dejarle espacio.

—Dígamelo usted. Estaba meditando y, de repente, gritaba lo suficiente para resucitar a los muertos.

—Era un sueño —murmuró Kenobi—. Un recuerdo.

Se estremeció y se movió para apoyar la espalda contra la litera que tenía detrás. Después se llevó las rodillas al pecho y se rodeó las piernas con los brazos.

Bail le miraba; era un gesto de vulnerabilidad desconcertante. Desentonaba con el vivo recuerdo del Jedi que hacía flotar la nave con el poder de su mente… y salía ileso de una lluvia de disparos de bláster que habría acabado con cualquier hombre corriente.

Sin embargo, era el mismo Jedi que estaba allí sentado, perdido y confuso. Era más que improbable que aquel hombre diese una sola orden.

Se puso en pie, se sacudió las pelusas de la alfombra de los pantalones y a continuación se retiró a la cocina y le sirvió a Kenobi dos dedos de brandy corelliano. Volvió al compartimento de pasajeros y le tendió el vaso.

—Beba —dijo severamente—. Y si cree que no lo necesita, vaya a mirarse al espejo.

Kenobi cogió el vaso sin rechistar y se volcó el contenido en la garganta. Y si aquello no le daba una idea de que le habían temblado hasta los cordones de las botas, bueno…

—Gracias —dijo con voz ronca al devolverle el vaso.

Bail lo meneó.

—¿Más?

—No.

Puso el vaso en el minúsculo fregadero de la cocina y se dirigió a la silla más cercana para sentarse.

—¿Debería preocuparme? Me refiero a la misión.

—No —contestó Kenobi. A pesar del brandy seguía pálido, con marcas lívidas de dedos en su piel descolorida—. Siento haberle molestado, Senador.

—Bueno… —Apoyó los codos en la mesa—. Nos dirigimos a un planeta en el que hay un templo Sith que, por lo visto, contiene artefactos Sith para utilizar contra un objetivo desconocido y usted tiene pesadillas… ¿Es una mera coincidencia?

—Correcto.

Maldita sea.

—Maestro Kenobi, teníamos un acuerdo —dijo fríamente—. Lo que usted sepa, debo saberlo yo. ¿Recuerda? Kenobi le miró.

—Lo recuerdo.

—Entonces, ¿con qué soñaba? ¿Qué recuerda? —Nada relevante. Era personal, Senador. No tenía que ver con Zigoola.

—¿Cómo puede estar seguro?

—¡Porque lo estoy! —Kenobi se puso en pie de forma violenta, sin hacer gala de sus facilidades habituales—. Era mi sueño y creo que sé lo que significa.

—A eso me refiero —dijo Bail—. Ahora yo también quiero saberlo. Ambos sabemos que es perfectamente capaz de adaptar la verdad siempre que le conviene.

Kenobi levantó la barbilla y sus ojos brillaban con ira.

—Era sobre un incidente de mi infancia.

—De su infancia —repitió y notó el escepticismo—. ¿De verdad?

—Sí, de verdad —dijo Kenobi—. Yo también fui niño.

Debería haberlo dejado quedar ahí. En realidad, lo que Kenobi había soñado no era de su incumbencia. Y si el Jedi había dicho que no estaba relacionado con la misión, debería

haber aceptado su respuesta. Se trataba, después de todo, de una cuestión de confianza. Y para obtenerla, había que demostrarla. Pero lo que quería saber en realidad era qué conseguía alterar a un hombre como Obi-Wan Kenobi. La curiosidad era su mayor pecado.

—Entonces… ¿qué ocurrió en su insólita infancia? —dijo cediendo a la tentación.

Durante un largo momento de silencio, Kenobi sólo le miró. Después cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Tenía trece años. Casi catorce. Estaba en un viaje a Taanab que formaba parte de mi entrenamiento Padawan con Qui-Gon. Realizaba un ejercicio que consistía en buscar la Fuerza con los ojos vendados. Como era joven e inexperto, subestimé su complejidad. En consecuencia, caí en una fosa llena de escarabajos de fuego.

—¿Escarabajos de fuego? —dijo Bail, estremeciéndose—. Creía que esas cosas se habían erradicado hace treinta años.

Kenobi levantó la mirada.

—Sí, de las zonas pobladas. Estábamos en un páramo de la Península de Ba-Taanab —dijo, esbozando la más tenue de las sonrisas irónicas—. No tiene sentido hacer un viaje así si no se encuentran obstáculos.

¿Obstáculos? ¿El Jedi consideraba que los escarabajos carnívoros eran obstáculos? «Cuanto más sé de ellos, menos entiendo. Me pregunto qué les parecería un nido de gundarks. ¿Una mera diversión?».

—Debió de ser… terrible.

—Para nada —dijo Kenobi educadamente—. Fue muy divertido.

«No, casi se te comen vivo». Pero no dijo eso. Desearía haber mantenido la boca cerrada. No era de extrañar que Kenobi se hubiese puesto a gritar como en trance.

—Mire…

—Por suerte no me hice daño —continuó Kenobi—. Y al final, el incidente resultó ser una valiosa lección sobre la insensatez del exceso de confianza.

Una valiosa lección. Bail disimuló su perplejidad.

—Bueno, al menos el viaje no fue una pérdida de tiempo.

Kenobi ignoró lo que acababa de decir y volvió a fruncir el ceño.

—Exceso de confianza —murmuró y la expresión de su rostro se agudizó—. Fue un error. La memoria es relevante. En resumen, es un aviso. Y sería una negligencia por mi parte no prestarle la debida atención. Al no frenar su exceso de confianza, Senador, al permitirle que haga caso omiso de mis juicios, le estoy poniendo en peligro.

Bail se enderezó.

—¿Qué? ¿Cómo que tengo exceso de confianza?

—Insiste en ir a Zigoola cuando no está preparado para una misión como ésa.

—Creía que habíamos llegado a la conclusión de que soy capaz de valerme por mí mismo.

—Contra droides y piratas, sí —dijo Kenobi con desdén—. Pero ahora estamos hablando de los Sith.

—Alinta dijo que los Sith no estaban en Zigoola.

—Sé lo que dijo, Senador. Pero podría estar equivocada. —Kenobi meneó la cabeza como si estuviese tratando con un Padawan que tardaba en aprender—. ¿Se ha parado a pensar esto un momento? Antes de hoy nunca había luchado por su vida. Su vida nunca había peligrado. La peor derrota que ha sufrido ha sido en el Senado, al no conseguir las enmiendas legislativas. Sin embargo, sigue creyendo que está cualificado para acompañarme a un planeta Sith. Un político nacido entre lujos y privilegios. ¿Qué es eso sino exceso de confianza?

Ah. Bail se aclaró la garganta.

—No tenía ni idea de que me despreciase tanto.

Kenobi parecía verdaderamente sorprendido.

—No le desprecio. Al contrario que muchos de sus colegas, nunca ha sacado provecho de las ventajas que ha heredado. Siempre que le ha sido posible, ha utilizado su poder político para mejorar millones de vidas. Eso es admirable, Senador.

No sabía si sentirse insultado o halagado.

—Entiendo.

—No, me temo que no —dijo Kenobi al no poder, o no querer, ocultar su frustración—. Porque fuera del Senado, el poder político no significa nada. ¡A esta distancia de la influencia de la República su único valor es que Alderaan pagaría un rescate para que volviese a casa!

—Entonces no tengo valor alguno, Maestro Kenobi. Mi gobierno tiene instrucciones muy precisas de no llevar a cabo negociaciones a cambio de mi vida.

Una vez más, Kenobi se sorprendió.

—¿De verdad?

Se rió, aunque la situación no le divertía.

—¿Qué? ¿Cree que nunca se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de un secuestro?

Tomó el silencio del Jedi como una respuesta elocuente.

—De verdad, Maestro Kenobi —dijo—. Debería templar estos extravagantes halagos. —Se puso en pie—. No niego que el campo de batalla que he elegido sea el Senado y no lugares como Geonosis o Christophsis, pero la elección no me hace inferior a usted. Y parece que ha olvidado que estamos aquí porque yo soy político. Soy yo quien se ha enterado del complot de los Sith. No usted.

—Sí. Sin embargo, nuestras circunstancias han cambiado significativamente desde entonces —replicó Kenobi—. Tenemos la información que buscábamos gracias a su contacto. Para ser franco, Senador Organa, ya no le necesito. Quizá sus éxitos en política sean admirables, ¡pero esta molesta insistencia en jugar a los héroe no lo es!

Silencio. Bail le miró, atónito. Nadie le hablaba así. Nadie. A continuación, mientras la marea su propia ira iba subiendo, vio algo extraño destello en los ojos de Kenobi. Y se dio cuenta de algo.

—Tiene miedo.

Ahora era Kenobi quien estaba atónito.

—Político, no idiota —explicó secamente—. Ni ciego. ¿Qué me está diciendo, Maestro Kenobi? ¿Ha soñado con Zigoola además de con los escarabajos de fuego? ¿Qué le ha revelado la Fuerza que tanto le preocupa?

Kenobi empezó a caminar mientras se frotaba la nuca con una mano, masajeándose los músculos con los dedos. Era otra forma de recordar que aunque era un Jedi, también era humano.

—Nada.

«Porque el lado oscuro lo nubla todo».

—Y por eso está asustado.

Kenobi le lanzó una mirada penetrante.

—Quizá sólo encontremos artefactos Sith en Zigoola, pero podrían ser tan peligrosos como los Sith que los construyeron. —Sus labios se retorcieron para formar una breve sonrisa sin gracia—. Si soy… precavido… es porque tengo una buena razón. Así que le ruego, una vez más, que reconsidere su postura. Ahora que conocemos la ubicación de Zigoola puedo llevarle a un lugar seguro en Coruscant y…

Bail meneó la cabeza.

—No tenemos tanto tiempo para estar perdiéndolo. Por lo que sabemos, el ataque contra los Jedi es inminente. Además, si los Sith son tan peligrosos como dice, estaría loco si no le acompañase nadie. Incluso alguien tan limitado como yo. Ahora volveré a la cabina de mando porque tengo trabajo pendiente. Falta una hora y media para llegar a Zigoola. Le avisaré cuando estemos listos para salir del hiperespacio.

—Senador —dijo Kenobi deteniéndole. Había algo desagradable en su forma de decirlo, pero además de su furiosa frustración también mostraba un reacio respeto.

«Bueno. Supongo que al menos es algo».

Cuando llegó al umbral del compartimento dudó y a continuación se dio la vuelta.

—Ah, sí. Una cosa más. Quiero su palabra de que no volverá a utilizar esos trucos mentales Jedi conmigo.

Los ojos de Kenobi se encendieron.

—¿Perdone?

—Por favor. No insulte mi exigua y privilegiada inteligencia. Tengo acceso a cierto… material confidencial. Cuando es conveniente u oportuno, los Jedi… influencian… a la gente. —Entonces Bail dejó caer su máscara de urbanidad y refinamiento para dejar que Kenobi lograse ver un poco de lo que ocultaba—. Pero se lo advierto: intente hacer que vaya contra mi voluntad y le demostraré cómo me aprovecho de mis privilegios.

Kenobi asintió.

—Senador.

Ahora no mostraba falta de respeto. Habían vuelto a la prepotencia.

«Qué hombre tan arrogante. Es un Jedi insufrible».

—Entonces, ¿tengo su palabra? —insistió—. ¿Nada de trucos?

Kenobi asintió.

—La tiene.

—Gracias —dijo y se retiró a la cabina de mando dejando a Kenobi con sus cosas, para meditar o soñar o tener pesadillas con cosas incomprensibles, qué más daba. Recogió su cuaderno de notas, accedió a sus archivos sobre el último altercado en Mimban y se enterró a sí mismo y su irritado temperamento en el trabajo.

Obi-Wan miraba cómo Organa salía del compartimento de pasajeros y corría la cortina de separación. Entonces, cerró los ojos y soltó un lento y largo suspiro.

«Políticos».

Casi siempre daban más problemas de los que solucionaban. Y aquel estaba demostrando que era un estorbo en el peor momento. Su astucia resultaba molesta. Porque sí tenía… miedo.

Independientemente de lo mucho que lo intentase, de la profundidad de sus meditaciones, no sentía nada sobre Zigoola. Y debería ser capaz de hacerlo. Era uno de sus mejores talentos, la capacidad de sentir la forma de las cosas venideras. No era un don infalible, ya que los droides de Geonosis lo habían cogido por sorpresa, pero no solía fallarle. Lo cierto es que en la estación espacial no le había fallado. Estando tan cerca de Zigoola debería ser capaz de sentir algo. Pero lo único que obtenía de la meditación era aquel sueño de aniquilación.

La piel se le erizó con el recuerdo: «La emoción del viaje. Sus ansias de impresionar a Qui-Gon. Su despreocupación a la hora de creer que aquel ejercicio sería tan fácil. Al menos era Padawan: no tenía que ser agricultor.

»En aquel momento no había nadie que le superase. Tenía la tierra baldía y seca de Taanab bajo sus pies. El gélido viento le vendaba los ojos. Había dejado que su atención se desviase al imaginar las alabanzas de Qui-Gon. Qué iluso. Entonces la tierra se desmoronó. Su cuerpo cayó y se golpeó contra el suelo. La vergüenza se apoderó de él al ver que no había sido capaz de salvarse con la Fuerza. Luego, cuando los escarabajos le atacaron, sintió terror».

Respirando profundamente, liberó su mente del pasado. Faltaba una hora y media para llegar a Zigoola. Apenas había tiempo para desvelar sus misterios. Para armarse con algo, cualquier cosa, que pudiese ayudarle en su última batalla contra los Sith.

Notó que el vientre se le tensaba y que la piel se le erizaba de nuevo, esta vez por la aprensión. Buscando consuelo, recordó el mantra que había aprendido siendo niño, mucho antes de convertirse en el Padawan de Qui-Gon.

«El miedo conduce a la ira. La ira conduce al odio. El odio conduce al sufrimiento. Cuidado con el lado oscuro, Jedi».

Volvió a la litera, se escondió tras la cortina y buscó la claridad que le habían otorgado sus últimas meditaciones.

«Si lo intento con mayor tesón, veré Zigoola. Veré lo que nos espera allí. Debo ver qué nos espera. No podemos volar a ciegas».

Pero según se imbuía en el primer nivel del trance de la meditación, un susurro de dolor empezó a latir en sus sienes…

El ordenador de navegación despertó a Bail del ligero sueño que se había apoderado de él. Aún enfadado, aunque Breha hubiese dicho «enfurruñado», miró a su alrededor y gritó. No para jugar al humilde mensajero del Jedi.

—¡Hemos llegado! ¡Zigoola!

Volvió a consultar las lecturas del ordenador de navegación —bien, no había duda de que estaba despejado— y a continuación desconectó la hipervelocidad y pasó a velocidad sublumínica. El corazón le latía con fuerza. Las palmas de las manos le sudaban. Cuando el hiperespacio empezó a combarse y retorcerse, las estrellas emergieron. Oyó los pasos de Kenobi detrás de él y se dio la vuelta. Lo había jurado.

—Pero ¿qué…? Kenobi, ¿está enfermo?

El rostro del Jedi volvía a estar lívido y tenso alrededor de los ojos y de la boca.

—No —contestó secamente—. Dolor de cabeza. No es nada.

Tuvo la tentación de agarrarle por los hombros y sacudirlo para hacerlo entrar en razón.

—No puede ser nada. Parece que esté a punto de vomitar. ¿Ha tomado un analgésico?

—No. Los medicamentos, igual que el alcohol, desdibujan la Fuerza.

—Y supongo que la migraña la potencia, ¿no? Kenobi levantó una ceja.

—Como siga gritándome, Senador, vomitaré. Por toda la cabina de mando. ¿Es lo que quiere?

«Lo que quiero es que dejes de comportarte como un Jedi, aunque sea por un asqueroso momento. Admite que eres humano y acepta algo de ayuda». Pero para aquello haría falta un milagro galáctico. Derrotado, Bail volvió a darse la vuelta. Y suspiró profundamente.

«Zigoola».

Un mundo ocre suspendido en la oscuridad. Bañado por la luz de un sol amarillo tenue. Cortejado por tres majestuosas lunas pequeñas. Hermoso. Desconocido. Lleno de secretos que habría que desvelar con sumo cuidado. A lo lejos, detrás de él, como el telón de fondo de un teatro, una torva nebulosa de ardiente escarlata. La intensidad de su color le dejó sin aliento. Espacio Salvaje. Notó que el corazón le chocaba contra las costillas con fuerza.

—Mire eso, Maestro Kenobi. ¿No es una vista preciosa? —Sí.

Bail frunció el ceño. «Vaya, perdóname por emocionarme. No soy un Jedi trota-galaxias. Nunca había estado tan lejos de casa. Para mí es una vista espectacular. ¿Te importa?».

Cogió el cuaderno de notas en el que había codificado las coordenadas del cristal de datos de Alinta e introdujo el nuevo destino en el ordenador de navegación. La máquina zumbó y luego se encendió una luz verde.

—Bien —dijo—. El destino planetario local está codificado y cerrado. Nos guiará directamente al templo Sith. —Le miró por encima del hombro—. Entonces, ¿entramos?

Kenobi asintió y se estremeció.

—Sí, pero con sumo cuidado. Y no olvide buscar formas de vida. No vayamos a tener sorpresas desagradables.

Parecía aterrorizado. Bail estuvo a punto de decirle que se sentase, pero se mordió la lengua en el último momento. Sólo conduciría a otro desencuentro.

—¿Todavía no detecta presencia Sith?

—No.

—¿Y lo ha intentado?

Kenobi lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto.

Por algo tenía migraña. A no ser que…

—No acabo de entender qué pasa con los Jedi y los Sith, y sé que esto puede parecer peregrino, pero ¿hay alguna posibilidad de que el planeta le haga enfermar?

Kenobi se enjugó la cara con la manga machada de humo.

—Es un refugio Sith, Senador. Todo es posible.

Aquello le hizo incorporarse.

—¿De verdad? Entonces quizá deberíamos replantearnos esto, Maestro Kenobi. No quiero que…

—¿Perdone? —dijo Kenobi incrédulo—. Tras pedirme que le dejase acompañarme en esta misión y rechazar firmemente cada ocasión de dar media vuelta, ¿ahora se lo piensa? ¿Ahora quiere abandonar e irse a casa?

«Bueno… Sí. Quizá. Porque pareces moribundo y yo no soy Jedi y tenías razón respecto a una cosa: no tenemos ni idea de lo que nos espera ahí abajo». Pero no podía decir aquello en voz alta. Ya era demasiado difícil reconocerlo en su interior. «¿Significa esto que soy lo que dice que soy? ¿Un simple político consentido?». No. No lo era.

—No se trata de que yo quiera irme a casa —contestó—. Sólo que no estoy seguro de que continuar si no se encuentra bien sea lo mejor.

—Me duele la cabeza, Senador. No estoy en el umbral de la muerte —dijo Kenobi con gravedad—. Pero aunque estuviese ciego, sordo y cojo necesitaría saber si ahí abajo existe una amenaza Sith para los Jedi. Así que procedamos según lo planeado. ¿De acuerdo?

Bail contempló el planeta que estaba descaradamente cerca de su alcance. Volvió a mirar a Kenobi. Sintió un escalofrío que le recorría la piel. «¿Cómo era el dicho? Cuando dudes, no lo hagas».

—¿Está seguro?

Kenobi bajó la cabeza por un momento, como para reunir fuerzas. Después alzó la vista y asintió.

—Completamente seguro.

—Muy bien —dijo mientras notaba cómo le latía el corazón—. Pero si el dolor empeora, si nota algo más, lo que sea, daremos la vuelta. Pensaremos otra forma de hacerlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Kenobi con convicción, agarrándose al asiento de la cabina. Aunque no se sentó, no, era demasiado terco para hacerlo.

Bail meneó la cabeza. «Jedi».

—Muy bien —dijo—. Vamos allá.

«Allá voy, Breha. Deséame suerte, mi amor».

Activó la velocidad de crucero y la nave puso rumbo a Zigoola. Poco a poco, el planeta parecía expandirse hasta que llenó todo el ventanal. Pasaron las lunas. Se iban acercando cada vez más a gran velocidad. Respirando profundamente, iba controlando la velocidad de la nave, preparándose para entrar en la exosfera del planeta.

—¿Cómo va su jaqueca, Maestro Kenobi? —preguntó—. ¿Se encuentra bien?

Kenobi gruñó.

Los huesos de la nave vibraron cuando atravesaron la capa más alta de la atmósfera de Zigoola. El corazón le latía tan fuerte que parecía que las venas le fuesen a explotar. No podía apartar los ojos de la superficie del planeta tan distante debajo de ellos, los remolinos de nubes y los continentes, la falta de mares.

El ordenador de navegación volvió a pitar para realizar una ligera corrección de la trayectoria. Las condiciones atmosféricas les golpeaban. Redujo la velocidad un poco más para poder realizar una reentrada suave, teniendo en cuenta que Kenobi era piloto y que le observaba. Activó los sensores de la nave y rastreó Zigoola en busca de formas de vida.

—No se registra ningún humano ni humanoide —dijo—. Niveles de flora y fauna bajos. Al menos las lecturas de respiración artificial confirman que el planeta no nos matará.

Kenobi volvió a gruñir.

Atravesaron la ionosfera, planeando cada vez más bajo hacia la superficie. Bail quería pegar la nariz al ventanal, para ser el primero en ver su destino. El templo Sith. Pero Zigoola parecía abandonado: sin civilización, sin infraestructuras.

Sin Sith.

Al menos era algo. Se preocupaba sin motivo. No pasaría nada.

Volvió a reducir la velocidad de descenso, para prevenir. Ahora ya podía ver extensiones con algunos bosques. Desfiladeros y valles. Llanuras yermas. Rocas dispersas como canicas. Todo parecía baldío y estéril. Inhóspito. Imponente. Miró el ordenador de navegación. Según la lectura se encontraban a pocos minutos del templo.

Detrás de él, Kenobi murmuró algo.

—Lo siento —dijo Bail sin darse la vuelta—. No he…

El corazón le latía tan fuerte que estaba a punto de romperle las costillas.

Kenobi estaba de rodillas, con la cara gris y el blanco de los ojos rojo chillón. El sudor le corría por el rostro y le empapaba la túnica Jedi chamuscada. Se agarró al asiento como si fuese su última oportunidad de supervivencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Maestro Kenobi…

—Sith —gruñó Kenobi, forzando la garganta y tensando los músculos del cuello como si fuesen guindalezas—. ¡Salgamosdeaquíahoramismo!

Bail notó cómo se le secaba la boca y cómo tartamudeaban los latidos de su corazón.

«¿Sith? Pero Alinta dijo… Ella no mentiría… No lo entiendo, ¿cómo hemos podido acercarnos tanto sin que notases su presencia?».

Cogió el timón, preparado para hacer ascender la nave. Sintió cómo los dedos se aferraban a los controles, y luego gritó como si una mano invisible le agarrase por la nuca, le levantase del asiento del piloto y lo lanzase como una muñeca de trapo por toda la cabina de mando hasta el pasillo que había detrás. Impacto contra la pared, cayó en la cubierta y se golpeó la cabeza contra la placa con gran estruendo. Ante sus ojos aparecieron luces brillante y todo dio vueltas a su alrededor. Sin aliento, lo único que podía hacer era recostarse sobre la espalda y mirar el techo verde.

«¿Kenobi? ¿Ha sido Kenobi? ¿Qué demonios está pasando?».

Todo seguía girando y él caía… caía…

No. La nave caía en picado sin control hacia la poco amable superficie de Zigoola.

«¿Dónde está Kenobi? ¿Por qué no hace algo?».

Una saliva agridulce le llenó la boca mientras se daba la vuelta sobre un costado y se ponía de rodillas para poder incorporarse. Suspiraba, escupía, la bilis le quemaba la garganta. Se tambaleó hasta la cabina de mando y vio al Maestro Kenobi al timón, con ambas manos en los controles, dirigiendo la nave hacia el suelo implacable.

—¡Eh! ¿Qué demonios está…?

Kenobi le mostró el puño cerrado con los nudillos blancos. «Lo siento».

Bail gritó cuando una terrible fuerza se aferró a su garganta. Era una estatua de carne, un hombre convertido en piedra. Pero aún podía ver. Estaban entrando en la zona de luz. En una desolación salvaje. La muerte tenía prisa por encontrarles.

—Lo siento —susurró Kenobi angustiado con una mano en el timón—. Lo siento mucho.

A Bail le pitaban los oídos. La vista se le nubló y se le oscureció. «Breha. Breha».

—No lo sienta —dijo con voz ronca—. Haga algo. No quiero morir.

El Jedi no contestó. Después la cara de Kenobi se torció y empezó a temblar, los huesos se le sacudían de tal forma que los dientes le castañeaban y el vello se le erizaba.

Bail escuchó la violenta y áspera respiración de Kenobi. «Vamos, Kenobi, vamos. Ya has derrotado otras veces a los Sith. Puedes volver a hacerlo».

Miró por el ventanal, luchando por respirar. Ahora podía contar los árboles porque ya estaban muy cerca del suelo. Contar los árboles, contar las rocas, imaginar el dolor al impactar contra la sombría superficie de Zigoola. Pasaron algo a gran velocidad: una elaborada estructura negra. ¿El templo Sith? Demasiado tarde, ya lo habían pasado. Seguramente lo habría imaginado. Estaban cada vez más cerca del suelo… Más… Más…

Kenobi aulló y emitió un extraño sonido de dolor e ira. La mano con la que sujetaba los controles del timón consiguió subir el morro de la nave y bajar la cola, reducir la velocidad, e intentar arreglar lo que había hecho. Y a continuación, sin dejar de gritar,

soltó el timón por completo. Extendió la otra mano, dedo a dedo, y se dio la vuelta para no ver la muerte inminente. La boca, la nariz y los ojos le sangraban. Parecía un fantasma ensangrentado y la sangre se le coagulaba en la barba.

Liberado de aquel puño impío, jadeando, Bail se estremeció cuando los brazos del Jedi lo rodearon y le apretaron como los de un padre desesperado que intenta proteger a su hijo. Sintió una ráfaga de calor. Notó cómo se combaba la cabina de mando, maravillado con la forma en que el aire parecía convertirse en oro. El miedo desapareció. La angustia desapareció. Se sintió seguro y tranquilo. Sereno.

«Breha».

Y entonces, la parte inferior de la nave impactó contra los primeros árboles con un grito, como si un gato arañase el casco metálico. Se abrió paso entre el follaje, triturando las hojas. La nave se movía de forma salvaje, como una ballena arponeada enloquecida. Las estridentes alarmas de impacto empezaron a sonar, los airbags de emergencia saltaron, pero no a la perfección. Uno se infló, otro no y la nave empezó a dar vueltas de campana. Bail notó cómo se inclinaba la cabina de mando, lentamente, y cómo él y Kenobi la acompañaban obedientemente. Con un sonido tan estruendoso como el de la creación del universo, la nave impactó contra la dura superficie. El metal gruñó y se torció. El transpariacero quedó hecho trizas. La carne se rasgó.

La luz dorada se desvaneció… y la realidad desapareció.

Diecisiete

Recobró el conocimiento a regañadientes, lo que le indicó a Obi-Wan que aún no estaba muerto. Nadie que hubiese muerto podría sentir tanto dolor. Poco a poco, su memoria le hizo recordar el pasado reciente a trompicones; la amargura de la derrota hacía que le escociesen los ojos y se le revolviese el estómago.

«Debí poner más empeño. No debí sucumbir».

La voz llegada de ninguna parte, un grito sordo de malicia y odio que apaleaba su espíritu. Anulaba su voluntad. Echaba tinta en un vaso de agua cristalina. Tinta color sangre. Tinta teñida de ira. Era la voz de los Sith, que se abría paso entre sus defensas, aunque no estaban allí.

«Ríndete. Ríndete. Ríndete, Jedi».

Sólo había sentido una oscuridad como aquélla una vez. Sintió el lado oscuro intentando convertir su sangre en barro, intentando trastornar su ligera y brillante conexión con la Fuerza. En Naboo, en Theed, luchando contra los asesinos Sith rojinegros. Pero entonces, había sido capaz de resistir su oscura atracción. Había sido capaz de purgarse de aquella contaminación y vencer.

Pero no aquella vez. Aquella vez era como si un ejército Sith hubiese echado su mente malévola sobre él. Y aunque había luchado contra ellos, se había enfrentado a la destructiva coacción de llevar la nave hacia su fin… había luchado hasta que creyó haber perdido la cordura… al final, los Sith habían ganado.

«Ríndete, Jedi».

La voz ya no gritaba su odio e ira. Pero aún en silencio, algo bullía en su sangre. Algo podrido. Algo insidioso. Una escalofriante sensación de oscura podredumbre. Un malestar persistente, ardiente, paciente, que prometía una conflagración posterior. En cada bocanada de aire, percibía el hedor de los Sith. Zigoola impregnado. No era de extrañar que aquella tierra fuese estéril. «No lo he sentido. Estaba cegado y sordo». Era una verdad difícil de considerar incluso cuando era capaz de pensar con claridad.

Un recuerdo revolvió su interior.

«Organa».

¿Dónde estaba el Senador? ¿Había sobrevivido? Recordaba haber echado a Organa de la cabina de mando usando la Fuerza. Recordaba haberla utilizado para agarrarle por el cuello. Después de aquello… Después de aquello…

«¿Le maté? ¿Está muerto?».

—Senador Organa. Senador Organa, ¿me oye?

Su voz sonaba ridícula, blanda y dubitativa, como si estuviese borracho. O al menos tal y como imaginaba que sonaría si estuviese borracho. Nunca había estado borracho, así que sólo era una suposición.

Organa no contestó. «No permitas que muera».

—Senador Organa. Responda si puede.

Nada.

Con gran esfuerzo abrió los ojos… y la tenue luz del sol, amarillo pálido bañado en rojo, lo deslumbró. La nebulosa les cubrió con su cortina escarlata. Parpadeó lentamente, miró de reojo y esperó que su maltrecha mente comprendiese qué había visto y sentido.

Seguía en la nave. Descansaba sobre la espalda en el pasillo que había entre la cabina de mando y el compartimento de pasajeros. La cubierta estaba combada debajo de él y se le clavaba en la columna y le levantaba las rodillas. El casco que tenía encima estaba abierto del morro a la cola. Aquella nave nunca volvería a volar.

«Así que estoy atrapado aquí. Estamos atrapados, si es que Organa aún vive. Una muerte lenta en lugar de una rápida. Al final los Sith han vencido».

No. Aquello era derrotismo. Un Jedi no pensaba esas cosas.

Cerró los ojos e hizo balance de sus condiciones físicas. Todo le dolía, sí, pero no era el mismo tipo de dolor que había sentido tras el ataque terrorista de Coruscant. Entonces había estado destrozado y el dolor era agudo, escarlata y brillante. Este dolor era de un carmesí lento y hosco. Sólo un eco de sus antiguas heridas, que se habían curado aunque no las había olvidado.

Levantó la cabeza con dificultad y observó la cabina de mando. El timón estaba destrozado, como si un gigante le hubiese propinado un furioso puñetazo. El ventanal de transpariacero era un amasijo de astillas puntiagudas. Cables chamuscados, de los que algunos chisporroteaban intermitentemente, colgaban del techo y de la cubierta como una entramando de intestinos de colores.

Como si la vista hubiese espoleado los demás sentidos, ahora podía oír y oler lo que tenía alrededor. El olor penetrante de los cables quemados, el chisporroteo acre de los fluidos hidráulicos que se habían vertido. Fuera hacía frío y el aire se colaba por la brecha del casco. El humo era metálico y las cenizas flotaban y le cubrían la lengua con una pátina de hollín. Mezclado con la saliva tenía un regusto repugnante. Y en el silencio se sentía el crepitar de lo que parecían llamas. No grandes llamaradas, no llamas devoradoras, sino las llamas de una hoguera de un alegre campamento. ¿Qué significaba aquello? ¿La nave estaba ardiendo? Si estaba ardiendo, ¿estaba a punto de morir carbonizado?

Era un pensamiento espantoso. «Tayvor Mandirly. Levántate. Levántate. No te quedes ahí». Pero sus huesos parecían estar descoordinados, sus músculos relajados, sin tono. Su desobediente cuerpo ignoró las órdenes. En el interior de sus venas, el lodo negro no le permitía moverse. E incluso más adentro, tenue pero insistente, escuchaba un susurro Sith alegre y malicioso.

«Muere Jedi. Muere Jedi. Muere Jedi, muere».

Una oleada de adrenalina ahogó la orden. Su mente se aclaró de nuevo, y se dio cuenta de que las llamas se encontraban fuera de la nave. Las altas temperaturas del casco debían de haber incendiado la hierba o las ramas secas de los árboles que se encontraban alrededor de la zona del accidente. El viento no soplaba con fuerza, lo que ayudaría a mantener el fuego controlado. ¿Cuánto combustible quedaría para alimentar las llamas? Había árboles… Creía que recordaría los árboles en aquellos últimos momentos

desesperados antes de impactar contra el suelo… pero no parecía estar en medio de un embravecido infierno forestal…

«Quizá no muera abrasado después de todo».

Pero podría morir de hambre. O desangrarse por una herida no curada. O congelarse, si las temperaturas de Zigoola bajaban demasiado. La nave podía estar colgada al borde de un desfiladero. Un terremoto o un viento fuerte podría precipitarla por un barranco y se estrellarían.

«En otras palabras, Kenobi, no te quedes ahí tirado. Levántate. Sal. Hazte con el control y encuentra una forma de salir de este lío».

Pero su recalcitrante cuerpo seguía sin querer escuchar.

«Muere Jedi. Muere Jedi. Muere Jedi, muere».

Sin previo aviso y con una rapidez que le robó el trabajoso aliento, la nave desapareció y se encontró una vez más en Taanab. Volvía a tener trece años, era delgado y estaba asustado, y gritaba aterrorizado mientras los escarabajos de fuego se daban un festín.

«¡Qui-Gon! ¡Qui-Gon, ayúdame!».

Pero Qui-Gon no le oía. Qui-Gon estaba muerto.

De repente, tenía veinticinco años, aún era Padawan, y luchaba contra los Sith. Atrapado entre campos de fuerza, veía cómo el Zabrak intentaba asesinar a su maestro. Veía miedo y dolor en el rostro de Qui-Gon mientras la espada láser escarlata del Sith le mataba. Sintió el triunfo despiadado del Sith y su propia pena e ira.

Y en el suelo de la caverna en el brutal Geonosis, indefenso por los dos cortes de espada láser, miraba el juguete de Dooku con el audaz y precipitado Anakin. El cabello plateado relucía, los dientes esbozaban una sonrisa, el Sith sin edad definida, el Jedi traicionero, daba vueltas alrededor de Anakin con una calma que resultaba insolente. Desviaba todos los ataques cegadores con una habilidad consumada y despreocupada. Forzó el error y se llevó el brazo de Anakin.

Volvió en sí gritando. «¡Anakin! ¡Anakin!».

—Lo siento —dijo una voz cansada y familiar—. Me temo que estás atrapado conmigo.

«Organa».

El Senador estaba arrodillado su lado, apoyándole una mano en el hombro. La confusión y el horror dieron paso a una avalancha de alivio. Echó la cabeza hacia atrás.

—No está muerto.

—No del todo —dijo Organa—. Créame, estoy tan sorprendido como usted.

Su piel aceitunada había adoptado un aire verdoso. Tenía un ojo morado y un labio partido. Llevaba el brazo apoyado en un cabestrillo provisional: la manga de una camisa sacrificada. Su ropa, normalmente inmaculada, estaba manchada y arrugada y llevaba los pantalones rotos en ambas rodillas.

El latir del corazón de Obi-Wan se relajó.

—Senador.

—Maestro Kenobi. —A causa del labio partido, Organa hablaba muy despacio y con mucho cuidado—. Bueno, ¿quiero decirlo usted primero o lo digo yo?

Frunció el ceño.

—¿Decir qué? ¿Qué se lo dije? ¿Y de qué serviría? —La cabeza le latía—. ¿Dónde estaba?

—Fuera —dijo Organa—. Explorando.

«Explorando».

—Maravilloso.

El Senador levantó una ceja.

—Ya casi ha pasado una hora desde que nos estrellamos. Estaba inconsciente. Me aburría.

—Así que decidió hacer turismo. ¿Y qué ha encontrado?

—No mucho.

—Hay un fuego.

Organa encogió un hombro.

—Lo encendí yo. Puede que lo necesitemos cuando caiga la noche. Dado lo que ha pasado, no estoy preparado para aceptar las lecturas del sensor a valor nominal. Si en este lugar hay depredadores, el fuego debería hacerles pensar dos veces si nos atacan.

—Muy emprendedor.

—Gracias. —Organa se sentó sobre los talones—. Por cierto, nuestra mala suerte con el equipo de comunicaciones continúa. El satélite de comunicaciones está totalmente destruido, y la baliza del transpondedor de emergencia también. No hay posibilidades de enviar un mensaje, aunque alguien estuviese escuchando.

Lo que no parecía probable. Las posibilidades de que su último mensaje llegase al Templo eran pocas o nulas.

—Entiendo.

—Mire, está magullado —dijo Organa—, pero no creo que tenga nada roto. —Hizo una mueca—. Al menos nada… físico.

Su plática no era nada divertida… estaba a años luz de la diversión… pero aún así consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Es su forma diplomática de preguntar si me he vuelto loco?

—Se me ha pasado por la cabeza. «Muere Jedi. Muere Jedi. Muere Jedi, muere». Cerró los ojos. Notó que las pestañas empapadas de sangre seca le rozaban la piel. —Y a mí.

—Pero… ¿ahora está bien?

Escarabajos de fuego. Qui-Gon. El brazo amputado de Anakin. «No tengo ni idea, Senador».

—Sí —dijo—, estoy bien. —Abrió los ojos—. ¿Y usted?

La expresión de Organa era una mezcla de desconcierto e ira.

—Se curará. ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Qué le parece? Hemos caído en una trampa.

Intentó sentarse. Se movía como un pez fuera del agua. Organa le ayudó con una mano. Confuso, y con el corazón acelerado, se apoyó en la perjudicada pared del pasillo. Organa se puso justo enfrente y se miraron en silencio.

El Senador fue el primero en hablar.

—Alinta no se traicionaría. En tal caso la utilizarían, la manipularían.

La lealtad era una cualidad admirable.

—Quizá. Sin embargo, Senador, que la mayoría de la gente tenga un precio es un hecho muy triste.

—Usted no lo tiene.

El chisporroteo de las llamas, el susurro de la brisa que se levantaba. El metal crujía cuando las ramas arañaban el casco dañado de la nave espacial.

—No —dijo al fin—. Y usted tampoco.

Organa se enderezó un poco, y se estremeció porque al moverse se hizo daño en el brazo herido.

—Entonces, ¿para quién cree que era la trampa? ¿Para usted o para mí?

«Muere Jedi. Muere Jedi. Muere Jedi, muere».

Se encogió de hombros intentado ignorar el susurro farfullante. El dolor le martilleaba la cabeza incesantemente detrás de los ojos.

—Ambos tenemos enemigos. Pero sospecho que los Sith nos quieren muertos a los dos.

—¿A los dos? Lo suyo lo entiendo… pero ¿yo?

—Vamos, Senador —dijo—. No sea tan modesto. Al igual que los Jedi, se está convirtiendo en una persona pública.

—Sí, pero eso no explica por qué los Sith querrían matarme.

—Pues muy sencillo, son una corrupción de los Jedi —dijo—. Al igual que nosotros, pueden… ver cosas. Quizás esté destinado a convertirse en un obstáculo para sus ambiciones.

—Utilizaron a Alinta para atraparme. Y a mí me utilizaron para atraparle a usted. —Se produjo otro silencio mientras Organa asimilaba la inquietante verdad. Después hizo una mueca—. Obi-Wan, lo siento.

—Lo sé. Yo también.

—Me pregunto cómo… —Organa meneó la cabeza—. Ah, bueno. Supongo que ahora no tiene importancia. Alinta y su gente han muerto.

Sí tenía importancia. Y si sobrevivían, haría todo lo posible para averiguar la verdad. Pero antes, por supuesto, tendrían que sobrevivir…

Otro silencio. A continuación, Organa se aclaró la garganta.

—Necesito saberlo, Obi-Wan. Antes. Cuando…

—¿Cuándo pedí el control e intenté matarnos?

—Sí —dijo Organa con tensión evidente—. Eso. Dijiste que eran los Sith, pero ¿cómo es posible? Aún estábamos muy lejos de la superficie de Zigoola. ¿Y dices que aún así eran capaces de alcanzarte y controlarte? ¿De verdad son tan poderosos?

Obi-Wan bajó la mirada. Se miró las mallas sucias y manchadas de sangre.

—Eso parece, Bail.

—Y no te lo esperabas.

Era difícil de admitir, pero…

—No.

Organa se hurgó en un jirón de los pantalones.

—Eso es… preocupante. Lo encuentro preocupante. ¿Cuánto, exactamente, se sabe sobre estos Sith?

—Por lo visto, no lo suficiente.

—¿Te parece divertido? Levantó la mirada.

—No me estoy riendo.

Pero Organa no se ablandó. Y tras su ira latía un turbulento miedo.

—Entonces, ¿Alinta se equivocaba? ¿Hay Sith en este planeta, Maestro Kenobi? ¿Vendrán por nosotros? ¿Deberíamos, no sé, correr?

Aquello era demasiado para bromas, ahora que se tuteaban.

—¿Correr? —repitió—. ¿Adónde sugieres que corramos? —No lo sé. ¿Lejos?

—Senador, no fui atacado por un solo Sith —dijo con calma—. Sospecho que la fuente de la ofensiva fue alguna especie de tecnología Sith. Un holocrón modificado, quizá.

—Sea lo que sea —dijo Organa impaciente—, si no estás seguro, podrías equivocarte. Tú lo has dicho, sabías muy poco de ellos. Podría haber toda una tribu de Sith esperando en cualquier lugar para matarnos.

«Muere Jedi. Muere Jedi. Muere Jedi, muere».

—Calma, Senador —dijo. Inspiró profundamente y espiró con cuidado. «El miedo conduce a la ira. La ira conduce al odio. El odio conduce al sufrimiento. Cuidado con el lado oscuro, Jedi»—. No hay ninguna tribu. Sólo son dos.

—¿Dos? —dijo Organa desconcertado—. ¿Eso es todo? ¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro. —Estaba igual de seguro de que no debería haberlo mencionado, pero en aquellas circunstancias…

—Muy bien —dijo Organa con cautela—. Si tú lo dices. Pero aún podrían estar aquí.

—No están.

El Senador le miró perplejo.

—Lo dices como si fuese un final anunciado, pero ¿cómo lo sabes?

Era hora de acabar con aquella conversación desafortunada.

—Porque soy un Jedi. Acéptalo.

—Ah, basta una altiva declaración Jedi —dijo Organa, levantándose trabajosamente—. Pues no contabas con tu ventaja intelectual cuando estrellaste mi nave. ¿Qué prueba tienes de que los Sith no están aquí? ¿Cómo puedes demostrar a ciencia cierta que no nos los encontraremos? A no ser que…

Obi-Wan vio cómo se daba cuenta. Contemplaba cómo Organa daba el inoportuno salto intuitivo. Sintió la incredulidad del Senador, la ira de su incertidumbre…

—Sabes que están aquí —dijo Organa con un suspiro—. ¿Verdad? ¿Dónde están, Maestro Kenobi?

Aguantó la candente mirada fija de Organa.

—No están.

—¿Qué más sabes? ¿En qué más me has mentido? ¿También sabes quiénes son?

—Aunque lo supiera y te lo dijera, ¿de qué serviría?

—Tú… Tú… ¡Jedi! —dijo Organa, llevándose el dorso de la mano a los labios, ignorando que le dolían, para intentar controlar el un torrente de palabras hirientes—. Quiero saberlo todo. Cuéntamelo, Maestro Kenobi o…

—¿O qué? —dijo con un cansancio repentino y evidente—. ¿Me mandarás a la cama sin cenar? ¿Tengo que recordártelo, Senador? No tengo, y nunca he tenido, que rendirte cuentas.

—Ah, sí, es cierto —replicó Organa furioso—. Sólo lo haces ante el Maestro Yoda y el Consejo Jedi. ¿Y ellos ante quién responden? Ante sí mismos. ¡Qué práctico!

—Tus insinuaciones son insultantes —dijo fríamente—. El Maestro Yoda es el más honorable de los…

—¡No me importa! ¡No me interesa! Quiero los nombres de los Sith, Kenobi. Y deberías dármelos porque no dejaré de preguntártelos. Te voy a volver loco a preguntas hasta que me lo digas… o me mates.

—No necesito matarte, Bail —dijo tranquilamente—. Hay muchas posibilidades de que Zigoola lo haga antes.

Organa escupió una diatriba incoherente en alguna lengua alienígena iracunda y a continuación salió del pasillo. Después se escuchó un quejido metálico al abrir la deteriorada escotilla.

Obi-Wan dejó caer la cabeza contra la maltrecha pared que tenía detrás. Su dolor de cabeza se había agravado y el lodo negro seguía bullendo en sus venas. Le obstruía el corazón. Le nublaba la vista. Lo único que veía era muerte.

«Muere Jedi. Muere Je…».

«No». Consiguió ponerse en pie y a continuación cayó contra la pared, resonando. Luchó contra las palabras. Luchó contra la corrosiva desesperación, contra la capitulación, luchó para sentir el lado bueno de aquel lugar tan oscuro. Lanzó treinta y cinco años de entrenamiento y disciplina Jedi contra aquel susurro Sith que se relegó al olvido.

La oscuridad se retiró. No mucho, pero lo bastante lejos. Apenas.

Volvía a sentir náuseas y mareos. Se tambaleó por el pasillo, encontró la maltrecha escotilla y salió de la nave. Buscó a Organa. Estaba preocupado porque el Senador se había marchado furioso y podría romperse una pierna… o el cuello…

Pero no. Organa se encontraba a tiro de piedra, junto al fuego que había encendido, alimentándolo con ramas secas que había recogido. Si sabía que le observaban, no lo demostraba. La ira lo henchía como el calor de sus llamas.

Más que feliz de dejarlo solo, ahora que se había asegurado de que no había dejado que su temperamento le condujese al desastre, Obi-Wan miró a su alrededor. Se habían estrellado en una meseta. Había árboles raquíticos con follaje pardo y escaso y algunas rocas rojas. El suelo era de un color amarillo oscuro. Un barranco irregular y escarpado. Ni rastro de agua: el río que había existido debía llevar mucho seco. O estaban en la estación seca. Si Zigoola tenía estaciones. Tras el hedor acre del humo y de la nave, el aire era frío. Y viejo. No se escuchaba el canto de los pájaros. No se oían bestias. No había huellas de garras en la tierra.

Y sentía el lado oscuro por todas partes, espesándole la sangre.

El cielo azul pálido, al que le seguía el rojo, avanzaba sobre su cabeza. El fuego crepitaba. Tayvor Mandirly gritó cuando se le rompieron los dedos, un hueso indefenso cada vez. Un hombre alto, un hombre delgado, que moría por principios. Moría con valor. Asesinado por la codicia. Le habían sacado los ojos de sus cuencas para que no pudiese ver su propia sangre. Le habían cortado la lengua para que no gritase pidiendo ayuda. Para que no rogase penosamente piedad. Cuando le prendieron fuego, todavía no estaba muerto.

Obi-Wan intentaba controlas las arcadas a gatas. Tenía diecinueve años cuando Mandirly murió. Era un poco más joven que Anakin. Había llorado como un niño, y Qui-Gon no le reprendió.

Agotado, se desplomó sobre la tierra fría de Zigoola con el recuerdo de los escarabajos de fuego, de Qui-Gon y de Anakin vivos en su memoria. Lo peor de su pasado había quedado al descubierto con la luz del día, tan fresco y aterrador como cuando había ocurrido.

«Kenobi».

Abrió los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —dijo Bail Organa desde una distancia prudencial con cara afectada—. ¿Qué demonios te ha ocurrido?

Intentó hablar. Tenía que toser y volver a escupir. Utilizó el tiempo para pensar en la mejor respuesta. ¿Necesitaba Organa los detalles? No. Para nada.

—Creo que siguen siendo los Sith —dijo con voz ronca—. El lado oscuro. Están usando recuerdos dolorosos en mi contra. Bail, debes estar alerta. Ten cuidado con las emociones negativas. Este lugar está lleno. Se harán contigo y te consumirán hasta matarte.

—Obi-Wan, estoy bien. Tú eres quien tiene problemas. Sea lo que sea, está afectando a tu mente.

Su mente. Su cuerpo. Sus huesos se debilitaban. La sangre se le espesaba, turgente de oscuridad. Se puso de pie con dificultad.

—Estoy luchando contra ello.

En vez de contestar, Organa volvió a la nave. Obi-Wan apoyó los hombros en las rodillas y metió la cabeza entre las manos. Se sumió en la Fuerza respirando profundamente en busca del lado luminoso…

… pero, en vez de eso, se ahogó en la oscuridad.

Una mano cálida le tocó la espalda.

—Eh. Eh. No pasa nada. Saldremos de ésta.

Obi-Wan reunió los trozos y jirones de su autocontrol. Miró el trapo y la botella de agua que le tendía Organa.

—Tienes la cara cubierta de sangre seca —dijo el Senador—. Si no le limpias, seré yo quien acabe teniendo pesadillas.

Le tocó las mejillas. La barbilla. Sintió la verdad en las palabras de Organa. Cogió el paño y la botella y se lavó la cara y la barba. Intentó eliminar aquel repugnante sabor que tenía en la boca, pero no pudo. El lado oscuro era un veneno que impregnaba la carne.

«Muere Jedi. Muere Jedi. Muere Jedi, muere».

Dejó el trapo y la botella y se tapó los oídos con las manos. Como si aquello sirviese de algo. Como si la voz no estuviese dentro de él. Aquel malicioso susurro no cesaba. Dejó caer las manos.

Organa dio un paso atrás.

—No estarás… volviéndote loco de verdad, ¿no?

—No si puedo evitarlo, créeme.

—¿Y puedes? —dijo Organa—. Es decir, evitarlo.

Era una pregunta lógica y merecía una respuesta lógica.

—Lo que me atacó en la nave fue el silencio. Esto no es tan malo como aquello. Es… desagradable, pero puedo hacerle frente. «Espero».

—Bueno, con suerte no tendrás que hacerle frente mucho tiempo —dijo Organa, sacándose unos electroprismáticos del bolsillo—. Mira. —Le señaló y luego se los tendió—. Allí detrás.

Obi Wan se puso en pie torpemente, privado de su habitual facilidad Jedi. A continuación, cogió los prismáticos y miró a través de ellos, más allá de las rocas y la sombra del bosque de la remota meseta. Entre los árboles, divisó la tenue luz del sol que se reflejaba en una superficie negra y lisa. Una forma que no era natural, sino que había sido diseñada.

Bajó los prismáticos.

—¿El templo Sith?

Organa asintió.

—Eso creo. Mientras la nave se estrellaba, creí ver algo. Pensé que lo había imaginado, pero no. —Su voz se acalló—. No todo lo que nos dijo Alinta era mentira. —Donde antes había habido miedo, ahora había un atisbo de esperanza—. Allí podríamos encontrar otra nave, Obi-Wan. O un equipo de comunicaciones. Todavía podemos salir de estar. Tienes que aguantar.

¿Aguantar? ¿Y cómo? El lado luminoso eran sus cimientos, y temblaban. Sentía el triunfo del lado oscuro. Sentía su glotonería. Sacó fuerzas para restablecer su autocontrol.

«No. No alimentaré mis miedos. Dejaré que el lado oscuro desfallezca sin mí».

—Hay suficiente agua embotellada —dijo Organa—. Y la mayor parte de la comida ha sobrevivido al accidente. Podemos llegar al templo a pie. No será fácil, pero tenemos que intentarlo. No podemos quedarnos aquí y abandonar. Si vamos a morir, Obi-Wan, al menos muramos haciendo algo.

El Senador hablaba como Qui-Gon, lo que debía ser reconfortante para él… pero sólo le entristeció. Volvió a coger los prismáticos.

—Estoy de acuerdo en que debemos hacer algo, pero no estoy seguro de que tu plan sea el mejor. Si esa estructura es un templo Sith, es casi seguro que la causa, la fuente de lo que me está atacando esté allí.

Organa volvió a meterse los prismáticos en el bolsillo y cruzó los brazos.

—Con más razón, entonces. Averiguaremos si se trata de un… ¿holocrón, dijiste? Los destruiremos y te podrás bien. Y después, encontraremos la forma de volver a casa.

El Senador no lo entendía. ¿Cómo iba a hacerlo? La vida política no podía preparar a Bail Organa para aquello.

—Me temo que no será tan fácil. Cuanto más nos acerquemos al templo, más me afectará. Lo que significa que más peligro correrás tú. Los Sith no se andan con contemplaciones a la hora de usar su poder oscuro, Bail.

—Eso lo entiendo —dijo Organa con calma—, y asumo el riesgo. Pero ya has demostrado que puedes derrotarles. Y yo creo que puedes hacerlo otra vez.

Obi-Wan le miró perplejo.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo recuerdas? En la nave, antes de estrellarnos. —No. Está borroso.

—Los Sith te sometían con algo y tú conseguiste librarte.

Justo antes de que nos estrellásemos. Casi te mata, pero te libraste. Enderezaste la nave e hiciste algo con la Fuerza. No sé qué fue, pero es la razón por la que no tenemos la misma forma que la nave. —Organa meneó la cabeza atribulado—. ¿Por qué crees que no estoy enfadado contigo? Hizo una mueca.

—Creía que era por mi encanto juvenil. —Ah… no.

Se giró y volvió a mirar lo poco que se veía de la estructura Sith. Calculó la distancia entre la meseta en la que se entraba y el lugar en el que estaban ellos.

—Son, fácilmente, tres días de camino de sol a sol por un territorio desconocido y a merced de los elementos. —Si fuese él solo no lo hubiese dudado, pero no era sólo él y Organa merecía saberlo—. Puede que me acabe convirtiendo en un lastre para ti.

—Creo que te subestimas, Obi-Wan.

Sintió una súbita furia. Sintió el deleite del lado oscuro y lo borró de su pensamiento antes de que prendiese en su sangre.

—Y tú subestimas el poder de los Sith. Y todo hombre que hace eso ha de asumir los riesgos.

—No niego que no sea un reto —dijo Organa—. Yo estoy magullado y tú… asediado. Pero sé de lo que soy capaz y también de lo que tú eres capaz. Padmé tenía razón cuando me dijo que confiaba en ti.

Esbozó una ligera sonrisa.

—¿Por qué está intentando hacer política conmigo, Senador? —Eso depende. ¿Funciona?

Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo. «Esto es un plan a la desesperada. Pero también es nuestro único plan. Y en una cosa tiene razón: debemos hacer algo. No podemos quedarnos aquí sentado esperando morir».

—Parece que nos estamos quedando sin luz —dijo—. Sugiero que nos retiremos, que recobremos energías comiendo y descansado… y salgamos al amanecer.

—Entonces —dijo Organa—, eso es un sí.

—Hmmm —murmuró, imitando a Yoda y a continuación se dio media vuelta para volver a la nave.

Sólo verla lo dejó paralizado. Un modelo barato de goleta corelliana. Nada elaborado. Ningún lujo. Una nave maciza, una bestia de carga que les había mantenido a salvo mientras cruzaban el vacío carente de aire. Y ahora era un montón de chatarra retorcida. Una nave muerta varada en Zigoola como una ballena de hielo de Roon en un glaciar.

Por una vez, sólo una, entendió cómo se sentía Anakin.

«Espero que estés bien, amigo mío, estés donde estés. Espero que encuentres a tu estúpido droide».

Tras compartir una bandeja de comida y beber cinco cápsulas de agua cada uno, se metieron en sus maltrechas literas inclinadas e intentaron dormir mientras la luz del día daba paso a la noche. Pero les costaba conciliar el sueño por muchas razones.

—He estado pensando —dijo Organa, rompiendo el melancólico silencio.

Obi-Wan suspiró.

—En mi experiencia, no hay conversación que acabe bien cuando empieza con esas tres palabras.

—¡Ja! He estado pensando en algo que dijo Padmé. Sobre los Sith. En su apartamento. Dijo: «Están tras esta guerra con los separatistas».

Sabía lo que se avecinaba. Bail Organa era demasiado inteligente como para dejarse engañar.

—Pero —dijo, mirando la oscuridad—, ¿qué importa ahora?

—El conde Dooku es un Sith, ¿verdad? —dijo Organa implacable—. Acabo de darme cuenta. Tiene que serlo. Es el líder de los separatistas.

«Lo sabía».

—No.

—Lo siento. No te creo.

—Senador… Bail… —volvió a suspirar—. Estás perdiendo un tiempo que podrías pasar durmiendo. No confirmaré ni negaré ninguno de los nombres que sugieras.

—Lo sé —dijo Organa tras un momento—. Sólo rindes cuentas ante el Consejo Jedi. Pero te advierto una cosa, cuando lleguemos a casa hablaré estas cosas con ellos.

«Buena suerte».

—Haz lo que creas que debas, por supuesto.

El metal crujía cuando Organa se movía en su litera.

—Sólo dime una cosa, Obi-Wan. Si sabes quiénes son y dónde están, ¿por qué no has ido a por ellos?

Sonrió. En el fondo de su mente, la oscuridad susurraba sus deseos. En su sangre espesada, lo celebraba *y* ardía.

—Si fuese tan simple, Bail, ¿no crees que ya lo habríamos hecho? Estamos haciendo todo lo que podemos para apresarles.

—Lo sé. Pero… habrá que hacer más. Por favor. Tenemos que detenerles. Hay que hacer justicia.

«¿Justicia?».

—¿Insinúas que habría que juzgar a los Sith?

—No lo sé —dijo Organa, que ahora parecía dudar—. Nunca lo había pensado. Antes de hoy nunca lo había considerado. Pero… sí. Debería haber un juicio. La República se fundó sobre los principios de la ley. Si los Sith violan esos principios, deberían responder ante alguien. Públicamente.

«No lo entiende. Aunque no es culpa suya».

—No hay Sith que pueda ser sometido a un tribunal, Bail. Porque una de las cosas que nunca reconocerán es la autoridad. Y porque nunca conseguirías llevarlos hasta allí.

—Entonces, ¿qué solución hay? ¿Matarlos?

—Es la única solución. Los Sith son incorregiblemente malvados.

—¿Qué? No hay nadie incorregible —dijo Organa. Parecía… perplejo—. Todo ser vivo es capaz de cambiar.

Resultaba difícil no impacientarse con tanta simpleza.

—Sé que crees eso, pero si los Sith te preocupan, no pueden cometerse errores. Debes entender que no quieren cambiar. Viven para la muerte y la dominación. Cualquier emoción oscura los alimenta: el miedo, la ira, los celos, el odio. Las cosas que nosotros encontramos aborrecibles son comida y bebida para ellos. Después de lo que ha pasado, habría imaginado que, por lo menos, empezases a comprender eso.

—Obi-Wan… —Ahora Organa parecía profundamente atribulado—. Estás hablando de asesinato.

La acusación era injusta. Para su sorpresa, le dolió.

—¿En serio? ¿Y fue asesinato cuando en Geonosis maté al acklay que estaba intentando matarme a mí?

—Un acklay es un animal —protestó Organa—. Una bestia. ¡No había otra salida!

—Créeme, Bail —dijo tranquilamente—. Un Sith es sólo una bestia más. Aquellos que sucumben al lado oscuro están perdidos. Creen que lo controlan, pero están trágicamente equivocados. El lado oscuro de la Fuerza los controla y los consume.

Consume toda traza de bondad y de luz. Quienquiera que fuesen acaba destruido. Debes asumir esta dura verdad: si no acabamos con los Sith mientras tengamos la oportunidad, créeme… Créeme… viviremos para lamentarlo.

—Quizá tengas razón —dijo al fin Organa a regañadientes—. Pero perdóname si prefiero pensar que estás equivocado.

Y así lo prefería… pero el instinto le decía que en aquel caso la esperanza no tenía cabida.

Organa cayó dormido después de aquello. El silencio y la oscuridad se acentuaron y sólo su respiración los rompía. Obi-Wan que seguía despierto, le envidiaba. Sabía que necesitaba descansar pero temía que el lado oscuro le acechase mientras dormía. Al final, el cansancio venció al miedo, aunque eran miedos fundados. Al bajar las defensas mentales, el lado oscuro intentó un nuevo ataque. Saqueó sus recuerdos y lo llenó de sueños. Obi-Wan soportaba su embistes con severidad y perseverancia.

Su guerra contra los Sith había comenzado.

Dieciocho

—Maestro Yoda —dijo Anakin vía holograma—. Lamento informarle a usted y al Consejo Jedi de que durante el compromiso de Bothawui con Grievous perdí mi unidad R2. Y que, tras una búsqueda extensiva y exhaustiva, he sido incapaz de localizarla. Por eso, debo declarar mi R2D2 oficialmente perdida en combate.

Yoda intercambió una mirada con Mace Windu y luego se dio golpecitos con el índice doblado en los labios. Aunque se comunicaba a través de un holograma, el disgusto y el enfado de Anakin eran evidentes. De poco serviría una severa reprimenda; dudaba si él o Mace serían más implacables con Anakin de lo que él ya era consigo mismo.

—Desafortunadas noticias son, joven Skywalker. Un bien muy valioso tu droide era.

Los hombros de Anakin se tensaron.

—Sí, Maestro Yoda. Lo sé. Y siento profundamente no haber conseguido encontrarlo.

Mace se inclinó hacia la holotransmisión.

—Anakin, lo que está hecho, hecho está —dijo vivamente. Tenía poca paciencia con las auto recriminaciones excesivas—. Se te asignará un droide nuevo tan pronto como sea posible. Mientras tanto, tenemos una guerra que librar.

—Sí, Maestro Windu. ¿Tiene alguna misión nueva para mí?

—Nada en el frente. El reclutamiento que está llevando a cabo el conde Dooku en Chanosant significa que ha reconsiderado una agresión obvia. Al menos por el momento.

—¿Dooku ha atado a Grievous? Maestro Windu, eso resulta difícil de creer. Especialmente… Especialmente… tras haber acabado con el grupo de batalla de Falleen.

Mace se permitió esbozar una ligera sonrisa.

—Acabó con el grupo, y luego perdió Bothawui contigo. Yo diría que están realizando algunos ajustes tácticos. Mientras tanto, el frente actual es una batalla de relaciones públicas entre Dooku y Palpatine. Están luchando en el servicio de noticias de la HoloRed.

—Apuesto por el Canciller Supremo —dijo Anakin, que ahora parecía divertirse—. Maestro, Dooku no puede creer que este… este enfoque vaya a funcionar, ¿verdad? No cuando tiene un destacamento droide ocupando Lanos.

—No lo está ocupando, lo está liberando —dijo Mace secamente—. De su apabullante servilismo a la corrupta y decadente República. ¿O no has estado atento a la HoloRed?

—No, Maestro. La HoloRed me pone de mal humor y sé lo mucho que desaprueban usted y el Maestro Yoda a los Jedi con mal humor.

Yoda notó que los labios se le movían e intercambió otra mirada con Mace. Dando un paso al frente dijo:

—Si agradarnos quieres, joven Skywalker, recordar las lecciones de tu Templo debes.

—Siempre, Maestro Yoda —dijo Anakin con una breve reverencia—. Maestros, si no vuelvo al frente, ¿puedo preguntarles para qué me necesitan ahora?

—Hemos recibido tu informe final sobre el rendimiento de los nuevos cruceros de batalla —dijo Mace—. Y lo admito, estoy sorprendido. Si recuerdo bien, Anakin, tus comentarios previos eran entusiastas.

—Sí, lo eran, Maestro Windu. Lo siento, no pretendía que mi informe fuese crítico exactamente —dijo Anakin, que ahora hablaba con cautela y un poco a la defensiva—. Los cruceros están bien. Es sólo que… bueno… Mire, lo cierto es que creo que podrían ser mejores.

Yoda frunció el ceño y empezó a caminar alrededor del círculo del Consejo. ¿Qué era aquello?

—¿Mejores? —dijo Mace, juntando las puntas de los dedos y relajando la voz—. ¿Crees, Anakin, que puedes mejorar el trabajo de un equipo altamente cualificado y experimentado de ingenieros profesionales? ¿Un equipo cuya experiencia combinada en el diseño de cruceros pesados creo que alcanza los ochenta y cuatro años?

El holograma de Anakin asintió.

—Sí, Maestro Windu. Esa es mi opinión.

Mace se recostó y salió del campo del holotransmisor.

—Llámame loco —murmuró—, pero me inclino a creerlo precisamente porque hace estas afirmaciones. Ningún Jedi diría tal cosa si no fuese cierta.

Yoda se detuvo lejos del holotransmisor, plantó su bastón delante de él y apoyó la barbilla en las manos.

—Una afinidad con las máquinas el joven Skywalker siempre ha poseído. Y mientras orgulloso sea, deshonesto no será.

Mace volvió a inclinarse hacia delante.

—Anakin, llévate al grupo de batalla a los astilleros de Allanteen Seis para que lleven a cabo tareas de mantenimiento, reparaciones y mejoras. Consulta con los expertos y comparte con ellos tus conclusiones. En este momento no sé cuánto tiempo te queda. Se te podría asignar una misión nueva en cualquier momento. Si es así y el *Decidido* no está disponible, se te dará otra nave. Probablemente el *Crepúsculo* otra vez. ¿Alguna pregunta?

—No, Maestro Windu —dijo Anakin—. Gracias. —Luego dudó—. Al menos no preguntas sobre eso. Pero… ¿puedo preguntar si el Maestro Kenobi ha regresado ya de su misión?

Interesante. Yoda se acercó al holotransmisor.

—Aún no ha vuelto, joven Skywalker. ¿Por qué preguntas?

El holograma de Anakin parpadeó, pero ni siquiera una holoseñal degradada podía enmascarar su preocupación.

—No sé qué decirle, Maestro. Tengo un mal presentimiento.

—Preocuparte por Obi-Wan no debes, Anakin —dijo, esta vez con mucho cuidado de no mirar a Mace—. Palabras suyas recibimos hace poco tiempo. Su investigación continúa aún.

—¿Qué está investigando, Maestro? ¿Puede decírmelo?

—No —dijo Mace secamente—. Anakin, tienes tus órdenes. Acátalas sin demora.

—Sí, Maestro Windu —dijo Anakin tras un momento.

—Hiciste un buen trabajo en Bothawui —añadió Mace de forma más gentil—. El Consejo está complacido, Anakin. Y con tu aprendizaje. Sigue así. Unas cuantas victorias como ésa y quizás empecemos a albergar la esperanza de que esta guerra acabe pronto.

—Sí, Maestro Windu.

El holograma de Anakin hizo una reverencia y su imagen se desvaneció.

Yoda meneó la cabeza y suspiró.

—Un mal presentimiento tiene. Yo no.

—¿Qué es más preocupante? —dijo Mace, golpeándose la rodillas con los dedos—. ¿El hecho de que confirme tus preocupaciones… o que a su edad y con su limitada experiencia sienta que algo va mal estando a miles de años luz de Obi-Wan?

Era una buena pregunta. Yoda pensó la respuesta, perfectamente consciente de la perturbación que hervía en el fondo de su mente. «Un mal presentimiento, sí. Los conozco».

—El Elegido poderoso ha de ser, si va a traer el equilibrio a la Fuerza.

—Soy consciente de eso —dijo Mace—. Pero hay mucho más poder, Yoda. Y aún es muy joven.

—Por eso guiarlo debemos —dijo Yoda—. Aunque molesto esté.

—Sí —dijo Mace y se inclinó hacia delante manifestando sus inquietudes—. Yoda, ¿qué vamos a hacer con Obi-Wan?

Suspirando, volvió a dar vueltas alrededor de la Cámara del Consejo, y los golpecitos de su bastón servían de contrapunto a sus pensamientos. El suelo de madera pulida de la Cámara resultaba cálido y reconfortante con luz que se filtraba por el transpariacero.

Más allá de las ventanas panorámicas, el cielo se teñía del rosa y el dorado del atardecer. Uno a uno, los speeders, las lanzaderas, los maxitaxis y las góndolas encendían las luces, haciéndolos parecer dragones y escarabajos tamarizi.

—Esperaremos, Maestro Windu —dijo al fin—. La señal de su transpondedor seguiremos escaneando. Y esperemos que la Fuerza le acompañe.

—Esperar —dijo Mace con una mueca—. No es mi ocupación favorita.

—Lo sé —dijo Yoda con una gravedad burlona—. Paciencia nunca conseguí inculcarte.

—Me enseñaste lo suficiente —dijo Mace—. Me enseñaste todo lo importante. Yoda… —Se levantó de la silla, se sentó en el suelo y se rodeó la rodilla levantada con el brazo—. Me encargaré de todo. Del Consejo, de Palpatine, de todo lo que surja. Tú deberías centrarte en escuchar a Obi-Wan. Eres el mejor navegando en la Fuerza. Si ha ido más allá de Munto Codru, si tiene problemas… si nos necesita y no puede contactar con nosotros de otra forma… tú serás el único que podrá escucharle.

Atribulado, Yoda volvió a detenerse. Lo único que deseaba era encerrarse en su cámara de meditación, pero…

—Mucho trabajo será para ti, Mace Windu. Y muchas cargas tienes ya.

—¡Eso no importa! Yoda, ¿cuántas veces lo has dicho? El destino de Obi-Wan es tan importante como el de Anakin. Si algo le sucediese… Si lo perdiésemos…

Yoda asintió mientras el peso del vago futuro le cruzaba la mente.

—Incluso con el Elegido, la Fuerza quizá nunca se equilibre —apuntó pesadamente—. Recuerda lo que hacer dije, Maestro Windu. Muy bien. Tu consejo aceptaré. Buscar a Obi-Wan en la Fuerza y esperar que su camino a casa pueda encontrar con seguridad.

En la silenciosa sala de guerra del *Decidido,* Ahsoka pensaba en Anakin mientras contemplaba el holotransmisor desactivado con los brazos cruzados y la cabeza gacha.

«Ah, no es feliz. No está nada contento».

—Bueno, Skyguay, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó. Cuando le lanzó una mirada penetrante añadió—. ¡Estamos solos! Dijiste que podía llamarte…

—Silencio. Estoy pensando.

Se mordió el labio mientras esperaba. Intentó leer los pensamientos que cruzaban su mente. Pero, cuando quería, Anakin podía esconderse por completo. Por la cara que ponía para ella era igual que un droide de protocolo.

«No irás a desobedecer al Consejo, ¿no? Es decir, no hay posibilidad de no acatar esas órdenes. No puede desobedecerles. Ni siquiera el Maestro Kenobi, ¿no?».

Anakin volvió a mirarla, pero esta vez de forma más amable.

—¿Qué vamos a hacer, Ahsoka? ¿Qué crees tú que deberíamos hacer?

Inspiró profundamente. Enderezó la espalda. No le haría ningún favor diciéndole lo que quería oír en vez de lo que necesitaba oír. El Maestro Kenobi ya lo había dicho cuando estaban en Bothawui. ¿Y quién era ella, una simple Padawan, para discutir con el gran Obi-Wan Kenobi?

—Creo que tenemos que hacer lo que ha dicho el Maestro Windu. Sé que estás disgustado por haber perdido a R2. Sé que estás preocupado por el Maestro Kenobi. Yo también lo estoy. Pero estamos en guerra, Skyguay, y eso es algo más grande que nosotros mismos. ¿Cómo vamos a derrotar a los separatistas si no trabajamos en equipo?

A Anakin se le tensó un músculo de la mandíbula.

—¿Cómo vamos a derrotar a los separatistas si seguimos órdenes equivocadas? El Consejo Jedi no siempre tiene razón, Ahsoka.

—Quizá no —dijo tras una pausa dubitativa—, pero tampoco pueden equivocarse siempre. Anakin hizo una mueca.

—¿No?

¿Qué se suponía que debía contestar ella a aquello?

—Ummm…

—Da igual —dijo mirándola—. Quizá tengas razón. Además, puede que tenga un mal presentimiento, pero no sabría decir dónde está Obi-Wan o qué está haciendo. Así que

aunque estuviese preparado para ignorar al Maestro Windu e ir a buscarle, no sabría por dónde empezar.

Y por eso estaba tan preocupado.

—No creo que quiera que vayan a buscarle, Maestro. ¿Y tú?

—Puede que no —admitió Anakin con una débil sonrisa—, pero Obi-Wan no siempre sabe qué es mejor para él. Ahsoka notó cómo se le abría la boca.

—¿Y tú sí?

—Sí —dijo simplemente y luego se dirigió a la puerta—. Vamos, hay que llevar el grupo de batalla a Allanteen Seis. Después, tú y yo podremos entrenar un poco con el capitán Rex.

«Genial. Me pregunto si Rex podrá enseñarme algún truco que pueda ayudarme a mantenerte controlado».

Desconcertada y resignada, salió con él de la sala.

Abandonaron la nave estrellada tan pronto como despuntó el día. El aire de la mañana de Zigoola era frío y seco. El cielo estaba encapotado y corría una leve brisa. Bail improvisó una mochila y la adoptó para que no le molestase contra los omóplatos, intentando ignorar el dolor de su hombro desgarrado y magullado.

Mientras Obi-Wan caminaba por la yerma meseta, Bail le observaba y pensaba. ¿Habría dormido? Sospechaba que no. Sus ojos denotaban cansancio y aquella mañana decían que había pasado una noche agitada. Durante los preparativos para su partida, sólo habían intercambiado unas cuantas palabras.

«¿Es mejor que diga algo que finja que todo va bien? Si finjo que todo va bien, y luego pasa algo, ¿cómo sabré qué hacer? ¿Cómo le ayudaré?».

Obi-Wan suspiró.

—Estoy bien, Bail. No tienes de qué preocuparte.

Qué inquietante resultaba que alguien leyese la propia mente con tanta precisión.

—Quizás ahora estés bien —contestó—, pero ¿y si eso cambia?

—Hago lo que puedo para que eso no suceda.

¿Hace lo que puede? ¿Qué significaba eso? Más secretos del inquietante mundo Jedi, probablemente.

—¿Todavía sientes a los Sith?

—Sí —dijo Obi-Wan tras un momento—. Sí, los percibo.

—¿Y?

Obi-Wan cambió la posición de su rústica mochila improvisada.

—¿Y qué?

—¿Eso significa que te están atacando? ¿Ahora mismo? ¿Mientras caminamos?

—Sí, Bail —dijo Obi-Wan y su voz sonó tensa—. Pero tú no debes preocuparte. Lo tengo controlado.

Bail bajó el ritmo. Se paró. Obi-Wan dio tres zancadas más y luego también se detuvo. Se giró lentamente mostrando la palidez de un rostro marcado por la tensión.

—¿Qué?

Bail hizo una mueca.

—Quiero ayudarte. ¿Cómo puedo hacerlo?

—Puedes callarte —dijo Obi-Wan—. Hablar es una distracción y los Sith…

—¿Qué pasa con ellos? —dijo al darse cuenta de que el Jedi no concluía la frase—. Obi-Wan, ¿qué están haciendo?

—Intentan encontrar un camino —dijo Obi-Wan—. Lo mejor para nosotros sería que fracasasen.

Bueno, sí. Eso era obvio.

—¿Siguen… jugando con tu mente? ¿Haciéndote recordar cosas?

—En esto momento no.

—Pero ¿lo hicieron? ¿Anoche?

Obi-Wan miró a lo lejos y luego asintió.

—Sí.

Quería preguntarle: «¿Qué tipo de cosas?». Quería saber con exactitud a qué se enfrentaba el Jedi porque estaban en aquel lío juntos, quisiera Obi-Wan o no.

«Pero no me lo dirá, lo sé. Me dirá que le distraigo. Dirá que no es de mi incumbencia. Dirá que no me preocupe. Que él es un Jedi y que puede arreglárselas».

Bail se mordió el labio con frustración.

—¿Hasta qué punto empeorará esto, Obi-Wan? Sinceramente.

—¿Sinceramente? —Obi-Wan se encogió de hombros—. Sinceramente, Senador, no tengo ni idea. Pero creo que seguramente las cosas empeorarán antes de que mejoren.

«Maravilloso».

—Quizá sea un error. Quizá deberías quedarte aquí, con la nave, y dejarme a mí investigar el templo.

—Muy amable, pero me temo que no es práctico —replicó Obi-Wan—. Aunque llegases hasta allí sano y salvo, no sabrías qué hay dentro. No tendrías forma alguna de identificar los artefactos. Si es que los hay. No, seguiremos con el plan.

Asintió.

—Muy bien, pero tienes que decirme qué está pasando, Obi-Wan. No me des de lado. No me trates como a un idiota. Y si necesitas ayuda, tienes que pedirla. ¿De acuerdo?

Pequeños diablillos de polvo bailaban por el paisaje arrastrados por la brisa. Obi-Wan los miró con cara inexpresiva. Al final suspiró.

—De acuerdo —dijo y su voz sonó profundamente infeliz—. Ahora, por favor, Bail, no hables más. Necesito concentrarme.

Siguieron caminando en silencio mientras la mañana de Zigoola se abría paso a su alrededor.

Casi dos horas más tarde, mientras marchaban a buen ritmo por la vasta e irregular meseta, Obi-Wan se paró de repente. Se quedó totalmente quieto, con expresión

suspendida, como alguien que intenta recordar un nombre o algún dato escurridizo. Y entonces, sin previo aviso, su cara se torció y cayó de rodillas. Empezó a arañar su propio cuerpo con los ojos aterrorizados y abiertos como platos.

Bail sintió que el aire le estrangulaba la garganta. Sabía lo que era. Los Sith habían roto las defensas de su enemigo y ahora Obi-Wan volvía a ser presa de los escarabajos de fuego de Taanab.

«Es demasiado para que lo controle. ¿Qué hago? ¿Qué hago?».

Tenía que parar aquello de alguna forma, no podía permitir que lo siguiesen atacando.

Igual que la última vez, Obi-Wan corría grave peligro de hacerse mucho daño a sí mismo. Se desembarazó de la mochila y la dejó caer al suelo. Se agachó frente al Jedi y le cogió por los brazos.

—¡Obi-Wan! ¡Despierta!

Pero en lugar de despertar, Obi-Wan atacó. Aquella vez no con la Fuerza, sino con los puños cerrados y la fuerza de la desesperación. No era un hombre particularmente alto, y su constitución era delgada, no demasiado musculosa, pero daba golpes rápidos y potentes.

La ráfaga de puñetazos impactó en la cara y el vientre de Bail. Los impactos le abrieron la costra del labio y le sacaron todo el aire de los pulmones. Dando bandazos y jadeando, se desplomó en el suelo atravesado por el dolor. La boca le sabía a sangre. El cielo brillante le daba vueltas de forma incontrolable. Pensó: «Quizá no fuese tan buena idea, Organa».

Con la vista borrosa, obligó al dolor emergente a remitir. Intentó sentarse, pero no lo consiguió. Volvió a intentarlo y lo logró.

—¡Idiota! —gritó Obi-Wan, acercándose—. ¿En qué estabas pensando? ¿No sabes que podría haberte matado?

Bail entornó los ojos para verle.

—Ah. Así que ha funcionado. De nada, por cierto.

Escupiendo una diatriba en toydariano, Obi-Wan se quitó la mochila y se puso a hurgar entre las botellas de agua y las bandejas de comida.

—Puedo curarte —dijo, sacando el medkit de primeros auxilios de la nave—. Mi capacidad de control está en peligro. Tendrás que arreglártelas con esto.

—Bien —dijo, cogiendo el kit, pero Obi-Wan lo apartó de su alcance. Tras el enfado había miedo.

—Ya lo hago yo —le espetó el Jedi—. Siéntate y estate quieto y callado.

Las habilidades médicas de Obi-Wan, eran bruscamente eficientes. Cuando terminó cerró el kit de primeros auxilios, volvió a guardarlo en la mochila y levantó la vista.

—Bail, no vuelvas a hacer eso nunca más.

—Deberías tener más fe en ti mismo, Obi-Wan —dijo tranquilamente—. No he pensado ni por un segundo que me matarías.

—Entonces eres idiota —dijo Obi-Wan, sentándose sobre los talones—. Porque ya lo intenté una vez.

Cierto. Pero si querían sobrevivir a aquel desastre, no podían permitirse perderse en la desconfianza.

—Puedo soportar unas cuantas magulladuras, Obi-Wan, si eso significa que no tengas que revivir lo que te sucedió en Taanab o cualquiera de esas cosas con las que te acosan los Sith.

Obi-Wan se puso en pie. Se mesó la barba claramente frustrado.

—¿Más heroísmo inapropiado? Ahórratelo, Senador y haz lo que te pido. La próxima vez que pierda terreno ante los Sith. mantente alejado. Deja que el ataque siga su curso.

—¿Quieres decir que permita que te hagas daño? —replico enderezándose—. Me parece que no, Maestro Kenobi. A no ser que el instinto de supervivencia entre en juego. No me iré de aquí si no es contigo entero.

—¡Y yo no me iré si no es contigo vivo!

«Tablas».

Se miraron mientras los diablos de polvo bailaban. Entonces la expresión iracunda de Obi-Wan se desvaneció… y una vez más volvió a descubrirse su vulnerabilidad.

—Por favor, Bail —dijo—. No hagas que tenga que preocuparme por ti. Si lo haces, me debilitarás. Y esto ya es bastante difícil.

Bail cruzó los brazos y miró al suelo. No era justo, él quería luchar. No quería ceder a sus argumentos. Pero había sido derrotado y lo sabía. Su molesta resistencia había sido limpiamente minada por la súplica simple y sincera de Obi-Wan.

Levantó la mirada.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme de brazos cruzados? ¿Independientemente de lo que pase? ¿Sin importar lo que hagan los Sith? ¿Sin que me importe lo que hagas tú?

—Eso es.

—¿Y luego qué…? ¿Recojo los trozos al final? Los ojos de Obi-Wan relajaron un poco la tensión. —Si no es mucha molestia, sí.

Descruzó los brazos, metió las manos en los bolsillos y miró la meseta que les rodeaba y los diablos de polvo y, finalmente, la lejana primera línea de árboles. ¿Tres días así? ¿Tres días o incluso más? «Debí quedarme en casa, en la cama».

—Bail —dijo a Organa—. Dices que debo pedirte ayuda si la necesito. Bueno, pues te la estoy pidiendo. Así es como puedes ayudarme.

Kriff, las partidas de sabacc no le habían engañado. Aquel hombre sabía perfectamente cómo jugar sucio.

—Muy bien —dijo a regañadientes—. Haremos las cosas a tu manera. Por ahora. Pero esta discusión aún no ha acabado. Solamente se suspende. Si se te va de las manos, Obi-Wan, si realmente parece que estás poniendo tu vida en peligro, entonces habrá que reconsiderarlo. Buscaremos una forma diferente de hacer las cosas, ¿de acuerdo?

Obi-Wan recogió su mochila improvisada y se encogió de hombros.

—Ya veremos.

Bail le miró estupefacto. *Kriff, kriffú* Kenobi no era la persona más molesta, la más exasperante, la más imposible…

—Vamos, Senador —dijo el Jedi al ponerse en marcha—. Como dijo alguien recientemente, «estamos malgastando el tiempo».

Y aquello hizo que se apresurase a preparar su mochila, maldiciendo su hombro dolorido, maldiciendo a Kenobi y a los Sith y a la galaxia entera. Maldecía al destino, por haberlo metido en aquel aprieto. Con la mochila lista corrió para alcanzarle.

«Breha, menuda historia te voy a contar cuando llegue a casa».

Porque estaba volviendo a casa. Los Sith no iban a ganar aquella vez. No ganarían… No ganarían… Estaba más que claro que no ganarían.

En el Templo, a un joven Jedi se le enseñan muchas cosas. La primera de ellas es: «El miedo conduce a la ira. La ira conduce al odio. El odio conduce al sufrimiento. Cuidado con el lado oscuro, Jedi».

Y la segunda lección reza: «El dominio de uno mismo es el único dominio que importa».

Obi-Wan tenía mucho miedo de que su dominio sobre sí mismo fracasase.

El mundo exterior, el mundo que estaba más allá de su mundo interior, implicaba caminar bajo un sol hostil sobre la piel de un planeta que intentaba matarle, hacia el bastión de un enemigo empeñado en destruirle. Implicaba a un buen hombre, Bail Organa, que no debería estar a su lado. Implicaba comida insuficiente, sueño fracturado y una letanía de sufrimientos físicos que convertían el mundo en una prueba.

Pero los malestares de aquel mundo no eran sino un eco. La realidad se escondía detrás de sus ojos, en el reino espiritual… donde se sentía como una vela encendida a merced de un huracán.

Desde la noche anterior, el viento del lado oscuro había soplado contra él sin tregua, apaleándole con sus recuerdos más crueles. Intentando desgarrar su espíritu de lucha. Los escarabajos de fuego… Tayvor Mandirly… la muerte de Qui-Gon… y Geonosis. Una procesión impía de temores, muerte *y* pérdidas, con apenas tiempo suficiente para recuperarse debidamente entre cada asalto. Para coger aire. Para reforzar sus defensas *y* prepararse para el siguiente ataque.

Se ensimismó, se encerró en sí mismo, se aisló brutalmente del lado luminoso de la Fuerza y alimentó su llama. Se centró en las lecciones de todos los Jedi que le habían enseñado: Yoda y Mace Windu y, sobre todo, Qui-Gon Jinn. Anakin también le había enseñado cosas y se apoyó en aquella insólita fuerza. Había aprendido de los Sith en Theed y de Dooku en su cueva. Aquellas lecciones eran las más amargas, pero no serían en vano.

Se imaginó a sí mismo como una vela. Se vio tras una pared, que había levantado él mismo ladrillo a ladrillo y que, ladrillo a ladrillo, fue destruida. Cada muerte era un golpe de martillo. Cada pérdida, uno de cincel. Los Sith eran adversarios astutos y sabían dónde y cuándo atacar. Se sentían atraídos por los puntos débiles, los antiguos dolores, las heridas sin cerrar. Construyó una barricada contra ellos. Se rieron y la derribaron.

Y mientras reían le susurraban al oído como una amante: «Muere, Jedi. Muere, Jedi. Muere, Jedi. Muere».

Era poco consciente de la preocupación de Bail Organa. Podía sentirla como una mano cálida sobre su hombro. Pero incluso cuando sacaba fuerzas de aquello, lo sentía como una carga. Sentía el peso apabullante de aquel hombre a quien debía proteger… o fracasaría.

«Debí dejarle en la nave. No debí traerle conmigo. Debí encontrar la forma de mantenerle alejado de esto. Voy a conseguir que le maten».

En una forma extraña, Bail le recordaba a Padmé: audaz, desenvuelto y obstinadamente valiente. Deseoso de arriesgar su propia vida sin pensarlo dos veces por otro, por una causa, para luchar por la justicia. Si los Sith iban a ser derrotados, sería gracias tanto a personas como Bail y Padmé como a los Jedi.

«Por lo tanto no puede morir aquí, en Zigoola. La República le necesita. Debo protegerle, cueste lo que cueste».

En el mundo más allá de su espíritu, pasaba un tiempo precioso. Y en aquel lugar, el tiempo, igual que los Sith, no era su aliado. Cada paso vacilante le acercaba al huracán de ojo frío. Le acercaba al templo de los Sith, el corazón de aquello que anhelaba su muerte. Temió apagarse para cuando llegaran. Agotarse. Nada más que un recuerdo. La herida abierta de alguien más.

Pero el miedo conduce a la ira, y la ira conduce al odio, y el odio conduce al sufrimiento. Lo que significa que el lado oscuro siempre gana. Así que atesoró su llama. Construyó su muro ladrillo a ladrillo. Porque la alternativa era la rendición.

Y nadie le había enseñado eso.

Diecinueve

Llegaron al primer tramo de bosque cerrado a última hora de la tarde. Las ramas retorcidas se enmarañaban sobre sus cabezas filtrando la tenue luz del sol. Las hojas muertas cubrían el suelo irregular y crujían bajo sus pies. El aire olía a viejo y muerto. No había pájaros en los árboles retorcidos, ni signo de vida alguno.

Sudoroso y cansado, Bail miró a Obi-Wan.

—¿Vamos a parar un momento?

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde la discusión por lo de los escarabajos de fuego. Necesitaba beber agua desesperadamente, pero tenían que conservar sus reservas. No había nada en aquel lugar que sugiriese que se cruzarían un río o un arroyo o un estanque pronto. Si se quedaban sin agua antes de encontrar el camino a casa… bueno… no merecía la pena pensarlo. Morir de sed era una horrible manera de perecer.

Obi-Wan, que caminaba más despacio, miró sobre el entramado follaje pardo. Manchado al azar de luces y sombras, parecía agotado. Guardaba silencio, ya que luchaba contra los Sith a cada paso que daba. Y aquél era sólo el primer día…

—Deberíamos continuar —dijo con voz ronca—. Al menos hasta el atardecer.

—¿Por qué? —preguntó Bail, repentinamente rebelde y resentido. «A ti te da igual, Kenobi, pero yo no soy un Jedi. Soy un simple humano»—. Descansemos unos minutos. No puede hacernos daño. No hay motivo para matarnos para llegar hasta allí, Obi-Wan. Ni siquiera hemos parado para comer. —En su lugar, habían compartido una bandeja de comida mientras caminaban; él seguía luchando contra la indigestión—. Yo digo que paremos un momento para recuperar el aliento.

Obi-Wan le echó una mirada impaciente. Después asintió.

—Muy bien.

El suelo del bosque disecado estaba lleno de troncos de árboles caídos y secos. Conteniendo un gruñido de alivio, Bail se quitó la mochila y se sentó. Era un hombre atlético que hacía ejercicio a diario, pero caminar una hora interminable tras otra se estaba cobrando su precio. Le dolían los hombros, el cuello y las piernas. Tenía la espalda indescriptiblemente tensa. Los pies le ardían y los tenía llenos de ampollas; sus elegantes botas de media caña no se habían diseñado para las caminatas por el campo. Los cortes superficiales y las quemaduras que se había hecho en el enfrentamiento de la estación espacial le escocían. Y el labio en el que Obi-Wan le había golpeado, se había vuelto a hinchar y le latía con fuerza, como un dolor de muelas. No se habían llevado analgésicos porque querían guardar los medicamentos del kit de primeros auxilios para percances más graves.

Se inclinó sobre la mochila, empeñado en descubrir la distribución exacta del contenido que evitaría que le doliese la espalda, y miró a Obi-Wan. El Jedi seguía de pie con su mochila a cuestas. Como si el mero hecho de parar le hiciese perder velocidad.

—Eh —dijo—. ¿Estás bien?

Obi-Wan asintió.

—Pues siéntate. Deja la mochila un rato. Necesitas descansar mucho más que yo.

Obi-Wan volvió a asentir… pero no se movió. Bail se levantó inquieto.

—¿Obi-Wan? ¿Qué pasa?

La respuesta de Obi-Wan fue quitarse la mochila y dejarla caer suelo. Tenía el ceño fruncido y sus ojos no enfocaban bien. Entonces, cogió su espada láser y activó la hoja.

—¡Eh! —Bail retrocedió de un salto, ignorando todo lo que le dolía—. ¿Qué ocurre? ¿Sientes la presencia de alguien? ¿Estamos solos o no? ¡Obi-Wan!

El zumbido de la espada láser resonaba en el espeluznante silencio de la espesura del bosque y su azul era tan brillante que parecía estar vivo en aquel lugar muerto *y* silencioso. Obi-Wan barrió la zona con su aguda, pero extrañamente desenfocada vista y su cuerpo sentía la tensión como la olorosa presa de un sabueso de Voolk. Entonces entornó los ojos, levantó la cabeza y su espada láser se puso en guardia.

—Ventress.

Alarmado, Bail se giró, intentando seguir la dirección hacia la que miraba Obi-Wan. El corazón le latía con fuerza y la adrenalina mitigaba todo dolor. ¿Asajj Ventress? ¿Aquí? ¿Dónde? Aquella mujer era letal. *Kriff*, qué idiota había sido al dejar su bláster a merced de la destrucción en la estación espacial de Alinta.

—Obi-Wan, no la veo —susurró, echándose a un lado para cubrirse un poco tras un árbol retorcido y raquítico—. ¿Dónde está? ¿Qué…?

Obi-Wan avanzó con los ojos encendidos con el mismo fervor y fiereza que en la batalla de la estación espacial. La espada láser brillaba y su zumbido cortaba el silencio. Atacó con ímpetu… a nadie. Asajj Ventress no estaba allí.

Al darse cuenta Bail notó un fuerte pinchazo en el pecho.

«Ah, menos mal. Está alucinando».

Pero, de repente, no se sintió seguro.

Escondido tras el tronco del árbol, con el corazón latiéndole tan fuerte que podría aplastarle el pecho, miraba cómo Obi-Wan luchaba contra su adversario fantasma… y aunque lo que estaba ocurriendo le hacía sentir una especie de pena espeluznante, tampoco podía evitar sentir una gran admiración. Lo que había presenciado en la batalla de la estación espacial no había sido nada, nada, comparado con aquello.

Obi-Wan blandía su espada láser como una fuerza elemental de la naturaleza. Como si el filo fuese una extensión de su propio ser y no pudiese separarse de su carne y de su sangre. Todo indicio de cansancio se había borrado de su rostro; su energía parecía ilimitada cuando saltaba, se giraba y daba volteretas con la espada zumbando y tiñendo las sombras de azul. Era casi imposible creer que estuviese luchando con un enemigo físico, real: cada vez que embestía, cada vez que esquivaba, cada vez que atacaba y contraatacaba con la espada láser parecía encontrarse con otra espada cortante. Su cuerpo reaccionaba con una serie de golpes discordantes y todos los músculos se le tensaban con los impactos. Su rostro hacía gala de una determinación formidable de imponerse… pero

la malvada luz de sus ojos decía que aunque en su mente atormentada aquello era a vida o muerte, también había lugar para cierta gloria.

«Pero ¿cuánto va a durar esto?», se preguntaba Bail y su admiración dio paso a la preocupación ya que Obi-Wan no mostraba indicios de poner fin a aquella batalla. «No puede quedarse así para siempre. Ya está cansado y esto es extenuante. Seguramente acabará recobrando el conocimiento». ¿Y si no qué? «No tendré posibilidades de llevarle al templo Sith».

¿Debería ignorar las instrucciones de Obi-Wan e intentar detenerle? ¿Intentar interferir en la alucinación Sith y hacer que el Jedi volviese en sí?

«Ah… no. Creo que no. No mientras siga empuñando la espada láser».

Ahora respiraba con dificultad y en sus ojos no había otra luz que la de una llama asesina y letal y Obi-Wan aumentó la ferocidad de su ataque. Y ahora… ¿qué estaba pasando? Había algo… algo diferente. ¿Seguía Kenobi luchando contra Asajj Ventress? Mientras le contemplada su preocupación iba en aumento. Bail creyó haber visto un cambio en la mirada de Obi-Wan y un extraño y desagradable giro en su rostro.

«Algo va mal… Bueno, peor. En cierta forma, algo ha cambiado».

Y entonces, el Jedi enterró su espada láser en el corazón de un árbol.

Sobresaltado, Bail ahogó un grito mientras el aire muerto y frío impregnaba el nocivo hedor de la savia quemada, porque ahora Obi-Wan se dedicaba a cortar y a atravesar indiscriminadamente los árboles del bosque. Las ramas cortadas caían al suelo en picado, las ramas más pequeñas y las hojas volaban y se levantó una nube de humo hediondo.

Y no sólo las ramas eran víctimas del frenesí de Obi-Wan: estaba acabando con árboles enteros, que cortaba en dos con una facilidad pasmosa, con un solo golpe de aquel filo azul brillante. El Jedi giraba cada vez más rápido, cortando árboles como si se tratase de su enemigo mortal. Como si cada rama empuñase un arma para intentar matarle. El frenético zumbido de su espada láser se volvió casi inaudible entre el sonido de la madera al caer al suelo y los viejos troncos secos se encorvaban sobre sus vecinos como los borrachos de los distritos de mala muerte de Coruscant. Las hojas se arremolinaban y daban vueltas en una ventisca y la luz de fresca del sol se filtraba a través de los huecos del entrelazado follaje del bosque.

Bail contemplaba, paralizado, cómo Obi-Wan masacraba el bosque.

«No, no. Esto está fuera de control».

No podría permanecer inmóvil mucho tiempo, porque el patrón de ataque de Obi-Wan no seguía ninguna pauta ni razón. Era como un hombre bailando claque al borde un volcán, que no se detiene, que no se atreve a parar y a su alrededor yacía el bosque consumido de Zigoola. En dos ocasiones casi se le aplasta una rama cortada al caer. Otra tuvo que tumbarse en el tronco hueco de un árbol seco para evitar ser aplastado por la retorcida copa de un árbol. Consiguió escapar con moratones y rasguños, la boca seca y empezando a sentir pánico.

«¿Cómo puedo parar esto? Tengo que detenerle. Es una locura. Obi-Wan se ha vuelto loco».

Después tuvo que echarse a un lado porque el Jedi dejó de girar cortando los árboles jóvenes de un solo golpe y estaba preparado para atacar de nuevo. Empezó a girar hacia él con una cara casi irreconocible. Ahora daba vueltas con furia y una especie de odio irracional y vacío. Gruñendo en silencio, Obi-Wan volvió a levantar la espada láser… y avanzó.

El miedo le hacía doler el estómago y Bail levantó las manos. Reculó un paso y se detuvo cuando se dio contra el tronco de un árbol caído y casi se vuelve caer.

—¡Obi-Wan! Obi-Wan, soy yo. Soy Bail Organa. Obi-Wan. Maestro Kenobi, para.

No escuchaba, no le importaba. Obi-Wan giró la espada y la bajó.

Bail cerró los ojos. «Breha».

Pero no murió.

—¿Bail? —dijo una voz tenue y vacilante—. ¿Bail? ¿Qué estoy haciendo?

Parpadeó confuso… y la cara de incredulidad de Obi-Wan se centró. Miró de reojo y hacia abajo, a la delgada barra zumbadora de luz azul que se había detenido tan cerca de su cuello que podía notar su calor abrasador.

—¿Ahora mismo, Obi-Wan? —murmuró—. Ahora mismo estás bajando tu espada láser.

Con un suave zumbido el arma se desactivó y la empuñadura negra y plata de la espada cayó de los dedos temblorosos del Jedi con un ruido sordo.

—Ventress —dijo Obi-Wan y su voz aún sonaba débil a causa de la impresión—. Vi a Asajj Ventress. Luché contra ella… en Teth. Y contra las fuerzas droides de los separatistas. Luché contra ellas en Christophsis. Y creí… Creí… Miró lentamente a su alrededor y los árboles caídos y la capa de follaje fresco que cubría el suelo evidenciaron su locura. La locura de una mente perdida en un mundo de ilusión. Sin previo aviso, sus rodillas se le doblaron y cayó al suelo. Se derrumbó sobre las manos y vomitó la miserable media bandeja de comida que había ingerido horas antes.

Bail se dio media vuelta haciendo una mueca y sacó su mochila de debajo de un entramado de ramas cortadas. Sacó una de sus preciadas botellas de agua, le quitó el tapón y se la tendió al Jedi.

—Al infierno con racionarla —dijo—. Bebe y punto. Obi-Wan se sentó sobre los talones y cogió la botella con mano temblorosa. Pero en lugar de beber, miró hacia arriba.

—Bail, lo siento muchísimo. Se encogió de hombros.

—No ha sido culpa tuya.

—Sí lo ha sido —susurró Obi-Wan—. No estaba centrado. Bajé la guardia.

Stang. Bail se agachó a su lado.

—Obi-Wan, estás cansado. Llevas horas luchando sin tregua contra los Sith. Quizá seas un Jedi, pero no eres indestructible. Y de todas formas, les has vencido. No me has matado. Una vez más. Así que no están ganando ellos, sino tú. Ahora deja de hablar y bebe.

Obi-Wan se bebió la mitad de la botella y se la devolvió.

—Deberíamos continuar.

—Bail… —Los ojos de Obi-Wan estaban mellados por el cansancio, y algo peor—. Nunca disfrutaré de un momento de descanso mientras esté en este planeta. Si vamos a encontrar una salida, será mejor que lo hagamos rápido. Antes de que…

No tenía que decir más. Bail podía acabar la frase sólo. «Antes de que tu mente acabe totalmente destrozada e, igual que los escarabajos de fuego de Taanab, los Sith se te coman vivo».

Suspiró.

—Muy bien. Seguiremos.

—Mi espada láser —dijo Obi-Wan. La recogió y se la tendió con una extraña expresión en su rostro—. Cógela. Mantenla lejos de mí.

Bail contempló la elegante arma en silencio. Recordó el calor de su terrorífico poder. Sabía lo suficiente sobre los Jedi para saber que era su posesión más personal, más importante y más preciada.

—¿Estás seguro?

Obi-Wan asintió.

—Casi te mato. Estoy seguro.

—Muy bien —repitió y cogió el arma que se le ofrecía. Cerró los dedos a su alrededor y sintió su peso. Su importancia.

—Cuidaré bien de ella, lo prometo.

—Gracias —dijo Obi-Wan y su mirada recorrió las ruinas del bosque, absorbiendo lentamente aquella frenética carnicería. Las sombras le oscurecieron los ojos—. Ahora, en marcha.

Mientras avanzaban con dificultad compitiendo con el atardecer, Obi-Wan encontraba refugio en el silencio. Se esforzaba por reconstruir sus defensas contra la oscuridad, contra la incesante y rencorosa voz que le susurraba al oído.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

Nunca se había sentido tan desequilibrado en toda su vida, tan inseguro. Había visto a Ventress sin lugar a dudas. Y después, a los droides separatistas. Y aún peor, cuando había luchado contra ellos había usado el lado oscuro. Lo había canalizado sin pensar. Aquello había sido lo más enfermizo. Llegar a aquella conclusión había sido lo que le había llevado a caer de rodillas para vomitar.

Aquello y el hecho de que casi decapita a Bail Organa.

«No puede repetirse. No puedo dejar que vuelva a pasar. Pueden apartarme del lado luminoso, pero los Sith nunca deben llevarme hacia el oscuro. No pueden convertirme en una máquina de matar».

Prefería morir que permitir que ocurriese algo semejante.

Así que él y el Senador de Alderaan emprendieron su lento camino por lo que quedaba del bosque, la zona que él no había conseguido talar, mientras la luz del sol se

apagaba en el cielo y el crepúsculo extendía su manto con el peso de las mochilas, sus recuerdos y sus miedos.

Laboriosamente, reconstruyó sus minadas defensas mentales. Apuntaló el bastión que había amartillado contra los Sith, perfectamente consciente de que sólo era medio él sin el lado luminoso de la Fuerza como aliado, angustiado por el temor de que medio Jedi no podría sobrevivir.

La pérdida de su espada láser era como una herida abierta.

La noche cayó y la oscuridad natural era una especie de invitación a que los recuerdos que lo agredían volviesen. Ignoró las peticiones de Organa de parar hasta el anochecer. En cierto modo, era más fácil resistir a los Sith mientras se movían. Cuando iba más despacio, le atacaban con más fuerza. Tan fuerte que creyó que se derrumbaría.

—Tenemos bengalas —le dijo al Senador—. Podemos seguir un poco más.

Pobre Bail. Había sido un incordio y un imprudente de una forma racional y ridícula, pero no se merecía aquello. Nadie se lo merecía.

Al final pararon. Pero sólo porque las piernas le flaqueaban y seguir de pie no le ayudaría. Como se habían detenido en el bosque y tenían combustible de sobra a mano, Bail encendió un fuego discreto. Compartieron otra bandeja de comida. Bebieron con moderación de sus reservas de agua. Se envolvieron en las mantas térmicas y se sentaron frente a la llamas en silencio.

El amanecer quedaba muy lejos.

Al final, Bail se durmió, pero él no. Cada vez que se sumergía en un sueño superficial, los recuerdos le desgarraban con dientes crueles y afilados. Su única esperanza de mantener a los Sith a raya era mantenerse despierto para poder concentrarse en las disciplinas mentales que se había perfeccionado a lo largo de toda su vida.

Pero estaba cansado. Estaba muy cansado. Y pronto, los recuerdos le atacarían de forma salvaje incluso estando despierto, como habían le habían atacado después de haber estrellado la nave en la meseta. Desnudo ante el huracán, libraba una batalla interminable contra los Sith. Revivía Geonosis. Revivía Taanab. Revivía la muerte de Qui-Gon. Una, y otra, y otra vez.

Mientras, Bail dormía. Al final, el sol volvió a salir. Tan pronto como el cielo se aclaró, le despertó y le obligó a levantarse.

—Pareces un muerto —le dijo Bail sin rodeos—. No llegarás a la noche.

Se echó la mochila a la espalda.

—Llegaré adonde tenga que llevar, Senador. No se hable más. Vamos.

Cuando Obi-Wan sufrió su tercera visión, o recuerdo, o pesadilla, o fuera lo que fuese lo que le pasaba, al cabo de menos de dos horas, Bail se retiró a una distancia prudencial y se tiró sobre la llanura rocosa que estaban intentando cruzar desesperado.

«Nunca más. Nunca, nunca, nunca más desearé ser un Jedi. Ni una semana. Ni tan siquiera un día».

¿Qué visión sería aquella vez? Con suerte, no sería la muerte de Tayvor. Si tuviese que revivir las torturas y la quema de su tío una vez más podría enloquecer. O quizá sólo

enloquecería más rápido. Porque si ya era difícil para Obi-Wan, y estaba claro que lo era, más difícil le resultaba a él tener sentarse y verlo desde fuera, sabiendo que no había nada que pudiese hacer para detener el implacable ataque de los Sith, tener que revivir aquel recuerdo en concreto con el Jedi.

Pero no, aquella vez no era la muerte de Tayvor. Sospechaba, aunque no estaba seguro, porque Obi-Wan se había negado rotundamente a comentarlo, de que el Jedi soñaba con Geonosis. Los recuerdos siempre comenzaban con su silencio y acababa llamando a gritos a su Padawan, mejor dicho, su antiguo Padawan, y lamentando la pérdida del brazo del joven.

La mirada de horror de su rostro en aquel momento era angustiosa. Pero, por supuesto, siempre podía ser peor. Podría tratarse de otra alucinación. Por suerte, aquello no se había repetido. De alguna forma, el Jedi estaba consiguiendo, al menos, mantenerlos a raya.

Era su segundo día en la llanura estéril que se encontraba más allá del bosque que Obi-Wan había tomado por un asesino del lado oscuro y un ejército droide separatista. Por su obstinada insistencia mantenían un ritmo castigador, caminando a paso firme desde el primer rayo de luz hasta que caía la oscuridad, hasta cuando caminar con las bengalas se hacía demasiado peligroso. Entonces acampaban lo mejor que podían. Comían con moderación, bebían aún menos y descansaban lo que podían bajo el cielo oscuro y nebuloso de Zigoola y sus desconocidas constelaciones. No era mucho. Las rocas desnudas y la tierra compacta eran un colchón tremendamente incómodo. Y las caprichosas pesadillas de Obi-Wan no invitaban al sueño a ninguno de los dos.

Bail se frotó la cara con las manos y notó la tirantez de su piel y cómo se habían ahuecado las mejillas. Sabía que si se viese en un espejo, vería un rostro demacrado devolviéndole la mirada. Su inmaculado traje hecho a medida estaba dado de sí. Había perdido masa muscular. Perdía fuerzas. Su cuerpo se consumía, como una serpiente que se muerde la cola.

Todavía quedaba otro día, quizá dos, para llegar a su destino. No por el terreno, sino porque, tal y como Obi-Wan había predicho, cuanto más se acercaban al templo, más despiadadas y frecuentes eran las visiones. E, independientemente de las veces que reconstruyese sus defensas, los Sith nunca se daban por vencidos… y lo estaban agotando.

Mientras lo miraba, mientras lo veía temblar y sudar, Bail tuvo que luchar contra una sensación de inutilidad aplastante.

«La resistencia de los Jedi es legendaria, pero incluso ellos tienen un límite. ¿Cuánto tardará en alcanzar el suyo Obi-Wan? ¿Cuánto tiempo podrá resistir estos ataques? ¿Podrá aguantar hasta que lleguemos al templo? Él dice que sí… pero ya no estoy seguro».

Obi-Wan había dicho la noche anterior, en un raro intercambio de palabras, que aquellos ataques no eran personales. Que creía que los Sith se protegían, que habían puesto trampas mentales, el holocrón, para proteger Zigoola y los tesoros Sith de

cualquier Jedi que pudiese aparecer por el planeta. El impulso de estrellar la nave no se había dirigido a él en concreto. Y la voz Sith de su cabeza, la voz que le imploraba que muriese, tampoco era personal. Los Sith odiaban a todos los Jedi por igual. Querían que los Jedi pereciesen y no se detendrían ante nada para alcanzar su objetivo. Y aquel lugar era muy antiguo; la trampa que había apresado a Obi-Wan podría haber sido puesta hacía cientos de años.

«Supongo que por eso no intenta matarme a mí. Como no soy un Jedi no soy una amenaza».

Bueno. Al menos no para el holocrón Sith de Zigoola. Pero era una amenaza para alguien. Era algo que daba que pensar. En algún lugar de la galaxia, un Sith sabía su nombre y quería que él, Bail Organa, muriese. Cuando volviesen a Coruscant tendría que tomar algunas precauciones. Suponiendo que pudiese tomar alguna. Los Jedi tendrían que ayudarle con eso.

«Sí. Eso. Cuando volvamos».

El miedo se le deslizaba por el vientre como un gusano. Lo sofocó, como Obi-Wan le había dicho. No se podía alimentar al lado oscuro. Había que centrarse. Ser positivo.

«No soy un Jedi, así que este lugar no puede percibirme, no como lo percibe a él. Y eso ya juega a nuestro favor. Estoy ayudando a Obi-Wan, así que el pobre humano puede apuntarse un tanto».

Bail levantó la cabeza y observó la llanura pedregosa y baldía. Calculó la distancia y el terreno que tendrían que cruzar. Para cuando cayese la noche, si mantenían un ritmo constante, llegarían al final de aquella lengua de tierra tan hostil. Lo que sería un alivio, porque aunque el sol Zigoola no daba un calor insoportable, estaban perdiendo más fluidos corporales de los que podían reponer con el agua que tenían.

«La deshidratación no es nuestra aliada».

Más allá de la llanura había otro tramo de bosque denso que cubría el accidentado suelo con sus raíces. No es que estuviese deseando enfrentarse a aquello. Y justo detrás de aquellos árboles estaba casi seguro de que encontrarían el templo Sith. Veía la cubierta negra y plana desde allí, sobresaliendo de las copas de los árboles como una nube pétrea y malévola.

«Ya casi hemos llegado. Esto casi ha terminado».

Sin embargo, era peligroso pensar de aquella forma. Pensar así hacía que se le cerrase la garganta y que le ardiesen los ojos, pero aún no habían llegado. Se estaba adelantando. Tenía que concentrarse. No podía permitirse pensar en nada que no fuese poner un pie lleno de ampollas delante de otro.

A una distancia de cinco pasos, Obi-Wan tosía débilmente y parpadeaba mirando al cielo.

—Eh —dijo Bail con cautela—. Bienvenido. —Sacó una botella de agua de la única mochila que les quedaba. Sus existencias estaban menguando de forma alarmante, pero se negó a pensar en ello. En su lugar, quitó el tapón de la botella, lo llenó y se lo llevó al Jedi—. Toma.

Hueso a hueso, músculo a músculo, Obi-Wan se puso en pie.

—Gracias —gruñó, aceptando la miserable ofrenda. Casi la derrama antes de bebérsela porque la mano le temblaba. Después se sentó, sin más, y respiró profundamente y con inseguridad—. ¿Cuánto tiempo he tardado esta vez?

—Más o menos lo mismo que la otra —dijo—. Eso es bueno, ¿verdad?

Obi-Wan le tendió el tapón vacío con una cara inexpresiva que se guardaba todos sus secretos.

—Sí. Es maravilloso.

Bail hizo una mueca de dolor y apretó el tapón en la botella de agua. Si su cara estaba demacrada, la de Obi-Wan era cadavérica. La piel blanca como el yeso se le pegaba a los marcados huesos y los ojos se le hundían como carbones calientes sobre la nieve en penumbra.

—Deberías comer algo —dijo, y dio un paso hacia la mochila.

Obi-Wan meneó la cabeza.

—No. Estoy bien. Tenemos que darnos prisa.

—Obi-Wan…

Con dificultad, Obi-Wan se levantó. El cinturón le quedaba grande y le colgaba de las caderas.

—Bail.

Apretando los labios, metió la botella de agua en la bolsa. «Así debe de ser un Padawan. Ha de hacer lo que se le dice. Sin discutir. Yo sé qué es lo mejor».

—Bail —repitió Obi-Wan, esta vez más tranquilo—. Cuanto más pare, más difícil me será continuar. Así que en marcha, ¿de acuerdo?

Tenía hambre. Estaba cansado. El cuerpo le dolía todo el tiempo. Le habría encantado descansar un poco más. Pero ¿cómo podía insistir? ¿Cómo podía quejarse cuando veía todo lo que tenía que soportar Obi-Wan? Así que recogió la mochila que había improvisado, se la echó a la espalda y volvió a sentir dolor. Era pesada, incómoda *y* le hacía daño en su hombro malherido, pero eso no podía evitarlo. Ignoró el malestar, se colocó la mochila lo mejor que pudo y siguió a Obi-Wan, que caminaba como un hombre cuyos huesos pudieran fracturarse a cada paso.

Y su ingrato viaje continuó.

Tras cuatro horas sin visiones, una tormenta surgió de la nada. Las nubes negras tiñeron el pálido cielo de un verde chillón y ocultaron la luz del sol enfriando el aire. Un viento fino y afilado como un cuchillo de caza comenzó a soplar en la llanura pedregosa, cortándoles, enfriándoles y abofeteándoles hasta las rodillas.

Estaban a una hora de la siguiente línea de árboles. No había lugar donde esconderse.

La lluvia empezó a caer como disparos de bláster, empapándolos en segundos. Explotando contra las rocas de los alrededores, ensordeciéndolos, como si cada gota fuese una bola de acero y las rocas fuesen metálicas.

Bail se miró las manos y los brazos, esperando ver sangre. Pero era agua, sólo agua, aunque pareciese fuego. Así que inclinó la cabeza hacia arriba, abrió la boca y dejó que aquel diluvio le cayese sobre la lengua reseca y le bajase por la garganta. Al tragar notaba un regusto metálico. Sabía amargo. Sabía a vida.

Obi-Wan le agarró. Le sacudió y le hizo daño en el hombro.

—¿Qué estás haciendo? —gritó el Jedi, y los dientes le castañeaban con el frío—. No la hemos analizado, podría ser peligrosa.

—Si es veneno ya estoy envenenado —gritó, y a él también le castañeaban los dientes—. ¡Y tú estás igual de mojado que yo, así tú también lo estás!

Obi-Wan le miró con ojos de cordero degollado mientras la despiadada lluvia le martilleaba. Junto a ellos manaban arroyos y riachuelos, las charcas se desbordaban y el agua corría por todas partes.

—Interesante.

—Al menos ahora no moriremos de sed.

—¡No, pero podríamos ahogarnos!

Se rió. No podía evitarlo. «Estoy en un planeta Sith en el Espacio Salvaje y la causa de muerte inminente se han convertido en una pregunta de múltiples respuestas».

—¡O que nos parta un rayo!

—¡No digas eso! —dijo Obi-Wan—. No seas tonto, no se te ocurra…

Y el primer arponazo de luz azul impactó en el suelo.

—¡Idiota! ¡Tenías que decirlo!

De las nubes cayeron más rayos y a continuación retumbaban los truenos. El aire gélido crujía. La lluvia se convirtió en hielo. Eran pequeños perdigones, astillas, navajas que les besaban la piel.

—Ah, esto no está nada bien —dijo Obi-Wan—. ¡No está nada bien!

No. Era cierto. Si las piedras de granizo se hacían más grandes, podrían atravesarles el cráneo fácilmente. Romperles los huesos.

Bail se puso los brazos sobre la cabeza, pegó la barbilla al pecho e intentó convertirse en un objetivo lo más pequeño posible. Ayudaba, pero no lo suficiente. Y aunque la ropa también servía, daría igual si hubiese estado desnudo. La gélida lluvia lo azotaba. Escuchaba sus propios gruñidos. Escuchaba a Obi-Wan a su lado, ensimismado en sus propias preocupaciones. Más rayos. Más truenos. Aguantó la respiración, esperando a que la muerte le llevase, a que la carne se le quemase y dejase los huesos al descubierto. «Breha. Breha. No te enfades. No era mi intención».

Y, de repente, tal como había empezado, la furiosa tormenta paró.

Apenas habían conseguido rellenar las botellas vacías cuando el agua de lluvia se drenó por las grietas y hendiduras de la pedregosa llanura. El cielo volvía a estar despejado y la molesta oscuridad ribeteada de verde desapareció como si nunca hubiera existido. Y sol de Zigoola brilló una vez más, desconsolado, con un calor pálido y desganado.

Calado hasta los huesos, Bail metió la última botella en la mochila y se la puso. La espalda le crujió, como protestando. La ignoró y miró a Obi-Wan.

—¿Estás listo?

Obi-Wan asintió, pero no hizo ni el amago de levantarse. En vez de eso se desplomó sobre la roca húmeda, temblando dentro de su sucia y empapada túnica Jedi.

—Vamos. Caminar nos ayudará a secarnos —añadió—. Y a volver a entrar en calor.

Pero Obi-Wan no se movió. Tenía la cara llena de ronchas rojas donde le habían caído los perdigones de hielo. No cabía duda de que él estaba igual. Podía notarlo.

—Intenté crear un escudo para protegernos —dijo Obi-Wan con voz baja—, usando la Fuerza. Es uno de los primeros ejercicios de entrenamiento de un Padawan. Buscas una cascada, te pones debajo y… —Imitó el gesto con gracia con sus manos malheridas y rasguñadas—. Te mantienes seco. Y después, haces que el agua fluya al revés. No es tan difícil. Una mera cuestión de nivel. En conjunto *es…* muy básico. Acababa de cumplir seis años la primera vez que lo hice.

Bail se agachó a su lado manteniendo el equilibrio apoyando los dedos en la roca.

—Pero ahora no puedes hacerlo, ¿no?

—No —dijo Obi-Wan, y su exiguo rostro hizo una mueca de revulsión—. Para lo que puedo usar la Fuerza aquí bien podría ser un droide. Si supieses lo que es… Si te hicieses una idea… Mi sangre se ha puesto rancia.

¿Estaba mal sentirse aliviado de no poder entender lo que sentía Obi-Wan? «Probablemente. Pero es así».

—Lo siento —dijo—. Ojalá pudiese ayudarte.

—Nací sintiendo la Fuerza —susurró Obi-Wan—. Cada día de mi vida lo he vivido en su luz, cada minuto, con cada respiración, durante treinta y cinco años. Y ahora ha desaparecido. Sólo hay oscuridad. Y no sé quién o qué soy sin ella.

Bail lo miró incapaz de decir nada. ¿Cómo podía él responder a aquel misterio? ¿Cómo podía aconsejar a un hombre que tenía poderes que él no podía ni empezar a entender? Pero ¿cómo no iba a decir nada ante semejante desesperación?

—La Fuerza no se ha ido, Obi-Wan —dijo con toda la convicción que puso reunir—. Sólo la están sofocando. Es este lugar. Cuando salgamos de aquí, volverá. Volverás a ser tú mismo, ya lo verás. Eres un Jedi. Nada puede cambiar eso.

Obi-Wan meneó la cabeza.

—No me siento como un Jedi. Me siento… Me siento…

Y sin más aviso que ése, el Jedi sucumbió a otra visión. Más de una. Recuerdo tras recuerdo se convirtió en el episodio más largo que había sufrido. De los escarabajos de fuego a Tayvor, de alguien ahogándose en ácido en Telos a la muerte de Qui-Gon, de la batalla a Anakin perdiendo el brazo.

Bail se sentó a una distancia segura con la cabeza apoyada entre las manos y esperó… y esperó… La desesperación lo consumía pero…

«Los hombres no lloran».

Veinte

—Obi-Wan. Obi-Wan. Vamos. Despierta. No podemos quedarnos aquí. Por favor. Despierta de una vez.

No quería. Era demasiado difícil. Estaba agotado. Necesitaba descansar. Necesitaba paz. Necesitaba que el dolor cesase.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

La voz nunca dejaba de susurrar. Nunca lo dejaba en paz. Estaba acabando con él. Como el agua con una roca, lo iba erosionando.

—¡Obi-Wan!

Abrió los ojos.

—Eh —dijo Bail, y se aclaró la garganta—. Aquí estás.

Sí. Allí estaba. Varado como un trozo de madera astillado que flota a la deriva en aquella llanura pedregosa. «Preferiría estar en cualquier otro sitio, si no te importa».

—Bebe esto —dijo Bail tendiéndole una botella—. Todo. Ahora tenemos de sobra. Te sentirás mejor. Bebe.

El agua de lluvia que habían recogido sabía fatal. Estaba contaminada por el lado oscuro como todo lo que había en Zigoola.

Bebió despacio, le dolía el estómago, y evaluó sus condiciones físicas. Su ropa volvía a estar seca. Su pelo. Casi tenía calor. Por fuera. Por dentro seguía sintiendo muchísimo frío. Controlar la oscura marea le resultaba cada vez más difícil. Ahogar aquella maliciosa voz. Todos aquellos años en el Templo, los rigurosos estudios, la dedicación… no eran suficientes. Aún no había muerto… pero estaba perdiendo la batalla.

Miró a Bail. Al Senador Organa de Alderaan. ¿Le reconocerían sus colegas de Coruscant en aquel momento? Mugriento. Descuidado. Con la barba hecha un desastre y la ropa reducida a jirones. Mucho más delgado de lo que era.

—Te dije que no viniésemos.

La cara de Bail se tensó. Levantó una mano.

—Ni se te ocurra empezar con eso. ¿Puedes caminar?

¿Podía caminar? Era una pregunta que prefería obviar. El lodo negro que corría por sus venas se había agriado. Le dolían todos los músculos. Los huesos le ardían.

—No.

—Vaya —dijo Bail—. No podemos quedarnos aquí esta noche. Necesitamos llegar al bosque. Cuando lleguemos, buscaré leña seca y encenderé un fuego. Necesitamos volver a entrar en calor, calentarnos bien.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

Hizo una mueca, la voz resonaba en su mente cansada.

—Para ti es muy fácil decirlo.

Bail relajó los hombros y le dio una fuerte bofetada en la cara con la mano abierta.

—¡Deja de escucharla! ¡Sólo es una voz, Obi-Wan! Ni siquiera eso, es una máquina, una maldita máquina Sith que intenta matarte. Intenta que te mates. No cedas. Recuerda

quién eres. Eres el Maestro Obi-Wan Kenobi, uno de los mejores Jedi que han existido. Has derrotado a los Sith tres veces. Y puedes volver a derrotarlos. Sí puedes.

La cara le escocía donde le había dado el Senador. Un dolor limpio. Sin complicaciones. Puro. El corazón le latía con pereza porque luchaba contra el lodo. Se enderezó un poco y sintió algo de luz. Su vela diminuta y asediada ardía en la oscuridad.

—Tienes que acabar con esto, Obi-Wan —dijo Bail—. Porque si no lo haces, moriré.

Sí. Eso era cierto. Bail Organa moriría. Y aquello era inaceptable.

El sol se hundía en el horizonte y su calor abrasador desaparecía como lo había hecho el agua de la tormenta por las grietas y hendiduras de la llanura. La noche cayó por todas partes, la oscuridad se adueñó de todo, como un Sith y el frío apareció sigilosamente.

El Senador tenía razón. No podían quedarse en campo abierto. No una noche más. Dos noches eran suficientes.

Bail se había puesto otra vez la mochila improvisada y le miraba de cerca. Cauteloso. Exhausto. Listo para luchar.

—Bueno, Obi-Wan. ¿Te has despejado? ¿Nos vamos?

Sí. Se iban. Porque era lo mejor.

—Mi espada láser —dijo—. ¿Aún la tienes?

Bail asintió y entrecerró los ojos.

—¿Por qué? ¿La quieres?

Pues claro que la quería. Era su espada láser. Estaba incompleto sin ella.

—No —dijo—. Guárdamela tú. Y… tenía a mano.

Bail dudó, como si intentase decir algo difícil. Incómodo. Entonces meneó la cabeza.

—Lo haré. Ahora vámonos. El día no dará marcha atrás… y yo tampoco.

Un poco de humor. Un espíritu indomable. No un político normal y corriente.

«Es un hombre fuera de lo común».

Empezaron a caminar el uno junto al otro.

—¿Sabes, Bail? —dijo, esforzándose en encontrar algo de luz, luchando por ahogar la voz que le susurraba—, creo que es una pena que estés en el Senado. Con semejantes golpes podrías ganarte la vida en el ring.

Bail le miró de reojo.

—Perdona. Necesitaba llamar tu atención.

—No, no, no te disculpes. Hiciste lo que…

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

Las rodillas le flojearon. Se habría caído, pero Bail Organa le sujetó. Le agarró con fuerza y le susurró al oído para apagar aquella otra voz.

—No la escuches, Obi-Wan. No la escuches. Es una máquina. Ignora era maldita cosa y sigue caminando. No te preocupes. Te tengo. No te dejaré caer.

Siguió caminando con el lado oscuro aullando en su corazón.

Cobijados bajo los árboles atrofiados por la sequía de Zigoola, sobrevivieron a otra noche.

Bail se despertó primero, justo antes del amanecer, con frío a pesar de su manta térmica, y agitó el fuego, que casi se había extinguido, para avivarlo, y le echó más leña. El crepitar de las llamas era casi… alegre.

«Alegre. Vaya risa».

Acurrucado en el suelo cubierto de hojarasca, Obi-Wan seguía durmiendo. Dormía de verdad, por fin, tras horas de sueños malignos. Bail le observaba desgarrado por la pena. No sabía a ciencia cierta cuántos años tenía Obi-Wan; había supuesto que se llevaban unos diez años. Ahora parecían veinte. Porque la desesperada lucha del Jedi contra los ataques incansables de los Sith iba minando gradualmente todas sus defensas. Recordó a Alinta.

«No. No pienses en ella».

Obi-Wan estaba tan pálido que su rostro era casi translúcido y los huesos se le marcaban cada vez más. La única palabra que se le ocurría a Bail mientras lo miraba era «frágil».

Obi-Wan Kenobi, frágil. Apenas una semana antes no lo habría creído. Casi no podía creerlo en aquel momento, aun teniendo la prueba ante sus ojos.

«Pero no morirá aquí. No lo permitiré. Este hombre ha entregado su vida a la República. Como representante de la República es mi deber honrar ese don. No dejaré que los Sith lo destruyan».

Le seguía resultando difícil asimilar que sólo fuesen dos. Dos. ¿Cómo era posible que dos personas cualesquiera pudiesen desencadenar semejante caos?

«¿Y cómo es que los Jedi no pueden detenerlos? ¿Podía ser tan poderos el lado oscuro de la Fuerza?».

Debía de serlo.

«Nunca quise saber esto. Nunca quise conocer la mayoría de los peligros que conozco ahora. Antes de los separatistas dormía por las noches. Ahora… con las cosas que sé… me pregunto si podré volver a dormir bien algún día».

Turbado, echó al fuego el último trozo de madera que había recogido, después miró el cielo mientras rompía otro empalagoso amanecer en Zigoola. No había nada como la imperiosa grandeza de Alderaan o la exuberante transición de Coruscant. Pronto tendrían que levantar el campamento. Pero dejaría que Obi-Wan durmiese todo lo posible. Aún tenía que recoger sus exiguas existencias e intentar buscar el mejor camino para llegar al templo Sith.

Echó una última mirada al inconsciente Jedi, confiando en que el fuego seguiría ardiendo, abandonó el claro que habían encontrado nada más caer la noche y se abrió paso entre los árboles retorcidos y los inquietantes matorrales, pasando entre barrancos y desfiladeros, intentando salir del bosque para averiguar exactamente cuánta distancia les quedaba. Cada diez pasos hacía una marca en el tronco de un árbol con el cuchillo que había cogido en la nave, teniendo en cuentas las horribles historias de turistas perdidos en los bosques de Alderaan. O a los afligidos parientes de huesos pálidos y blanqueados.

Los árboles de Zigoola supuraban una savia amarilla y hostil por donde le hacía los cortes.

«Aquí no hay nada bueno. Nada hermoso. Nada dulce o amable. Y eso me dice todo lo que necesito saber sobre los Sith».

Tras aproximadamente una hora de caminata llegó al final del bosque y se encontró al borde de un estrecho barranco. No era una caída escarpada, lo que era un alivio, sin embargo, el empinado lecho de rocas, tierra erosionada y los árboles secos resultaban desalentadores. Había un largo camino hasta el fondo. Una caída no sería fatal, pero no cabía duda que haría daño. Enfrentarse a algo así sería un reto para dos hombres fuertes y saludables. Pero cuando uno estaba mentalmente agotado y casi no podía moverse… y ambos estaban maltrechos, muertos de hambre y exhaustos, bueno… ya era pedir mucho.

«Pero no es infranqueable. No es imposible. Sólo difícil. Y tenemos que hacerlo».

Pero al otro lado del barranco… tan cerca que si fuese un pájaro, si tuviese alas, si pudiera volar… estaba el templo Sith que había visto por primera vez cuando se estrellaron en Zigoola. Excepto que, a sus ojos, parecía más un palacio que un templo, un palacio de piedra negra, que brillaba débilmente con la luz pálida del amanecer de Zigoola. Rotundo. Empático. Un monumento al odio.

Bail soltó un profundo suspiro.

—Odiadnos a todos si queréis —murmuró desolado—. Porque aún así usaremos vuestros secretos contra vosotros. Os venceremos. Esperad y lo veréis.

Dio la espalda al edificio y volvió al claro con más rapidez que prudencia, ya que una nueva motivación le henchía de una fuerza efímera y engañosa.

Obi-Wan seguía durmiendo, inmóvil por el agotamiento que había anulado su extraordinaria conciencia del dónde y el cuándo. Bail no le molestó, calentó una bandeja de comida y se comió su mitad rápidamente.

A continuación vació la bolsa para verificar los suministros. Les quedaban ocho comidas, pero no estaba seguro de cuánto les durarían. No tenía ni idea de cuánto tiempo se mantendrían fuera del conservador. Ni Obi-Wan ni él habían sufrido intoxicación todavía, pero era sólo cuestión de tiempo. De todas formas, quedaban ocho. Y dado que estaban comiendo dos al día…

«Pero saldremos de esta roca antes de que se acaben o se pudran. Tenemos que hacerlo. Es nuestra única posibilidad».

—Hablar solo se considera un signo de inestabilidad, ¿sabes? —dijo Obi-Wan con voz tenue y apagada—. Supongo que no querrás decirme nada, ¿verdad?

Bail levantó la mirada y se encontró con una sonrisa.

—Sí, de hecho, sí. Esto se acaba hoy, Obi-Wan.

Obi-Wan se incorporó como pudo tirando de su manta térmica.

—Has encontrado el templo.

Dirigió un pulgar hacia el bosque que tenía detrás.

—Al otro lado de los árboles. Donde acaba el bosque. Es un camino difícil, pero si avanzamos a paso firme llegaremos. Luego hay un barranco. El templo está en la cima. En otra meseta.

—Un barranco —dijo Obi-Wan, pensando—. Y luego un templo Sith. Lo estoy deseando.

—Sí —dijo con una mueca—. Así que… ¿cómo te encuentras? ¿La voz sigue…?

—Sí —dijo Obi-Wan brevemente—. Sigue gritando.

Hurgó en el montón de los suministros de la mochila y sacó la botella de brandy corelliano, que estaba casi por la mitad.

—Sé que por norma no bebes, pero… ¿hay alguna posibilidad de que esto te ayude? Obi-Wan lo miró perplejo. —Has traído brandy.

—Pensé que podríamos necesitarlo —dijo a sabiendas de que parecía estar a la defensiva—. El alcohol es desinfectante, creí que en caso de…

Se quedó pasmado cuando Obi-Wan alargó la mano.

—¿Estás seguro?

—No —dijo el Jedi, encogiéndose de hombros—. Pero ya lo he intentado todo y nada funciona.

Le dio la botella a Obi-Wan. Le vi desenroscar el tapón y verter el contenido en su garganta. Tosió. Resopló. Y casi lo vomitó.

—La verdad es que es repugnante —acabó diciendo Obi-Wan—. ¿Tú bebes… por placer? Debes de estar… loco. Bail recogió la botella vacía.

—A cada uno lo suyo. Pero ahora deberías comer algo. Semejante cantidad de brandy en un estómago vacío es buscar problemas. —Le tendió la bandeja de comida a medias—. Vamos.

Obi-Wan miró las albóndigas de nerf con disgusto.

—No tengo hambre.

Obi-Wan cogió la bandeja con el ceño fruncido y de malas maneras. Cogió la carne fría con un dedo y se la comió, bocado a bocado, atragantándose. Cuando la bandeja estuvo vacía la tiró y se sentó con las piernas cruzadas, la cabeza inclinada y las manos en las rodillas.

—¿Y bien? —acabó preguntando Bail—. ¿Cuál es el veredicto?

Obi-Wan se apretó los ojos con los dedos.

—Un poco mejor —dijo al fin—. Ahora la voz… se ha apagado. Es un susurro en vez de un grito. —Parecía sorprendido—. Parece que el alcohol ayuda.

Hizo una mueca.

—En ese caso también deberíamos haber traído lo que quedaba de cerveza Black Moon.

—No —dijo Obi-Wan, dejando caer las manos—. Porque si el alcohol acalla la voz, quizá también interfiera en mis ya limitadas capacidades para…

La cabeza le cayó hacia atrás y de lado, lentamente. Y así comenzaron sus primeras visiones del día.

—*Stang* —dijo Bail cansado y empezó a recoger las cosas.

Esa vez creyó que Obi-Wan no saldría de aquello. Recuerdo tras recuerdo, la visión le apaleó durante tanto tiempo y sin tregua que al final perdió la cuenta de cuántos desastres estaba reviviendo el Jedi. Pero, al fin, las visiones cesaron. Tuvo que ayudar a Obi-Wan a incorporarse. Después, tras persuadirle para que bebiese unos cuantos tragos de la horrible agua de Zigoola, le vio recobrar la compostura y en su rostro se reflejó la calma. Cruzó los brazos con fuerza sobre las costillas y miró al Senador.

—Así que lo del brandy no fue tan buena idea, me parece. Lo siento.

—No *es*... culpa tuya —dijo Obi-Wan, frunciendo el ceño confundido—. No me obligaste a beberlo. —Bebió otro trago de agua, se secó la boca y escupió.

—Entonces, ¿podemos irnos ya? Deberíamos irnos —dijo Bail, detestando el tomo imperativo de su voz. Odiando tener que ser aquel tipo de hombre que insistía, que amonestaba, que le apremiaba para ponerse en marcha. Pero Obi-Wan parecía destrozado. Parecía que fuese a dormirse otra vez. Y el tiempo corría en su contra.

—Vamos Obi-Wan —añadió—. Independientemente de lo que pase tenemos que seguir. Tenemos que entrar en el templo, buscar el holocrón Sith y hacerlo pedazos. Y después, encontrar la forma de volver a casa. Porque no me gustaría tener que tumbarme y morir en esta roca. No pienso darle a los Sith esa satisfacción.

—Bail… —Obi-Wan se abrazó las espinillas mientras intentaba evitar caer rendido—. No puedo. No puedo acercarme más a ese lugar. No sé cuánto tiempo esto será seguro.

—No te preocupes. No permitiré que te hagas daño.

Obi-Wan sonrió débilmente.

—Seguro para ti, quiero decir. Temo que quizá pronto me vuelva… peligroso. «Ah».

—Bueno, no puedes quedarte aquí —replicó—. No pienso dejarte atrás. Oirás la voz y tendrás esas visiones estés donde estés, así que lo harás dondequiera que yo esté. Al menos así podré echarte un ojo.

—Bail —Obi-Wan dejó caer la frente sobre las rodillas escondiendo la cara. Escondiendo lo ojos—. Incluso yo tengo mis límites.

No. No. No iban a abandonar ahora.

—Puede ser —dijo, manteniendo el tono firme de su voz y sin mostrar empatía—. Pero aún no aún no has llegado a ellos. Aún no me has hecho daño. Y no creo que vayas a hacerlo. Además, tengo tu espada láser. ¿Cuánto daño puedes hacer? Venga, en marcha.

Obi-Wan se levantó con esfuerzo.

—Si ésa es tu idea de una negociación diplomática —dijo, tambaleándose—, debo decirte que tu técnica deja bastante que desear.

Bail sonrió, aunque estaba más cerca del llanto que de la risa.

—Estoy aprendiendo mucho de Padmé. Obi-Wan lo miró pasmado, confundido y luego meneó la cabeza.

—Ah, sí. Ya recuerdo. Anakin me lo dijo. Negociaciones agresivas. Qué gracioso.

—Esa es nuestra Padmé —convino—. La reina de la gracia. Ahora vamos. Estamos en la recta final. Podemos hacerlo. Vamos.

Cerrando los ojos, Obi-Wan inclinó su rostro pálido hacia el cielo vacío.

—Muy bien, Bail —dijo al fin—. Lo haremos a tu manera. Con una condición.

—Eso no presagia nada bueno —dijo, intentando quitarle hierro al asunto, pero fracasando estrepitosamente.

Obi-Wan abrió sus ojos hundidos. Bajo el dolor y el agotamiento aún había fuerza y empeño.

—Asegúrate de tener la espada láser a mano. Y si sospechas que puedo volverme contra ti…

¿Qué? Tenía que estar de broma.

—Eso no va a pasar.

—Quizá sí.

—No pasará. Eres el Maestro Obi-Wan Kenobi.

—Sí. Bueno —dijo Kenobi irónicamente. Tan pálido. Tan castigado—. El Maestro Kenobi ha tenido mejores días.

El ritmo fue mucho más lento la segunda vez que puso rumbo al barranco. Bail estaba increíblemente cansado, pero Obi-Wan estaba agotado. Luchaba por mantenerse en pie, por caminar por el suelo irregular. A mitad de camino se derrumbó, atacado por más visiones. Bail se sentó a su lado, esperando, apoyando la espalda contra el tronco de un árbol retorcido y lleno de nudos, respirando superficialmente el aire rancio del bosque, recordando el dulce aroma de las flores de Alderaan, la suave hierba que crecía bajo sus inmensos árboles, el embriagador canto de los pájaros, el cielo azul intenso, el calor de su sol, la mano de Breha sobre la suya. Cerró los ojos y se imaginó allí, se sumergió en sus recuerdos para no tener que escuchar a Obi-Wan. Le pareció una traición, pero no podía evitarlo. Él también tenía sus límites y ya los había alcanzado.

Al final, Obi-Wan volvió en sí y retomaron la marcha siguiendo los cortes que manaban savia amarilla que había hecho al amanecer. Bail se dio cuenta de que estaba en constante tensión, esperando que el siguiente brote de visiones atacase a su compañero. Preocupado porque los peores miedos de Obi-Wan se hiciesen realidad y que los Sith consiguiesen abrirse paso en su mente. Que lo destruyesen con más alucinaciones y lo convirtiesen en un monstruo. Antes de abandonar el claro, mientras Obi-Wan se abrochaba el cinturón, Bail había puesto la espada láser en la parte de arriba de la mochila. Sólo con pensar en usar el arma se ponía enfermo.

«No llegaré a ese punto. No lo haré. No lo haré».

Pero ¿se estaba haciendo ilusiones?

«No me importa que sea así. No lo haré».

Salieron del bosque y llegaron al barranco que horadaba el paisaje. Cuando Obi-Wan vio el templo Sith se tambaleó y casi se cae. La cara se le puso gris.

—¡Respira! —-dijo Bail, ayudándole a sentarse en el suelo pedregoso a una distancia segura del borde del barranco—. No lo mires. Sólo respira.

—No necesito mirarlo —dijo Obi-Wan, apretando un puño cerrado contra su pecho—. Lo siento. Lo oigo gritar…

Bail miró el templo. Le dolían todos los músculos. Después, miró a Obi-Wan.

—De acuerdo. Me equivoqué. Tienes razón. No puedes hacerlo. Vuelve al bosque. Yo investigaré el templo y destruiré lo que encuentre. Después…

—¿Qué? No —dijo Obi-Wan—. No puedes. Puede que destruyas algo que pueda servirnos para pedir ayuda. No reconocerías un dispositivo de comunicaciones Sith ni que te mordiese.

Haciendo una mueca, cayó sobre una rodilla. «Debí pensar en ello».

—Tienes razón. Vale. Entonces te traeré lo que encuentre.

—No. —Obi-Wan le agarró por la muñeca con la cara empapada en sudor—. No hay forma de saber si es peligroso tocar los artefactos. Además, mira el barranco, Bail. Puede que consigas bajar. Puede que consigas subir el otro. Una vez. Pero no te arriesgues dos veces. No si no tienes que hacerlo.

—Sí, es peligroso —convino y Obi-Wan le soltó la muñeca—. Pero tú no puedes hacerlo. Mírate.

—Estoy bien.

Casi se ríe.

—Ya, si «estar bien» quiere decir «al borde del colapso» entonces, estoy de acuerdo. Pero no es así. No estás bien. Estás perdiendo.

—Desde cierto punto de vista es posible —dijo Obi-Wan. Luego sonrió mostrando los dientes—. Pero prefiero pensar que… no gano de momento. Así que vamos.

Estaba loco. Estaban locos, los dos. Muertos de hambre, exhaustos, al límite de sus fuerzas mentales y físicas. ¿Y ahora iban a escalar una pared de roca? Pero… ¿cuál era la alternativa? ¿Hacerse un ovillo y esperar a la muerte? ¿Mostrarle el cuello a los Sith y decir: «Muy bien. Habéis ganado»?

Volvió a mirar el templo. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos. Luego miró a Obi-Wan.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro.

—Sí, bueno, eso mismo dijiste cuando nos estábamos acercando a Zigoola —murmuró. Luego suspiró, se puso en pie y se inclinó para ayudar a Obi-Wan a levantarse.

—Muy bien. Nos arriesgaremos.

—Espera —dijo Obi-Wan, y se desabrochó el cinturón y se lo quitó con dedos torpes.

—Póntelo y cuélgate la espada láser. Bail dio un paso atrás. —¿Por qué?

Aquella vez la sonrisa de Obi-Wan fue amable.

—Se llama ser precavido.

Meneó la cabeza.

—No lo necesito.

—Quizá sí.

—No lo haré.

—¡Eso no puedes saberlo! —dijo Obi-Wan sin atisbo de sonrisa—. No sabes qué pasará cuando esté cerca del templo Sith, y yo tampoco.

—Sé que no vas a matarme.

—Bail —dijo Obi-Wan con respiración entrecortada—. No seas tonto. No sabes nada de esto. Y sin la espada láser no serías capaz de detenerme. Coge el cinturón y cuélgate mi arma. Por favor.

Ignorando que la desesperación de Obi-Wan podría equivaler a la crueldad, cogió el cinturón y se lo abrochó alrededor de la cintura. Se sintió raro. Era pesado. No podía ni mirarlo. En su lugar miró a Obi-Wan.

«Lo siento. Siento muchísimo haberte metido en esto».

Caminaron hacia el borde del barranco y miraron a un lado.

—¿Bajamos en zigzag? —sugirió Bail, señalando una especie de camino, lo que parecía un sendero entre rocas, surcos erosionados y árboles jóvenes y retorcidos—. Vamos a la izquierda y luego a la derecha, ¿de acuerdo?

—Parece razonable —dijo Obi-Wan, y tosió. Le recordaba a Alinta, un horrible pedazo de tierra seca que burbujeaba.

—Yo iré delante —dijo—. Tú pégate a mí. Así… si pasa algo… Si tienes más visiones… Si te caes…

Obi-Wan le miró de reojo.

—No creo. Iré yo primero. Así, si pasa algo… no te arrastraré conmigo.

Bail se mordió el labio, pero no había tiempo para discusiones.

—De acuerdo —dijo a regañadientes.

Y empezaron a descender por el barranco.

Las rocas se desprendían. La tierra se soltaba. Rasguños, cortes y golpes. Daban palos de ciego, pisaban terreno peligroso, bajando la empinada y escarpada pendiente. Más de una vez perdieron el equilibrio o resbalaron por un surco pedregoso. Perdían el paso cuando la tierra seca y amarillo oscuro se desprendía bajo sus pies. Más de una vez se sentaron, agarrándose a las rocas o a los árboles para evitar un desastre y descansar la espalda, con el corazón fuera de control. El sudor le corría por la cara, le hacía escocer los ojos y las manos les resbalaban. Su ropa estaba empapada, sucia y maloliente.

Y, sobre ellos, una amenaza silenciosa, un buitre de piedra, la fuente de todo mal.

Con cada paso, Bail sentía cómo la espada le golpeaba suavemente. Notaba su presencia. Y temía lo que representaba. Temía que la final Obi-Wan también sucumbiese a aquel lugar. No podía ni empezar a imaginar el tipo de tecnología que era capaz de

hacer aquello, capaz de alcanzar la mente de un Jedi, una mente tan fuerte, disciplinada y formidable como la de Obi-Wan, y destrozarla recuerdo a recuerdo.

No podía llegar a entender qué ser vivo querría hacer aquello.

El brutal descenso continuó con una lentitud agónica. Llegaron a la cuarta parte del camino. Al primer tercio. Llegaron a la mitad del camino, donde una curva en el paisaje conducía a una corta caída y luego continuaba el suelo irregular del barranco.

Bail empezó a encontrarse mal. Los músculos le gritaban y los tendones le ardían. Los huesos le vibraban. Quería que aquello terminase. Quería tumbarse y llorar. Dormir. Despertar de aquella pesadilla.

Miró a Obi-Wan, que llevaba paso firme delante de él. «Si yo me encuentro mal… Si yo me siento morir…».

—Eh, ¿estás bien?

—Sí —gruñó Obi-Wan, que respiraba demasiado fuerte. Demasiado rápido. Sus pies vacilaban, las manos le sangraban, perdía el equilibrio. No cabía duda de que en cualquier momento el Jedi se caería…

—Necesito parar —dijo y se agarró a la raíz de un árbol que sobresalía para frenarse—. Obi-Wan.

Obi-Wan se giró y las botas le resbalaron cuando intentó parar.

—Yo digo que…

—¡Lo necesito, tengo que parar! —insistió mientras lo miraba. Intentaba no mostrar miedo ni consternación ni nada que le diera a entender a Obi-Wan el mal aspecto que tenía—. No soy un Jedi, no dispongo de recursos ilimitados.

—Bail… —Obi-Wan se secó la cara polvorienta con la manga—. No me trates como si fuese tonto. No… No…

Puso los ojos en blanco. Su áspera respiración se entrecortó. Se iba. Iba bajando. Las visiones habían vuelto.

—¡Obi-Wan! —Bail gritó y se precipitó hacia delante con la mano derecha aferrada a la raíz del árbol. Obi-Wan cojeó y se desplomó. Bail estiró la mano izquierda y agarró la manga del Jedi, su muñeca, y cayó con fuerza contra el suelo. Su cara impactó contra una roca. El dolor estalló en su nariz y su labio partido parcialmente curado. Sintió la sangre. La saboreó. Ante sus pestañas aparecieron luces brillantes. El aire salió de sus pulmones en una repentina náusea y su maltrecho hombro, que soportaba el peso muerto de Obi-Wan, se encendió como los fuegos artificiales del Día de la Fundación de la Casa Organa.

Dejó que el dolor se ahogara en un largo y angustioso grito. Escuchó sus temblorosos ecos rebotar por todo el barrando y aguantó el siguiente en la garganta. Levantó la cabeza para mirar a Obi-Wan, pero el Jedi estaba perdido en sus recuerdos infernales. Podría gritar hasta que se le agrietase el cráneo, que Obi-Wan no le escucharía.

Bajó la cabeza. Bloqueó los dedos de su mano derecha alrededor de la raíz del árbol y los de la izquierda alrededor de la delgada muñeca de Obi-Wan.

«No te sueltes… No te sueltes… No te sueltes… No te sueltes…».

Pero, por supuesto, se soltó.

Veintiuno

Qui-Gon moría en sus brazos, una vez más, cuando el dolor le despertó de su recuerdo. Un dolor nuevo. Dolor físico. Agudo. Urgente. En la frente. En la rodilla izquierda. En el codo izquierdo. En el muslo derecho.

Era increíble, al fin la voz Sith se había silenciado y su mente empezaba a aclararse, abrió los ojos y contempló el cielo. Alguien estaba gritando.

—¡Obi-Wan! ¡Obi-Wan!

Sobre él cayó un aluvión de tierra y piedras. Escupió gravilla e intentó apoyarse en los codos, pero aquello le dolía incluso más.

—No… No… ¡No te muevas! —gritó una voz—. Ahora voy… No te muevas… ¡Ni respires!

Bueno, aquello era una tontería. Tenía que respirar. Escupió más gravilla, intentando identificar la voz. Había escuchado muchas voces: Qui-Gon y Anakin y Dooku y Tayvor Mandirly y Xanatos. Incluso los escarabajos de fuego tenían voces, emitían chillidos agudos y hambrientos mientras le mordían la carne.

Bail. Bail Organa. Él era quien gritaba. Aquello era Zigoola. Los Sith hambrientos intentaban matarle. Y…

«Ah, cielos. Parece que me haya caído por un barranco».

Respirando con dificultad se sentó, hundiendo la cabeza y con el corazón saliéndosele del pecho, y se encontró en el suelo pedregoso del barranco. Aquello no pintaba nada bien. Se miró la rodilla izquierda. Las mallas rasgadas estaban empapadas de rojo intenso. Su manga izquierda también. Y sí, había más sangre en su muslo derecho. Levantó la mano para tocarse la frente con las puntas de los dedos, encima de ojo derecho. La piel estaba desgarrada, lo notaba. Los dedos se le humedecieron y se le tiñeron de rojo, y el dolor era como una vibrosierra. Malo. Muy malo.

Pero aún así se sentía aliviado e incluso se rió. Porque el dolor de su cuerpo había dejado de reciclar recuerdos continuamente… y, sin embargo, había silenciado brevemente la implacable voz de los Sith.

«Bueno. Esto es maravilloso. Ahora escuchemos el dolor».

Una parte más fría y cuerda de él sabía muy bien que aquel disparatado mareo era una reacción a los largos días de insoportable tensión y pesar que había sufrido desde el accidente. Lo sabía. Lo sabía. Y aún así no podía resistir…

Bail se deslizó hasta llegar a su lado con arrastrando con él otra lluvia de tierra y piedras. Volvía a tener el labio abierto, la nariz y las manos en carne viva, y la camisa destrozada y hecha jirones en el hombro izquierdo. El brazo izquierdo le colgaba de una forma extraña y su cara ensangrentada estaba tensa. Pero aún tenía el cinturón con la espada láser enganchada.

—¡Idiota! ¡Te dije que no te movieses! —gritó Bail—. ¿Estás bien? Es increíble que no estés muerto.

¿Cuánto más duraría aquel respiro que le concedían los Sith? «No mucho, seguro que no mucho. Nos estamos quedando sin tiempo…».

—No, no estoy muerto. Ayúdame a levantarme.

—¿Levantarte? Obi-Wan…

—Bail —dijo bruscamente—. Mientras me duele puedo pensar. Ahora mismo me duele bastante así que no lo desperdiciemos, ¿de acuerdo?

Los labios ensangrentados de Bail se empequeñecieron en un gesto de dolor.

—Muy bien, te ayudaré a levantarte.

Lo que resultaba un ejercicio interesante. Pensaba mientras su rodilla izquierda y su muslo derecho gritaban de dolor en una protesta escarlata, y la vibrosierra cortaba con los dientes girando a la máxima potencia.

—Menos mal que llevas ropa Jedi —dijo Bail, inspeccionando los daños—. Te han protegido de lo peor, pero aún así has salido bastante malparado.

—Mientras no tenga hemorragias arteriales no me pasará nada —dijo, dejando que su mirada fuese hasta el otro lado del barrando, hasta el templo Sith, achaparrado bajo el sol. En el fondo, apenas audible a causa del dolor, una voz maliciosa susurraba…

—Vamos —dijo y cojeó hacia la pendiente ascendente. El dolor arreciaba y la voz se acallaba—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Espera un minuto —dijo Bail—. ¿Quieres subir ahí ahora?

Se paró. Le miró por encima del hombro.

—Claro. ¿Por qué? ¿Qué sugieres que hagamos? ¿Que nos pongamos a tomar el sol?

—¡Obi-Wan! —dijo Bail atónito—. ¿Has perdido la cabeza?

Caminó arrastrando los pies para mirar a la cara al Senador de Alderaan.

—No, Bail. Contra todo pronóstico y casi seguro que temporalmente, la he recuperado. Entiendo que estás mal alimentado, falto de sueño y posiblemente bastante magullado, pero necesito que me escuches atentamente. Si no aprovecho esta breve lucidez, la próxima vez que pierda la conciencia puede que sea la última. Tengo que llegar al templo, tengo que encontrar algo que nos ayude a salir de este planeta. Tengo que…

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

—¡No! —gritó y se dio un golpe en la rodilla herida con el puño cerrado.

El dolor era espantoso. Se habría caído otra vez si Bail no le hubiese sujetado el brazo. El brazo herido. Lo que ayudó a que el dolor fuese más intenso.

Los dientes le rechinaban, los ojos le escocían y se agarró al hombro de Bail.

—Deja de discutir, Senador. Ahora no estamos en Coruscant y esto no es un tema que se pueda debatir indefinidamente en el Senado. Estoy intentando salvar nuestras vidas. ¿Vas a ayudarme o no?

Bail le miró en silencio y luego asintió. El pobre hombre parecía abatido. «Bail, siento mucho haberte metido en esto».

—Está bien, Maestro Kenobi —dijo el tembloroso Senador—. Tú eres el Jedi. Lo haremos a tu manera. Llegaron al otro lado del barranco.

Mucho después de dejar de preocuparse por jurar o maldecir o gritar, llegaron al borde desmoronado donde crecía una hierba fina en algunos trozos de la nueva meseta, y cuando se hubieron arrastrado lo suficiente para que no hubiera riesgo de caída, se desplomaron de narices en el suelo, deseando respirar. Deseando descansar. Sollozando a la sombra del melancólico templo Sith.

A través del intenso dolor que le abrasaba, Obi-Wan sentía la frialdad del edificio. Sentía que lo congelaba y que se aferraba a su corazón.

Su sangre, que se había renovado, que brillaba y que había comenzado a bombear con libertar, se había espesado y oscurecido y se había vuelto a convertir en lodo. Y la maliciosa voz del templo gritaba, más alegre que nunca.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

No… No… No tan rápido. No era justo. La oscuridad se cernía sobre él y se levantaba un viento negro… y su llama diminuta se consumía…

—¡Obi-Wan! No la escuches. ¡Quédate conmigo!

Aquél era Bail Organa.

El Senador del Alderaan. Un hombre demasiado bueno para ser político. En su cabeza resonaban todos los fracasos de su pasado. Una tormenta de muerte, pérdida y miseria se apoderó de él. Había sido difícil cuando estrelló la nave, en el primer bosque, en la llanura pedregosa y en el segundo tramo de bosque.

Pero aquellos tiempos no eran nada comparados con esto.

—¡Obi-Wan!

Se dio la vuelta. Abrió los ojos. Miró a Bail.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

—Lo siento —susurró, ignorando los gritos de su cabeza—. No te oigo. Suena muy fuerte.

Los labios de Bail se movían. La sangre seca se escamaba y caía. ¿Era importante? Debía de serlo porque el Senador gritaba y sus ojos estaban llenos de miedo.

«¿Debería estar asustado? No. El miedo es malo. El miedo conduce a la ira, la ira conduce al odio, el odio conduce al sufrimiento. Cuidado con el lado oscuro, Jedi».

Cuidado con el lado oscuro… porque ahora te rodea.

Bail cerró los dedos rasguñados en la túnica sucia y manchada de sangre de Obi-Wan y le levantó parcialmente del suelo. La cabeza del Jedi colgaba como si fuese una muñeca rota. No había nada familiar en sus ojos. Sus labios se movían, estaba diciendo algo, pero no emergía ningún sonido que diese vida a las palabras.

—¡Obi-Wan! —gritó otra vez, sacudiéndolo—. ¡Tienes que luchar! Estamos muy cerca. ¡No puedes rendirte ahora!

Sólo que Obi-Wan no se había rendido. Había sido derrotado. Los Sith lo habían derrotado al fin. Lo había dicho, había dicho que no estaría lúcido durante mucho tiempo y que cuando perdiese la conciencia lo haría para siempre.

Y allí estaba. Se había ido.

Cuando Obi-Wan se le soltó en el barranco, creyó que el Jedi habría muerto. No podía creer que hubiese sobrevivido. Entonces pensó que Obi-Wan se había vuelto loco, hablando sobre bronceados, golpeándose en la rodilla herida. Y a continuación se puso a escalar el maldito barranco. Sangrando. Sufriendo. Sacando fuerzas de quién sabe dónde sin su preciado lado luminoso. Casi lo había matado y aún así subió.

Nunca había conocido a nadie como Obi-Wan Kenobi.

«Esa maldita escalada casi me mata a mí también. Pero lo hemos conseguido. Lo hemos conseguido. ¿Y ha sido en vano? ¿Es ésta la parte en que nos tumbamos y morimos?».

Bueno, al infierno con todo. El accidente no los había matado. Los rayos no los habían matado. El dichoso barranco no los había matado. ¿Los Sith?

«Al infierno ellos también».

Con cuidado volvió a poner a Obi-Wan sobre la escasa hierba de la meseta. A continuación se puso en pie y sintió dolor, mucho dolor. ¿Cuándo dolor podía soportar el cuerpo antes de decir basta?

«Supongo que voy a averiguarlo».

No quería dejar a Obi-Wan allí tirado, expuesto e indefenso, pero tenía que hacerlo. No podía llevarle hasta el templo Sith, aunque tuviese la fuerza necesaria. Con toda probabilidad, aquel maldito lugar pararía el corazón del Jedi. Empezaba a preguntarse si tendría la fuerza suficiente para caminar hasta allí.

«No importa. Tengo que hacerlo. Y si no puedo caminar, me arrastraré».

Entonces se le pasó por la cabeza, de una forma vaga y lejana, que posiblemente él tampoco estaba cuerdo. No había duda de que nunca se había visto en una situación semejante. Nunca había estado al límite de la resistencia física, nunca había pasado tanta hambre y tanta sed, nunca había estado tan cansando. Nunca había estado tan enfadado o tan asustado. Ni siquiera en la estación espacial de Alinta, cuando los rayos de los blásters le atacaban por todas las direcciones concebibles.

«¿Es esto lo que se siente en una batalla? ¿Fue esto lo que sintió Padmé en Naboo? ¿En Geonosis? ¿Lo que sintió Obi-Wan en Christophsis? ¿Es esto lo que están viviendo todos los Jedi ahora mismo? ¿Se sienten así los clones cuando luchan contra los separatistas? Cuando voté a favor del ejército, cuando voté a favor de la guerra, ¿fue esta vida la que escogí para ellos?».

Porque si era… si era…

Sin embargo, no podía permitirse pensar en aquello ahora. No podía entretenerse con remordimientos. Tendría tiempo suficiente para enfrentarse a sus elecciones, con las consecuencias de sus elecciones, cuando volviese a Coruscant, en el Senado, donde debía estar un Senador. Donde podría hacer algo útil.

Aunque su hombro doblemente magullado le ardía, Bail se sacó la mochila y la tiró al suelo. Después se agachó y tocó el hombro de Obi-Wan con la mano derecha.

—Espera aquí, amigo mío. No me iré. Voy a hacer lo que vinimos a hacer. Encontrar una forma de salir de esta roca.

No hubo respuesta. Obi-Wan contemplaba el cielo con los ojos vacíos.

Los músculos le ardían y tenía los huesos molidos, pero Obi-Wan se puso en pie. Después se giró hacia el templo Sith y lo contempló de cerca por primera vez.

Oscuridad. Aquélla era la impresión más aplastante. Oscuridad y… *y* color carmesí. La piedra tenía un brillo carmesí. El brillo de la sangre seca que lleva mucho tiempo derramada. Sangre inocente. Sangre de vidas robadas.

Tras dejar a un lado esa primera y opresiva impresión, vio que el templo no era tan grade. Era alto, sí, lo bastante alto para que se viese con unos electroprismáticos baratos a gran distancia y sobre las llanuras pedregosas y las copas de los escasos árboles. Lo bastante alto para que se viese desde el ventanal de la nave cuando se estrellaba. Pero aunque lo había llamado palacio, no era precisamente… palacial. Era rectangular, no tenía ventanas y era particularmente sobrio. Casi modesto. Poderoso, aunque retraído.

«Como si estuviese escondiendo su auténtico rostro. Y si eso no es propio de los Sith, entonces no sé qué es».

No sentía nada en su interior. Y tampoco oía nada. No revivió ni un solo recuerdo amargo… y los tenía. Ah, los tenía. Se quedó sordo, mudo y ciego en aquel lugar. Su desinterés por él continuó.

«Por lo que, viendo a Obi-Wan, debería estar profundamente agradecido».

Aparte del templo Sith, la meseta estaba vacía. Era incluso más yerma que la meseta en la que se habían estrellado. Sin árboles. Sin plantas de ningún tipo, exceptuando la hierba parda y marchita. Se dio cuenta de que tampoco había signos de una nave que pudiese llevarlos a casa. La decepción cayó sobre él como un rayo. Como un tonto, había tenido esperanzas de…

Si en el templo no había nada que se pudiese usar, él y Obi-Wan estaban a punto de experimentar una muerte lenta, dolorosa y solitaria.

«A no ser que le mate a él primero y luego me suicide».

Y con aquel alegre pensamiento en mente empezó a caminar hacia el templo. Se dio cuenta, de una forma difusa y mareado por haber sobrepasado los límites de la resistencia física, que si la dichosa cosa estaba cerrada, iba a parecer idiota.

Pero no lo estaba. Las puertas de doble hoja se abrieron fácilmente, sólo con tocarlas. Y cuando cruzó el umbral las luces se encendieron, primero tenues y luego brillantes y rojas como la distante nebulosa del cielo nocturno de Zigoola. Como diciendo: «Bienvenido, extranjero. Entra y asómbrate». Como si supieran que no había nada que temer.

«Estos Sith. Estos malditos Sith. ¿Quién… qué… son?».

En el interior del templo no había escaleras. No había ni segundo ni tercer piso. Era una cámara cavernosa, como un salón de baile para gigantes. O una iglesia diseñada para

hacer que los mortales se sintiesen pequeños. El aire estaba frío y se notaba extrañamente expectante. Tenía un ligero regusto metálico. No muy viciado. El suelo que pisaba era de teselas negras y carmesíes. El dibujo era inquietante y se arrastraba ante los ojos. Se alojaba tras el cerebro e invocaba la miseria y la pérdida.

Temblando, Bail alzó la vista. La enorme sala no contenía muebles; ni mesas, ni sillas. Ni un taburete. Y tampoco veía de dónde procedía la luz; parecía rezumar de las paredes como el miasma de un pantano.

Cuando sus ojos se adaptaron a la escasa iluminación se dio cuenta de que había hornacinas en las paredes. Se dirigió a la izquierda y sus pisadas resonaron en el silencio y la tierra y la gravilla de las suelas de sus botas sonaba arenosa y chirriante. Se preguntó si estaría estropeando el intrincado mosaico y se dio cuenta de que no le importaba mucho.

La primera hornacina contenía libros antiguos. Muy antiguos y encuadernados en cuero. Tomos gruesos y abultados con letras capitales en el lomo. Su piel reptó de la misma forma que el mosaico del suelo. Cerró los ojos, estremeciéndose por el dolor de su hombro, y pasó de largo rápidamente.

La segunda hornacina estaba vacía, pero emanaba tal frío que se escabulló como un niño al que le han dicho que su casa está encantada.

La tercera hornacina contenía trozos de geoda, cristales verde intenso, amarillo bilis y púrpura apagado que brillaban con la luz rojiza, desagradable y enfermiza.

Cuando notó que se mareaba, pasó a la siguiente hornacina. Ahora contemplaba unos circuitos parpadeantes dispuestos en una gran caja cuadrada de transpariacero. Parecía vagamente prometedora, pero aún no estaba preparado para cogerla. ¿Le convertía eso en un cobarde? Quizá, pero estaba demasiado cansado para preocuparse.

La quinta hornacina contenía un solo cristal. Era del tamaño del puño de un hombre corpulento, perfectamente tallado y totalmente destrozado. Antes de romperse había sido del mismo color rojo intenso del corazón de un sol, pero algo lo había hecho estallar desde dentro, carbonizándolo y rompiéndolo.

Era Sith, y aunque debía de ser maligno, él lamentaba la belleza perdida.

Siguió caminando y descubriendo más cosas. Una pirámide del tamaño de una mano, no de transpariacero, sino de cristal, negro apagado con dibujos rojos. Ni rastro de su función, más cristales, trozos de rocas sin forma, algunas del tamaño de un puño, tan pequeñas como huevos, con cantos lo bastante afilados como para cortar, negras y grises y un tenebroso azul oscuro. Más libros. Cristales de datos. Rollos de pergamino atados con lazos. No había duda de que se trataba de la gruta del tesoro de los Sith. Si conseguían salir de Zigoola tendrían que llevárselos con ellos. El Consejo Jedi querría estudiar aquellos artefactos. Puede que contuviesen información que pudiese ayudar a derrocar a aquel enemigo incalificable. Cosa que podría estudiar de todas las formas posibles. Porque si había aprendido algo en Zigoola, era que él podía equivocarse y que Obi-Wan podía tener la razón. Los Sith debían ser perseguidos y destruidos sin piedad.

Y también estaba seguro de otra cosa: no había comprendido qué cosa o cosas de entre aquella colección de artefactos podría ayudarles a Obi-Wan y a él a salir de Zigoola antes de morir de hambre. No sabía decir cuál de ellos estaba afectando al Jedi. Probablemente Obi-Wan podía. Tenía que ir hasta allí. Tenía que ver aquello con sus propios ojos.

«Si puedo llegar hasta él. Si puedo ayudarle a venir».

De repente, Bail se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo en el templo, así que dejó de inspeccionar las últimas hornacinas y salió al mundo real para asegurarse de que Obi-Wan estaba bien.

El Jedi no se había movido. No había muerto. Seguía tumbado de espaldas con los ojos abiertos e indiferentes. Las heridas abiertas habían dejado de sangrar; toda la sangre que le había manchado la túnica y las mallas se había secado y oscurecido.

Gruñendo, y consciente de todos sus músculos, de todas sus articulaciones, Bail consiguió arrodillarse a su lado y volvió a tocarle el hombro.

—Obi-Wan. Obi-Wan. No puedo hacerlo. No soy un Jedi. Tienes que venir. Necesito que hagas tu trabajo.

Nada. ¿Seguiría soñando? No lo parecía. Parecía… vacío. Toda su inteligencia se había desvanecido, y con ella su extraña, educada e inconsciente arrogancia. Su ingenio, su carácter seco. Sólo quedaba la carcasa.

Una vaga conversación… un recuerdo que le hiciese sonreír…

«¿Sabes, Bail?, creo que es una pena que estés en el Senado. Con semejantes golpes podrías ganarte la vida en el ring».

«Perdona. Necesitaba llamar tu atención».

Lo siento… Lo siento…

Bail inspiró profundamente y le dio un puñetazo en la cara a Obi-Wan. Una vez. Dos veces. Le propinaba unos golpes tan fuertes que la cabeza del Jedi rodaba por el suelo.

Nada.

No podía dejar de golpearle. Podría acabar causándole daños irreparables. A su pesar, y con un horror cada vez mayor, Bail miró la rodilla herida de Obi-Wan. Ahora estaba hinchada y la tenía en carne viva. Se la habría pisado, se le habría puesto encima, pero era posible que la rótula se le hubiese roto. Si la golpeaba… Si la golpeaba…

«No puedo hacerlo. Es enfermizo».

Pero Obi-Wan lo había hecho, ¿no? ¿Usó el dolor para acallar la incesante voz de los Sith? ¿Lo usó para conseguir subir el barranco?

No podía golpearle la pierna herida. No podía. Pero podía apoyar la mano despacio y quizá… posiblemente… apretársela…

«Perdido en la oscuridad, perdido en la desesperación, Obi-Wan siente que su espíritu vaga a la deriva. Todavía no ha abandonado su cuerpo, pero pronto lo hará. Había

perdido la luz y el norte. Alguien, en algún lugar, quiere que muera. Quiere negarles su deseo. Pero está frío. Tan frío. Y entonces algo cambia. Un punto de calor. Un punto de dolor. Le duele el cuerpo… y eso significa que está vivo. Alguien grita… y la oscuridad retrocede».

—… despierta, maldito seas, ¡no puedo seguir con esto! ¡Despierta, Obi-Wan! ¿Me has oído? ¡Despierta!

La rodilla le ardía. Alguien se la estaba golpeando, se la pinchaba y le dolía. Se giró con esfuerzo y dijo: «Déjame en paz».

—¡Obi-Wan!

Arrastró los ojos abiertos. ¿Qué era aquello? ¿Un techo? ¿Dónde estaba Anakin? Había estrellado su moto urbana, ¿no? El droide de transporte del Templo se enfadaría. Y entonces se acordó. Anakin no estaba. Sólo estaban los Sith. Estaba tumbado en la tierra fría de Zigoola y el rostro magullado, ensangrentado y demacrado que tenía delante era el de Bail Organa.

«Qué visión».

En el fondo de su oído, una voz le suplicaba que muriese. Volvió a cerrar los ojos.

—Senador.

—Vamos —dijo Bail, deslizando un brazo bajo sus hombros—. Arriba. Vamos. No tenemos mucho tiempo.

Bail lo puso en pie y se lo echó a cuestas. La rodilla herida protestó. Las rodillas le flaquearon, ambas, mientras miraba el templo Sith y sentía cómo le penetraba su maldad.

—Lo sé —dijo Bail, agarrándolo mientras temblaba—. Lo siento, pero tenemos que entrar. Tienes que encontrar lo que necesitas. Yo no lo sé.

El viento negro aullaba dentro de su calavera intentando conseguir que se sometiese. Dominándolo con el lado oscuro. Con brutalidad.

—¿Hay algún artefacto? —dijo con la lengua seca y torpe.

—Muchos, pero no sé para qué sirve ninguno.

—Pues claro que no. —Se soltó del brazo de Bail. Luchó por aferrarse a los desenmarañados hilos de su cordura. Se obligó a mirar el templo, el corazón palpitante de los Sith.

—No deberías haber entrado, Bail. Con los Sith nada es seguro.

—Tenía que hacerlo —dijo Bail—. Tenía que ver…

—Sí. Lo sé, pero ahora tienes que quedarte aquí.

—No —dijo Bail, agarrándolo otra vez por el brazo—. Espera. No puedes entrar solo. Podemos… Se soltó una vez más.

—He dicho que te quedes aquí —gruñó y le dio la espalda al hombre que le había ayudado a llegar hasta allí con vida. Sospechaba que Bail le seguía en silencio. Pero no

podía permitirse preocuparse de sus sentimientos. No podía permitirse pensar en otra cosa que no fuese sobrevivir lo suficiente para derrotar a los Sith.

Caminando… Cojeando hacia las grandes puertas abiertas del templo la mente le daba vueltas. Era como intentar entrar en el infierno o nadar contra un maremoto. Bajó la cabeza y entró, sintiendo como sus huesos y su sangre lo arrastraban. Sentía que el odio de los Sith lo corroía como el ácido.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

La necesidad de rendirse era casi sobrecogedora. Rendirse. Sucumbir. Caer y encontrar la paz. Dejar que la oscuridad se cerniese sobre él. Dejar que el dolor cesara por fin. Pero aquello lo convertiría en Xanatos. Qui-Gon se merecía algo mejor. Bail Organa se merecía algo mejor, porque si él se rendía, él también moriría y haría de su mujer una viuda. Y Anakin se merecía algo mejor, mucho mejor, que un maestro deseoso de entregarse a los Sith.

Entonces comprendió con claridad alarmante, dado que huracán del lado oscuro aullaba en su interior, que Yoda se equivocaba respecto a los peligros del apego. O que al menos no tenía toda la razón.

Era cierto que el apego podía minar la determinación de un Jedi. Sin embargo, también podía reforzarla… ya que en aquel momento él recibía fuerza de su amor por Qui-Gon y por Anakin. Sin ellos habría fracasado mucho antes.

Y así, apoyándose en ellos, continuó luchando.

Con torpeza, casi lisiado, casi sollozando porque el lado luminoso le había negado durante tanto tiempo, porque el grito era tan fuerte, porque su cuerpo quería obedecerle, cruzó el umbral del templo y entró en un lugar que a él le resultaba odioso… que le odiaba como si estuviese vivo… que con cada paso, con cada aliento, intentaba que él acabase para la Fuerza.

En el momento en el que estuvo bajo el techo del templo, los huesos del edificio empezaron a temblar, revolucionados ante su presencia. Lo rechazaban como si fuese veneno. En las profundidades de Zigoola el suelo temblaba. Y la voz de su cabeza empezó a gritar sin parar…

La cabeza volvía a darle vueltas. Se tambaleó por el inquietante suelo Sith hacia las hornacinas de las paredes del templo.

Los gritos de su cabeza sonaban cada vez más alto y de forma más intensa.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

Cada paso que daba era una tortura. El infierno que había en su interior le quemaba vivo. Casi a ciegas, confusamente consciente de que el templo se estremecía, y él también, cayó contra la paredes y empezó a ir a tientas de hornacina en hornacina en busca del artefacto responsable de su tormento. Porque aquella cosa odiosa quería que muriese. Cuando por fin lo rodeó con los dedos, creyó que los huesos se le habían incendiado.

A través de una niebla carmesí vio lo que sujetaba con las manos: una antigua pirámide de cristal negro con el sello Sith rojo sangre trazado en su superficie.

«Holocrón». Parecía cobrar vida en sus dedos. Vibraba con odio, furia, miedo y aversión. Vibraba con un poder puro. Viva con el lado oscuro como nunca antes lo había sentido o imaginado. Era un objeto muy pequeño que contenía un poder inmenso y malévolo.

Ahora los huesos se le desmenuzaban, se convertían en ceniza. Se moría… Se moría… Los Sith habían ganado.

Con su último aliento hizo pedazos el holocrón. Y el fuego se consumió.

Tumbado de espaldas sobre un suelo de mosaico que temblaba y se retorcía de dolor bajo él, escuchó el silencio en su mente y no pudo entender qué significaba. Miró el lejano techo y cómo se mecía de lado a lado, confuso. Miró cómo se tambaleaban las paredes. Escuchó el pétreo lamento del templo Sith.

Desde algún lugar del exterior alguien gritaba su nombre. Volvió a gritar.

—Obi-Wan, ¿estás loco? ¡Sal de ahí, el edificio va a venirse abajo!

Era… Bail. Bail Organa. Un buen hombre, para ser político.

Y de repente, recordó para qué había ido a aquel horrible lugar. Estaba buscando una forma de volver a casa. Tenía que encontrar la forma de volver. Tenía que salvar a Bail Organa, cuya vida estaba en sus manos. Gruñendo y sufriendo arcadas, luchó con puños y rodillas para ponerse en pie. Todo le dolía tanto que era casi incapaz de ver.

Todo el templo se sacudía. Se fue tambaleando de hornacina en hornacina, escarbando entre la colección de artefactos. Libros, no. Pergaminos, no. Las geodas casi le hacen vomitar, pero no le servían para nada. Rápido. Rápido. Las paredes se balanceaban. Ahora las hornacinas vomitaban sus tesoros y los artefactos caían al horrible mosaico del suelo. Encontró un alijo de cristales, pasó los dedos suavemente sobre ellos, pero lo único que consiguió fue marearse. Aquello no le ayudaría a volver a casa.

Otra hornacina, un solo cristal, rojo y roto. Tan pronto como lo tocó emitió un grito de repulsión porque lo reconocía. Lo recordaba. Podía escuchar su eco dentro de su mente. Esto. Esta cosa. Aquella monstruosidad había iniciado la pesadilla. Desde el templo, los había alcanzado a la nave espacial y a él y le había pervertido. Intentó convertirlo en un asesino obligándolo a estrellar la nave. El olor a muerte lo impregnaba aunque se hubiese destruido.

La voz de Bail combinaba ira y admiración. «Los Sith te sometían con algo y tú conseguiste librarte. Justo antes de que nos estrellásemos. Casi te mata, pero te libraste. Enderezaste la nave e hiciste algo con la Fuerza».

Le inundó una fuerza renovada. Cogió el cristal rojo y roto y los lanzó contra el suelo. El golpe lo hizo pedazos y Obi-Wan casi llora de alegría. Pero el suelo se combó violentamente, como si de una furiosa protesta se tratase, y perdió el equilibrio. Cayó sobre la rodilla herida y gritó con fuerza. Se produjo otro temblor salvaje y cayeron al suelo más cristales, que se rompían como huevos podridos a su alrededor. Buscó a tientas la hornacina más cercana para poder ponerse en pie, seguir mirando y correr… intentar correr… en el último momento posible. Sus dedos se aferraron a algo frío y áspero y horrible…

… y se abrió una ventana en su maltratada mente. Veía a través de la galaxia como si estuviese en una sala concurrida. Durante una décima de segundo fue hermoso… pero a continuación la oscuridad lo aplastó.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, Muere, Jedi, muere».

Dejó caer el cristal rojinegro, que escupía bilis, e intentó levantarse para continuar con su búsqueda. Pero el suelo se combaba y el techo se abría, como un río helado en el gran deshielo de primavera se rompía y se cuarteaba, y si se quedaba allí mucho más, los Sith se cobrarían la muerte que él creía que les había negado.

Por segunda vez, y como si estuviesen destinados a ello, sus dedos hallaron aquel dispositivo imposible. La oscuridad volvió a gritar, pero aquella vez no se dejó ir. En vez de eso se metió aquel objeto en la túnica, intentó enderezarse y tuvo que esquivar un trozo de techo que no le dio en la cabeza de milagro.

Bail Organa apareció en el umbral, que se tambaleaba como si estuviese borracho.

—¡Obi-Wan! ¡Sal de aquí ahora mismo!

Y entonces, como un loco, como un idiota, justo como un político, convencido de que las leyes de la naturaleza no le afectarían, entró en el moribundo templo Sith.

—¿Estás loco? —le preguntó Obi-Wan cuando Bail llegó a su lado—. ¡Sal de aquí!

—De nada —jadeó Bail, arrastrándolo junto a él—. Esto es correr o morir, Maestro Kenobi. Elige… pero elige ya.

«Ah, qué típico de él, esforzarse por decir siempre la última palabra».

Resbalando y tambaleándose buscaron un lugar seguro… ya que el templo Sith les lanzaba grandes trozos de roca a cada paso que daban. Sintieron cómo se balanceaban las puertas cuando la primera de las cuatro paredes hizo una reverencia y se combó. Rodando por el suelo que se retorcía, consiguieron ponerse en pie y seguir corriendo.

Con un ruido atronador, con un rugido sordo como la muerte de una antigua y oscura bestia legendaria, el templo Sith cayó sobre sus cimientos y el techo, las paredes y los contrafuertes se hicieron pedazos. El impacto los hizo caer sobre la hierba seca como un golpe rastrero del puño de un matón. Obi-Wan escuchó maldecir a Bail. Se oyó maldecir a sí mismo, mientras cada golpe, cada corte, cada rasguño y cada herida gritaba con furia. Mientras notaba cómo se le partía una costilla contra el cristal que se había guardado en la túnica.

Silencio. Bendito silencio. Un latido. Dos latidos. Tres lat…

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

Veintidós

—¡No!

Tirado en el suelo y falto de respiración, Bail oyó un grito atroz y desesperado y, de alguna forma, consiguió ponerse en pie.

Era Obi-Wan. Ensangrentado, medio aturdido, de rodillas y gritándole con furia al cristal rojinegro que aferraba con su mano izquierda. Lo apretaba tanto que la sangre le manaba entre los dedos.

Él también quiso gritar, tirarse otra vez al suelo y golpear con los puños aquella tierra dura e inhóspita. «No puede ser, no. ¿Aún no ha terminado? ¿Por qué no puede acabar todo de una vez?».

Pero no lo hizo. No serviría de nada. Con paso poco firme, caminó con cuidado hacia la izquierda hasta que pudo ver la cara del Jedi. Estaba pálida, manchada de tierra, cubierta de moratones y tenía un corte sobre la ceja del que colgaba arena y sangre coagulada. Tenía los ojos inyectados de sangre y hundido como la muerte y una mirada salvaje. Era el rostro de un hombre que había sobrepasado los límites de su resistencia.

—¿Obi-Wan? —dijo con cautela—. Obi-Wan, ¿qué pasa?

La cabeza de Obi-Wan se giró.

—¡Fuera! ¡Atrás! ¡No debes tocarlo!

Se detuvo y levantó ambas manos como un suplicante. Como un prisionero incapaz de hacer daño.

—Muy bien. No lo haré. ¿Qué es esa cosa? ¿Puede llevarnos a casa?

Obi-Wan no respondió, sólo miró el cristal rojinegro.

—Sigue susurrando. Es lo único que oigo en mi cabeza. Muere, Jedi.

—Entonces nos desharemos de él, Obi-Wan, sea lo que sea. Lo romperemos. Lo…

—¿Estás loco, Organa? —gritó el Jedi. Ah, se había convertido en un espantapájaros—. ¡Este dispositivo va a salvarnos! ¡Es lo único que puede salvarnos! Pero no dejará de susurrar. ¡No me dejará en paz!

—Bien, Obi-Wan —dijo Bail para apaciguarlo—. Entonces, ¿por qué no me lo das? A mí no puede hacerme daño, no lo oigo. Déjame guardarlo, como tu espada láser, y encontraremos una forma de acallar el maldito chisme. —Dio un cauteloso paso—. ¿Qué te parece?

—¡He dicho que atrás! —dijo Obi-Wan y le dio un golpe con el puño derecho. Bail sintió el impacto en el pecho y cómo le vencía la Fuerza. Se sintió volar, indefenso, hasta que cayó sobre la espalda en los escombros del templo, que estaban a unos treinta pasos. El impacto había sido mucho peor que cuando habían salido disparados en la cabina de mando de la nave. Entonces, Obi-Wan había intentado controlar sus impulsos violentos.

Pero aquella vez no. Aquella vez el Jedi los había abrazado.

El golpe revivió todos los dolores que dormían en el cuerpo de Bail. No podía moverse, no podía respirar, no podía hablar, ni siquiera gruñir. Su sistema nervioso se

había bloqueado y la espada láser no le servía de nada. Lo único que podía hacer era quedarse allí y esperar.

«Dijo que esto podría pasar. Dijo que podría convertirse. Pero no le creí. Soy un iluso. Esta vez sí que voy a morir».

Pero Obi-Wan le ignoró. Seguía de rodillas. Se apretaba el cristal rojinegro contra la frente y movía los labios. Una palabra, una y otra vez, insonora y desesperada… pero parecía que no pasaba nada.

—¡No oigo! —gritó—. ¡Deja de susurrar!

Aprovechando que Obi-Wan estaba distraído, Bail intentó moverse, pero su cuerpo estaba bloqueado y se negaba a obedecer. Y entonces, justo cuando creía que podría ahogarse, su diafragma sufrió un espasmo y pudo respirar. Resollando, jadeando, flexionó los brazos y las piernas, aterrorizado por un momento de poder haber sufrido daños atroces.

Oyó cómo las piedras se deslizaban, tintineaban y chocaban unas con otras mientras los escombros se movían y se asentaban a su alrededor. Consiguió ponerse en pie, haciendo caso omiso al dolor e imaginando que moría aplastado bajo las losas negras y carmesí.

Pero Obi-Wan lo hizo volar de nuevo.

Aterrizó en campo abierto, sobre la tierra dura. Algo le desgarró el hombro izquierdo, que ya estaba muy magullado, y un dolor ardiente se apoderó de todos sus nervios y tendones. Hundió los dientes en el labio partido para ahogar un grito. También escuchó un grito de Obi-Wan.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Pero ¿qué demonios intentaba hacer?

«¿Quién sabe? Ha acabado perdiendo la cabeza. Por lo que a mí respecta, puede hacerse añicos el cráneo».

Pero no era cierto. Era su hombro desgarrado el que hablaba. Habían sido días y noches de tensión, hambre, sed y miedo. Obi-Wan no era el enemigo, había sido ferozmente atacado por el enemigo, y si estaba… si estaba…

«¿Cómo puede volverse loco un Jedi como Obi-Wan tras todos estos años de entrenamiento, después de todo lo que ha visto y vivido? Es un buen hombre, es un gran hombre. ¿Cómo es posible?».

El lado oscuro. Los Sith.

«Nunca pensé que fuese capaz de odiar a alguien así. Odiar de tal forma que hasta puedo saborearlo. Odiar tanto que estaría dispuesto a matar».

Una sombra larga y fina le cruzó la cara. Alzó la vista. Vio a Obi-Wan de pie frente a él como una pesadilla salida de los Infiernos Corellianos. Intentó torpemente coger la espada láser con dedos densos y vacilantes. No pudo desengancharlo. No encontraba la forma de activarlo. Aunque tampoco se atrevía a girarlo mientras estuviese enganchado al cinturón que Obi-Wan le había prestado.

Era el fin. Era el fin. Obi-Wan era un Jedi. Podía matarlo sólo con sus manos. Bail se abrazó a sí mismo, pensando en Breha, y por última vez esperó a recibir el golpe que lo mataría.

Obi-Wan levantó la mano, que seguía aferrada al cristal rojinegro.

—No, no. Bail. Ayúdame.

Sintió que la respiración se le cortaba. Creyó que se trataba de un delirio propio de los últimos momentos de vida.

—¿Qué?

—Ayúdame —dijo Obi-Wan. Sonaba desesperado. Y entonces, como si estuviese lisiado, cayó al suelo y se quedó sin aire cuando las rodillas golpearon la hierba seca y sucia—. El cristal es telepático. Puede llegar a Yoda, al Templo Jedi.

Una palabra. Yoda. ¿Había estado pidiendo ayuda? ¿Con una piedra?

«Nunca entenderé a esta gente. Su mundo es demasiado arcano para mí».

—No… Lo siento… Yo…

Obi-Wan se apretó los dedos contra la cara en un intento de contener el dolor que sentía bajo la piel.

—Pero yo no puedo hacerlo. El susurro de los Sith no cesa.

Habían destruido el templo y todo lo que allí había, exceptuando aquel cristal, ¿y aún así no bastaba? ¿Todavía podían morir a manos de los Sith?

«No es justo. No es justo».

—Obi-Wan —dijo mientras se sentaba lentamente y encogiéndose de lo que le dolía el hombro herido.

—No sé qué crees que puedo hacer. No soy telepático. No puedo proyectar mis pensamientos en esa cosa. Y si tú no dejas de intentarlo, se te va a acabar chamuscando el cerebro. —Le tendió la mano—. Dámelo. Puedo levantar una de las losas del templo y romperlo en pedazos. No volverás a escuchar ni una sola voz Sith.

—¡No! —dijo Obi-Wan y apretó el cristal contra su pecho como si fuese un tesoro. Como si se tratase de su infancia—. Yo puedo conseguir que funciones. Si me ayudas.

Moviéndose despacio, como si estuviese negociando con una bomba a punto de estallar, Bail se puso en cuclillas.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer? Tú eres el Jedi, Obi-Wan. Yo sólo soy el político de compañía.

Los ojos de Obi-Wan eran febriles.

—Mi espada láser, Bail. El dolor me despeja la mente. El barranco, ¿recuerdas?

Durante un momento Bail no comprendió lo que Obi-Wan quería decir. Y luego el entendimiento se apoderó de él y se puso en pie en un segundo, ignorando sus rasguños, magulladuras y heridas.

—¡No, Obi-Wan! ¡Rotundamente no! ¡Tú estás loco!

De rodillas, Obi-Wan agachó la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho. Respiraba, sólo respiraba, y sólo escuchar su respiración ya le resultaba doloroso. Después alzó la vista.

—Tú… tienes una esposa, Bail. Yo soy un Jedi. No podemos morir aquí.

Se estaba mareando. El estómago vacío se le revolvía. Primero la matanza de la estación espacial ¿y ahora aquello? Obi-Wan estaba loco por sólo mencionarlo.

«Esto no está pasando. Esta no es mi vida. Senadores de Alderaan… Princesa de Alderaan… espero que nunca se encuentren en esta situación».

Pero aquel día así era.

Se tambaleó, enfadado, asustado.

—Tiene que haber otra forma.

—¿Te pediría esto… si la hubiera? —dijo Obi-Wan con un tono adusto en la voz.

«Breha». Lentamente se dio la vuelta, desolado.

—No sé. ¿No se te ocurre…? Obi-Wan tiene que haber otra opción.

Como si hubiese agotado los últimos posos de sus fuerzas, Obi-Wan se fue encogiendo hasta que acabó sentado en el suelo.

—No la hay.

Bail le miraba mientras abría y cerraba los dedos, esperando que algo o alguien le golpease.

—Supón que acepto llevar a cabo esta… esta locura. ¿Cómo se supone…? ¿Cómo tendría que hacerte daño con la espada láser?

Los labios de Obi-Wan se curvaron para esbozar la más leve de las sonrisas.

—Con mucho cuidado, Senador.

Se rió. No podía evitado. Aquello era una auténtica locura. Completamente surrealista.

—¿Estás seguro, Obi-Wan? ¿Seguro de verdad? Obi-Wan asintió.

«Ah, piedad». Soltó la espada láser de su cinturón. Del cinturón de Obi-Wan. Contempló su elegancia negra y plateada como si no lo hubiese visto nunca. Por extraño que pareciese, no lo había visto. Al menos no de aquella manera.

—Ni siquiera sé cómo activar el dichoso chisme.

Obi-Wan estiró el brazo.

—Aquí.

Bail vio cómo activaba el arma. Observó cómo la cautivadora llama azul salía de empuñadura. Vio la aprensión… la resignación… en los ojos hundidos de Obi-Wan.

Llevó el arma hacia atrás sujetándola de una forma extraña. Le sudaban las manos. Temblaba. El corazón le latía en las orejas.

—¿Y ahora qué?

—Coordenadas —susurró Obi-Wan.

¿Coordenadas? Ah. Por supuesto. Las del planeta. Las había anotado rápidamente en un plastipapel antes de abandonar la nave. Había guardado el plastipapel en la mochila. ¿Un acto de fe o una ilusión? Ambos. Ninguno. Ahora ya daba igual.

Lo buscó y volvió con él, caminando con cuidado, sin atreverse a correr con la espada láser en la mano. Obi-Wan se había tumbado bocarriba sobre la hierba seca. El sol de Zigoola, que surcaba el cielo, dejaba caer sombras insustanciales sobre su rostro. Con la

mano izquierda sujetaba con fuerza el cristal rojinegro y con la derecha cogió el plastipapel y se tocó un poco la herida del muslo.

—Aquí. No tiene sentido… abrir más heridas. No… lo claves. Posa la hoja… en la herida. Sin hacer fuerza. No mucho tiempo. No quiero… perder… la pierna. Estamos… un poco lejos para saltar hasta casa.

Estaba bromeando. ¿Cómo podía bromear con aquello? No tenía gracia. Era horrible.

—¿Quieres que te avise? ¿Cuento antes hasta tres?

Obi-Wan lo miró.

—Bail.

Ah. Bien.

Lo hizo. Se escuchó un silbido electrónico. Un olor nauseabundo de carne y algodón quemados. Los ojos de Obi-Wan se abrieron de par en par, la columna se le arqueó y se tragó el dolor para enviar sus pensamientos a través del cristal Sith. Tras un momento meneó la cabeza.

—No va bien. Otra vez.

«Ah, piedad».

Más allá de las fronteras de la República, en planetas sin código moral, seres sensibles torturaban a otros seres sensibles por poder o codicia. Se mareaba con sólo pensarlo y siempre se había preguntado cómo existía quien pudiera hacer algo así. Infligir dolor a otro deliberadamente, a sangre fría. Hasta obtener placer de aquello. O, al contrario, no sentir absolutamente nada.

Quería vomitar. Quería llorar.

Mientras la espada láser lo quemaba por segunda vez, los ojos de Obi-Wan se pusieron en blanco. En la base de su garganta se notaba un pulso frenético. Con un profundo quejido intentó alcanzar el Templo Jedi.

—No —dijo mientras le castañeaban los dientes—. Otra vez.

Aturdido, Bail se apretó la boca con la palma de la mano. «Ya está. Ésta es la última. No pienso hacerlo más».

Y para garantizarlo y estar absolutamente seguro, inspiró profundamente e hizo un poco de presión sobre la hoja azul.

La voz era tan débil que al principio Yoda, inmerso en la meditación, creyó que la había imaginado. Creyó que estaba soñando o cometiendo el grave error de albergar falsas esperanzas. Llevaba tanto tiempo esperando, sin respuestas, y había empezado a temerse lo peor.

Entonces volvió a escucharla, con más intensidad. Viva en el dolor… y manchada de oscuridad. La voz de Obi-Wan… sus pensamientos… inconfundible. Pero, de alguna forma, el lado oscuro había hecho mella en la presencia de su Fuerza. Yoda raramente admitía estar alarmado… pero el amargo sabor a Sith que impregnaba su comunicación

era causa legítima de aprensión. El eco de otra voz virulenta… «Muere, Jedi, muere, Jedi».

Dejando de lado la malevolencia, profundizó más de lo que hasta aquel momento se había atrevido a llegar y se abrió hasta que estuvo prácticamente indefenso. Los pensamientos de Obi-Wan entraron en él, un parloteo desesperado, como si le aterrase no poder mantener la comunicación. La complejidad de los detalles que daba era igual de preocupante que su miedo y aquel regusto a lado oscuro; la telepatía casi nunca era tan precisa. Sentimientos, impresiones, sí. Pero ¿detallar coordenadas galácticas con exactitud? ¿Realizar peticiones concretas? No. Aquella comunicación resultaba desagradable. Era una abominación para el lado luminoso.

Entonces, de repente, tal y como había contactado, Obi-Wan se desvaneció. No como si hubiera muerto, sino como si se hubieran fundido los circuitos de un holotransmisor.

Ignorando lo tarde que era, Yoda despertó a Mace Windu.

—¿Y estás seguro de que era Obi-Wan? —dijo Mace tras escucharle en silencio total.

Yoda asintió.

—Sí.

Al interrumpirse su sueño, Mace se levantó del borde de la cama y caminó hacia la ventana, donde las luces nocturnas de Coruscant jugaban sobre la severidad de su rostro.

—¿Vas a hacer lo que pide?

—Elección no tengo. Más Jedi arriesgar no podemos. Una trampa mortal Zigoola es.

—Sí —dijo Mace dándose la vuelta—. Pero ¿tendida por quién? ¿Dooku? ¿O el misterioso Darth Sidious?

—Cuando los Sith a los Jedi atacan, unos como otros son. Que han fracasado es lo que importa.

—Esta vez.

Se miraron, perfectamente conscientes de que el lado oscuro estaba cerca.

—Para nosotros guardar esto debemos —dijo Yoda al fin—. Hasta que más entendamos.

Mace asintió.

—De acuerdo. —Después suspiró—. ¿La ves ahora?

—Lo haré —dijo Yoda—. Porque perder tiempo no debemos.

Lentamente y a su pesar, volvió a recobrar la conciencia guiado por una voz familiar y preocupada.

—Obi-Wan. Obi-Wan, ¿ha funcionado?

Se aclaró la garganta. El dolor de la pierna había alcanzado proporciones obscenas. Era tan atroz, tan destructor, que lo único que pudo hacer fue reírse.

—¡Obi-Wan!

Ah, cielos. Pobre Bail. Parecía bastante frustrado. Con esfuerzo, mitigó la histeria y abrió los ojos.

—Sí—-dijo con una voz terriblemente alterada—. Ha funcionado. La ayuda está en camino.

Bail se tambaleó y luego se sentó bruscamente.

—Toma —dijo y casi le tira la espada láser desactivada—. Ten. Cógela.

Moverse sólo avivaba el dolor, pero era su espada láser. Cerró los dedos alrededor de su fría empuñadura metálica. Sintió la paz de volver a estar entero otra vez.

Bail lo miró con estupefacción.

—¿Cuánto tardarán en rescatarnos?

—No lo sé. Unos días.

—Unos días —repitió Bail—. Tenemos provisiones, y aguantarán si somos cuidadosos. Pero ¿aguantarás tú?

Qué pregunta tan interesante. Era una pena que la respuesta fuese otro «No lo sé».

—Quizá.

—¿Quizá? —Ahora Bail parecía ofendido—. ¿Qué quieres decir con «quizá»? No he pasado por todo esto para verte morir ahora, Maestro Jedi. No irás a ninguna parte, ¿me he explicado bien?

Susurrando, burlándose, la persistente voz de los Sith se hacía oír incluso a través de aquel dolor tan vivo.

«Muere, Jedi, muere, Jedi, muere, Jedi, muere».

—Senador Organa, puede que no dependa de ti.

Bail miró el cristal rojinegro, tirado en el suelo seco.

—¿Estás absolutamente seguro de que has contactado con el Maestro Yoda?

—Sí —dijo, recordando el tacto de aquella ancestral y disciplinada inteligencia que había buscado desesperadamente y sintiendo de nuevo un alivio sobrecogedor.

—Entonces ya no necesitamos más esta maldita cosa —dijo Bail, recogiendo el dispositivo telepático de los Sith.

Enfurecido, pero incapaz de protestar o de detenerlo aunque quisiera, Obi-Wan observó cómo Bail reducía a cenizas el cristal Sith entre dos losas del templo de piedra derruido.

El susurro de los Sith se acalló y aunque el lado oscuro seguía oprimiéndolo… por primera vez en días… que le habían parecido años… estaba a solas con su mente. Aquel alivio lo hizo romper a llorar.

—¡Eh! ¡Eh!

Era Bail otra vez, alarmado. Estaba en cuclillas, a su lado, con una mano en su hombro. Una presencia inverosímil, segura y cálida.

Obviando su debilidad, se obligó a mirar al Senador de Alderaan.

Por primera vez, se dio cuenta de lo que le había pedido a aquel hombre. El precio que Bail había pagado por el coraje de sus convicciones.

Algo de lo que sentía debió plasmarse en su cara.

—No —dijo Bail toscamente—. No importa. Hemos sobrevivido. El resto no es nada. Menos que nada. Sólo otra historia de la guerra. Lo importante es que hemos vencido.

¿Era aquél el sabor de la victoria?

—Eh —volvió a decir Bail—. ¿Cómo estás Obi-Wan? De verdad.

—¿De verdad? —Bajo sus doloridos huesos yacía la tierra dura y fría de Zigoola. En su cuerpo magullado ardía un fuego que no se apagaba—. La verdad, Bail, es que me duele todo.

Bail meneó la cabeza.

—Eso creía.

—Pero es mejor que estar muerto.

—Sí —dijo Bail en voz baja, y una leve sonrisa le cruzó la cara delgada y sucia—. Sí, no hace falta que lo jures. —La sonrisa desapareció—. Bueno, ¿se acabaron las voces?

—Sí.

—¿Y las visiones?

—Sí.

—Entonces veamos qué podemos hacer con el dolor. Tengo medicamentos en el kit de primeros auxilios. Pero no discutas conmigo, ¿de acuerdo? Sé dónde puedo encontrar una espada láser y no tengo miedo de usarla.

Obi-Wan lo miró. Cualquier cosa que dijese sonaría común. Sentimental. Cualquier cosa que dijese los avergonzaría a los dos.

—No te vayas, Maestro Kenobi —dijo Bail, dándole una palmadita en el hombro—. Ahora mismo vuelvo.

Mientras el Senador de Alderaan se retiró a buscar el kit médico, Obi-Wan dejó que sus ojos se cerrasen. Por muchas razones la vida de un Jedi era, sobre todo, solitaria. Por muchas razones era mejor así. Pero a veces… a veces… podían hacer una excepción. A veces… de forma inesperada,… podían hacer amigos nuevos.

«Primero Padmé, ahora Bail Organa. Parece que vaya recogiendo políticos. ¿Quién lo habría dicho? La vida es muy extraña».

De todos los seres que podría haber esperado encontrar en su salón casi a la madrugada, el Maestro Yoda era el último de la lista.

Atónita y en silencio, Padmé le miraba. Sólo sus años de trabajo de cara a un público evitaron que se mostrase alarmada. «¿Será Anakin? No. ¿Por qué acudiría a mí por Anakin? Deben de ser Bail y Obi-Wan. Hace mucho que se fueron. Mucho más de lo que creía». Había estado cubriendo a Bail en el Comité de Seguridad, pero sus excusas en su nombre estaban empezando a flaquear. Y cada vez estaba más nerviosa…

Con retraso, recordó sus modales.

—¿Puedo ofrecerle un tentempié, Maestro Yoda? 3PO…

—Gracias, no —dijo Yoda e hizo una señal al droide—. Esta intrusión lamento, Senadora Amidala, pero asuntos urgentes traigo.

—Eso me parecía, Maestro Yoda, dada la hora —dijo cuidadosamente evasiva. Estaba empeñada en no hacer preguntas, pero vio que él estaba deseando responder.

—Un favor pedirle debo, Senadora. Si de acuerdo está, una deuda con usted la Orden Jedi tendrá.

Empujó el traje hacia su cuerpo y se sentó en la silla más cercana.

—Nunca debemos hablar de deudas entre nosotros, Maestro Yoda. ¿Qué quiere que haga? Yoda se apoyó en su bastón.

A ella le pareció que estaba muy cansado. Con una edad que rondaba los novecientos años, creyó que tenía todo el derecho de estarlo.

—Noticias de Obi-Wan Kenobi he recibido. Perdido está con el Senador, Organa, en un planeta llamado Zigoola.

Durante un momento sintió alivio.

—¿Están bien?

—Viven —dijo Yoda—. Pero no tienen nave y enviar a un Jedi para rescatarlos no puedo. El alivio se tornó preocupación. —¿Porque es un planeta Sith?

—Hmmm —murmuró Yoda con los ojos entornados—. Bien informada está, Senadora.

—En ese caso —dijo con calma, negándose a sentirse intimidada—, entiendo que querría que yo fuese a buscarlos, ¿no, Maestro Yoda?

Y aquello puso fin a su desaprobación.

—Sí —dijo repentinamente apagado—. El motivo de mi visita ése es. Pedirle ayuda en este delicado tema.

—Pues claro que le ayudaré —contestó—. Siempre. Donde sea y como pueda.

En aquel momento pareció que se descargada de un gran peso.

—Peligro no correrá con los Sith, Senadora Amidala. Un planeta desierto es, excepto por el Maestro Kenobi y el Senador Organa.

Bien. Ya había tenido bastante con ellos.

—Sin embargo —añadió Yoda—, tropas clon con usted irán. En el Espacio Salvaje Zigoola se encuentra. Un peligroso destino es y de casa muy lejos está.

¿El Espacio Salvaje? Espera a que Anakin se entere de esto. Hizo una mueca.

—No puede ser más peligroso que Geonosis, Maestro Yoda.

—Independiente es, Senadora, eso bien lo sé —dijo Yoda con severidad—. Pero las tropas clon con usted debe llevar. Su yate privado desarmado está. Protegida debe ir.

Anakin diría lo mismo si estuviese allí. Si se adentrase en el Espacio Salvaje sin ningún tipo de escolta militar, se pondría furioso… y se preocuparía por ella incluso más mientras luchaba contra los separatistas y contra los Sith.

«Lo último que quiero es ser una carga más».

—Por supuesto, Maestro Yoda —dijo, poniéndose en pie—. El Yate Real es una de las naves más rápidas de Coruscant, y está listo para despegar en cualquier momento. A velocidad máxima los clones y yo llegaremos allí antes de que Bail y el Maestro Kenobi se den cuenta. ¿Tiene las coordenadas?

Yoda se sacó un cristal de datos del bolsillo y se lo dio.

—Trazado está aquí el camino más corto, Senadora. Sígalo y problemas con los separatistas se evitará. También en él están las firmas de signos de vida del Maestro Kenobi y del Senador Organa. Fácil así será encontrarlos, creo. Las tropas clon a su puerto espacial privado enviaré.

Anakin no se fiaba de aquel Jedi ancestral. A menudo, ella lo encontraba oscuro y distante. Pero tenía el don de leer a las personas… y había visto en sus ojos mucha preocupación.

Después de lo que había visto en la caverna de Geonosis, sabía que ocupaba un lugar especial en el corazón de Obi-Wan… aunque no cabía duda de que él lo negaría hasta agotar su último aliento. Los Jedi y su desdén por el cariño.

—Maestro Yoda —dijo, cogiendo el cristal de datos—, traeré a Obi-Wan a casa, sano y salvo. Tiene mi palabra.

Para su sorpresa, él le cogió la mano y la estrechó entre las suyas.

—Gracias, Padmé. A mí debes acudir si alguna vez prestarte servicio puedo.

Si supiese cómo le estaban engañando ella y Anakin, no estaría agradecido. Se pondría furioso. De alguna forma, logró esbozar una sonrisa.

—Lo recordaré, Maestro Yoda.

Cuando Yoda se fue, le ordenó a C-3PO avisar al puerto espacial de que la esperasen a ella y al destacamento clon mientras se ponía un traje de vuelo, metía algunas mudas más en otra bolsa con un montón de cuadernos de datos, luego enviaba un mensaje retardado a la oficina del Senado en el que excusaba su ausencia por motivos personales.

3PO estaba ansioso y daba vueltas junto a la puerta principal del apartamento.

—Ah, cielos, señora. Me temo que parece muy peligroso. Espero que se encuentren bien. Espero que a usted no le pase nada. ¿El Espacio Salvaje? Todo esto parece de lo más alarmante.

Todo apuntaba a que «alarmante» era sólo el principio. «Obi-Wan. Bail. ¿Qué habéis estado haciendo?». Pero no había motivos para preocupar al droide.

—No me pasará nada 3PO. Ya has oído al Maestro Yoda. Las tropas clon velarán por mí en todo momento. —Le dio una palmadita en su hombro dorado—. Tú encárgate de todo por aquí y ya nos veremos cuando vuelva, ¿de acuerdo?

—Ah, sí, sí señora —dijo 3PO—. No se preocupe por nada.

Poco le faltó para decirle que ni respirase.

—No lo haré —dijo. Se echó las bolsas de viaje a la espalda y cogió el tubo de velocidad del complejo de apartamentos hacia el área de aparcamiento para coger su speeder privado.

Veintitrés

Como había prometido, el destacamento de tropas clon la estaba esperando en el puerto espacial armado hasta los dientes. Cinco soldados y su líder, todos desconcertantemente parecidos.

«Pero sólo en el exterior —se recordó a sí misma—. En el interior son todos diferentes».

—¡Senadora! —dijo su comandante saludando, con el casco colocado bajo el brazo—. Capitán Korbel, a su servicio.

No reconoció su insignia. Lo único que sabía era que no eran de la compañía de Anakin, la 501.

—Capitán. Encantada de conocerle —dijo—. Le agradezco su ayuda. Supongo que habrá recibido instrucciones del Maestro Yoda.

Korbel asintió.

—Exacto, Senadora. Todos nosotros tenemos conocimientos médicos, así que eso no supondrá un problema. Nos encargaremos del general y del Senador Organa.

Dejó que una oleada de adrenalina le recorriese la sangre.

—Perdona. ¿Conocimientos médicos? No estaba… No entiendo. ¿Estáis diciendo que están heridos?

—Ah —exclamó el capitán. A pesar de su riguroso entrenamiento, la preocupación ensombreció sus intensos ojos negros—. Creía que también había sido informada, señora.

—Por lo visto no —dijo—. Pero eso no importa. El Maestro Yoda estaba cansado y, sin duda, distraído. —O, tal y como Anakin había dicho, raramente se paraba a pensar en trivialidades, como los sentimientos—. Subamos a bordo, ¿de acuerdo? Parece que no tenemos tiempo que perder.

—Sí, señora —dijo Korbel e hizo una señal a sus hombres para que entrasen en la nave.

«Muchísimas gracias, Yoda», pensó mientras se apresuraba a subir a bordo de su lustrosa y rápida nave.

Desconcertada por la preocupación que había observado en los ojos de Yoda, consternada por lo que el capitán Korbel había dicho, cuando salieron de Coruscant aceleró y el yate engulló los pársecs entre su hogar y Zigoola. Si aquella misión tuviese cualquier otro objetivo que no fuese el rescate, quizá se hubiese emocionado con la perspectiva de dejar atrás la República y el Borde Exterior y flirtear con el desconocido y exótico Espacio Salvaje. Pero en lugar de emoción, lo único que sentía era aprensión. ¿Bail y Obi-Wan heridos?

«Sea lo que sea, ha debido de ser algo malo».

El capitán Korbel y sus hombres guardaron una distancia educada y profesional. Se ocuparon de sí mismos, y también de ella, con una eficiencia que sólo podía producir admiración. Korbel había elogiado el área de enfermería del yate.

«Ojalá eso consiguiese tranquilizarme».

Para distraerse, y como no quería quedarse rezagada, se sumergió en el trabajo del Senado que había traído consigo. La ruta que el Jedi le había trazado era perfecta. No se encontraron con un solo problema: ni separatistas, ni piratas, nada que les obligase a reducir la velocidad.

Cuando al fin el ordenador de navegación anunció su llegada a Zigoola y salió del hiperespacio, apenas miró el planeta ni la gran nebulosa que tenía detrás. No experimentó la emoción de estar en lugar exótico, sólo la urgente necesidad de «encontrarlos encontrarlos encontrarlos».

El capitán Korbel apareció en la cabina de mando.

—Entiendo que el Maestro Yoda le ha dado las firmas biológicas del General Kenobi y del Senador Organa, ¿me equivoco, señora?

—Así es —contestó.

El clon del capitán Korbel tenía una sonrisa muy agradable.

—Gracias, capitán —añadió, y le devolvió la sonrisa—. Eso nos ayudará mucho. —Entonces dio golpecitos en la consola del timón—. Es una nave estupenda, ¿verdad?

Korbel asintió.

—Es la mejor nave en la que he viajado en toda mi vida, señora.

¿Y cuánto tiempo era aquello? ¿Nueve años? ¿Diez? Señaló uno de los asientos de la cabina de mando.

—Ahí está la consola de sensores, capitán. Las firmas biológicas ya han sido programadas.

—Excelente, señora.

Después de que ella hubiera posicionado el yate en una órbita geosincrónica, Korbel tomó asiento y comenzó a realizar barridos con los sensores. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba.

—En el lado nocturno —dijo el capitán—. Y están solos. Todo el planeta está vacío.

No podía estar tan vacío, o de lo contrario ni Bail ni Obi-Wan estarían heridos. Pero no manifestó lo que pensaba, sólo fijó el rumbo al que apuntaban las lecturas de firmas biológicas y dirigió la nave directamente a la superficie en sombra del planeta. No importaba que se encontrasen en el lado de Zigoola que estaba en sombra porque los potentes focos del yate eran capaces de convertir la noche en día.

—Volveré con mis hombres —dijo Korbel—, si no hay nada más que pueda hacer aquí.

—No, no, váyase —dijo distraída, mirando a través del ventanal de la cabina de mando y sintiéndose tremendamente preocupada.

—Cuando aterricemos —añadió Korbel—, debería dejarnos realizar una misión de reconocimiento por la zona antes de pisar el planeta.

Le miró.

—Pero ¿no ha dicho que sólo están…?

—Más vale prevenir que lamentar, Senadora —dijo Korbel, encogiéndose de hombros—. Está bajo nuestra protección, señora. Estoy al tanto de su experiencia, pero me gustaría que nos permitiese cumplir con nuestra función.

En otras palabras, Yoda les había advertido que a ella no le gustaba recibir demasiadas atenciones. Pero Korbel era un buen hombre. Le gustaba, y estaba haciendo su trabajo. Así que se tragó su malestar *y* asintió.

—Por supuesto.

—Gracias, Senadora —dijo Korbel mientras se retiraba *y* ella hacia aterrizar su maravillosa nave.

La primera cosa que vio a la luz de los focos fue el contorno de una enorme montaña de escombros. Escombros recientes por lo que parecía: las piedras no mostraban signos de erosión.

«Chicos, chicos, ¿qué habéis hecho?».

El yate tomó tierra en la meseta desierta con la delicadeza de una dama. Desplegó la rampa, salió a toda prisa de la cabina de mando hacia la escotilla exterior y se quedó atrás para dejar que Korbel y sus hombres desembarcasen para realizar una ronda de reconocimiento por las inmediaciones. Obedeció las órdenes del capitán de permanecer oculta y a cubierto hasta que él le anunciase que estaba todo despejado. No llevó mucho tiempo.

—¡De acuerdo, Senadora! —gritó Korbel—. Ya puede salir.

«Por fin». Saltó a la cima de la rampa… y vaciló al llegar a la escotilla. Bail se encontraba en la base, esperándola.

Tenía un aspecto… horrible.

—Senadora Amidala —dijo, haciendo una extraña reverencia. Su cortesía contrastaba con su aspecto de rufián… sucio y descuidado y cubierto de sangre reseca y cortes y magulladuras y con la ropa hecha jirones y, ah, qué delgado estaba… Durante un momento la dejó sin aliento.

Los ojos le brillaban muchísimo.

Lentamente, con mucho cuidado, bajó la rampa. Quería correr hacia él y abrazarle, pero parecía tan frágil que temía que pudiera romperse. Además, Korbel y sus hombres se habían colocado en formación para protegerles de cerca y, de repente, fue consciente de la dignidad senatorial. Se acercó, se paró y le dedicó una temblorosa sonrisa.

—Senador Organa —dijo con voz trémula—. Parece que necesita que le lleven.

Bail se rió, pero su voz se quebró y bajó la mirada, respirando con dificultad.

—Sólo si le queda de paso —dijo tras una larga pausa, y luego alzó la mirada—. No querría causarle problemas.

Los ojos le escocían.

—No, no es ningún problema. Puede que le cobre algo… —Y se calló—. Ah, Bail…

Al infierno con la dignidad. Además, él estaba casado y ella también. Se abrazaron como dos hermanos. Notaba sus omóplatos como cuchillas bajo las manos.

—Lo siento —murmuró—. Apesto.

Sí, era cierto. Pero no podría haberle importado menos.

—Estás vivo. —Al final le soltó y dio un paso atrás—. ¿Dónde está Obi-Wan?

La sonrisa se borró de sus ojos.

—Ah. —Hizo un gesto hacia los escombros—. Allí. El Maestro Kenobi tendrá que tomarse unos días libres. «No… No…».

—Me llevaré a un par de hombres para traerle al yate —dijo Bail con tranquilidad—. Me temo que no se encuentra… muy bien.

—Capitán —le dijo a Korbel—, les necesitaré en un momento, pero, por ahora, mantengan sus posiciones.

—Señora —respondió—, hágame saber cuando esté lista.

Bail la condujo a la construcción demolida, donde Obi-Wan esperaba sentado sobre una piedra, envuelto en una manta térmica hecha jirones y desde donde se veían los focos de la nave. Y si Bail tenía un aspecto horrible… Si Bail parecía delgado y frágil…

No bromearon. Ella no tenía humor. Para aquel hombre… en aquel momento… no tenía más que lágrimas.

—Padmé —dijo Obi-Wan con una voz tan cambiada como todo su ser—, vuelves al rescate. —Sonrió y a ella se le rompió el corazón—. Me alegro de verla, Senadora.

Ella no podía hablar. Apenas podía respirar. Cuando se volvió a sentir segura dijo:

—Tú… Tú… ¡Jedi imprudente! —dijo, caminando hacia él, y cuando llegó adonde estaba se puso en cuclillas—. ¡Anakin se va a enfadar muchísimo contigo! —Entonces bajó la cabeza y emprendió una batalla privada perdida.

—Bueno, bueno —dijo tranquilamente, dándole torpes palmaditas en el hombro—. No hay necesidad de enfadarse. Tampoco es para tanto.

Se puso en pie, y retrocedió y se echó una mano a la cabeza.

—¿Que no es para tanto? —dijo—. Empecemos por lo más obvio, ¿te parece? ¿Qué te ha pasado en la pierna?

Estaba estirada frente a él, con el muslo derecho vendado de cualquier forma con jirones de su propia túnica que dejaban ver una herida que saltaba a la vista que era grave. Como Obi-Wan no contestaba se giró hacia Bail… y les pilló mirándose de una forma muy peculiar y complicada.

Entonces Obi-Wan suspiró.

—No es nada. De verdad. Un percance con la espada láser.

—La espada láser… —Lo miró—. ¿Qué? ¿Otra vez?

—Eh —dijo Bail, poniéndole una mano en el hombro. Pareció… una advertencia—. Con el riesgo de parecer impaciente, Padmé, quiero salir de este maldito pedrusco. Así que, ¿podemos… ya me entiendes… irnos?

Allí había pasado algo. Seguro. El aire apestaba a secretos. Pero aquél no era ni el momento ni el lugar para ponerse a buscar la verdad. No con Obi-Wan allí sentado y tan… tan reducido.

—Por supuesto —dijo y se dio media vuelta—. Y, Obi-Wan, te complacerá saber que el Maestro Yoda escogió él mismo a estos soldados clon. Y que todos ellos son médicos. Te cuidarán bien, te lo prometo.

Con un cuidado y una ternura que la sorprendieron, el capitán Korbel y uno de sus hombres llevaron a Obi-Wan a la nave. Bail y ella los siguieron de cerca.

—Gracias, capitán —dijo Bail cuando dejaron a Obi-Wan, que no podía ni hablar, en la enfermería perfectamente equipada—. Denos un momento y luego será todo suyo.

Korbel asintió.

—Señor.

—Os sacaré de aquí —murmuró Padmé mientras el capitán volvía al compartimento de pasajeros con sus hombres. Pasó la mano suavemente por la mejilla de Obi-Wan—. No te preocupes, pronto estaremos en casa.

Después, dejó a Bail haciéndole compañía y se dirigió a la cabina de mando para sacarlos de aquel maldito Zigoola. ¡Al fin! ¡Adiós para siempre! Al diablo con los Sith y todos sus juegos sucios.

Rumbo a Coruscant y pasando delirantemente rápido al hiperespacio, dejó que la nave volase sola y volvió con los pasajeros recién rescatados. Una voz muy baja procedente de la enfermería la hizo detenerse fuera, en el pasillo.

—Bueno —le oyó decir a Bail—. ¿Ha vuelto?

Un largo silencio y después:

—Sí —dijo Obi-Wan. Padmé sintió una nueva oleada de alivio. Tenía un aspecto tan deplorable, que parecía que no fuese a hablar más. Deseaba entender de qué estaban hablando.

—¿Lo ves? —dijo Bail—. Te dije que los Sith no podrían evitar que seas un Jedi. O al menos, no para siempre.

—Sí, me lo dijiste —dijo Obi-Wan a quien, para su sorpresa, se le quebró la voz. Había mucha emoción contenida. Nunca había oído nada igual. No de él.

—Necesitas atención médica, Obi-Wan —dijo Bail tras un momento. Y él también parecía un poco sobrecogido—. Ya has oído a Padmé. Yoda escogió personalmente a esos médicos clon. ¿Así que vas a montar un numerito o vas a dejarles hacer su trabajo?

Oyó toser a Obi-Wan, y aquello sonaba muy mal.

—¿Nadie le ha dicho, Senador, que es bastante pesado?

—De hecho sí, Maestro Jedi —replicó Bail—, pero ni la mitad de veces que le han dicho a usted que es peor que un dolor de muelas.

Había mucho afecto en sus voces y Padmé notó que se le hacía un nudo en la garganta. Nunca había imaginado que Bail y Obi-Wan se hablasen como… como amigos. Como dos personas que se conociesen desde hacía años. ¿Qué les había pasado en Zigoola? Estaba desesperada por averiguarlo.

—¿Quieres un analgésico? —preguntó Bail.

—Creo que sí —contestó Obi-Wan.

Bail resopló.

—Qué listo. Voy a buscar al capitán Korbel. —Un momento después salió al pasillo. La vio y se paró—. Padmé.

La habían pillado escuchando a escondidas, pero levantó la barbilla.

—Obi-Wan no es el único que necesita primeros auxilios. Recuerda que tenemos seis médicos a bordo. Uno de ellos es el tuyo.

Bail asintió.

—Eso suena bien. Pero antes me gustaría sentarme un momento. ¿Te parece que vayamos a sentarnos?

Sus ojos estaban ensombrecidos por lo que ella estaba segura que eran recuerdos horribles… y parecía que fuese a caer desplomado allí mismo.

—Por supuesto —dijo amablemente—. Y si quieres hablar, aquí me tienes.

Meneó la cabeza.

—Ahora no. Quizá más tarde.

Al final tendría que acabar hablando de ello. Por motivos de seguridad o por cualquier otra cosa. Pero ella podía esperar. Se le daba bien esperar.

Le dio una palmadita en el brazo.

—Cuando quieras… amigo mío.

Yoda encontró a Obi-Wan en el exuberante arboreto del Templo sentado con las piernas cruzadas bajo una cascada, con los ojos cerrados, perfectamente vestido… y seco.

No había pasado ni una semana desde que la Senadora Amidala les había llevado a casa desde Zigoola. Se había pasado la mayor parte del tiempo sumido en un profundo trance curativo. El día anterior, Vokara Che le había dicho que ya estaba preparado para abandonar los Salones Curativos, pero, para su disgusto, le había prohibido salir del recinto del Templo.

Aquella advertencia era tan efectiva como el campo contaminado de Geonosis.

Al sentir que se acercaba, Obi-Wan abrió los ojos. Sonrió. Y salió de debajo de la catarata. Con sólo mover la mano, el agua de la catarata volvió a correr libre de nuevo y él hizo una reverencia.

—Maestro Yoda.

—Maestro Kenobi —contestó—. Siéntate.

Obi-Wan se hundió en la hierba fresca. Las mínimas vacilaciones en sus movimientos daban a entender que todavía no era él. Eso y el hecho de que aún necesitaba recuperar el peso que había perdido en su batalla con los Sith.

Acomodándose en su bastón, Yoda inspiraba las fragancias que flotaban en el aire del arboreto. Pensaba en la cascada. Decidió no preguntar.

—Ansioso el Consejo está, Obi-Wan, de escuchar lo que pasó en Zigoola —dijo—. ¿Preparado para hablar estás ya?

La expresión de Obi-Wan permaneció imperturbable, pero una leve sombra oscureció sus ojos.

—Eso creo, Maestro Yoda.

—Una respuesta afirmativa no es ésa.

—Lo siento, Maestro. Es la única respuesta que puedo dar.

Yoda suspiró.

—Atribulado estás, Obi-Wan. Te entiendo. Tiempo necesitas y tiempo tendrás.

Obi-Wan arrancó una brizna de hierba y la contempló con rostro grave. Pasó la punta del dedo por su superficie alargada y verde azulada. Después se estremeció.

—¿Sabes, Maestro Yoda? —dijo en voz muy baja—. Hay más luz en esta brizna de hierba de la que podía sentir con todo mi cuerpo cuando estaba en Zigoola. Nunca —suspiró despacio—… me he sentido más vacío, más solo y más desamparado en toda mi vida. Fue peor incluso que todas las muertes que reviví, tantas veces, y que cada vez eran como la primera. —Dejó que la brizna de hierba se le cayese de las manos y contempló el arboreto—. Ese vacío es lo que le espera a la República si perdemos esta guerra contra los Sith. Y eso es algo que debemos… evitar. Evitarlo a toda costa, independientemente de lo que suponga.

Yoda sintió en la Fuerza los ecos de los recuerdos de Obi-Wan. Sintió el tacto de su horrible desconsuelo y un frío amargo.

—De acuerdo contigo estoy. Pero vivir de esta experiencia no debes, Obi-Wan. Has sobrevivido. Mucho has aprendido.

Obi-Wan asintió.

—Eso es cierto. Y no lo haré, lo prometo. —¿Decirme puedes la cosa más importante que has aprendido?

—Que soy un Jedi —dijo Obi-Wan tras un largo silencio con sencillez y júbilo—. Y que siempre lo seré.

Yoda sonrió y luego volvió a suspirar.

—Una gran lástima es que los artefactos descubiertos en el templo Sith se hayan destruido e irrecuperables sean.

Obi-Wan meneó la cabeza.

—Eran veneno, Maestro. Estaban contaminados por el lado oscuro. Creo que ni siquiera tú podrías haberlos tocado sin correr riesgos.

Aquello lo dejó atónito.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo Obi-Wan y aguantó su severa mirada.

—Hmmm. —Apoyó la punta de su bastón en el suelo y contempló cómo cedía la tierra blanda. Sonrió, pero no con calidez—. Para nosotros los artefactos perdidos están, cierto es. Pero también los Sith. Una victoria eso es. —Alzó la vista—. ¿Y qué hay del Senador de Alderaan? Bail Organa. ¿Confiarle podemos, Obi-Wan, nuestros secretos?

Por primera vez desde que había vuelto al Templo, Obi-Wan esbozó una sonrisa sincera, sin sombras.

—Ah, sí, Maestro Yoda. Podemos confiar plenamente en Bail.

—Complacido de oírlo estoy —dijo—. Y ahora dejarte tengo. Descansa, Obi-Wan. Tus fuerzas debes recuperar. En esta guerra contra los Sith te necesitamos.

Obi-Wan asintió.

—Sí, Maestro.

En la puerta del arboreto, Yoda se paró y volvió la vista atrás. Obi-Wan había vuelto a sentarse bajo la cascada. Parecía… feliz.

A pesar de su carga de preocupaciones y secretos Yoda sonrió, esta vez con ternura… y le dejó jugando.

Aunque sabía que tenía que darle las noticias de inmediato, Ahsoka se pasó un momento… sólo un momento, bueno, varios momentos… en la entrada del Hangar 9C de Allanteen VI observando cómo Anakin realizaba sus ejercicios con la Fuerza. Descalzo, vestido sólo con las mallas, utilizaba la totalidad del hangar para sus propósitos. Con potencia y sin esfuerzo, en perfecta sintonía con la Fuerza, realizó, con ejecuciones impecables y rápidas, setenta y cinco volteretas dobles hacia atrás.

Ella las había contado.

Cuando aterrizó tras la última, respirando sin problemas, se apoyó inmediatamente en un solo brazo… con los dedos estirados.

Con los ojos cerrados dijo:

—¿Qué pasa, Ahsoka?

Nadie iba a jugar al escondite con Skyguay.

—Ha llegado un holomensaje de Coruscant, Maestro.

Y allí estaba… de pie, frente a ella. Era ese momento, esa décima de segundo, una vez más, como siempre, en el que nunca veía cómo llegaba de un sitio a otro.

—¿Obi-Wan?

Asintió.

—Obi-Wan.

La miró con frialdad al pasar a su lado.

—No vuelvas a hacerle esperar.

Caminando tras él, rápidamente, se aclaró la garganta.

—Ah… ¿Skyguay?

Él aminoró el paso. Se giró. Ahora su frialdad se había transformado en cautela. Ya la iba conociendo.

—¿Qué?

—Creo que no tiene muy buen… aspecto.

Y entonces tuvo que correr para alcanzarlo.

Cogió la llamada en la oficina del jefe de diseño, haciendo salir sin contemplaciones al propio jefe de diseño, a su ayudante y a otros dos trabajadores del astillero. Como ya lo iban conociendo, ninguno dijo una palabra. Se fueron sin más.

Ahsoka se quedó en una esquina y agudizó el oído.

—Obi-Wan —dijo Anakin, dirigiéndose al holograma del transceptor de la mesa—. Perdona, estaba entrenando.

El holograma del Maestro Kenobi miró a Anakin de arriba abajo.

—Sí, ya lo veo.

Anakin ignoró el amable sarcasmo.

—Así que ya has regresado de la misión. Por fin. ¿Cómo te ha ido?

—Moderadamente sin incidentes, gracias —dijo el Maestro Obi-Wan, intentando que sus respuestas fuesen evasivas—. Tengo una nueva misión para ti.

Anakin se cruzó de brazos.

—Sí. Eso está muy bien. Obi-Wan, ¿qué ha pasado?

—Ah, es una historia muy aburrida —contestó el Maestro Obi-Wan—. ¿Qué tal le va a tu aprendiz?

Ahsoka frunció el ceño. ¿Qué? ¿Se creían que era idiota? Así que no podían hablar de la misión frente a una Padawan. Pues podían decirlo sin más. No iba a ponerse a llorar.

—Bien. Maestro, no tienes buen aspecto.

—Imaginaciones tuyas, Anakin. Bueno, ¿quieres saber en qué consiste tu misión?

—Sí —dijo Anakin, entornando los ojos—. Pero en caso de que creas que esta conversación ha terminado, te equivocas. ¿Qué pasa con la misión?

—Nos ha llegado nueva información. Los separatistas han montado un puesto de escucha secreto. Podría explicar por qué Grievous venció al grupo de batalla de Falleen.

—¿Alguna idea de su localización?

—Pues no —dijo el Maestro Kenobi, tan seco como Tatooine—. Ese debe ser el «secreto» por el que lo llaman «puesto secreto», Anakin.

—Ja, ja —dijo Anakin. Pero sí sonrió, aunque en sus ojos había preocupación—. Así que quieres que encuentre la mirilla de Grievous. ¿Me llevo el Crepúsculo? ¿Y al capitán Rex?

—Sí. También hemos localizado parte de una conversación a tres que transmitiré a tu puente. Eso debería de ayudarte a empezar a rastrear esta base misteriosa.

—Gracias, Maestro —dijo Anakin—. Ah… supongo que no nos acompañarás en esta misión, ¿no?

El Maestro Kenobi meneó la cabeza.

—No. Me temo que estoy liado dando información sobre mi misión anterior. Quizás en la próxima. Pero te deseo una buena cacería, Anakin. Encuentra ese puesto. Las cosas pueden ponerse feas si no lo haces.

El holoenlace finalizó.

Ahsoka esperó, pero Anakin no se movía. Contemplaba el transceptor.

—Información sobre mi misión anterior, venga ya —murmuró—. Vuelves a estar convaleciente, Obi-Wan. ¿Qué has hecho?

Ahsoka dio un paso al frente.

—Supongo que te lo dirá cuando yo no esté —dijo—. Skyguay, ¿puedo ir a buscar a Rex para decirle que iniciamos la cuenta atrás?

Anakin asintió. Apenas le estaba prestando atención.

—Sí, claro.

—Gracias —dijo, y salió. Pero se paró en la puerta y se dio media vuelta. Le conocía lo suficiente como para saber que estaba preocupado—. Eh, Skyguay. No tenía tan mal aspecto. Sea lo que sea, te apuesto lo que quieras a que no es nada.

Anakin la miró sobresaltado y le dedicó una sonrisa irónica.

—Ya. Supongo. Ve a decirle a Rex que lo necesitaré pronto, ¿vale?

—Vale —contestó, y corrió hacia el destacamento clon.

Dio unas cuantas volteretas hacia atrás para celebrarlo. Otra misión. Adiós al aburrirse en el astillero. ¡Sí! Por fin la vida le sonreía.

Cuando Palpatine vio a Bail Organa en la ruidosa cafetería del Senado, inmerso en una profunda conversación con Padmé y aquel gungan patoso e inepto de nombre Jar Jar Binks, sufrió una auténtica conmoción.

¿Organa estaba vivo? ¿Estaba allí? ¿En Coruscant? Eso debía significar que Kenobi también estaba vivo. Porque si estaba muerto, con Organa vivo para contar la historia, el Jedi lo habría mencionado. Si Kenobi estaba muerto, ni Padmé ni Organa se estarían riendo encantados.

¿Cuándo había vuelto Organa a Coruscant? ¿Y por qué Mas Amedda no le había informado de aquello? ¿Se vería obligado a sustituir a otro funcionario más?

La reciente y dilatada ausencia del popular senador de Alderaan se había notado. Habían corrido rumores. Él había llegado al punto de expresar su preocupación y de proceder a una discreta investigación, que revelaría la verdad sobre la trágica desaparición de Bail. Y la trágica desaparición de un gran héroe Jedi.

¿Y no estaban muertos? Qué… decepcionante.

Aunque… ahora que lo pensaba… Organa parecía un tanto afectado. Así que algo le debía de haber pasado. Quizá Kenobi también estuviese igual. Con suerte mucho peor. Tendría que preguntárselo a Yoda.

Pero afectado no era suficiente. Los quería muertos.

Era consciente de que su ira afloraba. No se había molestado en seguirlos hasta Zigoola personalmente. Había dado por hecho… Había aceptado… que Dooku les seguiría la pista. Aquélla era su función. Aquél era su objetivo. Para eso contaba con un aprendiz.

«Gobernar la casa».

¿Significaba aquello que Zigoola estaba en el punto de mira? O aún peor, ¿significaba que sus tesoros se habían destruido? Artefactos Sith de valor incalculable que se habían acumulado durante siglos.

«Si es cierto… Si es cierto…».

Con más esfuerzo del que querría dedicarle, Palpatine convirtió su ira en afable cordialidad. Transformó su expresión en la de un hombre de buena voluntad y cruzó el comedor para reunirse con Padmé y Bail y, si no quedaba más remedio, con el lamentable Jar Jar Binks, para entablar una de las eruditas conversaciones que le habían hecho ganar tantos, tantos amigos.

Mientras los saludaba… cuando se acercaba a ellos… mientras les preguntaba cómo le había ido el día… tras aquella afable superficie, los oscuros pensamientos de Darth Sidious bullían.

«Esto no es más que un revés. Una simple onda en el estanque. Tengo muchos otros artefactos a mi disposición. Todavía tengo a Anakin. El aún tiene a Padmé. La guerra empeora por momentos. Kenobi sirve en primera línea. Podría morir cualquier día. Contener a Organa es bastante fácil. Y, en cuanto a Dooku, yo me encargaré de él… en su momento.

»La República se vendrá abajo. Lo he visto».

Agradecimientos

Doy gracias a:

George Lucas, que encauzó literalmente el rumbo de mi vida con el estreno de *Star Wars* en 1977.

Shelly Shapiro, por darme esta oportunidad extraordinaria.

Sue Rostoni, por su maravilloso apoyo y ánimo.

Karen Traviss, quien consiguió que no me viniese abajo. Molas, tía.

Jason Fry, por su ojo de águila.

Mis amigos y familiares, que me apoyaron desde la sombra y coincidieron en que sí, que esto era Realmente Guay.

Los fans, que me ayudaron a mantener viva y emocionante una galaxia muy, muy lejana durante más de tres décadas. No siempre estamos de acuerdo, pero sabemos lo que amamos.

KAREN MILLER (Vancouver, Canadá) posee su propia librería especializada en Ciencia Ficción y Fantasía. Hasta la fecha ha escrito seis de las novelas más importantes dentro de este género.